A dark, atmospheric forest scene with a lone figure walking away in the distance. The trees are tall and thin, and the overall color palette is dark blue and black, creating a mysterious and somewhat ominous mood.

FRANCISCO JESÚS
LÓPEZ CAMPOS

EL LOBO
CON PIEL DE
CORDERO



EL LOBO CON PIEL DE CORDERO

FRANCISCO JESÚS LÓPEZ CAMPOS



«¿Por qué el diablo se esconde bajo esos rostros angelicales? Porque nadie puede gobernarlos a ellos. Si te mira una rubia despampanante, te derretirás como un helado de vainilla. Entonces, sumérgete en la belleza».

Capítulo I

Caroline Fischer

La familia Schmidt llegó desde Alemania. Se instalaron en las Islas Canarias, exactamente en Fuerteventura. Poseían una modesta mansión en medio de la nada, una gran fortaleza ubicada en el Barranco de los Canarios. A escasos metros había una gasolinera y poco más; el lugar estaba desierto. Vivían en segunda línea de las mejores playas del mundo, playas de aguas cristalinas y arena blanca.

El nombre del único hijo era Tiburcio. Su padre se llamaba Eustaquio Schmidt, y su madre Remedios. Al padre nunca le gustó Alemania, siempre decía que era fría y sin alma. Se fueron a la isla cuando el hijo cumplió los siete años de edad; ahora tenía veinte. Al ser de padres alemanes y cursar sus estudios en España, hablaba los dos idiomas, alemán y español, por igual. Su trabajo estaba a unos cinco minutos de casa, en el hotel Ojo del Agua. Para llegar debía pasar por debajo del puente y girar a la izquierda. Trabajaba allí como chófer. El hotel se encontraba también en segunda línea de playa; debajo había otros establecimientos, por eso ofrecían un servicio de transporte: llevaban a los clientes a la playa por la mañana, y por la tarde los recogían.

Tiburcio se estaba dando su ducha mañanera. Cada amanecida se levantaba a las siete y salía a correr un rato alrededor de la finca. Su padre había plantado palmeras varios años atrás. También tenía eucaliptos; los trasplantó ya grandes, y daban bastante cobijo a la mansión, que se encontraba considerablemente deteriorada, pues había sido construida en madera; en el

interior había suelo de moqueta y unas ventanas formidables. Menos mal que en el barranco siempre hacía corriente: el viento se deslizaba entre las dos montañas que pasaban en paralelo cerca de la casa, como si fuera una garganta en caída hacia los pulmones. Así se refrescaban las paredes forradas de papel. Ese estilo de decoración era demasiado antiguo para su gusto.

Salió de la bañera en dirección a su dormitorio. La ropa del trabajo estaba colocada en el galán de noche. Se acercó al perchero para hacerse con el polo azul oscuro de la empresa; el logotipo iba bordado con hilo dorado en el lado derecho del pecho. Tomó también un pantalón blanco de pitillo que le quedaba bastante ceñido; parecía un Beatle. Ya con el uniforme puesto, se calzó los zapatos blancos y se asomó a la ventana: lucía un día gris ceniza. Los amaneceres últimamente eran asquerosos. Se puso delante de la cómoda-tocador con espejos para peinarse; fue dando forma con el cepillo a su pelo rubio, desbaratado después de ducharse, y se peinó con la raya a un lado. Entonces bajó hacia el salón por las monumentales escaleras que separaban una planta de otra. Allí estaba su desayuno, esperándolo. Su madre se lo solía dejar sobre la mesita del salón antes de ir a ocuparse de sus labores. Se sentó en el sillón orejero y encendió el televisor mientras observaba la bandeja, sobre la que reposaban unas tostadas de Nocilla, un vaso de zumo de naranja natural, cruasanes rellenos de chocolate y, por último, café con leche. La bandeja era de latón, con un dibujo de la Torre Eiffel.

Se hizo con el mando para poner su programa favorito, *Crímenes imperfectos*. Disfrutaba viendo esa serie. Pero antes de que se diera cuenta ya era la hora de irse al trabajo. Recorrió el aposento y salió de casa por la puerta principal. Encendió el motor de su vehículo y se adentró en la carretera; a menos de cinco minutos de allí se hallaba su puesto de trabajo. Primero ayudaba a sus compañeros de recepción, hasta que llegaba la hora de acercar a los clientes a la playa. Cada día daba tres viajes por la mañana y otros tres por la tarde. Por

la mañana los llevaba a la costa y por la tarde los recogía.

Al lado de la mansión, justo a su derecha, el viejo construyó un apartamento vacacional para alquilar. La familia Fischer vivía allí hacía ya varios años. La hija era dos años menor que Tiburcio y trabajaba de recepcionista; se llamaba Caroline y era la típica alemana: ojos azules, pelo rubio y cuerpo perfecto. En realidad, se parecía a él, pero en mujer. Su padre rondaba la misma edad que el de Tiburcio: el señor Christian Fischer era un hombre correcto al que le encantaba la jardinería; siempre estaba entretenido con su huerto. Annika Fischer, su mujer, había sido elegante en otros tiempos, pero el paso de los años la fue deteriorando.

El viejo solía salir a pasear el ganado. En especial le gustaba poner rumbo hacia la cumbre de la montaña, del monte Agudo, y quedarse allí contemplando el amanecer. Desde la mansión, un pequeño sendero conducía hasta el pico, de unos trescientos metros de altitud; en realidad, muy bajo, pero en Fuerteventura parece inmenso.

Hacía varios días que el viejo estaba tranquilo; esa noche seguro que le apetecería tomarse unas cuantas copas. Aunque era su día libre, Tiburcio se levantó antes de que saliera el sol, como era su costumbre. Bajó a la cocina para prepararse el desayuno: dos tostadas con Nocilla, un vaso de zumo y un café con leche. Aprovechó que su padre no estaba y entró en la biblioteca, situada enfrente de la cocina. La estancia se encontraba cubierta por completo de estanterías con libros; también había un escritorio francés, en cuya esquina superior derecha figuraba grabada una inscripción: «Escritorio realizado en caoba ornamentada por finísimos bronce dorados al mercurio y artísticamente cincelados con cabeza de cisnes, hojas, flores, ramas, cariátides femeninas, volutas y diversas guardas. Frente con un cajón, tapa en mármol». Tiburcio no

tenía ni idea de lo que significaban esas palabras, pero seguro que querían decir que era un mueble antiguo y de gran valor.

Aquella mañana se sentó en un viejo sillón y se acercó al escritorio mientras masticaba sus tostadas. Prestó atención a otro mueble antiguo situado a la izquierda del escritorio: era un archivador de roble, añejo y gastado. Disponía de cinco cajones con tiradores de bronce, y arriba, en la parte trasera, tenía un dispositivo de anclaje para los cajones; ese anclaje hacía muelle y funcionaba desplazando el pivote hacia la izquierda. Al cerrarlo con llave, dejaba anclado el dispositivo y los cajones quedaban fijados. Abrió el primero y descubrió dos compartimentos con varias piezas de roble y hierro móviles. Acto seguido, abrió el segundo cajón: a este le faltaban el separador y las piezas móviles, pero dentro de él reposaban varios papeles dispuestos ordenadamente en un montón. Los fue sacando uno a uno: eran fotos de Caroline Fischer. En las imágenes aparecía desnuda, duchándose. Tiburcio se quedó pasmado: el viejo verde la había estado espiando. ¿Cómo era capaz de hacer eso su padre? ¿Qué le pasaba? ¿Acaso no deseaba a su mujer? Ya sabía que la edad es algo que pasa factura, pero también para él.

En esos pensamientos andaba cuando pasó a la segunda imagen y sin querer tocó un líquido pegajoso, de color blanquecino, que impregnaba la parte de las tetas de Caroline en la foto, Sintió un asco atroz y lanzó las fotos, que quedaron esparcidas por el suelo de la biblioteca. Antes de recogerlas se percató de que en el cajón quedaba un montón de folios de aspecto elegante. Los extrajo y observó que se trataba de documentos de un notario. Por lo que fue leyendo, el señor Fischer le había otorgado un poder a Eustaquio Schmidt para que tuviera libre acceso a sus cuentas. Qué locura, el señor Fischer no sabía que el viejo era un drogadicto y un alcohólico. Lo iba a arruinar.

De repente, la señora Schmidt entró en la biblioteca con la intención de dar

los buenos días a su hijo. Pero nada más llegar se detuvo, sin habla, al contemplar las fotos que estaban tiradas por el suelo. Le pareció algo terrorífico y, sin mediar palabra, se acercó a su hijo y le propinó un guantazo que le dejó la cara roja. La oscuridad invadía el hogar.

—¿Qué significa esto? —preguntó al fin Remedios, bastante enfadada.

Tiburcio no tenía ninguna explicación para algo tan macabro: una de las fotos se encontraba llena de semen, y había como diez más tiradas por la sala; Caroline aparecía en todas ellas, desnuda, en la ducha.

—Esto es horrible. Tiburcio Schmidt, si te gusta Caroline, díselo, pero no la acoses.

El chico agachó la cabeza, asintiendo a la reprimenda de su madre le decía. No fue capaz de decir nada que pudiera perjudicar al viejo. Resultaba más fácil que su madre creyera que él era el responsable, antes de que supiera que el enfermo era su padre. En realidad, no tendría que haber abierto esos cajones; si su padre siempre lo tenía cerrado con llave, por algo sería. Seguramente esa misma mañana, al despertar, fue a la biblioteca, se tocó un poco mientras contemplaba la imagen de Caroline Fischer, y luego se marchó dejando la foto empapada con su semen. El mismo que le había dado la vida a él.

Tiburcio se incorporó, desilusionado, y marchó a hacer sus tareas. Aún era temprano, su novia estaría en la universidad. La facultad donde ella estudiaba Medicina estaba en otra isla, en Las Palmas de Gran Canaria. Su novia era una chica muy guapa, de pelo castaño y ojos marrones. Hasta el fin de semana, cuando ella regresara a casa, no podrían verse.

El padre de ella era policía, y Tiburcio sabía que lo odiaba. Pero suponía que todos los padres detestan a los novios de sus hijas.

El chico se puso ropa de deporte y salió para el gimnasio; era miércoles, y por tanto le tocaba trabajar espalda y piernas. Hacía tres ejercicios para cada músculo. Pesaba ochenta kilos, se sentía ligero y fuerte, a las chicas les gustaba así.

Al salir de casa para coger su vehículo divisó a Caroline Fischer. Llevaba puesta su ropa de trabajo: un vestido gris que le resaltaba las piernas y el culo. La chica entró en su coche, lo puso en marcha y se acercó a saludarlo.

—Buenos días, Tiburcio.

—Buenos días, Caroline.

—¿Qué, de día libre?

—Sí. ¿Te apetece tomar algo esta tarde?

—Claro, hasta esta tarde.

La chica se marchó a trabajar y Tiburcio se quedó pensando que seguramente se habría quedado impactada por su aspecto, con la camisa de asillas y los pantalones de deporte. Y por eso le había aceptado la cita. Él ya sabía que su vecina no era virgen; tenía dieciocho años, y las chicas se iniciaban en el sexo más temprano que antes. Definitivamente, quedar con Caroline le había motivado. Satisfecho, se introdujo en el vehículo y arrancó el motor.

El gimnasio estaba en Morro Jable, a apenas diez minutos de su casa. Le gustaba hacer ese trayecto: primero pasaba por la autovía y en menos de tres minutos llegaba a la rotonda del hotel Aldana, donde se alzaban las figuras de unos niños observando el cielo —una imagen impactante y hasta cierto punto terrorífica, en realidad—; el camino continuaba frente a los hoteles Iberostar y luego, atravesando el puente, por la avenida de Jandía, con sus numerosos jardines adornados de palmeras. Había llegado a su destino.

Al entrar en el gimnasio saludó a la gente que se fue encontrando e

inmediatamente se colocó los cascos para escuchar música *minimal*. Su dj favorito era Marco Carola. Tiburcio se puso a entrenar a su rollo: le gustaba hacer tres ejercicios y cuatro repeticiones de diez; espalda superior, espalda inferior y la mitad de la espalda. De piernas, otro tanto. Fue alternando uno y otro tipo de ejercicios. Aquel día la zona de entrenamiento estaba muy tranquila; era temprano, las nueve de la mañana, hora a la que la mayoría de la gente está trabajando. Había ido una vez por la tarde, pero no repitió por lo agobiante que le resultó.

En ese momento entró alguien: una persona mayor. Tiburcio sintió curiosidad u lo observó con detenimiento: se trataba de un hombre cuarentón y robusto. Al acercarse más el chico se dio cuenta de que era su suegro. Normal, a ese gimnasio iba la mayoría de policías y guardias civiles de la zona. Seguramente no les cobraban; ellos lo querían todo por la cara. Uf, cómo odiaba al padre de Eva. Si por él fuera, lo cogería y le metería la pistola por el culo; luego apretaría el gatillo para que la bala le saliera por esa cabeza de idiota. El proyectil cruzaría todo su cuerpo, destrozándole los tejidos y arrancándole la vida. Tiburcio fantaseó con matar a ese hombre poco a poco: colgado de una cruz, quizás, y torturado como Jesucristo; desangrándose durante días, mientras él disfrutaba de la experiencia de desayunar cada mañana contemplando su cara de imbécil.

Mientras pensaba todo eso, lo miraba fijamente con ojos rencorosos. Estaba claro que sentían lo mismo el uno por el otro. El padre de su novia comenzó a entrenar y Tiburcio no dejaba de estudiarlo mientras en su cabeza decía: «Puto Manolo Pérez, algún día te haré sufrir lo bastante como para que me supliques que te mate». Una vez que terminó sus ejercicios se fue directo a la ducha, pero sentía que su suegro, alias “cara de pene”, seguía sus pasos esperando que tropezara para patearle en el suelo.

Entonces miró hacia las máquinas de cardio, vio a la italiana y dejó de pensar en aquel imbécil; la chica, de nombre Martina, era una compañera del trabajo a la que apodaban “la cachonda”. Tenía los ojos negros y grandes y el pelo liso y oscuro, además de un cuerpo curtido y bonito. Se notaba a la legua que estaba loquita por acostarse con él. El primer día que ella fue a trabajar la acompañó el novio; seguramente, pensaba Tiburcio, para mear en toda la recepción, para marcar su territorio, exactamente como hacen los felinos. Pero él creyó que eso no le iba a valer de nada: se la acabaría tirando y se correría en su cara para que al llegar a casa, cuando su novio le diera un beso, se comiera sus fluidos.

Con la media sonrisa que le provocaron esos pensamientos la saludó con un gesto de la mano a través del espejo, para no molestarla. Ella esbozó una sonrisa enseñando los dientes.

—¿Qué? —exclamó—, ¿de día libre?

Tiburcio asintió sonriendo y siguió su camino. El policía chupapollas se había quedado con toda la movida, porque observaba cada paso que daba. El chico se duchó y se marchó a casa.

Al anoecer, Caroline tocó a la puerta de la mansión y la madre de Tiburcio le abrió y le dio paso al salón. El chico estaba sentado en el sofá. Desde la puerta la madre le sonrió con una mirada cómplice, como orgullosa de él. Su padre estaba afuera, en el porche, bebiéndose una botella de vino tinto.

Tiburcio se quedó mirando la ropa que llevaba puesta Caroline: vestido rojo con escote palabra de honor que resaltaba sus tetas y cuyo borde inferior terminaba por encima de las rodillas, lo que le permitía lucir sus lindas piernas. El pelo, rubio y liso, le caía por la espalda, descubierta y sensual. Uf, lo ponía demasiado cachondo. La muchacha se sentó a su vera en el sofá, y al

ir a saludarla con dos besos se percató de que los tacones eran del mismo color que el vestido.

Remedios, la madre, les sirvió lasaña para cenar y una botella de vino tinto *El Grifo*, todo ello en la mesita que ya estaba preparada con platos, copas y hasta un florero. Luego se despidió amablemente y se marchó, y ellos comenzaron a beber, comer y charlar animadamente. Bueno, solo hablaba ella; él estaba hipnotizado con el canalillo de su vecina y, sinceramente, no oía nada de lo que le decía. Cada uno a su manera, disfrutaron hasta que se acabó la comida. Entonces Tiburcio recogió los platos, los llevó a la cocina y se acercó al mueble bar para tomar otra botella de vino tinto. Luego apagó las luces principales del salón y encendió una vela, por lo que la estancia quedó sumida en una luminosidad tenue. Caroline pronunció su nombre con un susurro:

—Tiburcio...

El chico se aproximó a su vecina y posó la vela con suavidad sobre la mesa. Abrió la segunda botella y llenaron sus copas. Tras brindar por la felicidad, siguieron bebiendo y hablando. Sus sentidos cada vez estaban más centrados en ella. Empezó a acariciarle las rodillas; apenas un leve roce, para que no se asustase, en la pierna más cercana a su posición. Su mirada estaba fija en los labios pequeños y esponjosos de la joven. De repente, ella se mordió un poco el labio inferior, al tiempo que se contraía hacia atrás, como si se hubiera corrido. «Será que se está lubricando para la penetración», aventuró él. Siguió acariciándole la rodilla mientras absorbía su aroma de mujer, un olor que le podría hacer relinchar como los caballos, que le haría perder el sentido.

La sangre empezó a bombear con fuerza en su miembro viril, y ella no paraba de hablar. Hacía como media hora que no la escuchaba. Entre la luz tenue de la vela y las curvas explosivas de Caroline, se sentía en el paraíso. No sabía cuánto iba a durar aquello, pero estaba feliz. Se fue acercando a sus labios y

cuando los rozó levemente con los suyos, Caroline volvió a retraerse y se desplazó hacia atrás de manera sutil, como tratando de evitar su embestida. Él no cejó en su empeño y volvió a lanzarse, ya con la clara intención de saborear esos deliciosos labios. Pero ella lo detuvo poniéndole la palma de la mano frente al rostro. Tiburcio se quedó frío.

—¿Qué pasa, Caroline? —preguntó, inquieto.

—Aquí no. ¿Vamos a tu habitación?

Se levantaron al unísono y marcharon hacia el dormitorio llevándose la vela. Una vez allí, la dejaron en la mesilla de noche, se sentaron en la cama y comenzaron a besarse. A ella se la notaba más participativa. Tiburcio se desplazó entonces a la altura de sus preciosas tetas, le bajó el palabra de honor y empezó a saborearlas como un bebé alimentándose. Los pezones estaban tan duros como su polla. Se perdió en el canalillo y chocó su rostro entre esas dos montañas. Caroline se levantó y se situó sobre él; le desabrochó el pantalón y se lo quitó con manos hábiles. Después, a su vez, se quitó el tanga y volvió a sentarse sobre él; las tetas golpeaban en la cara de Tiburcio. Por último, introdujo su miembro dentro de ella y comenzó a bailar reguetón mientras gemía de gozo. Él simplemente la dejó hacer. Los dos se corrieron varias veces, siempre con el miembro dentro de ella. Estuvieron varias horas así, toqueteándose, hasta que quedaron saciados el uno del otro. La vela seguía iluminando el dormitorio con su llama vacilante. Tiburcio se levantó para ir al baño y dejó a Caroline sola, en la cama.

Cuando acabó de mear volvió a sus aposentos y vio a su viejo, que caminaba de lado a lado por el pasillo. De repente se acercó a la puerta de su cuarto y se introdujo en él. Tiburcio lo vio abalanzarse sobre Caroline como un animal en celo. Se quedó paralizado en el pasillo, observando esa imagen aterradora. Entró a su vez sin hacer ruido y entonces pudo comprobar que el viejo estaba

abusando de Caroline. Sucedió todo tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar. La chica lo empujaba intentando de escapar de él. Tiburcio se acercó a la cama, pero se quedó allí de pie, bloqueado, mientras le pasaba por la cabeza la idea de intentar evitar la violación.

Eustaquio le sujetó las manos a la chica y empezó a penetrarla. Tiburcio se fue a una esquina del dormitorio y se quedó allí sentado, abrazándose las piernas, enrollado como un ovillo, balanceándose de vez en cuando atrás y adelante. Los miraba fijamente para asegurarse de que aquello era real, que no era una pesadilla. Eustaquio la penetró y la penetró hasta saciar su sed, y él no pudo hacer nada.

Cuando su padre acabó, Caroline se levantó y salió corriendo de la mansión. El viejo verde le gritó a su hijo:

—¿Por qué no me ayudaste? Maldito cabrón. —Estaba terriblemente enfadado—. Por tu culpa se escapó.

Entonces se acercó a Tiburcio y le propinó una patada en las costillas. El chico cayó hacia un lado y allí se quedó. El viejo se marchó, cabreado con él. Tiburcio no durmió esa noche; se quedó congelado, con la mirada perdida.

Habían pasado varios días desde la violación de Caroline Fischer. Ella no había dicho nada a las autoridades; pensaba que sería difícil explicar esa situación catastrófica frente a un tribunal. El viejo, por su parte, actuaba como si no hubiera pasado nada. A lo mejor el alcohol lo había invadido tanto que no pudo evitar convertirse en un monstruo.

Tiburcio se levantó de la cama, desayunó y se preparó para marchar al trabajo. Aquel día, mientras daba viajes a la playa cayó en la cuenta de que por esos asientos pasaban bastantes turistas al cabo del día. La furgoneta solo tenía ocho plazas para pasajeros, pero diariamente hacía bastantes trayectos de ida

y vuelta. Además, justo a mitad del recorrido entre el hotel y la playa estaba el puente que conducía hacia su casa. Empezó a pensar que si le llevaba a su padre algunas mujeres guapas para que las violara, entonces dejaría tranquila a Caroline Fischer. Es cierto que el apetito sexual del viejo ya no era el mismo de antes, pero su madre tampoco era la de siempre, estaba más estropeada, y su marido necesitaba desahogarse. Lo que no se le ocurría era qué hacer una vez que las hubiera violado, porque lo esperable es que ellas fueran a la policía para denunciar la agresión. Debía hablarlo con él.

Siguió trabajando y llevando clientes a la playa. El día era perfecto, con el cielo despejado y unos treinta grados. Pero a él eso le daba igual; Tiburcio tenía el alma congelada por culpa de su padre. O lo ayudaba, o mataba a Eustaquio.

Aquella noche había vuelto a quedar con Caroline. Cuando acabó el último servicio a la playa pensó que si le buscaba a otras mujeres, dejaría tranquila a Caroline. No le gustaba que la tocara con esas manos arrugadas.

Al llegar a casa vio a su madre en el huerto, recogiendo verduras, y la familia Fischer la ayudaba. Si el señor Fischer se enteraba de lo que su padre le había hecho a su hija, como mínimo le pegaría una paliza. En cambio, su madre... su madre era un amor. De repente, a la izquierda de su casa, en medio del pequeño bosque de eucaliptos y palmeras, advirtió la presencia del viejo, que le hacía señas con la mano levantada.

—¡Ven, Chiquitobala, ven! —lo llamó Eustaquio.

En esa zona se encontraban también las cabras y los cerdos. El chico atravesó el bosque aún con la ropa del trabajo puesta, pantalón blanco y polo azul. Al llegar a la cochiguera se dio cuenta de que el viejo estaba empapado de sangre de arriba abajo. Había descuartizado un cochino. El resto de los animales chillaban sabiendo que cualquiera podía ser el siguiente. Las paredes del

cuartucho se veían completamente negras a causa de la humedad. Un escalofrío recorrió su cuerpo y los vellos se le pusieron de punta. Los cerdos chillaban demasiado fuerte. Su padre arrastró otro ejemplar y lo hizo subir al “trono”, donde lo apoyó con las patas hacia arriba. Entonces miró a su hijo, como dándole una orden; el chico le devolvió una mirada de incomprensión, su cuerpo volvió a estremecerse y la respiración se le aceleró. El viejo soltó al cerdo por un momento para hacerle al chico con la mano derecha una señal para que le cortara el pescuezo al cerdo. Tiburcio se estremeció aún más; aquel olor era insoportable, apestaba a heces y a miedo, apenas se podía respirar. Pero claudicó: empuñó el machete, de cincuenta centímetros de largo, y se acercó a la bestia. Eustaquio, mientras, sujetaba al cerdo y se encargó de dar la orden. Tiburcio alzó el cuchillo, pero la mano le temblaba tanto que lo dejó caer e impactó contra la superficie del matadero, salpicándolo todo de heces. El muchacho corrió inmediatamente hacia la esquina izquierda de la cochiguera y se sentó en el suelo, haciéndose un ovillo. Su pantalón blanco se tiñó de mierda de cerdo.

El viejo se quedó contemplándolo, decepcionado. Era la misma mirada que le había dirigido cuando violó a Caroline. Cogió él mismo el machete y comenzó a deslizarlo por el pescuezo del animal. Este dio un horripilante chillido que se oyó en toda la isla. El alma de Tiburcio siguió congelada; no salía de su asombro. En la esquina, arrebujado en sí mismo, inició el balanceo de atrás hacia delante. Unos cinco minutos más tarde, notó que el miedo iba desapareciendo. Al contrario, el estallido de la voz de los cochinos antes de morir conseguía excitarle. Las paredes negras se asemejaban a su alma oscura. Se levantó y se acercó a su padre con el pantalón lleno de mierda. El viejo fue a buscar otro animal y mientras él pasó las manos por encima de la mesa de hierro, barriendo la sangre de los cochinos ya sacrificados. Entonces elevó las manos y se restregó la cara con ellas. Su rostro acabó empapado; se había

convertido en un demonio con mucha sed de sangre y muerte. Su padre subió a un nuevo cerdo a la camilla de operaciones; el animal chillaba frente a su cara, como rebelándose. Tiburcio se hizo de nuevo con el machete, y antes de que Eustaquio colocara al bicho en su posición, empezó a acuchillarlo sin piedad, desde la cabeza hasta la cola enrollada. Lo dejó hecho un colador. La sangre, caliente y espesa, brotaba a borbotones, bañándolos a ambos como una fuente. Pero al cerdo aún le quedaban fuerzas para huir: se abalanzó sobre él, empujándolo hacia atrás y haciendo que se le cayera el machete; a duras penas, medio muerto, correteó por el matadero. Tiburcio recuperó el arma y salió detrás de él. Le dio caza, se subió en su lomo, le sujetó la cabeza y continuó apuñalándolo con saña hasta que acabó con su vida. Pero él seguía propinándole machetazos. El viejo se acercó por detrás e inmovilizó su brazo, agarrando el machete, hasta que se cansó de pelear.

La sensación de arrebatarse una vida le había gustado. Los días fueron pasando y Tiburcio siguió yendo al matadero. Descubrió el placer de hundir el metal en la carne. Mató cabras y cerdos abriéndolos en canal, extrayendo sus entrañas. Matar cada vez le producía más satisfacción.

Casi cada día, al llegar a casa al crepúsculo tras su jornada laboral, iba al matadero a ayudar a su padre. Aquella noche, cuando terminaron la tarea, se fueron a casa, se ducharon y salieron al porche a beberse una botella de vino tinto. El viejo había bajado al pueblo por la mañana y había comprado cocaína. En el porche sacó un gramo y lo volcó en la mesita. Luego preparó unas rayas y le explicó a su hijo cómo esnifirlas: enrolló un billete de veinte euros y se lo acercó al orificio derecho de la nariz; el otro se lo tapó con un dedo. Se acercó a la mesa y aspiró con fuerza para que el polvo subiera por el conducto nasal y acabara en su cerebro.

La reacción fue inmediata: las pupilas se activaron y se hicieron enormes; se

le erizó el vello; se le desencajó la mandíbula. El alcohol y la droga hacían experimentar a Eustaquio una felicidad falsa. Ambos se acomodaron en el porche y se dedicaron a consumir la “blanca Navidad”. Llevaban un vacilón de cien por hora. Eustaquio le había dado pastillas para dormir a la vieja, así que la noche era suya.

El viento golpeaba las rama de los árboles provocando un ruido molesto. La horas fueron pasando: ya eran las nueve. Caroline estaría a punto de salir del trabajo. Al poco, la explosiva vecina rubia llegó conduciendo su coche y apagó el motor junto al porche. Descendió del vehículo y se acercó a saludar. Estaba guapísima, como siempre. Llevaba el uniforme del trabajo, que marcaba sus peligrosas curvas. Se sentó junto a Tiburcio para tomarse una copa y comenzó a hablarle de su día en el trabajo. Él no pudo aguantar la energía que llevaba dentro: necesitaba gastar esa batería antes de que su cuerpo explotara. Se levantó de golpe, agarró a Caroline por el pelo y la arrastró hacia el matadero, por las piedras y la tierra del camino. Las ramas de las palmeras no paraban de moverse; emitían un ruido ensordecedor que apagaba los gritos de la muchacha. Su padre lo siguió y lo ayudó a abrir el portón; luego encendió la luz y trajo unas cuerdas, de las que usaban para atar al ganado. Ambos forcejearon con Caroline, que vociferaba desesperada. Eustaquio le ató las piernas a un lado y otro del trono, con lo que la joven quedó a merced de los dos. Ella chillaba, chillaba y chillaba sin parar, así que el viejo se quitó un zapato y el calcetín; con él hizo una bola y se la metió en la boca. Pero la chica lo escupió, así que no le quedó más remedio que fijárselo con un trozo de cuerda. Así consiguieron dejar de oír esa voz de mártir.

El viejo se sacó la dentadura postiza y la dejó en una esquina de la camilla de hierro. Luego se encaramó allí al tiempo que se bajaba los pantalones para dejar al aire su polla vieja y arrugada. De un par de tirones le subió el vestido a la chica y le arrancó el tanga blanco, que salió volando. Entonces empezó a

penetrar, a sacudidas, su coño inocente y joven. Una, y otra, y otra vez, hasta quedar saciado y correrse dentro de ella.

Tiburcio se aproximó a un espejo viejo y mugriento que colgaba de una de las paredes del matadero; observó su rostro descompuesto por la droga. Con esa cara, pensó, no podía violarla. Entonces se acercó al congelador donde guardaban los restos de los animales sacrificados; allí encontró una careta de cerdo y la tomó en sus manos. Se quedó contemplando los dos cachetes y la nariz del cochino, y decidió sacarle los ojos con el machete. Después le ató un trozo de cuerda a ambos lados para colocársela de máscara. El cerdo violador. Se acercó de nuevo al espejo para mirarse, y desde ese ángulo captó la tenebrosidad de la sala. Se dirigió entonces a la mesa de operaciones. Eustaquio descendía en ese instante. Le tocaba a él. El viejo le animó:

—Vamos, Chiquitobala. Métesela hasta quedar saciado.

Su padre babeaba; en su boca de un solo diente amarillo, nada sujetaba esas babas de asqueroso. A Tiburcio le dio asco de su propio progenitor. Pero entonces se volvió a admirar a la criatura perfecta que se encontraba delante de él: con ese chochito depilado, con el semen del viejo recorriendo sus muslos. Se lanzó a desgarrarle el vestido y a chuparle los pezones rositas. Después ocultó su máscara en medio de esas dos mamas llenas de inocencia. Siguió chupándole las tetas y de pronto irguió la cabeza y la miró a los ojos: con los ojos de un violador el mundo se veía diferente; le gustaba sentir que su víctima estaba sometida a su voluntad, que podía hacerle lo que quisiera. Se bajó los pantalones mientras le sostenía a Caroline una mirada vidriosa. Se creó un silencio que parecía eterno. Llegó a pensar que no sería capaz de hacerlo, pero era tanta la atracción que le generaba ese escenario que no pudo evitarlo: apoyó las dos manos en las tetas blancas de pezones rosados de la chica, y su polla se deslizó por su rajita. El silencio se acabó: los animales

empezaron a aullar, como queriendo salvarla; cerdos y cabras iniciaron un coro musical.

Pero nadie podía rescatarla. Caroline no paraba de temblar; evidentemente, no estaba disfrutando de la experiencia. Tiburcio se la folló hasta correrse en un éxtasis de puro gozo. Al acabar se dieron cuenta de que en la camilla había sangre, producto de la brutalidad de la penetración. Se fueron y la dejaron allí. Simplemente apagaron las luces y cerraron la puerta.

Capítulo II

Inga y Nina

Aquella mañana se había quedado observando a dos chicas de unos dieciocho años, una era morena y la otra rubia. Le llamaron la atención; eran clientas alemanas. Él se puso a hablar con ellas y se dio cuenta de que estaban interesadas en que ir a tomarse unas copas. Querían quedar por la noche, que es cuando salen los lobos. Una se llamaba Inga y la otra Nina. Inga tenía el pelo negro y liso, y sus ojos, verdes y penetrantes, le daban un aire de modelo. Nina era rubia, de ojos azules y una belleza típica alemana. El viejo Schmidt se alegraría: hacía tiempo que no se tomaba unas copas.

A mediodía salió del trabajo y volvió a casa. Tenía horario partido: al mediodía descansaba dos horas, y vuelta al tajo. Su viejo se puso muy contento por la noticia. Cuando iba llegando el crepúsculo fue a recogerlas a la playa. Se subieron en su furgoneta de trabajo y las llevó al hotel. Ellas le dijeron que se iban a duchar y a cenar, y que ya le llamarían. El chico llegó a casa y el viejo ya tenía las cosas organizadas: a su madre le había dado una pastilla para dormir, así no se enteraría de nada; por su parte, él se tomó su “pastilla del amor”, para estar pletórico.

A eso de las ocho de la tarde las pasó a recoger. Inga llevaba puesta una minifalda de cuero negra que le dejaba las piernas al aire; esas curvas le quitaban el sentido. Se detuvo a pensar: «Llevará el vello púbico pelado, seguramente estará cogiendo frío». También, vestía una camiseta de botones, dentro de la cual esas enormes tetas saludaban de un lado a otro, aunque él se distraía mirándole fijamente los muslos. Nina llevaba unos pantalones de

pitillos ajustados, ella iba más tapada. Inga venía pidiendo guerra, como si fuera una amazona.

—¿Qué vamos a hacer, Tiburcio?

—Primero vamos a mi casa y tomamos unas copas. Luego iremos a la discoteca.

Las dos jóvenes asintieron, obedientes. Pasaron por debajo del puente, dejando atrás la carretera asfaltada. Al llegar a la mansión, el viento movía las ramas de los árboles. Aparcó la furgoneta enfrente de la casa y ayudó a las damiselas a bajar del carruaje. Les fue indicando el camino hacia la boca del lobo. Su padre abrió el portón; lucía una boina desgastada, pantalones de pinzas negros y una camisa de cuadros.

—¡Mirad, señoritas! Este es el señor Schmidt.

Las jóvenes le dieron dos besos en las mejillas y el viejo se estremeció; seguramente por los efectos del medicamento para la erección. En el recibidor tomó sus chaquetas. Inga iba a romper la camisa de botones con esas dos montañas que tenía por pechos. Dejando la escalera a la derecha, se adentraron en el gran salón. Nada más pisarlo se advertía la presencia de una ventana que iba desde el suelo hasta casi el techo, cubierta con unas cortinas bordadas y gruesas, al estilo inglés. Junto a la ventana había dos vitrinas que llegaban a la misma altura que aquella; allí se guardaban platos y vasos de porcelana. Con esa vajilla se podría dar de comer y beber a todo el pueblo de Morro Jable. A un lado, en un lienzo, se podía observar la pintura de una pareja joven, seguramente los padres de Tiburcio. La verdad es que irradiaban hermosura, aunque la edad pasa por todo el mundo, arrasando la juventud. Delante de la vitrina había un sofá orejero de tres plazas, y a cada lado de él un sillón, orejero también. En el centro de la habitación, una mesita antigua de hierro sobre la que descansaba un centro de mesa con flores rosas. Junto a

cada sofá orejero había otras dos mesitas, viejas, con sendas lámparas. El viejo, que caminaba con la ayuda de un bastón, preguntó a las jóvenes:

—¿Qué desean tomar?

Esa mirada de viejo verde.

—Para mí, un vodka con limón —dijo Inga, que era la más espabilada.

—Para mí, ginebra con tónica —intervino Nina.

Tiburcio les ofreció asiento a su lado mientras el padre se dirigía al mueble bar para hacerse con las bebidas. En esa zona tenía sus avíos para preparar los combinados. Sirvió a las chicas y le ofreció una cerveza a su “chiquitobala”. Estuvieron conversando sobre el futuro de las jovencitas, y cuando llevaban varias copas Tiburcio se levantó para ir al cuarto de baño. Para poder salir del salón tuvo que volver sobre sus pasos, hasta la puerta principal, y desde ahí siguió por el pasillo hasta el fondo, donde se hallaba el servicio. A tientas localizó el interruptor de la luz. El lavamanos, el inodoro y la bañera eran también de estilo anticuado, y estaban amarillentos por el paso de los años. El joven se sacó el miembro para mear, pero antes de que acabara apareció Inga.

—¡Ay!, perdona, no sabía que estabas aquí.

Tiburcio se giró para admirarla; tenía rasgos del este de Europa.

—¿Debería llamar al museo de Berlín? —preguntó.

Ella sonrió. Sabía muy bien por dónde iban los tiros.

—¿Por qué?

—Porque se les ha escapado una obra de arte.

Inga sonrió educadamente.

—¡Qué gracioso eres, Tiburcio!

—Ven, acércate. ¿Quieres tocarla?

Inga se aproximó al joven dorado, se puso de rodillas y empezó a chuparle la polla. Tiburcio se quedó paralizado; le costaba hasta respirar. No se esperaba que fuera tan lanzada, pero con el efecto del alcohol y las drogas que añadió su padre en las copas se sentía una especie de fuego interno. Él la afianzó del cabello mientras se levantaba, apoyándose con las manos en la tapa del váter. Entonces se le puso detrás y le arrancó la minifalda de cuero. Agarró su miembro y se lo introdujo por el culo. Ella se contrajo de dolor y empezó a chillar.

—¡Calla, puta! ¡Calla!

—Ah, ah, ah, ¡cabrón! Me vas a romper el culo.

Tiburcio se dio cuenta de que esas nalgas tan apretadas le iban a hacer correrse demasiado pronto, así que sacó el pene y se lo introdujo en el coño, que estaba más lubricado. Inga disfrutaba del placer que se daban mutuamente. Tiburcio era demasiado atractivo, las mujeres se volvían locas con él.

Eustaquio se encontraba muy excitado, con ganas de tener sexo.

A Nina ya no le apetecía estar allí. La mirada se le nublaba y no sabía bien dónde se encontraba. Notó que el viejo le tocaba los pechos; sintió un profundo rechazo.

—¡Déjame, maldito viejo! —exclamó.

Cerró los puños para defenderse, pero no le sirvió de nada. Eustaquio Schmidt levantó la mano derecha, la misma con la que le tocaba las tetas, y le propinó una bofetada. La muchacha giró la cara sin sentir dolor alguno. El viejo sonrió: sabía que ella estaba a su merced. Volvió a sonreír. Entonces se quitó

la dentadura postiza y la baba le corrió por la barbilla. Se puso de pie frente a ella, le bajó la blusa hasta el ombligo y comenzó a chuparle las tetas, llenándoselas de baba podrida. Nina lloraba de impotencia, pero no podía desprenderse de esa pesadilla. Empezó a inquietarse y le escupió al viejo en la calva; trataba de producirle algún daño. Pero la droga la mantenía tan relajada que el cuerpo no le respondía. Aquella persona horrenda se bajó los pantalones y se sacó la polla, vieja y arrugada; se la restregó por toda la cara. Nina estaba tan drogada que no podía luchar; se fijaba en las flores rosas del centro de mesa intentando crear una imagen diferente en su cerebro, pero no le valía para nada. Aquel ser primitivo seguía abusando de su cuerpo virgen y joven.

De repente, Eustaquio dejó de pasarle el pene por el rostro y se fue en busca de su bastón, con los pantalones bajados. Contemplar ese cuerpo desgastado, sin culo y con solo pellejos colgando daba ganas de vomitar. Sin darle tiempo a reaccionar, el viejo asió el bastón y le lanzó una estocada a la chica; le dio en toda la boca, partiéndole algunos dientes que cayeron a la moqueta. Del impacto, Nina giró ciento ochenta grados y se quedó bocabajo en el sillón orejero. Eustaquio se abalanzó sobre el culo de la joven y comenzó a quitarle el pantalón muy despacito, hasta que se quedó solo luciendo su tanga rojo. Seguramente se lo había puesto para una ocasión especial. El viejo se agarró de los salientes del sofá para tomar impulso y empezó a penetrarla. La joven solo gritaba de rabia e impotencia. La sustancia que había ingerido sin saberlo no la dejaba defenderse, pero sí sentía aquel malestar. La violación duró hasta que Eustaquio quiso. La muchacha era incapaz de salir de ese infierno.

Tiburcio empujó a Inga contra el suelo. Cerró la tapa del váter y se sentó sobre ella. Agarró a la chica por los brazos, a la desesperada, para acercarla hacia él. Inga veía nublado alrededor; su organismo notaba ya los efectos de la

droga. Tiburcio se la puso encima y trató de que ella se moviera, pero la joven no tenía fuerzas, apenas se podía mantener en pie. El chico se enfadó y la empujó contra el váter; ella cayó al suelo del cuarto de baño. Tiburcio le posó entonces la cabeza en el poyete de la bañera, y los brazos se le quedaron colgando hacia dentro de la pila. Entonces le sacó el culo desnudo y la puso a cuatro patas, como las bestias. Apoyando las rodillas en el suelo mugriento, comenzó a penetrarla, y antes de correrse se apoderó de la parte superior del váter, un trozo de mármol blanco que sostenía el mecanismo de la cisterna. Lo apoyó en la espalda de Inga y siguió penetrándola a un ritmo frenético. Perdiéndose en los sentidos, empezó a aullar de placer. Inga vociferaba de dolor al sentir ese taladro perforando su ano. Tiburcio, al tiempo que se corría, elevó el ladrillo de mármol con las dos manos por encima de su cabeza. El chófer loco dejó caer entonces el bloque sobre la cabeza de la joven turista, que seguía apoyada en el saliente de la bañera. Cuando emitió el último suspiro de delicia comenzó a golpearla: la sangre brotaba de las fracturas como si hubiera abierto el grifo de la ducha. Tiburcio asestó uno, dos, tres, cuatro y hasta cinco golpes certeros. El cuarto de baño se inundó de líquido rojo. Lo único que hacía la chiquilla era mover la cabeza de arriba abajo mientras ese loco le asestaba golpes brutales. Tiburcio aporreó, aporreó y aporreó hasta partir el bloque de mármol contra la cabeza de Inga. Entonces se desmoronó, jadeante, hacia un lado, impregnándose de sangre. Inga mantenía sus ojos verdes y penetrantes mirando hacia la nada. Allí se quedó Tiburcio un rato, con la respiración acelerada y los sentidos llenos de satisfacción. La joven alemana se hallaba desparramada en la superficie del cuarto de baño.

Eustaquio depositó su semen dentro de Nina; ya había terminado la violación. Entonces fue a buscar una manta, la apoyó en el suelo de moqueta y rodó el

cuerpo de la chica hasta que esta cayó encima de la tela. Nina tenía la mirada perdida; se sentía sucia, obscena. La muchacha quedó boca arriba con las manos abiertas. Eustaquio se dirigió al mueble bar, encima del cual reposaba una catana decorativa. Se hizo con el arma punzante y regresó hacia la mártir. Agarrando fuertemente el mango de la espada, se puso sobre el cuerpo desnudo de la joven turista. La chica abrió los ojos todo lo posible, como queriendo ayudarse con la mirada; casi se le salieron de las órbitas. El agobio que sentía era insoportable.

Ya la había utilizado, y era hora de borrar las huellas. Comenzó a acuchillarla y ella gritó con cada perforación del arma blanca. El viejo se había vuelto loco por los efectos del alcohol y el placer de matar; disfrutaba de su asustada víctima. Le siguió asestando golpes con la catana hasta que convirtió sus pechos en un colador y acabó con su vida.

Inga y Nina reposaban en el suelo de la mansión. Sus cuerpos sin vida habían quedado manchados con la violación y el asesinato de padre e hijo.

Fue una noche muy larga. Cuando el alba asomaba por la cumbre del monte Agudo, los cuerpos fueron trasladados a unos congeladores que Eustaquio Schmidt tenía para el ganado. Luego Tiburcio se hizo con las llaves de la habitación de hotel de las chicas. Se duchó y se preparó para eliminar las pruebas, y marchó a trabajar una hora antes.

Cuando no llevaba a los clientes a la playa, se quedaba ayudando en la recepción del hotel, sobre todo llevando las maletas a las habitaciones. Aquel día Tiburcio, nada más llegar, se hizo con el carro de equipajes y se dirigió a la habitación de las jóvenes. Recogió sus bultos, los colocó en los fardos, y después fue a un cuarto donde guardaba más equipajes, los de algunos clientes que repetían año tras año y entretanto dejaban allí sus enseres de verano.

Por último, bajó de nuevo a recepción y abrió la cuenta de las jóvenes turistas: tenían pendiente pagar al hotel veinte euros de consumiciones en el bar. Tiburcio pulsó en la opción de facturar, y él mismo puso el dinero en efectivo.

Habitualmente se ponía nervioso cuando hablaba con su padre de las locuras que cometían juntos. Lo que menos le gustaba era tapar las pruebas, y lo que más gozaba era golpear a su víctima mientras eyaculaba dentro de ella. Pero después de eso, todo era mierda y suciedad: la sangre, por ejemplo, resultaba difícil de eliminar. Además, sabían bien que el día que la policía registrara la casa encontrarían muchísimas pruebas acusatorias contra ellos. Por eso siempre se informaba antes de atacar a sus víctimas. Lo organizaban un día antes de la salida de ellas del hotel; así la familia tardaba más en darse cuenta.

Capítulo III

La novia

Su novia volvió el sábado. Le envió un mensaje por la mañana diciéndole que llegaría sobre las doce. Él salió a la una del trabajo. Eva lo había invitado a almorzar con su familia, con sus padres. Al padre no podía ni verlo, pero debía ir. Tenía que cumplir con su chica.

Iba conduciendo hacia el trabajo y mentalizándose. En aquella jornada todo transcurrió de forma automática: atendía a los clientes, los subía a la furgoneta y los descargaba en la playa. Llevaba ya dos años haciendo esa labor, y la verdad es que le complacía; le gustaba mucho conducir, y el trabajo le permitía hacerlo casi todo el tiempo. Aquel día solo trasladó a viejos; ninguna jovencita que le alegrara la vista. Esas viejas tenían más pellejo que un pollo asado, pensó con fastidio.

Al terminar su media jornada laboral se volvió a subir en la furgoneta y condujo hasta la casa de su novia. Ella vivía en Morro Jable, a escasos seis kilómetros. Eva lo recibió en la puerta principal y lo llevó a saludar a sus padres. El policía, muy en su papel, le repasó de arriba abajo con la mirada. No aparentaba estar contento de su presencia. Tampoco Tiburcio se alegraba de verlo; en realidad lo aborrecía tanto que por su gusto lo ahogaría en la bañera. En cambio, la madre se lo quedó mirando con cara de zorra; esa mirada cachonda que suelen lanzar las cuarentonas a los jovencitos. Sabía que la ponía mucho, fijo que ese mariquita con uniforme no la complacía y ella estaba necesitada, andaba pidiendo rabos a gritos. Tiburcio se deleitó

pensando que como se pusiera en su camino la destrozaría; se la metería por el culo hasta que su ano pareciese un donut de chocolate. En estos pensamientos estaba cuando se percató de que la madre de su novia llevaba un vestido azabache, de una tela bastante fresquita que le marcaba las tetas y el culo prieto. «María Pérez, estás bastante buena, eres una cuarentona cachonda», pensó el muchacho. Como su actividad se limitaba a las labores del hogar y algo de deporte, tenía bastante energía acumulada.

Pasaron al comedor y la madre sirvió la comida: pechuga de pollo a la plancha y papas fritas. No se había esmerado mucho, seguro que no se encontraría motivada, solo quería que la penetrasen. El pollo no tenía ningún sabor y se le había chamuscado. Las patatas tampoco sabían a nada, aunque la salsa en la que lo había embadurnado todo facilitó poder tragar aquello. Mientras comían, la madre no paraba de hablar del gimnasio: que si ayer hizo esto, que si mañana haría lo otro, y que si pasado lo que le faltaba. Ella hablaba, y hablaba y hablaba, sintiéndose el centro de la reunión. «Por favor, tierra, trágame», pensó Tiburcio. Tratando de escapar, se levantó para ir al baño.

Después de hacer sus necesidades, cuando iba a salir, sintió que empujaban la puerta. Pensó que sería Eva con ganas de jugar. Pero era su madre. La mujer entró en el cuarto de baño y le dio un beso, al tiempo que le agarraba la polla y le susurraba:

—Qué cachonda me pones.

Le aferró una mano y se la metió en el coño. Tiburcio alcanzó a sentir, con la yema de los dedos, que estaba empapada.

—Qué ganas tengo de que me penetres —jadeó ella.

Pasó todo tan rápido que casi ni se dio cuenta. Era la madre de su novia. Aquello era de locos.

—¡Toma! —exclamó María—. Guarda esto.

Le había dado una servilleta de papel con su número de teléfono apuntado.

—Tengo todas las mañanas libres —añadió con un guiño.

De pronto se oyó ruido en el pasillo. Ella se quedó en el baño y Tiburcio salió y se dirigió al dormitorio de Eva. Allí lo estaba esperando su novia, medio desnuda. Por un momento pensó que las mujeres estaban todas locas. Pero se encogió de hombros y cerró la puerta: la madre lo había dejado bastante cachondo, así que folló con su novia con muchas ganas. Cuando acabaron y estaban abrazados en la cama, ella le murmuró al oído:

—He dejado de tomar anticonceptivos. Ya tengo dieciocho años, va siendo hora.

Tiburcio se quedó pasmado: acababa de depositar su semen dentro de ella. Por un momento sintió un poco de felicidad. Últimamente tenía el alma tan sucia que no podía ver la luz del sol. La observó y sonrió. Luego miró el reloj: se había acabado lo bueno. Se levantó de la cama y se puso de nuevo la ropa del trabajo. Antes de salir se acercó a Eva para despedirse.

—¿Vamos esta tarde al culto? —le dijo ella mientras lo miraba sonriendo. Él asintió:

—Te veo esta tarde.

Al salir de la habitación se cruzó de nuevo con la madre, que pasó por su lado mordiéndose el labio inferior. Se llevó la mano derecha a la oreja, imitando el gesto de hablar por teléfono. En un tono susurrante, muy libidinoso, le dijo:

—¡Lláname!

Tiburcio pensó que esa mujer se parecía a las prostitutas que salían en televisión a partir de las doce de la noche. Antes de abrir la puerta principal

apareció el padre y le agarró fuertemente el brazo antes de espetarle:

—Cuando yo tenía tu edad, respetaba a mis novias. No iba a sus casas y me las follaba dando alaridos. Eres un hijo de puta. ¡Quiero que lo sepas!

Tiburcio lo miró esbozando una sonrisa torcida. Por su cabeza pasó el siguiente pensamiento: «No me basta con follarme a tu hija, también me follaré a tu mujer. Se la meteré por el culo y ella estará una semana sin poder sentarse». Entonces lo miró de nuevo y le lanzó un beso de amor.

—¡Chao, chochín! Gracias por el almuerzo —dijo con sorna.

El policía lo empujó fuera de su casa con rabia. Tiburcio se marchó satisfecho.

El chico se subió a la furgoneta y condujo de vuelta al trabajo, con la barriga llena y los testículos vacíos. Solo faltaban dos horas para finalizar su jornada laboral y no había visto nada bueno que echarse a la boca. Esa semana, el viejo se quedaría sin poder violar a nadie. Caroline se había marchado a Alemania y no creía que fuera a volver nunca más, después de que la hubieran violado repetidas veces.

En el último viaje del día no vio a nadie en la playa. Condujo despacio hacia el hotel y a mitad de camino, a lo lejos, divisó a dos personas que le hacían señas: una joven de unos dieciséis años y una mujer cuarentona de buen ver; seguramente madre e hija. Detuvo la furgoneta a su altura y les indicó que subieran al asiento del acompañante. La chica tenía el pelo largo hasta la cintura y unas curvas perfectas; estaba bastante buena. Le dijeron que se quedarían una semana, hasta el viernes. Prometió llevarlas de ruta por la isla el miércoles e invitarlas a un asado en casa el jueves. Les enseñaría las cabritas y los cochinos. Después las violarían hasta matarlas. Para Tiburcio la hija, para el viejo la madre.

Aquella tarde había culto y acudieron a la Iglesia Moderna, como de costumbre, su madre, Remedios, su novia y él. La única decoración del templo era una cruz de un metro y medio de altura en medio del escenario, adornada con un pañuelo morado a modo de bufanda. A la izquierda había una batería y junto a ella una chica tocaba la flauta. «Bonitos labios para comer pollas», pensó Tiburcio. Fantaseó con proponerle tocar otro instrumento, alargado y juguetón. Al lado de la chica de la flauta se encontraba un hombre con una guitarra eléctrica y también una mujer que tocaba el piano. Esa era la composición de la orquesta. Delante de ellos, el pastor, que estaba a punto de dirigir su prédica a una sala abarrotada de gente.

El culto dio comienzo con las alabanzas y luego el pastor predicó la palabra de Dios. Después todos los fieles oran y el pastor bendecía a su rebaño. Más o menos así era siempre. En realidad, Tiburcio iba por su madre; ella le decía que de ese modo no ardería en el infierno. Pero él estaba seguro de que sí lo haría. Y si el viejo hubiera ido al templo, su organismo se habría desintegrado; a veces pensaba que de verdad llevaba un demonio dentro.

Su madre saludó a todo el mundo. La gente la adoraba, nada que ver con los sentimientos que despertaba Eustaquio; él era como un enorme grano en el culo de su mujer. No se habían separado porque ya llevaban muchos años juntos. Pero eran como Dios y el Diablo, la noche y el día. Y él se encontraba en medio. El problema era que admiraba más a su padre que a su madre. Remedios siempre había tenido el sueño de reabrir una iglesia que se alzaba en los terrenos de la familia Schmidt. Tiburcio creía que era una buena idea hacerle ese regalo a su mamá, que la haría feliz. De unos años a esta parte, la mujer había envejecido muy rápido. Parecía que le afectaba todo lo malo que hacía Eustaquio. A veces pensaba que, a pesar de los años de unión, su padre no la quería; él seguía agarrado a la juventud como a un clavo ardiendo, pero los años pasan para todos, y a todos nos llega el final: la piel agrietada, los

parpados caídos. Si matara a su padre, Remedios lo enseñaría a ser mejor persona. La oscuridad del viejo invadía el reino de los Schmidt.

Eustaquio

Su mujer y su hijo se habían ido al culto, y él se quedó en lo alto de la montaña, con las cabras y las ovejas. El pasto en la isla no era abundante, pero los animales siempre encontraban alimento que llevarse a la boca. Mientras el ganado pastaba, la luz del sol se iba ocultando tras las montañas. Eustaquio se había fabricado un lazo con una cuerda, como los que suelen llevar los cabreros para guiar al ganado. Metió en él una piedra de buen tamaño y la hizo girar con todas sus fuerzas antes de lanzarla. Tenía buena puntería. Colocó alineados varios envases de cerveza vacíos, de vidrio. Retrocedió varios metros y estuvo un rato derribándolos a pedradas. En cada ocasión la piedra salía disparada del lazo como un proyectil. Luego reunió al ganado y descendió con él por el sendero, camino de casa. Se moría por abrir una botella de tinto. Nada más llegar se sentó en el porche y se sirvió una copa. El crepúsculo avanzaba, y el viejo se relajó mirando el horizonte. De repente se oyeron unos gritos a cierta distancia.

—¡Maldito cabrón! —Era el señor Fischer—. ¡Has violado a mi hija! ¡Viejo bastardo!

El hombre se aproximaba a su posición, muy enfadado. En la mano llevaba un bate de béisbol. Aquello tenía muy mala pinta. De un salto llegó al porche y sin mediar palabra le atizó con el palo; el primer golpe le dio en el ojo y le hizo caer de la silla. Intentó levantarse, pero un nuevo porrazo en las costillas le hizo besar la lona otra vez. A lo lejos pudo oír las voces de Annika Fischer, que se acercaba. Con el rabillo del ojo bueno vio cómo sujetaba a su marido y se lo llevaba. Eustaquio se quedó allí tirado en el suelo del porche,

destrozado. El ocaso seguía su curso y la noche le infundía fuerzas para matar. Durante el día se sentía vacío y débil. La luna empezó a asomar por el horizonte con una luz tenue. El viejo se incorporó aullando como los lobos, y rugió:

—¡Señor Christian Fischer, acaba lo que empiezas!

Pero la pareja no miraba atrás, seguían caminando en dirección a su casa. Cuando logró estabilizarse un poco, agarró una piedra de buen tamaño, la apoyó en el lazo de la soga y la lanzó con todas sus fuerzas. Impactó de lleno en la nuca de su vecino, que cayó a tierra. La mujer se dio la vuelta y se quedó mirándole fijamente, horrorizada. Eustaquio tomó otra piedra y ella salió corriendo, pero antes de que lograra entrar en su casa le abrió la cabeza de un nuevo impacto. Luego se acercó renqueando hasta los dos; le arrebató al señor Fischer el bate de béisbol y la emprendió a golpes con él en la cabeza, hasta que se cansó. Entonces se agachó y le dijo al oído con soberbia:

—Yo no violé a tu hija, ella lo estaba pidiendo a gritos.

Pero aquel cuerpo sin vida no le pudo contestar. Eustaquio fue a buscar otro trozo de cuerda, con el que amarró las manos de la señora Fischer. También le tapó la boca. Le subió el vestido de flores para penetrarla, y entonces ella abrió los ojos e intentó gritar, pero ya estaba amordazada. El viejo la violó hasta que no pudo más, y tanteó alrededor buscando el bate de béisbol. Ella seguía mirándolo con los ojos desorbitados. La golpeó hasta que la cochina dejó de respirar. La sangre del matrimonio había salpicado por todos lados.

Sin perder la calma, se dirigió en busca el tractor y con la pala recogió los dos cadáveres. Cuando iba a retomar la marcha se dio cuenta de que su mujer y su hijo llegaban por debajo del puente. Ya no le daba tiempo a llevar los cuerpos al congelador, así que elevó la pala hasta que el brazo llegó a su tope. Allí quedarían ocultos.

Cuando llegaron a casa, Tiburcio advirtió que su padre tenía bastantes heridas, como si se hubiera peleado con alguien. Él les contó que se había caído bajando por la montaña. Remedios se lo llevó a casa y lo curó. Eustaquio no era muy propenso a lavarse, pero en esa ocasión su mujer lo convenció de que se diera una ducha y se aseara, y ella aprovechó para cortarle el pelo y afeitarse. Y es que el viejo, si lo dejaban, era capaz de llenarse de pelos como los monos.

El chico subió al dormitorio con Eva. Hicieron el amor, y cuando acabaron se levantó para ir al baño. Oyó unos pasos tras él por el pasillo y se volvió a mirar: era el viejo. Se le acercó todo lo que pudo; quería pedirle permiso para tocar a su novia. Caroline era una cosa, pero Eva era diferente. Su padre lo agarró del brazo y le dijo:

—Chiquitobala, debes deshacerte de los cuerpos.

Se le hizo un nudo en la garganta; a duras penas pudo preguntarle:

—¿A quién te has cargado?

—A la familia Fischer —respondió Eustaquio.

Tiburcio se quedó pasmado observando esa cara llena de arrugas, consumida por las drogas y el alcohol. Había empezado a matar animales, pero las personas eran otro cantar; al morir, un ser humano deja demasiado rastro, cualquiera tiene seres queridos que reclamarían sus restos. Ahora sí que iban a tener problemas con la ley. Aunque al fin y al cabo era su padre, y debía ayudarlo. Eustaquio volvió a hablarle, sacándolo de sus pensamientos:

—Chiquitobala, mételos en el congelador.

—Pero ¿dónde están los cuerpos?

—Dentro de la pala del tractor.

Ambos salieron del baño y Tiburcio se quedó observando al viejo mientras este avanzaba tambaleándose, sujetándose las costillas. Hacía el mismo movimiento que un barco en alta mar cuando el agua está picada. Al menos podía suspirar tranquilo: no iba a violar a Eva. Cuando llegó a su dormitorio, su novia se estaba vistiendo. Salieron juntos y la llevó a casa. Al regreso ya era noche cerrada; no había luna ni se veían estrellas. Tiburcio conducía por debajo del puente cuando advirtió por el retrovisor que un coche le seguía. Pensó: «Qué raro, un coche a esta hora, por aquí». Cuando tomó el camino de tierra que desembocaba en su mansión, el otro vehículo hizo lo mismo. Tiburcio aparcó frente al porche y al bajarse de la furgoneta y mirar hacia ese coche sospechoso se percató de que era un vehículo policial. Justo en ese instante se apeaba del asiento del conductor un hombre alto y fuerte. Apenas pudo distinguir sus rasgos, entre la escasez de luz y las ramas de los árboles y el tractor, que se lo tapaban. El hombre se acercó y el corazón de Tiburcio empezó a acelerar su latido. Miró un momento hacia la pala del tractor, donde se hallaban los cadáveres de la familia Fischer. Justo en ese momento el policía llegó a su altura, y ambos quedaron bajo la pala del tractor. Entonces Tiburcio se percató, nervioso, de que se trataba del padre de Eva. Pensó que igual venía a detenerlo; de eso no estaba seguro, lo que sí era cierto es que lo odiaba con toda su alma. El policía se acercó aún más a Tiburcio y le soltó con desprecio:

—Escoria, ¿dónde está mi hija?

El chico le devolvió una mirada que expresaba sus ganas de rebanarle el pescuezo. Pero con el rabillo del ojo vio que, sobre la pala del tractor, una mano se movía entre los picos de hierro. Maldita sea, su padre no había rematado a uno de ellos. Decidió contestar al padre de Eva para ganar tiempo:

—¿Su hija? La llevé a casa... después de metérsela por el coño.

El hombre reaccionó pegándole una patada en la rodilla que le obligó a agacharse. Acto seguido, le soltó un puñetazo en la mandíbula y este sí que lo noqueó. Tiburcio cayó al suelo y se llenó de polvo y tierra. Sus ojos volvieron a fijarse en la pala del tractor: medio cuerpo del señor Fischer asomaba por el borde. Manolo Pérez tenía un cadáver colgando sobre su cabeza. Unas gotas de sangre cayeron en su cara; eran del señor Fischer. Pero él seguía cegado por la rabia y ni se enteró.

—No quiero que te acerques a mi hija, mierda de persona. Hueles a cabra y oveja —le escupió a Tiburcio.

—De acuerdo, señor Pérez. He aprendido la lección —respondió el chico con fingida humildad.

El policía se dio la vuelta, satisfecho y convencido de haberle metido el miedo en el cuerpo. Volvió a subirse al coche y dio marcha atrás para salir de la finca. Justo después, el señor Fischer cayó desde varios metros de altura encima de Tiburcio y quedó tumbado sobre él. El muchacho tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para quitárselo de encima.

—¡Por favor, ayúdame! —se quejaba el señor Fischer.

Qué ingenuo si esperaba que lo ayudase. Tiburcio lo desplazó hacia un lado y se incorporó para ir a buscar un cuchillo. Al volver agarró a su vecino del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Entonces deslizó el arma por su cuello, a la altura de la yugular, y se dibujó un hilito rojo. El señor Fischer volvió a hablar:

—Por favor, ayúdame... —insistió.

Fueron sus últimas palabras. La sangre empezó a salir a borbotones por la herida, empapando el rostro y la ropa de Tiburcio. Este soltó al hombre, se subió al tractor y bajó la pala para colocar de nuevo el cuerpo en su lugar.

Luego los transportó a los dos al matadero y los arrastró hasta el congelador de los animales. Le clavó a cada uno un gancho en la espalda y los elevó. Allí los dejó, colgados y fríos.

Capítulo IV

María Pérez

Se puso las medias de rejilla y se pintó los labios de rojo putón. Estaba muy excitada. Tiburcio le encantaba, era el hombre dorado al que siempre quiso tener. Llevaba tantos años casada que no se acordaba de la última vez que sintió de verdad una penetración. La volvía loca pensarlo. Ya sabía que era el novio de su hija, pero Eva aún era joven, no era seguro que fueran a acabar juntos. Su marido lo odiaba, pero ella lo deseaba hasta la perdición. El chico tenía un físico perfecto: rubio, ojos azules... No le gustaba mucho ese peinado que se hacía, aplastándose el pelo y con raya a un lado, pero bueno, era un detalle que podía dejar pasar.

Con las medias de rejilla y la falda de licra azabache lo iba a poner muy cachondo; seguro que no dejaría de pensar en ella. Aquel miércoles tenían la mañana para ellos solos. Se puso un corsé de color tostado que le resaltaba la piel caramelo. También su cabello suelto, castaño, le debería de gustar, igual que admiraba el de su hija.

No era la primera vez que se “portaba mal”. Ya lo había hecho otras veces, siempre con algún jovencito; ellos eran fáciles de manipular. En el gimnasio había algunos a los que ya se había tirado. Le gustaba el sexo y lo demás le daba exactamente igual, solo pedía tener un poco de emoción en su vida de ama de casa. Se había dedicado siempre a servir a su marido, y además cuando hacían el amor la mayoría de las veces era en la postura del misionero; antes de que ella empezara a lubricar, su marido ya se había corrido. En

realidad, nunca quedaba satisfecha. A veces sucedía que estaban en el sofá, viendo una película, abrazados en posición de cucharita, y su marido le desplazaba el tanga hacia un lado y le penetraba su chochito seco; eso le dolía un poco, sobre todo al principio. Pero en cuanto empezaba a saborearlo, él se corría sin avisar. En esos casos simplemente se sentía sucia. Si hacía las cuentas, esa experiencia multiplicada por años era en lo que consistía su relación, y para tener aquello prefería estar sola. Siempre lo mismo: él llegaba a casa y se ponía a ver el fútbol tomándose unas cervezas. Luego le hacía el amor de forma vertiginosa, y hasta otro día.

Con sus amantes era muy distinto: la hacían volar hasta el más allá. Ella era quien decidía cuándo acabar. Aquellos hombres solo deseaban darle placer hasta que su cuerpo perdiera todos los fluidos. Eso era de verdad un hombre complaciendo a una mujer; si su marido fuese así, lo amaría hasta la muerte. «Pero una vez que te casas, todo eso se acababa», pensó con fastidio. El amor pende de un hilo y el odio se hace dueño de la relación. A María le daba asco el olor de su marido, le daba asco que la tocara y hasta que la mirara. Y eso que ella se cuidaba mucho y se ponía sexi para su esposo; y él se excitaba, pero no le daba placer. Y como él era la autoridad, parecía que era el único que podía disfrutar.

Pues se negaba a eso: tenía cuarenta años, era una mujer atractiva. Los jóvenes, metafóricamente, le lanzaban los calzoncillos pidiéndole guerra. Y ella era una guerrera que los deseaba. Había decidido vivir su vida con emoción. Se acabaron los lloriqueos después de que su marido se fuera a dormir. Era fuerte y no pensaba esperar a que la muerte llamara a su puerta y la encontrara con el alma limpia de pecados; al contrario, se la entregaría sucia, pero satisfecha con la vida que había vivido.

De repente tocaron a la puerta. El corazón se le aceleró y el chochito se le

mojó. Se acercó a la puerta principal y la abrió. Allí estaba ese ángel dorado: llevaba una camiseta de asillas que resaltaba sus pectorales, los hombros y unos bíceps enormes. Lo invitó a pasar. Tiburcio entró tranquilamente. María confiaba en que hubiera pillado la indirecta del otro día, cuando le agarró la polla. No quería hablar, solo deseaba que la penetrara hasta dejarla satisfecha.

—Buenos días, Tiburcio. ¡Estás muy guapo!

—Buenos días, María Pérez. ¡Usted está muy sexi!

Se había dado cuenta de que se había vestido así para él.

—Ven, pasemos al salón.

Caminó delante de él para asegurarse de que viera cómo los tacones de aguja realizaban su trasero. De pronto, Tiburcio se abalanzó sobre ella y la sujetó del pelo, que María llevaba largo y se había dejado suelto, y de ese modo la arrastró hasta el sofá. Le dolía, pero lo dejó hacer. El chico la lanzó contra el sillón, donde cayó sentada con la cabeza hacia atrás. Él se arrodilló en la alfombra, le abrió las piernas y con sus enormes manos le rompió las medias. Entonces se lanzó a su entrepierna y empezó a darle lametones y a jugar con su clítoris. María se excitó inmediatamente y gritó de placer; estaba empezando a viajar hacia el paraíso. Él la miraba desde su posición, con los ojos abiertos de par en par. Ella le agarró el pelo y se lo alborotó; odiaba ese peinado con raya a un lado. Le sujetó la cabeza y se la pegó más a su sexo.

Al poco, Tiburcio se apartó para respirar. Se quitó la ropa, se tumbó boca arriba al otro lado del sofá y la llamó con el dedo. Su miembro estaba erecto. María se puso boca abajo y avanzó hacia atrás, ofreciéndole su chochito en bandeja. Hicieron el sesenta y nueve; cada uno chupó con avidez al otro. Luego se incorporaron y él quedó sentado, con la mujer en su regazo, agarrada al respaldo, con las rodillas apoyadas en los cojines y moviéndose a un ritmo lento, deslizándose por su miembro viril. Sudaban ya como pollos asados.

María cambió de nuevo la postura: apoyó directamente los pies en el sofá y fue subiendo y bajando como si hiciera sentadillas, cada vez más rápido, hasta que se corrió aullando como una loba.

Llevaban ya una hora retozando. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto, pero ya era hora de acabar. Le dolía todo el cuerpo. Se puso de rodillas y empezó a comerle la polla; quería que eyaculara en su boca y terminar de una vez. Pero no había forma. Cuando se cansó de chuparla, paró y se echó hacia atrás en el sofá.

—¿Qué haces, puta?

A María no le gustó ese tono de voz. Tiburcio había cambiado su cara de ángel por la de un demonio; dorado convertido en bronce. La enganchó y la conminó a que siguiera chupando.

—Estoy cansada, Tiburcio.

—¡Venga, puta! Cómeme la polla hasta que me sacie.

¿Qué significaban esos insultos? Le dieron ganas de agarrar un cojín y asfixiarlo. Con un suspiro se incorporó y volvió a meterse en la boca esa serpiente de un solo ojo, a ver si por fin se corría. Él la agarró fuertemente del pelo y tiró hacia atrás. Le hacía bastante daño. María se rebeló dejando de chupársela.

—Hasta que no me trates bien, no voy a seguir.

Tiburcio se levantó del sofá. «Ojalá que se vista y se vaya», pensó ella. Pero no fue así. Aquello no había hecho más que empezar.

—Eres una puta. Te voy a pagar tus servicios, así que dame más placer —escupió Tiburcio girando sobre sus talones para mirarla fijamente con sus fríos ojos azules. Luego se volvió a sentar y le advirtió—: Si no me lo das... ¿lo cojo yo?

María empezó a temblar de miedo. Había llegado a su casa el mismo diablo. Lentamente, con precaución, se puso de rodillas junto a él, con la vista fija en su semblante descompuesto. Sin previo aviso, él le asestó un puñetazo en el ojo que la hizo caer hacia atrás y golpearse con la mesa. Entonces le aferró el pelo y la arrastró hasta el sillón. Su cuerpo quedó boca abajo. Tiburcio metió su polla empalmada entre nalga y nalga y empujó con rabia; el dolor era insoportable. La siguió maltratando así y además le tiraba del cabello y le pegaba puñetazos en la espalda. Ella se puso a llorar de impotencia, pero se bebió las lágrimas. Temía por su vida. El día había sido soleado hasta que empezó la tormenta. El muchacho cada vez la penetraba con más rabia y la mujer sentía su ano virgen desgarrándose por dentro. Deseó fervientemente que se corriera de una vez.

«Por favor, Dios mío, ayúdame», pensaba.

Pero no iba a venir nadie a ayudarla. Tiburcio empujaba su cuerpo contra el sofá y se la metía con una fuerza sobrehumana. María intentó aguantar la respiración para quedarse inconsciente; o morir. Nada le importaba si, como pensaba, no iba a salir viva de aquella locura. De repente, se la sacó.

«Ojalá haya acabado».

Pero no fue así. Siguió pegándole puñetazos y luego la agarró y la lanzó como una muñeca contra la mesa de cristal, que se partió en mil pedazos. Entonces la alzó como un fardo y la puso a cuatro patas, como las bestias. Y se la volvió a meter por el culo: la penetró cuanto quiso hasta que ella sintió un líquido deslizándose por su ano desgarrado. Había terminado la violación.

Tiburcio le dio la vuelta al cuerpo casi inerte de María y la enfrentó a su faz de loco. Tenía los ojos desorbitados. Por último, le asestó otra trompada y la dejó tirada en el suelo, fría y sin alma. Él comenzó a vestirse y luego se le acercó de nuevo. Ella se puso en guardia con las escasas fuerzas que le

quedaban; pero el chico había decidido que no habría más tortura. Simplemente le tiró un billete de veinte euros a la cara.

—Este es el pago por tus servicios, ¡puta!

Y se marchó por el oscuro pasillo. María quedó desmadejada en el suelo; había sido violada, maltratada e insultada. Tenía el alma rota. Pensó en ir a ducharse para tratar de quitarse de encima ese olor repugnante, e intentó incorporarse, pero le dolía todo. Se arrastró como pudo hasta el cuarto de baño. Toda su ropa estaba destrozada. Se introdujo a duras penas en la bañera y abrió el grifo. El agua salía congelada, pero no le importó, porque al menos iba limpiándole las heridas. Por el fondo de la pila se deslizó un hilillo de sangre.

Una hora después seguía allí, frotándose para quitarse aquel olor nauseabundo que la invadía. Al salir de la bañera y secarse con la toalla, esta quedó también manchada de sangre. Solo entonces se miró al espejo y pudo verse la cara: tenía un ojo hinchado. Le había pegado una paliza.

—¡Maldito cabrón! —exclamó con rabia.

Del ojo morado emergió una lágrima de impotencia. Intentó pensar en seguir adelante, en dejar de lamentarse. Quería recoger los cristales rotos, limpiar el escenario de la violación, pero no tenía fuerzas para hacerlo sola. Necesitaba un médico. Las heridas eran más graves de lo que pensaba. Con la toalla enrollada en la cintura caminó despacio, tratando de mitigar el dolor. Tomó la escoba y el recogedor y fue recogiendo poco a poco los cristales del suelo.

«Ese cabrón de Tiburcio me ha destrozado por dentro y por fuera», se lamentó.

Ella simplemente quería media hora de pasión, cumplir alguna fantasía sexual, y no vivir un infierno en su propia casa.

Se puso ropa cómoda para tratar de tapar su vergüenza. Abrió el armario y

cogió dos muletas para ayudarse a caminar. Llamó un taxi y pidió ir al centro de salud para que la reconociera su médico. Menos mal que su marido era policía y tenían atención médica privada; nunca tenían que esperar demasiado.

Cuando llegó al centro de salud no era capaz de fijarse en nada; solo veía un túnel tenebroso y sin salida. No sabía si era de día o de noche. Únicamente ansiaba sentirse un poco mejor. Su médico de cabecera, al verla, se quedó asombrado. Le pidió que se tumbara en la camilla.

—¿Qué te ha pasado?

Le contestó a duras penas:

—Me he caído sobre la mesa de cristal.

El médico la fue revisando como a un coche de fórmula uno, desde el parachoques hasta el maletero. Tenía todo el cuerpo hinchado, y al levantarse la camisa comprobó que la piel se le había amoratado con marcas como de nudillos. Además, entre las piernas había una mancha de sangre. El doctor le pidió que se diera la vuelta y se bajara el pantalón: tenía un desgarró anal. En ese momento María perdió el conocimiento, seguramente por la falta de fuerzas y también por la vergüenza, y cayó hacia atrás musitando:

—Tiburcio, maldito cabrón...

Capítulo V

Sophia

Recogió a Sophia y a su madre y tomaron el camino de la punta de Jandía, el lugar donde se acaba la isla de Fuerteventura, punto de unión entre el norte y el sur. Marcharon hacia ese mar de olas tranquilas, ya que el del norte estaba más peligroso. Sophia Müller llevaba puesto un pantaloncito corto, de esos que enseñan media nalga; era de color negro y de tela vaquera. Con esas piernas tan largas parecía un flamenco. Las tetas aún le estaban naciendo, apenas apuntaban maneras, pero su físico lo compensaba con creces.

Ellas no querían estar dando vueltas por la isla, solo deseaban ir a una playa desierta para pasar el día. A Tiburcio ese plan le pareció estupendo. Se detuvieron en la de Cuevas Negras, que en aquel momento lucía cubierta de arena blanca; no siempre era así. Se bajaron de la furgoneta para dirigirse a una zona de la playa que le había gustado a la madre de Sophia. La mujer, de repente, perdió el equilibrio en un pequeño montículo de piedras y cayó. Los dos jóvenes corrieron a ayudarla; se había raspado los dedos de los pies. Tiburcio fue a la furgoneta a coger tiritas, Betadine, agua oxigenada y algunas cosas más del botiquín, y se las entregó a Sophia para que curase a su madre, que se había sentado en una roca.

La chica se agachó junto a su madre y comenzó a curarle los dedos de los pies. Su pantalón era tan minúsculo que al bajar con el culo en pompa Tiburcio pudo advertir cómo entre sus hermosas piernas se le salía un labio del

solomillo. Uf, qué buena estaba. Se quedó atontado mirando sus piernas largas, finas y exóticas, y la entrepierna que las unía.

La madre estaba enfadada por haberse caído nada más llegar, y refunfuñaba. Pero Tiburcio no prestaba atención a sus palabras: se encontraba observando detenidamente los labios inferiores de Sophia, y por un momento le pareció que le hablaban, que pronunciaban su nombre y lo animaban a que se los comiera. Esos labios, no probados aún por nadie, estarían deliciosos.

«¡Cómeme, Tiburcio! ¡Cómeme, Tiburcio! ¿Por qué no me comes, Tiburcio?», oyó que le decían.

Se mojó los labios imaginándose que probaba ese mejillón sin abrir. Quería comérselo hasta llenarse el rostro con sus fluidos. A veces las mujeres no saben hasta qué punto pueden enloquecer a un hombre; simplemente con agacharse haciendo el saludo de los chinos y dejando el mejillón a la vista. Eso vuelve loco a cualquiera.

Sophia terminó de curar a su madre y continuaron la marcha montaña abajo, hasta la playa, donde montaron el campamento. Prepararon un asadero de carne de cochino y ambas se quedaron en bikini. La verdad es que estaban buenas las dos: admiró el cuerpo desgastado de la madre y el cuerpo virgen de la hija, de tan solo dieciséis años. Ese chochito tenía que ser de un frescor dulce y agradable.

Cuando terminaron de comer, la madre se tumbó a tomar el sol y parecía un cocodrilo en medio de la orilla, con la boca abierta y mirando al cielo. La hija quería explorar la playa, y Tiburcio violarla hasta hartarse de su perfume inocente. Fueron hacia la orilla para darse un baño. El agua estaba helada; tanto que seguro que los peces andarían con chaqueta. Menos mal que hacía sol. Llegaron hasta un recodo donde había una cueva. Sophia se acercó a la entrada, en una zona desde la que no se veía a la madre. El bikini azabache

sobre esa piel tan dulce le quedaba sobresaliente. Sophia tenía los ojos de un verde penetrante; su cabello, largo, liso y muy negro, le brillaba con un encanto especial. Dejándose llevar por la profundidad de la cueva, Tiburcio se acercó a ella y entró a matar. Sophia se dejó hacer; quería disfrutar al máximo de sus vacaciones. Estuvieron un rato besándose, el chico extasiado saboreando esos labios tan dulces como la miel. Su miembro se puso rígido demasiado pronto; era normal teniendo en cuenta que ya había probado esa piel de caramelo, que sabía exactamente igual que el paraíso. Tumbó a Sophia en medio de la cueva y fue bajando hasta la altura de su sexo. Ella se contraía de gozo y se iba empapando. Entonces le apartó el bikini hacia un lado y contempló su rizado monte de venus; pensó que sería virgen, porque suponía que una chica de su edad que practicara sexo lo llevaría depilado.

Estaba tan cachondo que no le importó; al contrario, le resultaba muy agradable recorrer ese vello ondulado. Palpó el pequeño bosque con los dedos y ella se estremeció de satisfacción. Estaba tan cachondo que se sentía volar; era como estar en el cielo, y Sophia era un ángel. Puso orden a los vellos encrespados, echándolos a un lado para dejar espacio a su lengua; comenzó a rozarle los labios y ella gemía como una perra. Luego le lamió el clítoris mientras ella lo agarraba del pelo y le tiraba hacia atrás. Ya era esclava de sus deseos. Sophia cerró los ojos y siguió aullando a las paredes de la cueva. Tiburcio fue introduciendo poco a poco el dedo índice en su sexo, palpando su virginidad. Ella se contrajo de dolor, y un hilito de sangre emergió entre sus piernas. Ya estaba desvirgada; se encontraba preparada para recibir a su pene.

Regresó a su altura y le introdujo el miembro. Ella lo abrazó clavándole las uñas en la espalda. La serpiente de un solo ojo halló su camino. La chica continuó arañándole, pero en ningún momento le dijo que parara. Tiburcio penetró ese chochito, tan cerrado que no pudo aguantar más y enseguida

eyaculó dentro de ella. La cueva era testigo de que no la había violado.

María Pérez abrió los ojos; se sentía un poco mejor. El médico la había dejado ingresada y a su alrededor había multitud de aparatos clínicos. La televisión estaba encendida y sonaban las noticias. Se sentía utilizada y con el alma sucia. Sus pensamientos regresaron al hombre dorado penetrándola y maltratándola. Sabía perfectamente que cuando se acude al médico con síntomas de agresión sexual, por protocolo se toman muestras por si hay una denuncia y un juicio. El hombre dorado había depositado su semen dentro del ano de María; no cabía duda de que fue una violación, aunque lo cierto es que al principio la relación fue consentida: le abrió la puerta de su casa y de su sexualidad. «La culpa es mía», pensó, angustiada. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. En tan solo unos segundos, la vida te puede cambiar por completo.

«¿Cómo voy a enfrentarme a esta situación?».

Miró hacia su izquierda y vio a su marido dormido en un sillón. Seguro que lo sabía todo, se le caía la cara de vergüenza. Su amor se había marchado hacía ya demasiado tiempo; sentían cariño el uno por el otro, pero ya no soportaba que la tocara. Muchos años llevaba sin considerarse feliz.

«¿Cómo serán los otros matrimonios?»., reflexionó María para sí.

El suyo, desde luego, era un desastre; un mero escaparate por el que dirán de la gente. Él seguro que tendría alguna aventura por ahí. No se lo reprochaba, en realidad se alegraba de que encontrara un motivo para arreglarse y para sentirse querido. Luego pensó en que con seguridad el médico no habría podido callarse lo que había ocurrido; era su trabajo informar al marido de los golpes que recibió ella, en parte para advertirle si es que había sido él el responsable. Se lamentó en silencio, pero tampoco le había quedado otra

opción que acudir al centro de salud: tenía la cara amoratada y el ano desgarrado; no podía apenas caminar. El cabrón de Tiburcio la penetró sin lubricarle el ano. Si lo hubiera hecho, tampoco le habría parecido tan mal; una experiencia nueva. Pero no así. Además, mientras la penetraba le pegaba puñetazos. Volvió a preguntarse:

«¿Cómo pudo cambiar de esa forma?».

Se parecía a la luz del sol y, de repente, se transformó en la oscuridad de la luna. Primero mimoso, con una cara angelical, y más tarde convertido en una bestia sin escrúpulos. Hubo momentos en que temió por su vida.

Permaneció tumbada en la cama de noventa centímetros, con su marido dormido a un lado. Sentía que ya no lo conocía, se había vuelto tan extraño... En parte continuaban aferrados a la juventud que los enamoró, y no ponían los ojos en la madurez que los distanciaba. No podían seguir viviendo esa pesadilla: decidió que acabaría con Tiburcio y también con su matrimonio. María Pérez sería una mujer nueva.

El ocaso se iba abatiendo sobre el pantano de agua verdosa. La cabaña de madera miraba hacia la orilla, hacia las aguas estancadas. En el cielo avanzaban las sombras. Gracias a la frondosa vegetación que los rodeaba, el aire era bastante puro. El césped casi llegaba a las rodillas; se notaba que el viejo no pasaba el cortacésped desde hacía ya tiempo. Era el señor Fischer quien se encargaba de esas cosas; pero dudaba que volviera a hacerlo. Los árboles crecían en desorden, invadiendo el terreno con sus ramas. La cabaña del lago apenas se advertía entre tanta espesura. Los sapos croaban haciéndose notar en las inmediaciones del agua, que se mantenía en calma.

La joven paseaba con su enamorado; se sentía resplandeciente. Iban cogidos de la mano, como una pareja. Incluso hablaban de una posible relación a

distancia. Lo que no sabía Sophia Müller era que Tiburcio se enamoraba cada día del perfume de una nueva damisela; era un instinto inevitable, como un fuego que recorría su interior salvajemente, algo más grande que su alma, una sensación que se adueñaba de él. Cuando se sentía rechazado por alguna joven, aquel caballero sin caballo la tomaba a la fuerza. No había mayor satisfacción para él que obligarla, que hacerle lo que quisiera.

Pero paseaban como unos recién casados. La temperatura era ideal, veintidós grados y un atardecer agradable. El agua del lago vibraba a veces con una ráfaga de aire, y después volvía a su calma habitual. El canto de los sapos se asemejaba al sonido de una orquesta animal. Los rayos del sol se hallaban ocultos por el ébano de las nubes. Caminaban despacito, sin ninguna prisa. Tiburcio le pidió a Sophia que se fuera a vivir con él, pero ella le explicó que solo tenía dieciséis años y que dependía completamente de sus padres. Esa pequeña confesión de la joven lo puso de mal humor. Era una especie de rechazo, y él le estaba ofreciendo una vida junto al caballero dorado; una oferta que aceptaría cualquier mujer inteligente. Lo que había ocurrido en la playa lo dejó algo marcado; él también había desvirgado a Eva Pérez, pero en aquel momento los dos eran inocentes, apenas sabían nada de sexo.

Aunque él sí que había probado otros chochitos, hacía algunos años. Su padre se había traído una vez a una sobrina desde Alemania. La chica se quedó todo un verano en la mansión. La violaron unas cuantas veces. El padre lo organizaba todo. Un día, Tiburcio entró en el granero y pudo contemplar cómo Eustaquio abusaba de la chiquilla, de apenas once años. Estaba sobre ella y la niña se hallaba envuelta en un montón de paja; la pobre no sabía ni lo que le estaba ocurriendo. Tiburcio se acercó, curioso ante esos gritos de angustia. El viejo le animó a que probara. El chaval se bajó los pantalones, se acercó a su prima y le introdujo su miembro, que estaba más recto que un palo; tenía solo doce años. Se corrió con dos sacudidas, dentro de ella, y la prima lo miró con

terror. Se dio cuenta de que no era un juego de mayores, sino que estaban abusando de ella. Más tarde se lo contó a Remedios, pero ella siempre anteponía a su familia sobre todo lo demás. La mandaron de vuelta a Alemania y nunca más tuvieron noticias de esa familia.

Luego Tiburcio probó el sexo con su novia. Le resultó demasiado inocente, no le excitaba tanto como tomarla a la fuerza y que a la otra persona se le inundaran los ojos de lágrimas.

A Tiburcio le gustaba Sophia, le gustaba lo que había sentido en la playa; pero lo que más le gustaba era someterla a sus deseos. Aquel día continuaron paseando mientras la tarde daba paso a la noche. Y los vampiros salen de noche. Llegaron a un pequeño embarcadero con una pasarela que se adentraba en el pantano. Había un barquito con remos atado a la cabaña de madera que estaba pegada a la pasarela. Tiburcio convenció a Sophia para navegar un rato. Los patos recorrían el agua dejándose llevar por las suaves corrientes. El chico sonreía mientras remaba. Pero a Sophia se le cambió el humor; parecía que no le estaba gustando compartir ese momento con él. Tiburcio dejó de remar y se acercó a la joven para besarla. Ella lo rechazó con un giro de cabeza, como una cobra, y puso cara de asco.

—Tiburcio, no quiero volver a enrollarme contigo. Lo que pasó el otro día no volverá a suceder.

El caballero dorado se quedó paralizado. No se esperaba esa reacción de Sophia. Comenzó a sentirse nervioso y utilizado. Las manos le sudaban a borbotones. La joven turista se lo había follado y ahora lo tiraba a la basura; exactamente como un preservativo, usar y tirar. La cabeza se le empezó a poblar de malas ideas. Remó de vuelta hacia la pasarela sin decir una palabra; se las estaba reservando para cuando empezaran los insultos.

Sophia llevaba puesto un pantalón de pitillo de tono claro que le quedaba

extraordinariamente bien; también una blusa corta sin mangas, añil. Eran los mismos colores de su uniforme de trabajo. Tiburcio amarró la barca en el pequeño muelle y agarró uno de los remos. El cielo se iba ensombreciendo cada vez más, volviéndose de un gris penetrante. El viento azotaba las hojas de las palmeras y el césped se agitaba de un lado a otro. La joven turista apoyó un pie en la pasarela, luego el otro, y subió al embarcadero. Tiburcio no dejaba de mirar con fijeza sus curvas peligrosas. Comenzó a respirar cada vez con más fuerza, recordando las palabras de desprecio de ella al rechazarlo. De un salto se situó sobre la pasarela con el remo en las manos. Sophia Müller no se esperaba lo que estaba a punto de suceder; se movía como una modelo en un desfile de ropa, taconeando sobre las vigas de madera.

La luna llena empezó a asomar entre las nubes y, como un lobo que le aúlla al satélite, Tiburcio caminó, sigiloso, hacia ella. La muchacha se volvió al notar el ruido de sus pasos sobre los listones y quedó encarada con la bestia: él le pegó un golpetazo en la cara y su cuerpo se precipitó al suelo como el de un boxeador rebotando contra la lona. Se quedó noqueada.

Eustaquio

La madre de Sophia estaba en casa con los padres de Tiburcio. Después de cenar, se fueron al salón para tomarse la última copa antes de llevarla al hotel. Al día siguiente tenían que salir temprano. Remedios Schmidt se sentó junto a ella y Eustaquio sirvió las copas: para la señora Schmidt, un vino blanco con su ingrediente para dormir; para la señora Müller, vino tinto con un compuesto que la dejaría relajada; para el señor Schmidt, la pastillita del amor, que lo ponía como una moto. El empalme que alcanzaba su miembro lo dejaba apenas sin sangre en las venas.

La copa de la señora Schmidt ya estaba casi vacía; se veía el culo de cristal.

No tardó mucho en relajarse, tanto que se derrumbó hacia atrás y se quedó frita en el sofá. Por su parte, la señora Müller trató de levantarse para despedirse; hizo el intento de ponerse recta, como una señora, y de caminar, pero su cuerpo cayó pesadamente hacia atrás. Vestía una falda larga que le cubría las rodillas y no le quedaba nada mal. Se apoyó en los cojines y trató de hacer fuerza para incorporarse, pero no pudo. El agobio le entrecortaba la respiración. Sentía impotencia por querer irse y no poder. La luz de la lámpara se achicaba y luego se agrandaba. Ella movía la cabeza hacia ambos lados para intentar serenarse, pero no lo lograba. Entro en pánico: el veneno que había invadido sus venas no la dejaba actuar, no era dueña de sus movimientos.

De repente, apareció ante sus ojos una polla vieja y arrugada que el señor Schmidt le restregó por la cara. Ella trató de apartarse, pero estaba tan erguida que la golpeaba con la frente y volvía una y otra vez. La señora Müller pensó con desesperación que ya no quería estar allí. Cómo una velada tan maravillosa con la familia Schmidt podía acabar así. ¿Quizá le había sentado mal la comida? Entonces debía vomitarla. No, no era eso. ¿Qué, entonces? ¿Cuál era la explicación de que estuviera viendo esa serpiente de un solo ojo? Se fue asustando cada vez más. La señora Remedios parecía tan buena persona... Cómo permitía que su marido le hiciera eso, ¿es que ella no sabía nada? ¿O tal vez sí? Aquello le resultaba demasiado confuso. Empezó a pensar que la iban a violar, que esa era la realidad a la que se enfrentaba. Se sentía muy rara; la cabeza no paraba de darle vueltas, como si estuviera en una montaña rusa, pero no tenía ganas de vomitar. La droga invadió sus sentidos. Su cuerpo estaba tan relajado que no tenía fuerzas para defenderse. Notaba la garganta apretada, apenas podía respirar. Quería escapar de ese sufrimiento, y sus pensamientos se dirigieron a intentar serenarse. Era mejor que se relajara y dejara a ese individuo descargar sus testículos. Sabía muy bien que los

hombres, cuando eyaculan, se desmayan como los conejos. Una vez que hubiera hecho perdería su fuerza, se relajaría, le darían ganas de fumarse un pitillo. Ese era el momento que debía aprovechar.

Al penetrarla, Eustaquio se dio cuenta de que su diminuto pene bailaba dentro de aquel espacio. Las paredes de la vagina se hallaban muy separadas. No le gustó nada esa sensación; le atraía más notar su polla aprisionada por ambos lados. Le iba a costar disfrutar de la violación. Así que decidió cambiar de agujero. Hizo rodar a la mujer sobre sí misma, poniéndola boca abajo sobre la moqueta. Ella ya había sido penetrada varias veces por el culo. Le gustaba experimentar con su marido, nada de hacer siempre lo mismo, no era la típica mujer casada con la que hacer la postura del misionero. Qué va, su cuerpo se sabía el *Kamasutra* de memoria. A su marido le gustaba y a ella también, y practicaban juegos eróticos con frecuencia; intentaban no quedarse estancados en una sola postura. Como ella, a veces, le pedía que se la metiera por el ano y el consolador por el coño, ambos estaban más dilatados que la circunferencia de una bola de billar. Eso significaba que el pito del viejo no le haría ni cosquillitas.

La madre de Sophia no era un zorrón, simplemente gozaba el sexo y también le gustaba complacer a su pareja. Llevaban veinticinco años casados y él nunca le había sido infiel. Para qué iba a buscar en la calle lo que tenía en casa. Ella nunca lo dejaba salir con los huevos llenos de leche; el semen siempre se quedaba en el domicilio, y un hombre sin semen es un hombre tranquilo. Una vez, ella vio un documental de animales en el que el cuidador de un dragón de Komodo contaba que sacaba a pasear a ese tremendo reptil de tres metros de largo. Era venenoso y solo se alimentaba de carne. O sea, que los humanos eran sus potenciales alimentos, entraban en su menú. El cuidador explicaba que su secreto era darle de comer antes de entrar él en la jaula para darle su paseo diario. Cuando el dragón de Komodo tenía el estómago lleno no le

interesaba volver a comer. Del mismo modo, si ella tenía siempre a su hombre bien alimentado, él no saldría a buscar a otras.

Eustaquio la penetró por el culo; ahí sí que las paredes estaban más próximas entre sí. La madurita no se quejó; al contrario, le pareció que hacía movimientos de agrado que lo excitaban aún más. En unas de esas embestidas, sin embargo, se percató de que había comenzado a vomitar. Pero se movía disfrutando de la experiencia; incluso después de marearse, gemía de deleite. El viejo se quedó paralizado, sin saber qué hacer: «¿Quién está violando a quién?», se preguntaba.

La chica estaba sobre la cama, en la cabaña del lago. Tiburcio la desnudó por completo y arrojó su ropa al agua verdosa. Entonces se agachó para oler ese chochito con sabor a caramelo; lo olfateó como un perro. Ese aroma embriagaba sus sentidos. Se puso muy cachondo mientras le comía el chochito a Sophia Müller.

Ella se despertó de repente y se percató de que estaba desnuda y en posición de X, boca arriba; tenía las manos y las piernas atadas a cada esquina del lecho de hierro. Todo su cuerpo estaba a merced de Tiburcio, que se la metía en ese momento por cualquier agujero disponible. Cuando se cansó, tomó una guadaña y comenzó a rasgar con ella la piel de la doncella; de las heridas empezó a surgir sangre a chorros. Cuando el demonio se desahogó con Sophia Müller, fue a buscar su furgoneta para llevarse el cadáver al congelador.

La turista, después de resignarse a que Eustaquio se aliviara con ella, logró arrojar la sustancia que recorría su organismo, por lo que al cabo de unos minutos volvió en sí. El viejo estaba intentando asfixiarla con un cojín. Con un último aliento logró retomar las fuerzas y, cerrando el puño, le propinó un puñetazo en la mandíbula. El anciano perdió el equilibrio por el impacto y

cayó en el otro sofá. Le había pillado por sorpresa; hasta entonces ninguna víctima había actuado de esa forma, plantándole cara. Pero no era lo mismo una chiquilla que una señora. El viejo se sujetó la cara tratando de comprobar los daños. Aprovechando que estaba distraído, la cuarentona salió corriendo como alma que lleva el diablo. Saltó por encima de él y se escapó por la ventana hacia la oscuridad de la noche.

El viento agitaba las hojas de los árboles, dispersándolas por la zona. La noche estaba muy cerrada, no se veía nada. A lo lejos, a un kilómetro escaso, se encontraba el puente que conducía al hotel: su salvación. No se lo pensó dos veces y se adentró en el camino de tierra. En esos momentos no se acordaba de su hija Sophia. Ya lo haría cuando estuviera a salvo. Corrió descalza y medio desnuda, pero era tanto el pánico que sentía que apenas notaba las piedrecillas clavarse en las plantas de sus pies. Llevaba un ritmo bastante acelerado; ni un corredor de atletismo la alcanzaría. Al llegar a la altura del puente, no se percató de que por detrás de ella se acercaba una furgoneta a gran velocidad; era la misma que la había trasladado varias veces a la playa. Justo debajo del puente, en un espacio iluminado por las luces de las farolas, el vehículo le impactó por detrás, arrojándola al frío asfalto. El parachoques le golpeó fuertemente la cabeza y le arrancó la vida de cuajo.

Capítulo VI

El juicio

La policía fue a buscar a Tiburcio al trabajo. Lo detuvieron en la recepción del hotel Ojo del Agua. Lo llevaron a comisaría para tenerlo incomunicado hasta que saliera el juicio. Ya había demasiadas sospechas y pruebas en su contra. Habían desaparecido muchas chicas, y todo apuntaba a que había sido el chófer. Por sus movimientos era obvio: no tenía ningún cuidado ni se escondía. Cazaba como los leones en la sabana, que se apostan cerca de cualquier pequeño manantial donde acuden los animales a aliviar su sed; cuando se acercan para beber, la bestia sale de entre los arbustos y les propina un único mordisco en la yugular. Luego, haciendo presión, acaba con sus vidas.

El punto de mira se había puesto en la zona turística de Esquinzo. La policía estaba cansada de noticias negativas y callejones sin salida. La actividad principal de la isla era el turismo, y la existencia de un asesino en la zona era un perjuicio claro. La ocupación de los hoteles empezó a descender casi en caída libre, y las familias se preocuparon seriamente por sus puestos de trabajo. Algunos llegaron a pensar en perseguir al asesino y matarlo con sus propias manos. El verano estaba siendo caluroso y las previsiones eran buenas para el resto de la temporada, así que si por culpa del hambre voraz de un asesino se veían perjudicados, ya era hora de cortarle la cabeza a la serpiente para que dejara de producir veneno.

Los policías no tuvieron ningún miramiento: cogieron al chófer cada uno por un brazo y lo sacaron a rastras de la recepción del hotel. Todos los clientes y trabajadores presentes contemplaron la vergonzosa escena. Para Tiburcio fue especialmente humillante porque uno de esos agentes era su suegro. El hombre estaba indignado: ese muchacho le había avergonzado; en un pueblo que él gobernaba con mano de hierro se había follado a su hija y había violado a su mujer. Solo le faltaba metérsela a él por el culo. Ya antes había limpiado las calles de escoria como aquella. Pero esa escoria se había adueñado de sus seres queridos. Era consciente de que su matrimonio no valía un duro, de que hacía muchos años que se habían marchitado las rosas que lo mantenían en pie antes. Su esposa se acostaba con jóvenes rebeldes que lograban saciar sus deseos, mientras que él apagaba sus ganas con una compañera del trabajo. Le solía pedir a su jefe que los dejara a ambos juntos de guardia, por lo que la luna era el testigo de los infieles. Ya solo en esos instantes se sentía querido. Pero no quería liar ningún escándalo divorciándose; además de que su compañera estaba también casada, con un abogado. Era mejor permanecer ocultos apagando mutuamente su sed.

Pero una cosa era ser desleal y otra muy distinta una violación. Además de pasar por la indignidad de que su médico de toda la vida lo llamase para acusarlo de maltratar a su esposa. Había muchas pruebas, por lo que no quedó otra que denunciar al agresor verdadero.

Se levantó a primera hora de la mañana sin haber pegado ojo en toda la noche. Recogió a su compañero y fueron a buscar al violador. Lo subieron en el todoterreno del compañero, esposado; Tiburcio no daba crédito a lo que estaba sucediendo, aunque sabía que había matado a varias mujeres después de violarlas y que sería juzgado por los delitos cometidos. Se detuvo a pensar: «Bueno, en la cárcel me mantendrá el Estado. Me dedicaré a entrenar y

estudiar. Así me prepararé para ser mejor asesino. Es hora de darle gastos al Estado. Total, aquí la ley es una mierda. Me la pasaré por el forro, como siempre he hecho».

En realidad, no se sentía intimidado, más bien liberado de la presión de tener que vivir en sociedad, nada más que trabajando, trabajando y trabajando para poder llegar a fin de mes. En cambio, en la cárcel solo se dedicaría a él, no tendría ninguna preocupación. La sociedad le daba asco: había que vestirse de forma elegante para ser aceptado. Él tenía que currárselo para quedar con las chicas que le gustaban, y todo para que luego, cuando llevaba unos meses con cualquiera de ellas, se diera cuenta de que todo el pueblo se la había pasado por la piedra con mucho menos esfuerzo. Se había sentido el tonto del pueblo, el que les daba la mano y les besaba la boca llena del esperma de otros jóvenes que apenas empezaban a dar el estirón. Por eso él prefería tomarlas a la fuerza.

«¡Aquí y ahora!», pensó con rabia. «Puta de mierda. Que te aguante tu padre».

Estaba llegando a la comisaria de Puerto del Rosario. Allí lo sacaron del todoterreno y lo encerraron en una celda.

Remedios se despertó temprano, como siempre. El dolor de cabeza era insoportable. Se acordaba de trocitos de la velada anterior. Qué bien le había caído la familia Müller, y qué pena que se marcharan. Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien. Echaba de menos su país, aquellas reuniones con sus amigas. Lo que no recordaba era haberse despedido de la madre y de la hija, solo se acordaba de que su marido le había ofrecido una copa de vino blanco. Mientras lo saboreaba empezó a sentirse cansada, y nada más terminarla cayó desplomada sobre el sofá. Qué maleducada, ni siquiera le había dicho adiós.

Se sentó en un sillón, como todas las mañanas. Su marido pasó por allí antes de irse a ordeñar las cabras. Tenía el pómulo izquierdo hinchado, pero Remedios no se alarmó; sabía bien que Eustaquio, borracho, era igual que un bebé aprendiendo a caminar. Estaba siempre tirado por el suelo. No quiso pensar más en el viejo; tomó su rico café, humeante, se lo acercó a la boca y bebió un sorbo que le supo a gloria. Miró por la ventana y vio que el amanecer traía calima; la arena flotaba en el aire. Los majorereros, que son los habitantes de Fuerteventura, tienen una explicación para ese fenómeno. Dicen que la calima se forma cuando los árabes corren por las dunas del Sáhara. Eso levanta mucho polvo, que luego vuela hasta las Islas Canarias. A veces no les mandan tierra, sino plagas de insectos. Todo el mundo allí odiaba la calima, porque dificulta la respiración y deja las calles sucias de arena y las casas inundadas de polvo. Quita hasta las ganas de caminar, absorbe la energía de los seres humanos.

Remedios cerró las ventanas y puso el aire acondicionado. Sería la única forma de sentirse a gusto. Luego se tomó una pastilla para aliviar sus dolores y le dio otro sorbo a su café mientras veía las noticias de Telecanarias:

«Esta noticia nos acaba de llegar esta misma mañana: la familia Müller estaba de vacaciones en el hotel Ojo del Agua. Hoy, a eso de a las 7:00, tenían un vuelo de vuelta a Frankfurt, pero no lo han podido coger. Las puertas de embarque se cerraron sin saber nada de ellas. Su marido pide que se comuniquen con él y le digan si se encuentran bien. La policía ha actuado rápidamente, se han desplazado al hotel para saber si se habían quedado dormidas, pero a las 9 de la mañana no estaban en su habitación, y el recepcionista de noche declaró que no habían ido a dormir. Las camas estaban hechas y el dormitorio limpio, y las maletas no se encontraban allí. Se espera lo peor sobre madre e hija. Por favor, si alguien sabe algo del paradero de estas personas, que se ponga en contacto con las autoridades. Se tienen

sospechas sobre la intervención en esta desaparición de un chófer de autobús o un taxista. Varios testigos vieron a las víctimas subir a un vehículo por voluntad propia. La población puede estar tranquila: vivimos en una isla pequeña, donde todo se sabe, por lo que tarde o temprano se dará con el asesino».

El café de Remedios seguía humeando. Volvió a beber un sorbo. Había quedado impactada por la noticia. Apareció la imagen de las víctimas; ella las había visto antes de desaparecer. Dudaba un poco de que hubieran sido su marido y su hijo los responsables. No estaba tan segura como para poder acusarlos. Además, tampoco podía revelar ese secreto, arruinaría su propia vida entregando a sus seres queridos a la justicia. Ella sabía bien que el mundo es injusto. ¿Tal vez fueran culpables? Sí, pero no pasa nada, con la sobrepoblación que hay en el siglo XXI, unas cuantas personas no se echarían de menos. Alemania estaba plagada de seres humanos y de familias con el apellido Müller. Además, que ellas seguramente se lo habían buscado, con esos pantalones tan ajustados que se ponían. Estaban llamando a gritos a la lujuria. Bien que luego, cuando conseguían provocar a un hombre, se echaban para atrás llamándolo salido y pervertido. Remedios pensó:

«Os diré una cosa, mujeres del siglo XXI: si un cocodrilo, que es uno de los mayores depredadores del mundo, ve a una posible presa chapoteando en su charca, se la comerá sin pensárselo dos veces. Y eso no es ningún delito. El cocodrilo estaba tranquilo en su charca, tomando el sol. Si la presa se mete en su territorio y lo provoca, lo mínimo que se llevará es un mordisco. Así que, si vas por ahí provocando a los hombres, llegará un momento en que te morderán. Si vas con poca ropa, enseñando carne, te la comerán. Guarda el filete, bien oculto, y ofrécelo solo al que se lo merece», concluyó para sí.

De todos modos, estaba bastante alterada. Volvió a coger la taza para apurar el

café de un último sorbo. Se le derramó un poco en la cara arrugada por el paso de los años. Su mano temblaba de inquietud por la situación en la que posiblemente se encontraba su familia. Ella se sentía fatal, intentaba excusarlos, pero lo cierto es que un depredador nunca cambia; necesita carne para sobrevivir. Pero esos chuletones que se habían comido no estaban permitidos.

Remedios se marchó a pie hacia la iglesia de la finca, que estaba justo detrás de la cabaña del lago. Quería hacerle una ofrenda a Dios. Sabía que se avecinaba tormenta y debía estar preparada. Si restauraba la iglesia Schmidt, dejaría que los fieles celebraran el culto allí. Así su casa y su familia serían bendecidas. Allí se encontraba la salvación: en aquella iglesia vieja y maltratada. La anciana abrió los portones y vio cómo la bóveda del techo dejaba pasar los rayos del sol, iluminando las paredes. Las extensas gradas se encontraban muy deterioradas, la pintura de los muros estaba levantada a trozos y el suelo cubierto de polvo. Hacía muchísimos años que aquella puerta no se abría. El viento se coló por el pasillo y removió la tierra. Las figuras de los santos se conservaban bien, aunque habría que restaurarlas un poco. Los murales pintados en las paredes aún conservaban un encanto tal que eran capaces de llevar a cualquiera hasta el mismo cielo. Con un lavado de cara, todo aquello quedaría como nuevo. Ella se lo debía a Dios.

A ambos lados de la nave, antes de llegar al altar, había dos grandes ventanales decorados con imágenes de seres celestiales. La mujer acercó a ellos y los abrió de par en par. Una nueva marea de luz invadió la estancia. No se lo pensó dos veces y abrió todas las demás puertas y ventanas para dejar respirar a la inmensidad de la sala. La Virgen se hallaba de rodillas, contemplando a su hijo crucificado. Remedios se identificó con esa imagen. Sabía que tarde o temprano su hijo debía declarar ante la ley. Pero aún no era

momento de preocuparse, sino de dejar que el viento acariciase las paredes y curara sus heridas. Hacía muchos años que el interior de esa gran nave no era tocado por la luz del sol ni respiraba el aire puro que bajaba de la montaña.

Fue a coger sus herramientas de limpieza. Comenzaría quitándole el polvo a las figuras y los murales. Las ventanas vendrían después, y el suelo de mármol sería lo último. Conforme Remedios limpiaba cada zona de la ermita, esta quedaba brillante. Al terminar, la figura de Jesús crucificado refulgía y la Virgen María tenía aspecto de ángel celestial. Su rostro era tan débil y hermoso que parecía que iba a romperse de tanta belleza. Pero no fue así: cuando más la limpiaba, más guapa se veía.

Tiburcio

Lo habían encerrado en una celda donde solo había una cama, un escritorio, un váter y una pequeña ventana por la que no le cabía ni la cabeza. Al principio se agobió y dio varias vueltas alrededor de la estancia intentando hallar una salida. Gritó varias veces llamando, pero nadie le contestaba.

—¡Jodidos cabrones!

Seguramente lo mantendrían aislado hasta que tuviera que declarar ante el juez. Resignado, se tumbó en la pequeña cama, boca arriba, y empezaron a pasar por su cerebro las imágenes de la violación de María Pérez. El miembro viril se le puso duro como las rejas de la ventana. La imaginaba con esas pedazo de tetas, arrodillada ante su pene como si él fuera un dios griego.

—Cómeme la polla, jodida zorra.

Ella se puso de rodillas y con sus labios esponjosos le comió el pene. Se lo introdujo tan adentro que le tocó la campanilla y empezó a salivar con profusión. Tiburcio comenzó a masturbarse con la mano izquierda; en ella

tenía menos sensibilidad y así sería como si la señora Pérez se la estuviera tocando.

—¡Sigue, zorra! ¡Sigue, zorra! Sabes que me gusta... —murmuró para sí.

La paja le hizo recordar ese gran momento, se sentía exactamente igual que cuando se la estaba chupando en mitad de su salón, con la foto de su boda contemplándolos, y su marido vestido con el uniforme de policía viendo al dios griego cabalgando con el putón de su mujer.

—Sí, jodido cerdo. No eres capaz de complacerla. ¿Qué tienes, chochito? —estalló, y sus carcajadas retumbaron por toda la celda. Las paredes se impregnaron de la burla de Tiburcio hacia su suegro. Mientras, en su cabeza, esa cabrona seguía haciendo gárgaras con su polla. De pronto se levantó del lecho y se agarró a la taza del váter.

—¡Cabrona, me voy a correr! ¡Cabrona, me voy a correr!

Ella, de nuevo rodillas en mitad de su salón, se sacó la serpiente de un solo ojo, empapada, de la garganta, y se apoyó el glande en el labio inferior mientras le masajeaba los huevos con una mano. Era la de Tiburcio la que lo estaba haciendo, mientras con la otra se pajeaba. Al fin explotó:

—¡Oh, sí, mi amor! ¡Oh, sí, mi amor!

La corrida se deslizó por la frente de la mujer, y su boca quedó empapada con el esperma blanco. El dios griego se había desahogado. La taza del váter estaba bañada con el semen de Tiburcio.

Se volvió a tirar en la cama y cerró los ojos. Por su imaginación pasaba otra escena: se acercaba al mueble bar del salón de Manolo Pérez, cogía la foto de su boda y se limpiaba el pene con ella. El uniforme de Manolo Pérez quedaba manchado de esperma. Tiburcio dijo en voz alta:

—Me liberé.

De pronto se percató de que alguien estaba abriendo los cerrojos de la celda. Iban a sacarlo de allí. La puerta se abrió. Era una mujer, una maldita gorda con uniforme. Pensó que su chochito tenía que estar muy oculto entre tanta grasa. Maldita sebosa uniformada.

—Tienes visita —informó la gorda vestida de policía.

Taponaba la salida de la celda de modo que apenas dejaba ver la luz del pasillo. Aquella cochina le lanzó las esposas.

—Póntelas. No te dejaré salir si no estás atado, ¡maldito violador!

El hipopótamo desenfundó su arma para instarle a que le hiciera caso y apuntó hacia él. Si apretaba el gatillo, se acabaría todo. Por una parte, estaría bien, pero por otra no: deseaba follarse a más mujeres. Aún no había violado a las suficientes. Le gustaría seguir haciendo daño. Al final se había dado cuenta de que había estado perdiendo el tiempo con su novia. El amor era una mierda; era mejor tomar las cosas a la fuerza.

—Maldita gorda sebosa, deja de apuntarme con ese cañón si no quieres que te elimine —escupió de pronto.

—Te crees muy duro con esa voz ronca. Yo no soy ninguna princesita a la que puedas violar. ¿Por eso me tratas mal?

—A las princesitas a las que violo las trato peor.

La gorda volvió a colocar la pistola en su funda y desenvainó la porra. Luego se acercó a él, que se hallaba sentado en el catre, y le golpeó en las costillas; el porrazo le hizo retorcerse de dolor. Después, la mujer le agarró las manos, se las puso tras la espalda, cruzadas, y cerró las esposas sobre sus muñecas. Por último, le apoyó una enorme rodilla en la cadera, imposibilitándole cualquier movimiento. Se encontraba a merced de ella. Si ese hipopótamo lo quisiera violar, podría hacerlo sin problemas. Era angustiioso sentirse

prisionero de una persona a la que odiaba. En ese instante, se sentía exactamente como María Pérez. Por su cabeza pasó la idea de estrangular a la maldita gorda. Pero con sus finas manos no podría abarcar ese enorme cuello con papada. Necesitaría las de un jugador de baloncesto, y también la fuerza de Superman, para presionar semejante pescuezo. Aquella tía tenía más fuerza que un hombre y lo manejó a su antojo. Lo arrastró fuera de la celda hasta la sala de visitas. Así lo sentó de golpe en una silla, donde quedó quieto como un niño bueno. Era la primera persona que lograba someterlo en toda su vida. Eso le llenaba de rencor.

—¡Maldita comehamburguesas! —explotó Tiburcio.

Ella le dio un cocotazo y le advirtió que lo volvería a golpear si era preciso. Luego añadió:

—¿Qué pasó, Ken? ¿Ya no eres tan fuerte? En una pelea cuerpo a cuerpo, te destrozaría. Donde quieras y cuando quieras, peso pluma.

Dicho esto, volvió a empujarlo y se dio media vuelta para marcharse.

Ella sería un peso pesado, sí, pero era demasiado lenta. En el tiempo que la gorda tardase en atacarlo, Tiburcio le habría dado mil golpes. La cansaría dando vueltas a su alrededor y reventándola a porrazos. Exactamente igual que un globo estalla por llenarse demasiado de aire, ella explotaría y sus tripas se esturrearían por las paredes.

Estaba sentado, con una mesa delante y una silla al otro lado. En la sala había varios policías vigilando. Una mujer morena apareció por la puerta. Llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía un traje negro de cuero y tacones de aguja. Sus pechos quedaban ceñidos por el corsé del vestido, que apenas le ocultaba los pezones. Lucía además varios tatuajes. Parecía una chica gótica, una rebelde. Tiburcio pensó que estaba muy buena. Se sentó frente a él.

—Qué mala pinta tienes, Tiburcio.

Por un momento se quedó embobado con aquellas curvas apretadas y el olor exótico que desprendía su piel. Se le puso dura solo de imaginarse que había ido a verle a él. La joven apoyó los codos en la mesa, y sus pechos quedaron frente al rostro de él. Estaba deseando chuparle ese canalillo perfecto. La mirada se le iba constantemente hacia esas dos montañas.

—Tiburcio, compórtate, que estás arrestado.

El acento de la chica parecía italiano; eso le ponía aún más cachondo.

—Me tienes cachondo perdido —confesó.

La italiana sonrió enseñando sus lindos dientes.

—A eso vengo, quiero que me folles.

Tiburcio se sorprendió con el comentario.

—Ya te he follado, veinte mil veces. Desde que has entrado por la puerta hasta que te has sentado en la silla. Mi imaginación se ha encargado de arrancarte la ropa.

La italiana cruzó las piernas y fue directa al grano:

—Mi novio me pone los cuernos. Cada dos por tres sale de fiesta, se pone de cocaína hasta el culo y cuando llega a casa me pega. Deseo que pague por ello.

Tiburcio salió de su ensimismamiento.

—Ahora mismo estoy a punto de ser condenado por una violación. No estoy en condiciones de planear un asesinato.

—Ya sé que ahora mismo no puedes. Vamos a ver qué pasa mañana, y después lo planeamos. Pero no deseo matarlo rápidamente. Lo que quiero es que me

folles delante de él y luego torturarlo hasta la muerte.

La voz de ella era apenas un susurro. Los policías presentes no podían oír nada. Además, se había tapado la boca para que las cámaras no detectaran el movimiento de sus labios. Tiburcio asintió:

—Cuando salga de aquí te ayudaré. Así tú me ayudaras antes a mí. ¿Qué se comenta en el trabajo?

La morena se mojó los labios antes de volver a hablar:

—Dicen que has sido acusado de violación. Que violaste a tu suegra. El marido se ha encargado de que se corra la voz.

Tiburcio se quedó callado, asimilando la noticia.

—¡Bueno! —exclamó—. Irás a mi casa para contarle a mi madre que no fui yo. Que seguro que el padre de Eva me quiere pringar a mí. Así la vieja se quedará tranquila unos días. Creo que el miércoles por la mañana será el juicio. ¿Tú libras?

—Sí, libro miércoles y jueves. Vendré a recogerte si sale todo bien.

—¿Quién está llevando a los clientes a la playa?

—Lo estamos haciendo entre todos.

—Si puedes, consígueme una copia de la llave de la furgoneta.

—Cuando acabe el turno me las llevaré fingiendo que se me han olvidado.

— ¡Perfecto! Que comience el baile.

Aquella despampanante morena se levantó y se acercó a Tiburcio para darle dos besos, y aprovechó para agarrarle el paquete; él estaba completamente empalmado. La chica sonrió y le dio un beso en la boca. En ese momento entró de nuevo la gorda sebosa, agarró a Tiburcio, lo alzó de mala gana y se lo

volvió a llevar a su celda.

Esperaba ponerse más nervioso al llegar la noche, pero no fue así. Se adentró en una serie de sueños dulces: Inga fue la primera en aparecer. Se hallaban ambos en el cuarto de baño de la mansión Schmidt. Habían tomado unas copas y ella lo puso a cien. Los preliminares le gustaron, pero cuando la penetraba sentía que le faltaba algo; el placer no era suficiente, así que empezó a golpearla, y lo siguió haciendo hasta perderse entre la satisfacción y el sufrimiento. Pero necesitaba algo más poderoso, que hiciera más daño, para que la angustia de ella fuera mayor, y con ello más grande el placer para él. Así que empuñó una pieza de mármol que apenas podía levantar. En ese momento del sueño, su pene se empalmó, la sangre bombeaba poniéndoselo duro como una roca. Golpeó a la chica varias veces en la cabeza con el mármol mientras la penetraba salvajemente contra la bañera. Su rostro se impregnó de sangre y toda la habitación se bañó de ella, incluidas las paredes. Su alma se desahogó y la joven quedó allí tirada, sin vida. Un escenario teñido de terror.

La sábana blanca quedó manchada de esperma. Había conseguido revivir aquella experiencia, amarga para Inga, que no podría repetir. La bestia que llevaba dentro invadió sus sentidos. Igual que el león macho mata a las crías de otras leonas para estas vuelvan a ponerse en celo, él mataba a sus víctimas para aliviar su ansiedad. La cárcel no curaría su sombra depredadora; solo la muerte lo lograría.

La gorda abrió la celda cuando la luz del alba bañaba la ventana. Tiburcio tenía un aspecto horrible: estaba sin asear, con barba de varios días y su dulce cabello, dorado y liso, completamente alborotado. Deseaba darse una ducha. Llevaba varios días sin poder lavarse. La ropa del trabajo olía mal y el

pantalón ya no era blanco, sino marrón.

La gorda se le acercó sin decir palabra. Le puso las esposas con las manos a la espalda, lo levantó de la cama y así, tal como estaba, se lo llevó al juzgado. A Tiburcio le daba vergüenza salir con esas pintas, pero tenía que ser más fuerte que ella. No se iba a rebajar suplicándole que lo dejara darse una ducha. Lo metieron en el todoterreno de la Policía, pintado de azul y blanco, como su ropa de trabajo. Rápidamente lo condujeron al juzgado, que estaba a cinco minutos de allí, y entraron por la puerta principal. Aquello parecía una catedral en miniatura. Pasaron el control de seguridad y subieron en ascensor a la segunda planta. Cuando se abrieron las puertas y salieron del elevador, vio al fondo del pasillo a María Pérez con su marido. Ella iba vestida con un chándal rosa; parecía haber envejecido veinte años. Dicen que el sexo rejuvenece, pero en ese caso había sido lo contrario. De nuevo volvió a su mente la imagen del sexo oral que le practicó. Manolo Pérez le tenía puesta la mano en el muslo mientras la consolaba. Parecía el mejor marido del mundo; cómo les gusta a los hombres disimular su mierda de vida. Seguro que lo hacía para que ella lanzara toda su ira contra Tiburcio y no tuviera piedad alguna en mandarle al abismo.

Él se mantuvo tranquilo mientras las dos policías lo sentaban en unas sillas parecidas a las que hay en los aeropuertos, de esas que vienen de cuatro en cuatro o de cinco en cinco asientos. Las agentes se sentaron a ambos lados, aunque la gorda ocupaba casi todo su espacio. Esperaron a que los llamara la jueza para declarar. Sabía que era una jueza porque una mujer joven y guapa pasó por delante de él, sonriéndole, y la gorda apestosa le dijo que era la magistrada. Luego llegó un abogado de oficio y se le sentó enfrente; le fue hablando y dándole consejos, informándole de que tenía sus derechos. Tiburcio pensaba: «Qué derechos, si no me han dejado ni ducharme». El abogado continuaba su perorata, explicándole lo que debía decir en el juicio;

pero sus palabras eran demasiado académicas. Era como si se hubiera aprendido el manual de memoria y no supiera improvisar. A Tiburcio le venían a la mente esas películas carcelarias en las que el protagonista decía:

—Estoy aquí porque mi abogado la cagó.

Al fin entraron en aquella sala sombría donde se decidiría su futuro. La jueza presidía la sesión sentada en su estrado. Enfrente de ella había otras mesas. Tiburcio se sentó tras la de la izquierda, con su abogado al lado. Pensó que la jueza tenía cierto glamour; aunque seguro que sería un bicho de persona, parecía que le había caído bien, y eso que estaba sin peinar.

La sesión dio comienzo y la jueza llamó a Manolo Pérez. Este se subió al estrado y culpó a Tiburcio haciéndose el mártir. Acto seguido, entró el médico y enumeró las pruebas que lo acusaban. Ya llevaban como una hora allí cuando la jueza lo llamó al estrado e hizo pasar a la perjudicada, que se situó con su abogado a la derecha. Tiburcio empezó a contar lo sucedido: confesó que todo era verdad excepto la violación; es decir, era cierto que la había magullado, produciéndole algunos hematomas, pero había sido solo por el fragor del acto sexual. A veces se dejaba llevar y se convertía en una bestia. La jueza lo miraba con cara de cachonda; seguramente se le habrían mojado las braguitas.

María Pérez subió a la tribuna, sería la última en testificar. Tiburcio pensó que era seguro que entraría en la cárcel; era inevitable, todas las pruebas apuntaban hacia él. La mujer comenzó a contar su versión:

—Él me golpeó una y otra vez mientras me penetraba por el culo. Lo único que yo quería era tener una aventura con Tiburcio, no que me maltratara.

La jueza preguntó:

—Entonces, ¿el sexo fue consentido?

—¡Sí, señorita! Yo deseaba que él fuera a mi casa —admitió María Pérez

mientras rompía a llorar.

—¿Él fue a su casa porque usted lo llamó? ¿Con qué ropa lo estaba esperando?

María miró al suelo.

—Lo esperaba con un salto de cama y unos tacones.

—¿Fue todo planeado?

—Sí, señorita.

—Entonces no fue una violación. Fue un maltrato por golpearla, se le fue la pinza por la excitación que le produjo la experiencia sexual.

—Sí, señorita.

La jueza se dirigió a la sala:

—Por tanto, se acusa a Tiburcio Schmidt por sobrepasarse con los golpes, pero no por una violación. ¡Se levanta la sesión! Desde ahora mismo, el acusado queda libre y deberá pagar una multa de mil euros.

Se sintió feliz por no tener que volver a esa habitación oscura ni verle la cara a la gorda con uniforme.

Las noticias

«Voluntarios, bomberos y fuerzas del orden están buscando a las mujeres desaparecidas. Varias familias han venido desde Alemania para encontrar respuestas. Saben muy bien que la búsqueda será larga. En estos momentos hay que tener paciencia».

Tiburcio veía en las noticias cómo la gente se tiraba a la calle para buscar a

esas mujeres, y supo a ciencia cierta que dentro de poco se averiguaría algo, así que tenía que actuar rápido. Se le pasó una idea por la cabeza: al hotel acababa de llegar una mujer de unos treinta y cinco años, bien conservada; se notaba que no tenía hijos, ya que no se le veían estrías por ningún lado. Lo sabía porque no dejaba de pasar por la recepción en bikini: tetas operadas, culo prieto... lo bastante para meterle todo el cebollón. Le gustaba hacer deporte; por las mañanas se iba a correr media hora y luego entraba en recepción sudadita, mirando a Tiburcio con cara de perra, como con ganas de comérselo a bocados. Se llamaba Elisabeth Meyer: rubia, ojos azules, de rasgos típicos alemanes. Él la llamaba "ricitos de oro". Pensó que en esa ocasión no podía entrarle él, había demasiadas sospechas puestas en su persona. Si le caían todas las acusaciones, entraría en la cárcel de por vida, le caería una cadena perpetua por cada víctima, se le acabaría la suerte. Y la verdad es que prefería morir que volver a ese cuchitril y no dejar de pajearse hasta el fin de sus días. La mujer se le acercaba cada día para contarle sus cosas: lo que había hecho y lo que tenía pensado hacer. Era evidente que estaba deseando que Tiburcio la abordara. Se le ocurrió una brillante idea: decirle a la italiana que los acompañara.

Quedaron los tres para ir el sábado de fiesta a Puerto del Rosario, la capital de Fuerteventura. Tendría que conducir una hora, pero debía hacerlo para que la siguiente desgracia tuviera lugar fuera de sus dominios y así alejar a esa gentuza; entre las fuerzas del orden y los voluntarios ya estaban casi llamando a su puerta, y él aún tenía los cuerpos en el congelador. No sabía qué hacer con ellos. No quería tirarlos al lago ni enterrarlos; eran sus trofeos, necesitaba crear una obra de arte con ellos, pero aún no se le había ocurrido nada. La italiana tendría que ayudarlo a deshacerse de aquella presión.

Unos días antes del sábado, la turista, ya segura de que le gustaba, llamó a recepción para avisar de una avería en su caja fuerte. Mandaron a Tiburcio a

repararla. Cuando entró en la habitación, vio que la mujer se hallaba desnuda.

—¡Pasa, Tiburcio! —exclamó.

El muchacho no sabía dónde meterse: le resultaba imposible evitar concentrarse en ese cuerpazo atlético de tetas operadas. Su pene se levantó como alzan los costaleros los tronos en la Semana Santa. Pero antes de que le diera tiempo a tocarla ella se abalanzó sobre el joven, cerró la puerta con el pestillo y se puso de rodillas a cantar en el karaoke. De la fuerza que hacía se le hinchaban las venas del cuello como a los cantaores de flamenco; sabía muy bien lo que se traía entre manos. Cuando notó que Tiburcio tenía el glande más colorado que un tomate se puso a cuatro patas, con las palmas de las manos sobre la cama. Tiburcio la penetró con el hilo musical sonando de fondo y apagando los gemidos de satisfacción. Cuando la mujer se cansó de estar a cuatro patas, lo lanzó sobre el lecho y se puso sobre él; ella se lo guisaba y ella se lo comía. Cuando acabaron, Tiburcio volvió a su trabajo pensando que aquella turista de treinta y cinco años le había dado treinta mil vueltas en la cama. Qué pena que ese sábado tuviera que morir.

Pasaron los días y en las noticias no informaban sobre ninguna novedad. Pero cada vez se unía más gente a la búsqueda. Estaban rastreando el sur de la isla en busca de pruebas. Tiburcio pensó que tenía que desviar la atención. Aquel sábado llegó Eva de Las Palmas; no sabía nada de lo ocurrido con sus padres. La chica tenía un carácter fuerte, y si se enteraba seguro que le retiraba la palabra a su madre. Fue a ver a su novio por la tarde, cuando este salió del trabajo, para pasar un rato agradable con él. Hicieron el amor, pero fue demasiado forzado, ella lo notaba distante. Después, aún en la cama, le fue contando sus avances en los estudios: ya estaba con las prácticas, habían tenido que diseccionar varios cuerpos con el bisturí. La cirugía le apasionaba: nunca había pensado que con un bisturí fuera tan fácil abrir la carne.

Tiburcio la ignoraba, no tenía tiempo para escucharla, necesitaba planear un asesinato. Así se libraría de los otros cadáveres, en cuanto se quitase a la policía de encima. Pensó en mostrarlos como obras de arte para que la prensa les sacara fotos y todo el mundo se quedara alucinado.

La noche ya inundaba los cielos cuando Eva se marchó a casa en su coche; iba enfadada por la actitud de su novio. Pero él estaba centrado en otras cosas: cuando las sombras llegan, salen los fantasmas. Tiburcio se vistió para salir de fiesta. La italiana estaba a punto de llegar con su acompañante, Elisabeth Meyer. El chico se puso un pantalón vaquero añil y una camiseta de botones de tono nevado. Ambas prendas realzaban su hermoso cuerpo y su sonrisa pulcra. El pelo dorado se lo peinó como los pijos.

Por debajo del puente apareció la furgoneta del trabajo. La italiana la había cogido sin permiso; ella sabía dónde encontrar la llave. Al llegar a la mansión de los Schmidt, Tiburcio abrió la puerta del conductor para dejar bajar a su compañera. Esta llevaba un vestido corto, de cuero, con corsé; sus pechos iban a estallar de tanta presión. Lucía el pelo largo atado en la coronilla, y sus labios estaban pintados de rojo putón; remataban el conjunto unos tacones de aguja. Cuando ella se bajó se dieron un beso en la boca y Tiburcio ocupó su lugar en el asiento del conductor; puso la furgoneta en marcha con Elisabeth Meyer y Martina a su lado y condujo hasta Puerto del Rosario. Llevaba un cuchillo amarrado a la espalda. Mientras llegaban a la ciudad, Tiburcio discurría qué hacer con el cuerpo de la turista después de asesinarla. Justo antes de entrar al casco urbano se desvió por un camino de tierra que conducía a Playa Blanca. Ya eran casi las doce de la noche. Debía esperar un poco más, a que la mayoría de la gente se fuera a dormir. Elisabeth Meyer se asustó un poco al ver que iban a un lugar tan aislado, la italiana le dijo que no se preocupara, que se iban a meter unas rayas y luego seguirían con la fiesta. Tiburcio detuvo la furgoneta en la costa. La luna llena los iluminaba y el mar

lucía sus reflejos; era una noche estupenda.

El muchacho sacó una carpeta de la guantera y al hacerlo rozó con sus dedos los muslos de la turista, que llevaba una minifalda blanca que le sentaba de maravilla. Tiburcio volcó la cocaína sobre la carpeta y con una tarjeta comenzó a picarla. Cuando le quitó los grumos hizo tres rayas de buena consistencia. Él se metió la primera, la italiana la segunda y la turista la tercera. Se notaba que ya la había hecho otras veces. Luego se bajaron de la furgoneta. Detrás, en el maletero, tenían una nevera de playa con alcohol y refrescos. Martina se sirvió un vodka con limón, Elisabeth una ginebra con tónica y Tiburcio una bebida energética; no quería beber. Al poco, a los tres les comenzó a subir la droga. Estuvieron allí varias horas hablando y bebiendo. Se esnifaron todo el gramo de cocaína, por lo que iban bastante pasados de vueltas. Elisabeth se quitó la ropa y se fue hacia la orilla. La italiana hizo lo mismo, así que a Tiburcio no le quedó otra que imitarlas, y dejó al aire su blanca piel. La luna llena alumbraba aquellos tres cuerpos frescos y en perfecto estado. Antes de irse hacia el mar, Tiburcio apoyó el cuchillo cerca de la nevera. Al principio el agua le pareció congelada; las mujeres, de tanto que habían bebido, no se percataron de ello. Pero al hombre dorado le costó adentrarse en el océano; al sumergir la cabeza en el agua salada el pelo se le engrifó y se le destrozó el engominado. Pero daba igual, Elisabeth se puso cachonda nada más ver los músculos de Tiburcio y se abalanzó sobre él.

Las luces de la pequeña ciudad se distinguían a lo lejos. Tiburcio empezó a besarla, y estaban tan juntos que su miembro viril rozaba el clítoris de ella. La italiana se les unió y quedaron los tres abrazados, besándose con pasión. Tiburcio penetró primero a Elisabeth, que lo rodeó con los pies por la cintura mientras masturbaba a Martina. Como Tiburcio estaba puesto de cocaína, su pene se mantenía erguido, pero no notaba la sensibilidad de costumbre; la

droga era una especie de calmante para su masculinidad. Después de un rato penetrando a la turista, se la sacó para metérsela inmediatamente a la italiana; ahora era ella la que masturbaba a la otra mujer. Siguieron un rato allí los tres, enredados como plantas acuáticas en medio del océano.

Luego salieron del agua y se tumbaron en la arena mojada. Tiburcio puso a la italiana a cuatro patas y mientras esta era penetrada le comía el sexo a la turista. Al poco las mujeres intercambiaron su posición. Ya llevaban como una hora dale que te pego, y las chicas se habían corrido varias veces. Así que las dos se propusieron que Tiburcio eyaculara por fin. La luna llena reflejaba los tres cuerpos desnudos en el momento en que las dos jóvenes se arrodillaron frente a su glande y empezaron a lamerlo como dos perritas en celo; lo chuparon con ansia por ambos lados, desgastando el cucurucho. Una rubia y una morena. De pronto la italiana comenzó a masajearle los huevos mientras ambas seguían comiéndole la polla a bocaditos. Tiburcio no aguantó más y se corrió como un semental, depositando su esperma sobre los semblantes de las chicas.

Estaba siendo una noche inolvidable. Incluso a Tiburcio se le quitaron las ganas de matar a la alemana. Decidieron regresar a la furgoneta, y cuando él fue a coger su ropa se dio cuenta de que el cuchillo estaba al lado de la nevera. Justo entonces la italiana, que se iba a servir otra copa, se percató de lo mismo. Tomó el arma blanca y miró de reojo a Tiburcio, como solicitándole que la aceptara como aprendiz. El hombre dorado asintió con la cabeza. En ese momento la turista se acercaba por la espalda de ella, que se dio media vuelta empuñando el cuchillo. Apretándolo fuerte con las dos manos, le lanzó una estocada a la garganta. La turista contempló, pasmada, cómo el arma le atravesaba la piel, haciéndole un tajo limpio en la yugular. Trató de gritar, pero la herida impedía que la voz saliera y su garganta solo emitió un sonido apagado. Un hilo de sangre le cruzaba la garganta de lado a lado. Se puso la

mano sobre la herida y parecía que los ojos se le iban a salir de sus órbitas. Inmediatamente la sangre emergió a borbotones, como una catarata cayendo por la ladera que era su garganta.

Tiburcio conectó la radio de la furgoneta y un tema de AC/DC sonó en la playa. Luego se dirigió al maletero, donde estaba la fiesta. Se aproximó a su compañera y le dio un beso en la boca al tiempo que le arrebató el arma. En ese momento Elisabeth cayó a la arena blanca, empapándola de rojo sangre y perdiendo el conocimiento.

Los otros dos se sentaron a charlar como si no hubiera pasado nada. La italiana se bebió la copa. Miraron la hora: eran más de las dos de la mañana. Le chica le propuso a Tiburcio que se fueran sin más, pero él no quería dejar el cuerpo allí. Creía que sus víctimas eran obras de arte, no simples fiambres varados en una playa. Tenía que darle un final lindo.

Las noticias

«Buenos días, Canarias. Ya se cuenta con más pistas sobre el asesino de Fuerteventura. Ha vuelto a matar a una joven turista, y esta vez ha dejado el cuerpo abandonado en una rotonda de la zona turística del Castillo. Ahora mismo, a las 8 de la mañana, la Policía y la Guardia Civil han acordonado la zona y están analizando el escenario del crimen, tratando de obtener todas las pruebas posibles. Como saben los habitantes de la zona, en medio de la rotonda hay un castillo de piedra, de unos tres metros de alto por cinco de ancho. A un lado tiene unas escaleras que conducen a su cima. El cuerpo de la víctima se ha hallado de pie, apoyado en el mástil que sostiene la bandera de Canarias; estaba desnuda y había sido amarrada al palo con cinta adhesiva, por lo que se la veía en lo alto del castillo. En el brazo izquierdo tenía pegado un pequeño papel donde estaba escrito: «La princesa del reino». Es posible

que el asesino haya pretendido crear una especie de macabra obra de arte con el cadáver, a la manera de Miguel Ángel representando a la Virgen. Lo cierto es que al fin se ha encontrado un cadáver del asesino de la furgoneta, y esto permitirá un análisis forense que lleve a las autoridades a atrapar al que ya ha sido bautizado como “el chófer diabólico”. La Policía cree que este hombre sabe muy bien lo que hace».

Capítulo VII

El detective

El análisis del escenario del crimen fue encargado al detective John Barton. Mientras indagaba en busca de pruebas, este se fijó en que el cuerpo tuvo que ser subido entre dos personas. No lo habían arrastrado por las escaleras, como pensaba la prensa. En realidad, el cadáver de la joven turista no había tocado ninguna piedra del castillo; la habían asesinado en una playa cercana, pues su piel aún tenía pegados granitos de arena blanca. Además, se veían sobre ella algunas manchas de líquido blanco y pegajoso que a primera vista parecía semen. La primera conclusión era, pues, que el asesino había violado a la víctima mientras otra persona la sujetaba. ¿Quizá fue una violación múltiple?

Barton se fue moviendo despacio por el escenario, fotografiando, recogiendo y embolsando todo tipo de cosas; era importante obtener la mayor información posible. El cadáver presentaba un tajo en la garganta que le recorría la yugular. Seguramente la sangre se habría derramado desde esa herida y la mujer habría intentado taponar la fuga, pero le fue imposible. En la nota que dejó el asesino se podía leer, como se dijo en los medios: «La princesa del reino». Así pues, el asesino consideraba a su víctima una obra de arte. Era el primer cadáver que se había encontrado, pero desgraciadamente no creía que fuera a ser el último: aquel asesino tenía un hambre voraz. No parecía haber sido un asesinato pasional, ya que no podía conocer a la víctima de mucho tiempo; ella era una turista, habría que ponerse en contacto con su hotel e intentar localizar la fuente original de toda esa historia: ¿quizá se conocieron

en el hotel donde trabajaba el asesino? ¿Tal vez la convenció por las redes sociales para que viniera a Fuerteventura? Eso, esperaba, lo sabrían pronto.

La grabadora del detective no dejaba de registrar cada una de sus palabras. El hombre portaba gafas de culo de vaso y un traje bastante arrugado, y su pelo estaba alborotado. En ese momento su compañera se acercó caminando hacia él: era una joven que acababa de finalizar sus estudios; aquel era prácticamente su primer caso. Se llamaba Rocío Santiago, una andaluza de pura cepa, atractiva, de cabello negro y ojos grandes que brillaban más que dos velas. Había permanecido en el margen de la escena del crimen, observando trabajar a John Barton. El detective procedía de Estados Unidos, pero se había cansado de su país. Le quedaba un año para jubilarse y prefería pasar su vejez en un lugar tranquilo como la isla de Fuerteventura, dando paseos matutinos por la playa, leyendo y fumando puros habanos, los que más le gustaban. En Estados Unidos había resuelto muchísimos casos de asesinato. Justo estaba pensando que aquel, el del chófer cabrón, sería el último. Esperaba retirarse con honores, dejando paso a otros detectives más jóvenes. Sus planes consistían básicamente en irse a playas desérticas de la isla a ponerse en pelotas y pasear el rabo de lado a lado, disfrutando de los agradables días de aquel jardín del Edén. El detective Barton era una especie de superhombre, no dejaba caso alguno sin resolver; su currículum era espléndido, había detenido a muchos asesinos en serie. Aunque también, por culpa de su trabajo, perdió a su familia.

Tenía mujer y tres hijos. Una noche fría de invierno entró en su casa un hombre de color con una metralleta y se llevó por delante a sus cuatro familiares, que estaban en el sofá viendo la televisión. El detective se encontraba en el cuarto de baño, por lo que la llamada de la naturaleza le salvó la vida; de lo contrario, también estaría bajo tierra, con una lápida de mármol en la que figurarían su nombre y las fechas de nacimiento y muerte junto a una

inscripción como la siguiente: «Aquí yace el cuerpo sin vida del detective Barton».

Aquella noche, al oír los disparos, salió del cuarto de baño empuñando su arma reglamentaria y se dirigió al salón con sigilo. El asesino no se había percatado de su presencia y se encontraba revisando los cuerpos en busca de algo. La noche era muy fría y la lluvia caía, persistente, en las ventanas de la casa. Cuando John tuvo a la vista a aquel demonio, se percató de que estaba en cuclillas, dándole la vuelta al cadáver de su mujer. El detective se quedó congelado al contemplar la horrible escena; había visto muchísimos asesinatos, pero nunca de personas tan cercanas. Apuntó su arma reglamentaria a la cabeza del intruso. Este se giró en ese momento y su rostro reflejó la luz del televisor, aún encendido. Se puso de pie sin ver a John y se acercó al siguiente cadáver: le revisó el semblante agujereado por las balas y comprobó que no era él. En los cristales de las ventanas resbalaba el agua de lluvia, comenzó a tronar y algunos relámpagos iluminaron la estancia. John se aproximó más al atacante y le puso la pistola en la sien. Ya estaba apuntando al asesino de su familia, pero el arma del detective estaba congelada, como su alma; no sabía si matarlo o dejarlo marchar.

El hombre se levantó con lentitud y las manos en alto. Entonces se dio media vuelta y quedó cara a cara a John. La pistola seguía apuntando a su cabeza.

—¿Por qué, maldita escoria? —preguntó Barton.

El hombre de la piel azabache se quedó mirándolo con fijeza.

—Me encerraste durante treinta años por violar y matar a una puta. En cada día de esos treinta años no he dejado de soñar con vengarme. A partir de ahora, tu alma vivirá en una eterna oscuridad.

John bajó el arma, resignado, y pensó: «Si lo dejo que me mate, ¿habrá acabado su venganza? Si lo mato yo, mi alma se oscurecerá».

El intruso aprovechó la confusión de John para tratar de hacerse con su metralleta, que le colgaba del hombro. Como en un duelo del Oeste, ambos vaqueros desenfundaron sus armas, pero John Barton fue más rápido en apretar el gatillo y le voló la tapa de los sesos al hombre de color azabache. Este cayó hacia atrás y el suelo quedó definitivamente cubierto de cadáveres.

John llamó a urgencias y luego se sentó en el sofá. Aquel día se había comportado como un superhéroe, había logrado acabar con el mal; pero a cambio había pagado el precio más alto: en solo unos segundos, la vida le cambió por completo. Su alma se oscureció y la droga y el alcohol lo invadieron. Era tan grande su dolor, que no conseguía aliviarlo con nada. Decidió vivir o morir. Vendió su casa y su coche y pidió a sus superiores que lo mandaran a cualquier otro lugar del mundo a resolver casos de asesinato. Ya apenas se duchaba ni se afeitaba, y tampoco se preocupaba de lavar su ropa. Había veces en que sus propios compañeros de trabajo le quitaban el uniforme y lo obligaban a meterse en la ducha. Parecía una momia viviente, pero en realidad era el mejor detective del mundo, contaba con muchos años de experiencia y parecía inmortal; las balas no lo atravesaban.

El caso del chófer sería el último antes de retirarse. Le habían puesto a una chica de prácticas para que absorbiera todo lo posible de él. Barton continuó analizando piedra a piedra el pequeño castillo, buscando alguna pista que le llevara hasta el asesino. Guardó la muestra de semen en una pequeña bolsita y la mandó analizar junto con el cuerpo, al que habrían de hacer la autopsia cuanto antes. Aunque hasta pasados varios días no sabría nada, y era muy probable que el asesino siguiera matando.

La iglesia

El domingo se despertaron como una familia feliz y desayunaron juntos. Más

tarde Eva Pérez apareció en la mansión con un vestido blanco y tacones. Su madre, su padre y él la recibieron mientras los demás creyentes iban llegando para la misa y aparcando sus vehículos a la entrada; hacían el resto del camino a pie. El día se avecinaba hermoso y los fieles iban a adorar a su Dios. La iglesia se divisaba a escasos metros de la casa, cerca del pinar que había plantado la madre de Tiburcio unos años atrás. Cuando abrieron los portones de la pequeña catedral, la luz del sol penetraba por la bóveda suspendida en el techo y alumbraba la figura de Jesús crucificado, que presidía el templo. Había bastante gente. El pastor entró para preparar el culto mientras el Cristo lo miraba y él se dejaba llevar por las alabanzas. Aquellos creyentes vivían completamente entregados, devotos, cantando inconscientes. El pastor estaba contento, pues todo lo que él pedía el rebaño se lo devolvía.

Tiburcio trató de cerrar los ojos y buscar algo bueno en su fuero interno; pero allí no había más que tempestades. Ya era demasiado tarde para cambiar: había firmado un contrato con el Diablo, la lujuria asaltaba su interior y lo volvía egoísta, siempre pensando en otra presa, intentando calmar su insaciable sed. Si encontraba a la mujer más elegante del mundo, la violaba y la mataba para intentar satisfacer su hambre devoradora de vírgenes. No le bastaba conquistar su corazón, tenía que acabar con ellas para llegar al éxtasis total al saber que ese acto sexual sería el último para la bella princesa, que se convertiría en eternidad. Sabía perfectamente que aquello no estaba bien, que necesitaba ayuda profesional para aplacar sus ansias de controlarlo todo. A lo largo de los años se había convertido en una bestia siniestra. Primero Eustaquio le enseñó a matar palomas; no para comérselas, simplemente por el placer de arrebatarse una vida. Al principio aquello le daba asco, hasta que empezó a sentir esa caricia deliciosa que da el poder. Podía hacerlo, y lo hacía; primero fueron palomas, después gatos y, algunas veces, perros. Luego violó a algunas primas suyas con la ayuda de su padre; consumada la agresión,

ellas se marchaban a Alemania para no volver jamás. A él, el viejo siempre lo trataba de manera perversa, sacando lo peor que tenía en su interior, hasta que eso, lo peor de Tiburcio, ya era lo único que había.

Algunas veces conseguía apagar esa sed conteniendo sus deseos, pero tarde o temprano estallaba la bomba que llevaba dentro salpicando a unos cuantos inocentes. Estar allí rezando no devolvería ninguna vida, solo aliviaba su alma. Pero su cabeza no era capaz de borrar los recuerdos de los gatos crucificados. Remedios se había percatado de algunos de los horribles actos de su hijo, pero lo defendía alegando que el gato ya estaba viejo, o que le tocaba morir. Ella nunca comprendió que se estaba creando un monstruo: los cuernos despuntaban en su frente, las patas de cabra sustituían a sus piernas y una lengua de serpiente inundaba de veneno sus vasos sanguíneos. Se convirtió en un demonio que solo quería hacer sufrir. Había veces en que, cuando se le pasaba la excitación del sexo y de la muerte, se arrepentía. Puede que aún quedara algo de humanidad en él. Pero su demonio era mucho más fuerte, y los psicópatas como Tiburcio no cambian nunca. La humanidad será exterminada por individuos de su calaña; llegará un momento en que habrá más depredadores que presas.

El chico continuó atendiendo al sermón; eran las mismas historias de siempre. En realidad, su alma seguía siendo de ébano y moriría con ella. Aquel rebaño se convertiría algún día en una jauría de lobos. El pastor instaba a los fieles a cantar y ellos obedecían. Los tenía dominados. Tiburcio pensó que alguna vez montaría una secta; es lo mejor para someter a la gente.

Cuando acabó el culto, todos se saludaron llamándose hermanos entre ellos. El pastor estaba muy satisfecho de que su madre hubiera restaurado la iglesia; hacía años que no daban la misa allí. Años antes, Remedios ayudaba a las familias con sus ancianos; tenía una residencia de la tercera edad y allí les

daba de comer, los bañaba y los mimaba. Pero la residencia acabó cerrando porque la mujer decía que le daba pena ver morir a tanto ser humano. Tiburcio se decía: «Vaya tontería, si todos morirán tarde o temprano».

La verdad es que la ermita era bella, con aquellos murales que relucían en sus paredes, y además se había llenado de cabo a rabo; habría allí unas mil personas. Tiburcio imaginó que si la hacía estallar morirían unos cuantos. Aunque no sería fácil encerrarlos allí. De todos modos, una vez que la gente estuviera dentro, podía cubrir las ventanas con persianas de hierro y atrancar la puerta principal. Después soltaría un veneno silencioso que entrase en sus pulmones, para quemar sus vidas desde dentro; les arrancaría la existencia uno a uno...; morirían felices, porque llegarían al mismo Cielo, al paraíso. El muchacho asintió en silencio: le gustaría controlar ese veneno invisible, como hacia los nazis en los campos de concentración. Sería una obra de arte contemplar todos esos organismos tirados por los rincones de la iglesia, en medio de un silencio aterrador. Sería su última gran obra.

La primera había sido la princesa del reino; la segunda habría de ser el árbol de los caídos. Aquella misma semana lo organizaría: pensaba deshacerse de los cuerpos de sus anteriores víctimas colgándolos de las ramas de un árbol, todos esos muertos suspendidos de sogas que recorrerían sus nuca. Ya lo tenía localizado: era un árbol enorme que aguantaría el peso de todos esos cadáveres. Claro que la italiana y Eustaquio le tendrían que ayudar.

La ceremonia terminó. Tiburcio pensó que le gustaba orar. Le servía para relajar la mente y dejaba que sus ideas fluyeran.

—Podéis ir en paz —dijo el pastor.

—Y en paz me iré... —murmuró él.

Capítulo VIII

El árbol de los caídos

Al alba del tercer día de la semana llamaron al detective John Barton. Este acudió a la rotonda de La Lajita, donde habían aparecido los cadáveres de los caídos. Había amanecido con un calor abrasador y calima; los granitos de arena planeaban por el aire, ocultando el cielo. Había treinta grados de temperatura y se hacía difícil respirar. El detective, vestido con un polo verde, pantalones de pinza beis y tocado con un sombrero marrón, iba de nuevo acompañado por su ayudante y aprendiz, Rocío Santiago.

Cortaron la circulación de la rotonda y habilitaron un segundo carril fuera de ella, en un camino de tierra. La Guardia Civil acordonó toda la zona. Barton se hizo dueño y señor de la escena del crimen y se mantuvo un rato en silencio, contemplándola: varios cuerpos colgaban de las ramas del árbol, que medía unos siete metros de alto y tenía unas diez ramas que sobresalían como brazos naturales, a la entrada del pequeño pueblo de La Lajita. De seis de esas ramas colgaban diferentes cadáveres: los de un hombre mayor y cinco mujeres.

La prensa no dejaba de grabar desde fuera de la cinta blanca y roja con la que habían acotado la zona. El detective sufría un dolor de cabeza insoportable. Desde que aquel hombre de color asesinó a su familia revivía esa pesadilla cada noche y no podía dormir. Luego, al observar la escena de un crimen los recuerdos regresaban de nuevo, alborotándole la mente e impidiéndole pensar con claridad.

—Por favor, Rocío, saca fotos de todos los ángulos.

Su ayudante obedeció bordeando la circunferencia y haciendo las fotos desde fuera, desde el asfalto. Hasta el momento nadie había pisado la gravilla que rodeaba el árbol de los caídos. El detective observó que había varias huellas allí dentro, aunque no se distinguían con claridad; por si acaso, hizo algunas fotos. Las huellas eran de pies de varios tamaños: mínimo dos personas y máximo cinco. John alzo la vista hacia los cuerpos del hombre y las cinco mujeres. Conectó su grabadora y le fue contando paso a paso lo que sus ojos iban viendo. De los seis cuerpos ahorcados, el primero correspondía a un hombre blanco de unos sesenta años. En la segunda rama colgaba una señora de la misma edad. Hasta el momento no se había denunciado la desaparición de nadie de esas características ni se había reconocido a ninguna de esas dos víctimas. A Barton le pareció extraño: el aparente móvil de este asesino era el sexo, violar a sus víctimas antes de matarlas, tenerlas bajo su dominio y luego eliminarlas a sangre fría. Así había sido con la princesa del reino; era una chica joven y muy atractiva con la cual habían practicado sexo.

—Tal vez... —reflexionó el detective en voz alta—. ¿Consentido o no? El asesino puede ser un hombre joven, atlético y atractivo, que engaña a sus víctimas por la luz que desprenden sus ojos.

Luego volvió a sus reflexiones: «La presa baja la guardia por la atracción natural que siente hacia el hombre. Pero entonces... ¿estas dos muertes? Se salen de los parámetros, de los gustos del asesino».

Mientras John sostenía la grabadora frente a su boca se sentía ahogado por la calima; sudaba con profusión y su barba mojada lo asemejaba a una nutria recién salida del río. El sombrero también le hacía sudar, y en las axilas del polo verde se dibujaban dos grandes aureolas mojadas. Los cuerpos desprendían un terrible olor a putrefacción; no era normal que estuvieran en un

estado de descomposición tan avanzada si no habían pasado ni veinticuatro horas desde su muerte.

—Bueno, prosigamos —se dijo.

Volvió a darle al botón de grabar. La tercera víctima, contando las ramas desde su posición, tenía, como las demás, una soga enrollada al cuello. Era una mujer de unos cuarenta años, bastante atractiva, por lo que podía haber entrado en la lista del depredador. La cuarta era una joven de cabello azabache y ojos verdes. La quinta era rubia y de ojos claros, de unos veinte años más o menos. El sexto “trofeo” colgaba de la rama más alta del árbol. Barton supuso que tendría entre dieciséis y dieciocho años: pelo negro y cierto parecido con la tercera víctima.

John se quitó las gafas y se restregó los ojos tratando de enjugar dos lágrimas que recorrían su deteriorado rostro. Aquella joven tenía toda la vida por delante. El maniaco asesino, el chófer diabólico, se había desahogado con todas ellas. El detective guardó silencio el resto del tiempo que tardó en recorrer la escena del crimen. Ya tenía lo más importante registrado en la grabadora que le había regalado su mujer.

De pronto se percató de un detalle: aquellos cuerpos desnudos... ¿se encontraban dispuestos así por alguna razón? ¿El lugar más bajo sería para la víctima de menor valor? ¿Tal vez alguien a quien el asesino tuvo que matar para hacerlo callar? Era el varón. La segunda altura en la supuesta escala del asesino correspondía a la mujer mayor, y la tercera a la de cuarenta años. Luego, hacia arriba, la seguían la joven de pelo negro y ojos verdes, la rubia de unos veinte años y, en la cúspide, la adolescente de dieciséis o dieciocho. Seguramente su preferida. Así que establecía una jerarquía para matar. Y ese era solo el comienzo. En realidad, aquellas personas no habían sido asesinadas en la rotonda, sino bastante antes y en otro lugar. Puede que ese

hombre dispusiera de una casa propia donde llevar a cabo sus rituales. Además, las había dejado desnudas como símbolo de su poder, como demostración de que podía hacer lo que quisiera con ellas. Pero al detective le extrañaba que una persona sola hubiese sido capaz de subir a las víctimas a las ramas del árbol, más aún teniendo que haber actuado rápido, durante apenas una hora, para no ser descubierto.

Al atardecer, John Barton se encontraba en su oficina. Junto a él, en la pared a su derecha colgaban las fotos de los asesinatos del chófer diabólico. El detective se hallaba muy cansado y sentía una presión insoportable en la cabeza. De pronto se levantó, agarró su gabardina y su sombrero y se marchó a coger el coche, un Citroën C5 negro. Condujo hasta el puticlub más cercano, El Quitapenas. Entró allí para hacer honor al nombre y matar sus penas. Tras dejar la gabardina en un perchero se fue hacia la barra; aquella camarera era la mujer más fea que había visto en su vida. Le pidió una copa de whisky etiqueta negra y se sentó en un taburete, justo en la curva que dibujaba la barra. El local aún estaba vacío; era temprano para que salieran los vampiros. La camarera le sirvió el licor en un vaso pequeño y ancho. Las princesitas “de saldo y esquina”, como las llamaba Joaquín Sabina, se acercaron a la carnada. Eran cinco mujeres: dos gordas con cuerpos como autobuses, dos cuarentonas y una jovencita de unos veinticinco años. El detective, que no era tonto, invitó a la más joven a que le hiciera compañía.

—¿Cómo te llamas?

—Estrella.

—Bonito nombre.

Ella se sentó a su lado y se pidió un cóctel. El dinero no era un problema para Barton, pero sí lo era el olvido. El detective frecuentaba ese tipo de lugares

para ahogar sus penas.

El local tenía una pequeña terraza y John le preguntó a la chica si lo acompañaba fuera. Aquellas luces rojas entre tanta oscuridad lo mareaban. Salieron a la terraza y hacía un poco de frío. Él, que era un caballero, regresó a por su gabardina y se la ofreció a la prostituta; por su parte, se quedó vistiendo únicamente el polo verde y el ligero pantalón que llevaba por la mañana. La barba le ocultaba casi toda la cara, y el resto del rostro quedaba cubierto por sus grandes gafas de culo de vaso. Se sentaron en sendas sillas y se pusieron a contemplar el pequeño pueblo que se divisaba desde el mirador. El policía cruzó las piernas y sacó un habano del bolsillo; luego lo encendió y bebió de su vaso. La chica lo observaba con admiración: a pesar de su edad, lo encontraba atractivo; a peores cosas se había tirado. Además, al hablar se le notaba que era un hombre culto. En cambio, desprendía un olor fuerte, como a sudor reseco, producto de no haberse duchado en varios días.

El agente apuró su whisky mientras la joven saboreaba un cóctel de color azul. Los pechos de la muchacha asomaban por encima del borde de la blusa. Tenía la piel fina de alguien que aún no había sufrido el paso de los años. Su cabello era tostado y largo, y las facciones frágiles como las de una muñeca de porcelana. Barton pensó que era una chiquilla elegante. En ese momento ella propuso:

—¿Vamos para dentro?

El detective se quedó embobado, emocionado por un momento. Sabía perfectamente que aquello no era más que trabajo para ella, pero aun así le atrajo enormemente la idea de que una chica tan guapa se interesara por él. Fueron al dormitorio y la prostituta lo mandó a la ducha. El investigador obedeció y se metió bajo el chorro de agua caliente, de donde enseguida emergió limpio y se dirigió a la cama de matrimonio. La prostituta había

dejado encendida solo una luz roja que apenas alumbraba. Se lo folló y consiguió que se quedase relajado y además que se sintiera querido al menos durante media hora.

John se levantó, se vistió y se marchó por donde había venido. Pasó por la barra para pagar y luego se subió a su automóvil. En casa solo le esperaba la cama sin hacer. Se acostó e intentó dormir un poco. Se sentía un poco mejor que cuando entró en el club; pensó que por algo lo llamaban “El Quitapenas”.

Eva

Estaba en la casa donde se había follado a María Pérez. Pensó en ella, en cómo le gustaba su cuerpo definido y cómo la había penetrado por todos lados. Esa madurita sabía bien lo que se hacía; notaba sus labios besándole el glande. Aquello era un sueño, pero cuando despertó, abrió los ojos y miró hacia abajo, contempló a la hija de María saboreándole el pito; le estaba haciendo una mamada por debajo de la sábana. Tiburcio reaccionó dándole la vuelta para colocarse en la postura del misionero y darle lo suyo; la empotró una y otra vez contra el cabecero y terminó eyaculando dentro de ella. Eva gimió con agrado, como una puta. Vaya despertar más cachondo. Se abrazaron y vieron el amanecer a través del formidable ventanal que presidia su dormitorio y daba hacia la falda de la montaña. El sol surgía con timidez y Eva se sentía feliz. No pudo evitar romper el encanto del momento y sorprendió a Tiburcio con una noticia:

—He dejado de tomarme la píldora. En unos meses acabaré las prácticas y recibiré el título de Medicina. Vamos a ser muy felices y te daré tres hijos.

El chico se quedó paralizado. No estaba preparado para tener hijos. Giró el cuello y volvió la vista hacia su novia.

—No pienso tener hijos ahora, quizá más adelante.

Un terrible enfado recorría su cuerpo. Sentía ganas de abofetearla. Se levantó y fue hacia la ducha. Eva no le quería enfadar, así que se vistió y se marchó sin despedirse. Su novio no se había tomado muy bien lo que ella estaba planeando. El caso es que la joven se sentía bien a su lado, pero él no le era fiel, lo sabía; no paraba de ponerle los cuernos, e incluso había tenido sexo con su madre. Bien, pues aquello iba a traer problemas. Cuando una mujer decide algo, lo cumple, se lanza a por ello hasta que lo consigue. Y en ese momento los espermatozoides de Tiburcio recorrían las trompas de Falopio de Eva en busca de un óvulo desprotegido. Ella había tomado la decisión, y punto.

Tiburcio se estaba duchando para tratar de limpiar de su cuerpo la rabia y la furia que le había causado su pareja. Él sabía bien que cuando no se le da a una mujer lo que desea, ella lo acaba buscando por otros medios. Pero el chófer diabólico andaba con otro objetivo en mente en ese momento: la joven jueza de pechos grandes le había dejado embobado, y estaba seguro de que ella también había sentido una conexión especial con él. Esa mujer ya estaba en la lista, y no iba a dejar que su novia le estropeará la misión, que le pringara de por vida cargándolo con un hijo.

Salió de la ducha y bajó las escaleras hacia el salón. Puso la televisión y fue cambiando de canal hasta llegar al que emitía el programa *Crímenes imperfectos*. Se sentó en el sofá a esperar que su madre le trajera el desayuno; en menos de cinco minutos apareció Remedios Schmidt con la bandeja y la posó en la mesa del salón.

—Buenos días, hijo mío.

Le dio un beso en cada mejilla. El hombre dorado sonrió, complacido por los cuidados que le dispensaba su madre.

—Buenos días, mamá.

La madre, satisfecha, se dio media vuelta para marcharse. Tiburcio se comió sus tostadas con Nocilla mientras veía el programa. Luego cogió la taza de café. Cuando le estaba dando el primer sorbo a su bebida caliente, interrumpieron la emisión para dar un boletín de noticias.

«Buenos días, Canarias. Esta mañana el forense ha analizado los cuerpos de las víctimas del asesino en serie conocido como “el chófer diabólico”. Creemos que tanto la princesa del reino como los cadáveres del árbol de los caídos son obra de la misma persona. Parece claro que el chófer prefiere a las mujeres jóvenes, y sin embargo persiste una incógnita: dos de los cuerpos del árbol de los caídos no cuadran con el perfil de víctima de este sospechoso, puesto que se trata de un hombre y una mujer de edad avanzada. Hemos podido hablar con el detective John Barton, que es quien está a cargo de la investigación. Se trata de un investigador de brillante carrera, con todos los casos a sus espaldas resueltos de manera satisfactoria. Se espera que este sea el último de su excelente trayectoria».

Las cámaras de televisión pillaron al detective en plena calle. Iba ataviado con su sombrero marrón, su barba larga y las mismas gafas de siempre, además de un polo y un pantalón de pinzas negro que le daban aspecto de camarero. Estaba fumando un habano. Al tiempo que exhalaba el humo amargo del cigarrillo, iba contestando a las preguntas del periodista.

—Buenos días, detective. ¿Qué sabemos del asesino?

—Buenos días. Bueno, se trata de un caso complicado. Tratamos con un asesino al que le gusta someter a sus víctimas y luego matarlas. Esto es lo que puedo contar.

—¿Por qué sus presas son siempre mujeres jóvenes?

—Son las que despiertan su interés. Creemos que el asesino es un hombre atractivo y seductor. No parece probable que él las obligara en ningún momento a subirse en su coche. Después, cuando las tuvo donde quería, fue cuando disfrutó abusando de ellas.

—Hay dudas respecto al hombre y la mujer mayores. ¿Por qué los mataría?

—Pienso que esos pobres no estaban en la lista. Seguramente el asesino estaba violando a alguna de las chicas y apareció esta pareja. El chófer diabólico los mataría para callarles la boca.

—Bueno, pues eso es todo por hoy. Muchas gracias, detective, le deseamos que tenga un buen día desde Telecanarias.

Barton se despidió con un ademán.

Tiburcio siguió bebiéndose su café humeante. Se había quedado paralizado: no sabía que un investigador tan famoso estaba siguiendo sus pasos. Terminó de desayunar y se puso la ropa del trabajo.

Empezó la mañana como cada día, ayudando en recepción, para más tarde llevar a los clientes a la playa. En definitiva, llevó a cabo sus labores como cualquier persona normal. Quienes lo conocían no sospechaban de él; no se trataba de una persona conflictiva y en realidad era bastante reservado: un demonio metido en un cuerpo de ángel; el ángel caído, se podría decir.

Estando en recepción vio llegar a una jovencita de unos quince años, aunque bastante desarrollada, y de cabello rojo como las candelas, un rostro lleno de pecas y ojos de color verde. Nunca había estado con una pelirroja. Se fijó en el bono del hotel, que tenía el número de localizador de la reserva: en el ordenador aparecía la habitación 217. La chica iba con su padre, que también era pelirrojo. La jovencita no dejaba de sonreírle como con admiración y al mismo tiempo deseo. Notó a simple vista que era virgen; se percibía en el

ambiente que ese chochito estaba disponible para ser penetrado. Pero Tiburcio disimuló su interés y fue explicando todo a los nuevos clientes de una forma automática y con tono profesional, como los horarios del restaurante. La jovencita se acercó más al mostrador para atender mejor al recepcionista; apoyó las manos en el frío mármol y entrelazó los brazos como el cuerpo de una serpiente; las tetas se le quedaron encima de las manos. Su canalillo era una línea recta y los pezones estaban erizados, a punto de explotar. Tiburcio se puso nervioso y pensó que cómo una niña de apenas quince años podía dominarlo así, a su antojo. Se trata de ese gran poder que tienen las mujeres sobre los hombres: como un león en la sabana africana observando a una cebra debilitada por el cansancio, tirada en la cálida arena; esperando su último aliento para acabar con su existencia y disfrutar de su carne. Tiburcio movió la cabeza de un lado a otro, como negándose; quería volver en sí y ser otra vez dueño de su ser. Sus compañeros pululaban por allí, atendiendo a los demás clientes.

—Ahora mismo no está lista la habitación. Pueden ustedes dejar las maletas en el cuarto de la izquierda e irse a desayunar. El restaurante está a la derecha de la recepción —les indicó a padre e hija con una sonrisa.

La pelirroja lo miró y le dirigió a su vez una tímida sonrisa. El vestido de flores rosas y amarillas que llevaba le marcaba la figura. Luego se despidió deseándole un buen día. Tiburcio se fue hacia el cuarto de baño, todavía olfateando el perfume de la carne virgen. Se echó un poco de agua en la cara y se bajó el pantalón, del que emergió su miembro tieso, más duro que una barra de hierro. Volvió a mojarse las manos con agua fría juntando las palmas en una especie de cucharón que llenó hasta arriba y luego derramó sobre su pene erecto; por un momento dejó de bombear tanta sangre, pero él sabía muy bien que aquello no valdría de mucho.

Se marchó hacia la furgoneta para continuar con su jornada laboral. Los clientes ya estaban esperándolo junto al vehículo: cuatro parejas de ancianos, con rostro de zombis. Las señoras llevaban pantalones cortitos que dejaban ver un cuerpo lleno de arrugas y las venas de las piernas hinchadas como las de un culturista.

En su oficina, el investigador no dejaba de observar las fotos de los dos casos. Se fijó en las huellas aparecidas sobre la gravilla; sabía muy bien que eran las del asesino, pero no se podía sacar nada de ahí, no se había podido identificar ni una pisada clara. Ese material, como de picón, se abría hacia los lados al presionarlo, por lo que las pilladas no dejaban marca, como habría sucedido al tratarse de barro, por ejemplo. El detective se lamentó en silencio. Luego pensó que tal vez se podría rescatar la talla del calzado: posiblemente un 41 o un 42. Pero no, en la ciencia forense no podía haber dudas. Dejó a un lado el tema de las pisadas porque no quería agobiarse, se centró en la foto de la primera víctima, la joven del castillo. Observó con detenimiento la yugular seccionada y no pudo evitar sentir rabia; lanzó su sombrero sobre la mesa del ordenador, sostuvo las gafas, empañadas por las lágrimas, y las dejó allí también. Se restregó los ojos con los dedos índice y corazón. Aquella chica le recordaba a su mujer, tendida en el frío suelo de su casa. Se había tomado este caso como algo personal. Sabía que el asesino volvería a matar tarde o temprano, por lo que era imprescindible averiguar si había alguna conexión entre él y las víctimas. ¿Dónde las había conocido? La mayoría habían venido de vacaciones, por una semana o dos. ¿Cómo es que en tan poco tiempo las seducía? Tendría que entablar relación con ellas en alguna actividad turística.

Barton empezó a animarse: estaba consiguiendo ir más allá. Continuó con su razonamiento: ese hombre debía de prestar algún servicio, bien en un restaurante o en la recepción de un hotel. Quizá tuviera razón la prensa y se

trataba de un chófer. Se puso de nuevo el sombrero y las gafas y salió a toda prisa de su oficina. Rocío Santiago estaba fuera, fumándose un cigarrillo.

—¡Vamos a ver al forense! —exclamó John.

La andaluza llevaba puestos unos pantalones de pitillo azul marino, una blusa nívea y unos tacones que le resaltaban el culo. Antes muerta que sencilla. Salieron de la oficina, ubicada en Costa Calma, y viajaron hasta Puerto del Rosario, la capital de la isla majorera, para ver al forense.

Tiburcio

La chica de la habitación 217 terminó de almorzar a las 12:45 y fue sola a recepción, a preguntar por su habitación. El jefe estaba comiendo, así que le tocó a Tiburcio atenderla. La jovencita se volvió a apoyar sobre el mostrador, con las tetas rectas, como dos cañones, apuntándolo desde el vestido de flores rosas y amarillas y sus ojos verdes fijos en el recepcionista.

—¿Está la habitación lista, guapo?

Tiburcio se puso nervioso; la guiri iba a por él.

—Tú sí que eres guapa —le soltó antes de darse media vuelta y caminar hacia la mesa donde estaban los bonos del hotel y la lista de las habitaciones terminadas, marcadas con fluorescente. Tiburcio comprobó que la 217 ya se hallaba preparada, así que volvió frente a la clienta y le entregó las dos tarjetas. La guiri sonrió, enseñándole su blanca dentadura. Él le devolvió la sonrisa. Al coger las llaves, la muchacha le rozó los dedos. Luego inquirió:

—¿Me puedes ayudar con las maletas?

Tiburcio no se lo pensó dos veces: salió de la recepción y fue al cuarto de maletas. Los dos jóvenes caminaron juntos por los pasillos del hotel.

—¿Cómo te llamas, guapa?

La pelirroja lo observó de arriba abajo; le había gustado ese rubio de ojos azules.

—Me llamo Saskia Neumann.

—Yo soy Tiburcio Schmidt.

—¿Tienes novio? —se aventuró él.

—No, la verdad es que aún no ha llegado mi príncipe azul —dijo ella con un guiño.

—Eres una chica atractiva, es raro que no tengas novio.

—Nunca es tarde, pero en Alemania lo único que hago es estudiar y estar en casa.

—Pues aquí es diferente. Yo me voy a encargar de que te lo pases genial en tus vacaciones.

En ese momento entraron en el ascensor y Tiburcio pulsó el número de planta. Al llegar a la habitación 217, Saskia abrió la puerta, entró primero y con un gesto invitó a pasar a Tiburcio, que dejó los dos maletones cerca del armario.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó.

—Se quedó almorzando en el restaurante.

Ambos se quedaron callados, estudiándose con detenimiento. Tiburcio observó esos labios pequeños y esponjosos y se acercó a ella para darle dos besos en las mejillas. Pero la chica fue pícara y le sujetó la mandíbula para besarle en los labios. Las niñas de hoy en día saben latín. Tiburcio se dejó hacer; el miembro viril arrancó enseguida, como una moto. Ella le besaba con pasión y él la asió por las nalgas y la atrajo hacia sí. Al notar el sexo de ese macho cabrío, ella se retrajo un poco. El vestido la tapaba, pero se podía sentir el fuego que la abrasaba. Tiburcio le subió la ropa con dos dedos,

suavemente, como un profesional, y con el índice le rozó el clítoris. Saskia Neumann gimió como nunca antes, pero cuando el chico le introdujo el dedo en su sexo ella le empujó hacia atrás. Tiburcio entendió que aquello estaba cerrado a cal y canto.

—Vamos demasiado rápido, ¿no? —alegó la muchacha.

Él se disculpó, saliendo de la especie de trance en el que Saskia lo había sumido.

—Tienes razón, ¡perdona!

—No hay nada que perdonar, simplemente dame unos días.

Ambos sonrieron. Tiburcio se dio media vuelta y salió de la 217. Estaba emocionado; Saskia Neumann lo había vuelto chiflado; o quizá no era ella, sino la perspectiva de desflorarla.

John

Se adentraron en el cuarto fresco del forense. Tenía el cuerpo de la muchacha, ricitos de oro, tumbado en la camilla. El detective se acercó al médico.

—Buenos días, inspector.

—Buenos días, Fernández. ¿Tenemos algo?

—Pues la verdad es que debo analizar aún bastantes cuerpos. Ha sido mala suerte que esta chica no llevara ropa cuando la encontraron. No tiene moratones producto de forcejear con su atacante, solo un corte de arma blanca, que además fue la causa de la defunción.

John se quedó pensativo. Si el lugar donde encontraron el cadáver de la joven no había sido el escenario del crimen, la cosa estaba complicada; el castillo de la princesa había aparecido completamente limpio de sangre y huellas.

—¿Que más tenemos?

El forense, un hombre de cabello oscuro y tan bajito que casi no llegaba a la mesa de operaciones, prosiguió:

—He encontrado alcohol y drogas en su organismo, pero no creo que se los administrara el asesino. Seguramente se irían de fiesta, habrían estado en alguna playa tomando copas, porque en los pies y en otras partes del cuerpo tiene restos de arena blanca. Pero la mayor parte de las playas de la isla tienen esa clase de arena —concluyó, encogiéndose de hombros.

—¿Se puede investigar la procedencia de ese tipo de grano?

—¡Puff! —replicó el forense—. Sería bastante difícil llegar a la escena del crimen. Está claro que la mujer confiaba en su atacante. Se emborracharon, se drogaron y follaron. Luego, cuando se cansó de ella, sacó un arma blanca y le hizo un corte claro; la incisión no es profunda, no está hecha con mucha fuerza. Ella murió desangrada poco a poco.

El detective resopló contemplando el cadáver abierto de par en par como un coche con las puertas abiertas.

—Entonces, ¿no tenemos ninguna prueba?

El médico se aproximó al brazo derecho de la víctima y lo elevó en el aire. El investigador se quedó mirándolo.

—En este brazo he hallado una huella dactilar. No estoy seguro de qué dedo es, puede ser el índice.

—Eso son buenas noticias.

Fernández soltó el brazo despacito.

—Yo no sé sacar una huella de un cuerpo, la piel cambia constantemente. Tendré que pedir ayuda. Esa huella sería la única forma de conectar al asesino

con la víctima. Mi teoría es que se emborracharon, se drogaron y se dieron un baño en la playa, y dentro del agua tuvo lugar el coito. Él no introdujo su semen dentro de ella, pero sí hubo contacto. Salieron del agua y se dirigieron al vehículo; en ese momento la mujer estaba distraída porque confiaba en él. El asesino tomó un cuchillo y la degolló como al ganado. Luego la dejó tirada en la arena, desangrándose, y cuando comprobó que estaba muerta la trasladó al castillo.

Tiburcio se despertó a eso de las ocho de la mañana. Aquel día se sentía feliz porque no tenía que ir a trabajar. Ante de levantarse le echó una mirada al móvil y vio la hora y la notificación de un mensaje. Lo abrió emocionado: era de Saskia Neumann.

«Buenos días, Tiburcio. Ya sé que descansas hoy. Me encantaría quedar contigo. Mi padre se va con unos amigos a hacer senderismo. ¡Avísame cuando te despiertes! Estaré en el restaurante desayunando».

Se puso muy contento. La pelirroja quería guerra y él se la iba a dar. Bajó hacia el salón, donde ya le esperaba su desayuno. El viejo se había ido a la montaña y su madre estaba ocupada en el bosquecillo. Después de desayunar, Tiburcio se marchó al gimnasio, pero antes le mandó un mensaje a Saskia:

«Buenos días, Saskia. ¿Te paso a recoger a las 12:00?».

Ella le contestó enseguida:

«¡Vale!. Quedamos a las 12:00».

Aquel día le tocaba trabajar pecho y hombros en el gimnasio. Aparcó en el parking de arriba su Seat Ibiza negro y descendió por la cuesta mientras observaba a través de sus gafas de sol el amanecer abriéndose paso en el cielo. El día era estupendo, había 25 grados de temperatura. Cuando entró en

el gimnasio eran las 9:00, acababa de abrir y aún no había nadie. Calentó un poco antes de empezar a levantar mancuernas y se puso música de AC/DC para motivarse. Cuando llevaba ya varios ejercicios, vio aparecer a una morena que se dirigió hacia él; era Martina, la italiana. Llevaba un pantalón cortito de color rojo y un top ajustado del mismo tono. Qué buena que estaba.

—Buenos días, *amore*, ¿qué tal estás?

Tiburcio, que vestía unos pantalones cortos de deporte en tono gris y una camiseta azul con el logo de Superman, la contempló alegre, mostrando su dentadura pulcra.

—Buenos días, Martina, ¡estás muy guapa!

Se dieron dos besos.

—No me has llamado, ni un mensaje aunque sea.

Tiburcio se había tumbado en la pequeña camilla de ejercicios y volvió a incorporarse para responderle:

—Después de lo que hicimos juntos, es mejor que no tengamos ninguna comunicación.

La italiana se quedó observando al hombre dorado.

—Pero nos queda otro trabajito que hacer, ¿no?

— ¡Ya! —admitió Tiburcio—. Y se va a hacer, pero debo esperar un poco.

—El cabrón de mi novio no para de hacerme la vida imposible. Si lo dejo sé que me buscará, que no me dejará tranquila. ¡Debe morir!

—Estoy de acuerdo contigo. Pero hay que hacer las cosas bien. Ahora mismo el mar está picado, con grandes olas. Vamos a dejar que todo vuelva a la normalidad. ¿Has visto las noticias?

—Sí, las he visto. Por ahora no tienen ninguna prueba. Lo hicimos bien.

—Por eso no quiero cagarla. Vamos a seguir así.

Diciendo esto, Tiburcio se aproximó a la explosiva morena y le dio dos besos para despedirse.

—Me voy.

—Espera, ¿a dónde vas?

—Ya he acabado mi entrenamiento. Me voy a dar una ducha.

Ella, sabiendo que el dueño del gimnasio estaba fuera desayunando, le propuso:

—Te acompaño.

Se fueron los dos a la ducha. Nada más cerrar la puerta del baño, Martina empezó a desvestirse. Tiburcio se quedó embobado mirando su cuerpo, tan definido. La chica se hizo una coleta y se metió en la ducha, donde se embadurnó de gel mientras el agua caía sobre su cuerpo. El hombre dorado se abalanzó sobre ella y empezó a comerle el coño. La italiana se agarraba a las paredes del habitáculo, estremecida al notar la lengua de Tiburcio recorriendo su clítoris. Los pezones se le erizaron de gusto. Luego él se puso de pie y se movió hacia su espalda para introducirle desde atrás su pene mojado. Ella recibía, extasiada, las embestidas de su macho. De pronto se sacó el miembro y se puso de rodillas para confesar sus pecados. Tiburcio eyaculó en su boca.

Salió del gimnasio bastante relajado y se fue a casa a arreglarse, pues había quedado con la pelirroja para ir a la playa. Se le acumulaban los amores.

John

Mientras iba conduciendo, no dejaba de darle vueltas a una idea: la joven del

castillo había venido sola desde Alemania. En el hotel donde se hospedaba tenía que haber conocido a alguien. ¿Quizás un camarero? ¿Un recepcionista? Había tantas preguntas sin contestar. El forense dictaminó que la muerte había ocurrido entre las 00:00 y las 02:00 de la mañana, y que el escenario del crimen había sido una playa con arena blanca. Pero en la isla casi el noventa por ciento de las playas eran así, de modo que iba a ser como buscar una aguja en un pajar. Con las pistas que tenían no podían llegar al asesino. A ver si la huella dactilar encontrada en el brazo derecho de la víctima les aportaba más información.

Barton conducía de forma automática mientras su cerebro volaba de una idea a otra. Las víctimas debían de tener algo en común. Llegó al pueblo turístico de Costa Calma y aparcó en la puerta de la comisaria. Una vez en su oficina, se sentó frente al mural con las fotos de las presas del chófer. Fue descartando a los viejos y dejó solo a las mujeres atractivas. En ese momento entró Rocío Santiago con dos cafés en las manos. Los dejó en la mesa y cogió una silla para sentarse junto al detective americano. Ella también se quedó mirando las fotos. El investigador tomó su grabadora.

«Diario de un detective. Seguimos con el caso del chófer diabólico. Elisabeth Meyer fue degollada en una playa de la isla. Por la forma en que la encontraron, erguida encima de un castillo de piedra, el asesino la consideró una especie de obra de arte. Se supone que a él le gustan las mujeres jóvenes, pero no le basta con hacerles el amor; desea que esa entrega sea eterna, perpetua. Si ellas mueren nada más tener sexo con él, la intensidad de la experiencia se le quedará marcada. En realidad, podemos pensar que el asesino amaba a sus víctimas, le gusta admirarlas, contemplarlas una y otra vez, de arriba abajo. No desea violarlas para luego enterrarlas manchando sus lindas pieles, sino que prefiere embalsamarlas para recordarlas mejor. El asesino siente el mismo placer matando que teniendo sexo. Esto no ha sido

más que el comienzo de una plaga de muertes de mujeres jóvenes. No va a parar».

El detective interrumpió la grabación y tomó su café. Rocío Santiago lo miraba con la boca abierta. John se volvió hacia su ayudante.

—¿En qué hotel se hospedaba Elisabeth Meyer?

Ella se paró a pensar y luego se dio media vuelta para usar el ordenador. Todos los hoteles de la isla tenían la obligación de pasar a la Policía la información sobre sus clientes. En aquel caso este cuerpo trabajaba de manera coordinada con la Guardia Civil, pero por encima de ambos estaba John Barton como principal responsable de la investigación. Rocío introdujo el nombre de Elisabeth Meyer; enseguida aparecieron su foto y sus datos personales. Se había hospedado en el hotel Ojo del Agua, situado a veinte kilómetros de Costa Calma, en Esquinzo. Al fin, John sonrió. Se terminó su café y se incorporó tomando su sombrero; la gabardina la dejó sobre la silla. La barba, cada vez más crecida, le daba aspecto de vagabundo. En cambio Rocío, con sus pantalones apretados, sus tacones, su pelo negro hasta la cintura y una camisa azul con lunares blancos, daba toda la imagen de una buena andaluza.

Aparcaron el Citroën C5 enfrente del hotel Ojo del Agua. Los adoquines estaban pintados de amarillo, porque era una zona de carga y descarga, pero a la ley no la multa ni Dios. Las puertas corredizas del hotel se abrieron automáticamente a su paso. En la recepción había varias columnas en paralelo hasta el final de la gran sala. El sol penetraba por las puertas de cristal. A la derecha se hallaba un expositor de fotografías y a la izquierda una mesa donde una joven gruesa vendía excursiones por la isla. Había varios sofás, color chocolate y beis, colocados en línea recta formando pequeñas salitas con sus

correspondientes mesas de cristal. El techo del recibidor era curvo: por la parte de la recepción y en la zona de los sofás más bajo que en el resto. No era un lugar especialmente atractivo, tenía un aspecto extraño.

Tras la recepción había una mujer de unos cuarenta años con pelo corto y rubio. El detective no se lo pensó dos veces y se dirigió al mostrador de mármol, azul y blanco por arriba y más oscuro a la altura de los pies; era inmenso, de unos doce metros de largo, dentro parecía caber una guagua entera. Detrás había tres recepcionistas trabajando, cada uno con su ordenador. La rubia era la que estaba más cerca de la puerta de entrada. El detective se puso educadamente en la fila, detrás de una pareja de ancianos que tendrían entre los dos más de 200 años. Rocío permaneció a su lado, observando cada paso que daba. La recepcionista rubia entregó dos toallas a los viejitos, que se marcharon contentos. Entonces ambos, el detective y la recepcionista, quedaron cara a cara; ella se quedó impactada al ver a aquel hombre con sombrero que tenía aspecto de investigador privado de los años cincuenta. O del Yeti recién salido de su caverna, con todo ese pelo cubriéndole el rostro.

—Buenos días, señorita. Quisiera hablar con el director. Soy el detective John Barton —dijo mostrándole la placa sobre el mostrador. La recepcionista, asombrada, volvió la vista hacia la atractiva morena que lo acompañaba y que en ese momento hizo lo mismo, sacar su placa. Al fin, la mujer respondió:

—Buenos días, detective. Ahora mismo lo llamo.

La rubia habló brevemente por teléfono y asintió con la cabeza. El director había dado la orden de que dejaran pasar a los dos policías. La recepcionista los acompañó educadamente por el laberinto de pasillos hasta la oficina del director, a cuya puerta los dejó. Ellos tocaron y pidieron permiso para entrar. El señor López, jefe máximo del hotel, se hallaba sentado tras una mesa

inmensa en la que se perdía una multitud de papeles. Llevaba el pelo engominado y de punta, y su gran barriga se apoyaba entre la silla y el escritorio. Parece que para ser director hay que cumplir ciertos requisitos de sobrepeso. El señor López los saludó y llamó a su secretaria.

—¡Úrsula! —gritó—. Prepárame café. ¿Quieren café?

Antes de contestar, el detective echó un vistazo al despacho: a la izquierda del director, un ordenador; en las paredes, de una señora y dos jóvenes que se daban un aire a él, así que seguramente era su familia. Por lo demás, la oficina estaba bastante ordenada; cómo se notaba que no era él quien la limpiaba. El señor López tenía acento canario, seguramente era majorero. Se trataba del típico director barrigón, con camisa de botones blanca de botones a punto de estallar, corbata azul marino, pantalones de pinza negros y zapatos con tacón. Tenía aspecto de hombre familiar; no podía ser el asesino.

Úrsula apareció por la puerta.

—¿Qué desea el señor López?

Este observó a sus dos invitados.

—Yo tomaré un café corto. ¿Qué desean los señores?

John se quedó pensativo.

—Un cortado para mí y otro para mi compañera, gracias.

Úrsula se fue a preparar los cafés. El señor López estiró la mano derecha ofreciéndoles tomar asiento, cosa que hicieron. John empezó a hablar:

—Señor López, gracias por recibirnos. Sabemos que es usted un hombre ocupado. Simplemente queremos registrar la habitación donde se hospedaba la señorita Elisabeth Meyer, que fue asesinada y encontrada hace una semana en el Castillo. Queremos obtener la mayor información posible para detener al

responsable.

El señor López se quedó pensativo. Sabía que tarde o temprano los asesinatos salpicarían al hotel Ojo del Agua, puesto que casi todas las víctimas que se habían encontrado procedían de allí.

—Sinceramente, no tengo ni idea de quién ha podido cometer tales actos. Mis empleados parecen personas tranquilas y trabajadoras. Pero nunca se sabe. No tengo ningún inconveniente en que registren esa habitación e investiguen al personal, pero les ruego que sean discretos y no informen de esto a la prensa; me gustaría que el nombre de este hotel quedase limpio.

En ese momento, Úrsula entró con una pequeña bandeja en las manos y la dejó sobre la mesa. Cada cual tomó su café. El director se giró hacia el ordenador y mandó imprimir varios documentos.

—Aquí tienen la lista de los empleados del hotel, con la fecha de nacimiento de cada uno. Son unos trescientos trabajadores, más o menos.

El detective tomó los papeles y acto seguido cada uno dio un trago a su bebida caliente.

—De toda esta lista, ¿a cuál me diría usted que le gusta ligar con las clientas? Estoy buscando a un chico joven y atractivo; ese es el perfil que creo que debe de tener nuestro asesino.

El señor López apuró el café y miró a ambos policías.

—Yo diría que el camarero Ramiro Rodríguez tiene bastante éxito con las mujeres. Suele quedar con las clientas fuera del hotel. Tiene los rasgos típicos de un canario, y se cuida bastante. Seguro que ha tenido relaciones con más de una.

—Gracias por la información, no lo molestamos más.

El director se dirigió nuevamente a Barton para entregarle algo.

—Les dejo mi llave maestra del hotel. Cuando acaben de ver los aposentos de Elisabeth Meyer, déjenla en recepción, por favor. Yo llamaré para avisar a mis trabajadores.

El agente Barton se quedó con la tarjeta amarilla fluorescente y ambos se levantaron para despedirse del director. Volvieron a la recepción recorriendo las entrañas del hotel. De nuevo en el gran salón repleto de sofás y mesitas de cristal, vieron pasar a una joven de unos quince años: pelirroja, ojos verdes y de buen ver. Sería una víctima perfecta para el chófer. El policía se olía algo extraño en el ambiente. La chica atravesó las puertas automáticas; afuera la esperaba un coche negro con la pintura deteriorada. No podía ser un coche de alquiler. El detective se quedó mirando la matrícula; luego sacó su grabadora y la conectó:

«Diario de un detective. La matrícula de un posible sospechoso es 7766FCL».

El vehículo arrancó, llevándose a la muchacha. Barton llamó a la Guardia Civil para que le facilitaran los datos del propietario y luego caminó por los pasillos del hotel en busca de la habitación 410. Al entrar en el ascensor se fijó en que la planta 400 se correspondía con el número 2, así que presionó ese botón. Rocío Santiago portaba el maletín con las herramientas del investigador. El ascensor se paró en la segunda planta y las puertas se abrieron automáticamente. En el pasillo se toparon con una camarera de piso que iba empujando un carro; era una mujer mayor, con el pelo blanco y despeinado y los dientes amarillos. Se mostró algo sorprendida por la vestimenta de la pareja de policías, pero los dejó pasar y entró a su vez en la habitación más cercana, seguramente para llamar a recepción y pedir información sobre esos dos personajes.

Rocío y John ya se hallaban frente a la puerta de la 410, en un pasillo de

paredes blancas decoradas con imágenes de las playas de la isla. Barton introdujo la tarjeta con el logotipo del hotel hacia arriba y la cerradura cedió con un chasquido. Nada más entrar vieron a la derecha, en la pared, un tarjetero para meter la llave y conectar la corriente eléctrica. John presionó el botón, las luces se encendieron y pudieron comprobar que la habitación estaba sin hacer. A la izquierda de la puerta se hallaba el cuarto de baño; en el lavabo, sostenido por una pieza de mármol de color claro, no había ningún producto de aseo. Los objetos personales de Elisabeth Meyer se habían volatilizado. O quizá la víctima había recogido sus cosas para llevarlas a la casa del asesino. También había otra posibilidad: ambos salieron juntos de fiesta. El asesino la mató, la dejó en el castillo, volvió a su casa y descansó unas horas antes de volver al trabajo, donde se acercó a la habitación 410 a recoger el equipaje; probablemente lo llevó al cuarto de maletas y cuando pudo lo trasladó a otro sitio. No, eso no tenía sentido. El director había visto las noticias y avisó a la gobernanta para que no se hiciera la habitación de Elisabeth Meyer. La habían dejado tal cual estaba cuando ella se marchó, con la única excepción de que faltaba el equipaje.

Los agentes trataron de detectar huellas en el cuarto de baño. Extrajeron las herramientas necesarias del maletín y poco a poco fueron analizando cada centímetro del lavamanos. Rociaron con luminol la superficie de la bañera y el lavabo. Encontraron varias huellas dactilares y les sacaron algunas fotos. Luego apagaron las luces y encendieron una luz oscura que servía para resaltar posibles manchas de sangre; no hubo suerte, la mujer no había sido asesinada en aquella bañera.

En el armario empotrado de la entrada rociaron cada tabla y hallaron también varias huellas. Las registraron y siguieron adelante. Se adentraron en el dormitorio, en el que había una cama de matrimonio deshecha, dos mesitas de noche con sus lámparas y un cabecero. Enfrente, un mueble bar sobre el que se

apoyaba el televisor y una nevera pequeña debajo.

Tiburcio

Llegaron a la playa de Esquinzo. El mar estaba bravo, las olas rompían en la orilla con furia. El chico condujo hasta la parada del hotel en el chiringuito y aparcó allí, justo enfrente de la torre de vigilancia.

El pantaloncito apretado de licra que llevaba la pelirroja dejaba entrever sus dos nalgas blanquecinas. No son conscientes las mujeres de cómo dejan a los hombres con esas ropas tan ajustadas. Tiburcio saludó a su amigo cubano, que trabajaba de hamaquero. Él se ofreció a dejarles unas hamacas gratis. Menos mal, porque costaban bastante. Se acomodaron en unas al fondo de la playa, así que tuvieron que andar un poco. Había por allí muchos guiris entrados en años, luciendo sus cuerpos desnudos como si estuvieran en una pasarela de París; una imagen horrible para el ojo humano, carnes caídas y más pellejo que una gallina. Dicen los psicólogos que al ser humano, una vez pasados los sesenta años, le da exactamente igual todo. Seguramente por eso a aquellos viejitos se la traía floja que la gente viera esos cuerpos destruidos, doblados y con más operaciones que un profesional del *skateboarding*. Estaban allí, felices, tomando el sol y bañándose con sus miembros al aire. A las mujeres les colgaban los pelos mojados por debajo de la raja; encima ni se depilaban, pensó Tiburcio con asco. Seguro que luego la asociación nudista se dedicaba a decir en Alemania que los españoles van desnudos a la playa, cuando es al revés: son ellos los que se ponen en cueros aquí.

Mientras el muchacho pensaba todo eso, se adentraron en aquel grupo de zombis y se acomodaron en las hamacas de la esquina de arriba. Allí estarían tranquilos, tendrían intimidad. La explosiva pelirroja se quitó la poca ropa que llevaba y se quedó luciendo un bikini negro. Su cuerpo tenía pocas curvas, las

suficientes para estar guapa. Tiburcio no se lo pensó dos veces y se deshizo de su camiseta de asillas y su pantalón corto, quedándose con un bañador tipo calzoncillos en color azul pasión con unos dibujos de delfines. La pelirroja no pudo evitar quedarse contemplando al hombre dorado: tenía un cuerpo diez y un fantástico pelo rubio peinado a un lado y con el flequillo tapándole la frente; sus extremidades estaban llenas de músculos, como un toro. La pelirroja estaba deseando tocar esa escultura humana. Para disimular, sacó la crema solar y le pidió a Tiburcio que se la extendiera por la espalda. Entonces se dio media vuelta y quedó ofreciéndole su parte trasera. Él se fijó en que tenía algunas pecas, lo que la hacía aún más sensual. El hombre dorado pulsó el espray y le impregnó la espalda de crema. Inmediatamente, ella se dio la vuelta, excitada por el roce de sus dedos, y se señaló los pechos y el ombligo. Tiburcio volvió a presionar el espray, del que salió un líquido blanco y se abalanzó sobre ella con las dos manos en posición de ataque: comenzó a ponerle crema en el escote y la tensión que aquello le provocó empezó a notarse en su bañador diminuto. Saskia no pudo evitar esbozar una sonrisita astuta; sabía bien que ella tenía el control de la situación y que lo podía excitar cuando quisiera.

Tiburcio siguió aplicándole la crema, y al llegar al ombligo fue ella quien se excitó; los pezones se le erizaron de golpe. La tensión sexual entre ambos se notaba a kilómetros. Tiburcio intentó mantener la calma; aún le quedaban varios días, no debía tener prisa. Se tumbó en la hamaca con la pelirroja su lado, cogió un libro y se puso a leer. Era *El juego de Gerald*, de Stephen King. Le gustaba especialmente una escena en la que una mujer era encadenada a la cama. Le excitaban esas maldades, pero a Saskia Neumann no la veía con esos ojos. A ella deseaba respetarla y hacerle el amor. ¿Quizá su locura tuviera cura? Quién sabe... Tiburcio le tenía pánico a la cárcel, sabía muy bien que si seguía por ese camino acabaría allí, rodeado de cientos de hombres. Eso lo

volvería loco. Con el cuerpo perfecto que tenían las mujeres y lo bien que olían... En cambio, la mayoría de los presos apestaban a sudor, tabaco y alcohol. Le resultaba asqueroso solo pensarlo. Por el contrario, las mujeres sabían a caramelo, y su aroma dependía del aspecto físico: las morenas olían de una forma, las pelirrojas de otra, y también las rubias. Pero todos eran olores que lo hacían viajar al paraíso. Y si encima eran vírgenes, el cuerpo le vibraba de una forma diferente. Ahora comprendía al asesino de *El perfume*; esa forma que tenía de deleitarse con la esencia de la naturaleza. Así era como el macho cabrío debía de olfatear a las hembras en celo, o el león a sus leonas; ellas los impregnan de ese aroma, trastornándolos. Tiburcio tenía claro que en la vida mandan las hembras. Ellas solas pueden destruir familias enteras, e incluso comenzar las guerras más terribles. En aquel mundo de chiflados, él era el psicólogo, el responsable de intentar curar su propia locura. Su hambre de depredador debía ser saciada solo con una mujer, a la que además convenía no matar, para que su amor fuera eterno. Trataría por todos los medios de mantenerla viva.

El sol brillaba con furia, y mientras él disfrutaba de la lectura, Saskia Neumann se alimentaba de su compañía. De pronto decidieron ir a darse un baño. El agua del océano Atlántico estaba tan fría que los peces llevaban chaqueta. Saskia no paraba de tirarle agua y él también empezó a chapotear para molestarla. Pasaron un ratito agradable hasta que el frío los impulsó a salir y regresar a sus hamacas. Así fue transcurriendo el día, y los guiris se fueron vistiendo para llegar temprano al bufet, que abría a las 18:00. La playa se iba despejando, pero Saskia Neumann no decía nada de irse. El hamaquero cubano se despidió de ellos; había acabado su jornada laboral.

—Nos vemos, mi hermano —le dijo con su acento cubano.

Tiburcio pensó que ya era hora de recoger. Cuando se vistieron, el sol aún

brillaba con bastante fuerza. Fueron caminando hasta el vehículo, Saskia junto al hombre dorado, entusiasmada con el trato recibido por su parte.

—¿Te apetece quedar esta noche? —preguntó la joven turista.

Tiburcio se quedó pensativo.

—¿No te cansas de mí?

Saskia lo observó de arriba abajo.

—¡No!, ¿por qué me iba a cansar de ti?

—Porque llevamos todo el día juntos...

—Pues vienes a buscarme un ratito, después de cenar, y damos una vuelta.

Tiburcio se lo pensó mejor y asintió.

—Vale, quedamos a eso de las 20:00.

Se subieron en el Seat Ibiza y Tiburcio condujo hasta la recepción del hotel. Antes de bajarse, la chica le dio un beso que le supo a gloria. Luego descendió del coche, llevándose con ella sus curvas peligrosas.

Capítulo IX

La noche

Había sido un largo día analizando la habitación de Elisabeth Meyer. Echaron luminol por todo el cuarto, y sí que encontraron algunas gotas de sangre por el suelo. Pero el cuerpo humano tiene unos cinco litros de sangre, así que si la mujer había muerto allí deberían haber hallado una mancha enorme. Mala suerte, no fue así.

Rocío Santiago y el detective decidieron ir al tablao flamenco Los Rocieros para tomarse unas copas. El policía estaba contento de compartir mesa con su joven y atractiva ayudante. La sala estaba en penumbra, en cada mesa brillaba la tenue llama de una vela. Llegaron justo cuando el show iba a comenzar. John pidió un whisky etiqueta negra y Rocío una botella de agua sin gas; a la joven agente no le gustaba el alcohol. Sabía bien que había sido un día difícil, pero el siguiente también lo sería.

En realidad, había salido solamente para hacerle compañía a John. Estaba intentando que su superior fuera más amable y, sobre todo, que empezara a cuidar un poco su imagen; debía afeitarse, cortarse el pelo y, de una vez por todas, lavar esa ropa, idealmente con él dentro. Ya sabía que su familia había sido asesinada a sangre fría, pero ese no era motivo para andar por la vida de esa manera. Era un policía admirable y debía tener buen aspecto, porque la gente habla y se burla de los demás sin ir más allá e indagar en sus motivos. El detective debía poner los pies en la tierra; no era bueno que bebiese alcohol

cada noche, estaba dañando su organismo y este acabaría reventando de tanta mala vida.

A Rocío, en cambio, le encantaba cuidarse: se levantaba temprano cada mañana y salía a correr. Luego iba al gimnasio y después al trabajo. No bebía alcohol, no comía grasas y no se drogaba. Una mujer del siglo XXI. Además, volvía locos a los hombres con su físico y su arte andaluz. Pero por el momento se centraba en su trabajo, y le estaba resultando muy satisfactorio compartir las horas con una leyenda como John Barton; era como estar leyendo directamente un manual sobre cómo comportarse en la escena del crimen. Y no solo era su experiencia; aquel hombre también hacía de este mundo un lugar mejor al quitar de en medio a los psicópatas.

Comenzó el show flamenco: un hombre sentado en una silla de mimbre empezó a cantar por bulerías, mientras una mujer recorría el escenario taconeando al ritmo de la guitarra; su largo vestido hacía que pareciese que flotaba. El cantaor gritaba a pleno pulmón palabras que se clavaban en el alma. El cante jondo se instaló en sus pensamientos. Las venas del cuello de aquel hombre se hincharon hasta parecer a punto de explotar.

«Cuando la luna se pone sus zarcillos de coral.

Cuando la luna se pone sus zarcillos de coral.

Rompe a llorar, rompe a llorar y rompe a llorar.

Ay, luna, que brilla en los mares, los mares oscuros.

Ay, luna, tú no estás cansá de girar al viejo mundo.

Ay, luna, quédate conmigo, ya no te vayas.

Porque dicen que a veces se escapa al alba.

Se escapa al alba.

Se escapa al alba».

La canción reverberó en la cabeza del detective. Rocío Santiago se levantó y se marchó en dirección al baño, esquivando a la gente, porque el restaurante estaba repleto. Numerosos jamones colgaban de las vigas de madera del techo. En los aseos de mujeres había una gran cola, y el de caballeros estaba justo al lado. No pudo evitar pararse a admirar a un hombre muy guapo que esperaba su turno para entrar: rubio, de ojos azules y cuerpo definido; la raya del pelo a un lado, como los Beatles. Su mirada era penetrante. Desde el final de la fila se mantuvo con la vista fija en aquel cuerpo escultural. Y él tampoco se cortaba un pelo en devolverle la mirada devoradora de sus ojos azules. Rocío comenzó a sentirse incómoda; ya no sabía por qué había ido allí. Su sexo se contrajo y se le fueron las ganas de orinar. Se sentía inquieta y al mismo tiempo atraída por aquel extraño de mirada dulce y sensual. Sin quererlo se excitó; sintió las bragas mojadas como si le estuviera bajando la regla. El hombre dorado se le acercó y le sostuvo la mano sudorosa.

—Eres una mujer muy bella, tu sola presencia me complace.

Rocío empezó a sudar de manera copiosa por todos sus poros. El hombre dorado le iluminó el semblante con el reflejo de sus dientes, y ella no podía apartar la vista de esos labios esponjosos. No estaba acostumbrada a sentirse vulnerable cerca de los hombres; al contrario, siempre eran ellos los que se sentían intimidados por la presencia de aquella andaluza con tanto arte. El extraño le palpó los dedos de la mano y luego los presionó con fuerza; ella gimió al sentir un orgasmo provocado por ese contacto. El aroma que desprendía ese yogurín le hizo desearlo aún más, la atracción se adueñó de sus sentidos: vestía una camisa de botones que realzaba sus pectorales, bíceps y tríceps; le quedaba tan apretada que parecía que el tejido iba a estallar. Tenía las venas marcadas, señal de que hacía mucho deporte.

La fila de mujeres apenas avanzaba, mientras que la de hombres estaba a punto de terminar. Rocío no aguantó más y le soltó las manos para señalarle la puerta del baño de caballeros. El hombre dorado le tomó la mano de nuevo y la atrajo hacia él. La mujer se dejó hacer y sin darse cuenta ya se encontraba con él en el aseo masculino; había tres urinarios y dos váteres con sus puertas individuales. Ella se fue con rapidez hacia uno de esos cubículos y se sentó para intentar hacer sus necesidades; no era capaz, tanta era la excitación que sentía. Se miró las bragas y las tenía completamente mojadas. Le dio vergüenza haber perdido así los papeles por un extraño. Pero luego pensó que el hombre dorado estaba ahí fuera, esperándola, con sus pantalones ajustados y su camisa blanca de botones. Se había quedado prendada de él. La agente abrió la puerta y el joven se le acercó de inmediato y le dio un beso en los labios. Luego dio media vuelta y se alejó de su presencia. A la investigadora no le dio tiempo a decir ni media palabra. Le había encantado ese encuentro de labios, la había dejado cachonda como una mona.

Aún estaba saboreando ese beso y recordando el aroma de ese joven que desprendía tanta seguridad, cuando entró un hombre mayor. Rocío se sentía como en un cuento de hadas, cuando el príncipe azul besa a la princesa, y la irrupción rompió el hechizo: la pilló tocándose los labios, con los ojos cerrados, reviviendo una y otra vez el sabor dulce que le había dejado ese beso. El hombre se preguntó qué haría una mujer tan atractiva en los baños de caballeros. Se acercó a ella y le tocó el hombro derecho.

—¡Disculpe! Se ha equivocado usted de baños.

Rocío Santiago regresó de golpe de su pequeño paraíso y cayó de nuevo a la tierra. Miró a ambos lados como si acabara de despertar de un sueño. Sin decir palabra, salió corriendo de allí y se fue directa a la mesa, donde estaba su jefe. El detective seguía bebiendo su whisky. El show había acabado. John

se quedó mirando a su ayudante y le indicó con gestos que quería fumar. A continuación se levantó y salieron juntos a una terracita que había en la entrada del tablao. Se sentaron en unas butacas, el detective sacó un habano, lo prendió y se dedicó a disfrutar del momento. Rocío miraba a todos lados, como un jugador de fútbol buscando el balón. En ese momento la puerta se abrió y vio salir al hombre dorado a la luz de la luna. Su sonrisa brillaba más que las estrellas. La chica no pudo evitar sonreírle; le vino de nuevo a la memoria ese beso esponjoso. Él caminaba a paso lento y tras él iba una joven pelirroja de unos quince o dieciséis años. Él aparentaba veinte; una edad perfecta para estar con mujeres jóvenes y también con maduras. Los vio bajar las escaleras en dirección al parking. Rocío corrió a asomarse al balcón para poder seguir sus pasos con la mirada. Los dos jóvenes se subieron en un Seat Ibiza negro y se marcharon.

El detective seguía sentado con su habano y su whisky. Rocío volvió a su encuentro para decirle que se marchaba a casa. Tras despedirse de su jefe, tomó un taxi y le dejó la noche para él solito. John Barton pagó la cuenta y se fue también del tablao. Pero no puso rumbo a casa, sino al puticlub; quería visitar a su puta preferida, Estrella. Ella lo atendía bien.

Tres luces rojas que se veían desde la carretera le indicaron que había llegado. La luna apenas se dejaba ver entre las nubes. Se adentró por el camino de tierra hasta la terracita de las mujeres de saldo y esquina. Una vez dentro, se acomodó en una de las mesas frente al escenario donde se alzaba una barra de metal en posición vertical. Se encendió otro habano y la camarera le sirvió un whisky etiqueta negra. El local estaba repleto, tanto en la sala interior como en la terraza. En este mundo hay demasiados hombres desesperados y solos.

—Buenas noches, madame —dijo saludando a la camarera, a la que ya

conocía. Se estaba volviendo un cliente habitual—. ¿Qué tal estás?

La madame era una mujer mayor, de pelo blanco, que ya había visto pasar sus años de gloria. Su antaño buen físico la había abandonado y su rostro estaba surcado de arrugas. Pero aún conservaba cierto encanto y se notaba que una vez esas tetas y esas caderas habían roto más matrimonios que los juzgados. La mujer vestía un pantalón vaquero que le tapaba las varices y una blusa roja que ayudaba a realzar un poco sus pechos caídos. Con aquellas manos más usadas que un coche de alquiler le sirvió whisky a John y se sentó a su lado.

—Buenas noches, John. Hoy me siento de maravilla. El Quitapenas está lleno, la caja no para de abrirse y cerrarse. Y tú, ¿qué tal estás?

John se quedó mirándole el canalillo de la madame, que no era recto como el de las mujeres jóvenes, sino lleno de curvas y piel flácida. Pero las copas que llevaba encima le ayudaron a sentirse atraído. Decidió actuar rápido, antes de que la mujer se distrajera mirando la media luna que empezaba a asomar entre las montañas.

—Me siento a gusto, llevo ya varias copas encima y deseo ver a Estrella. ¿Dónde está?

La madame se quedó mirando a su cliente.

—¿Estrella? Estrella es una de las favoritas. Cuando el local está repleto es casi imposible dar con ella. Ahora mismo está con un cliente y hay varios más esperando.

El detective se sintió un poco celoso.

—Bueno, no hay problema, me iré con otra princesita.

La mujer levantó la mano entre el bullicio. Inmediatamente tres mujeres ligeritas de ropa que se hallaban dentro del local observaron que el policía había mordido el anzuelo; se pusieron de pie y marcharon juntas a su

encuentro. Llegaron a su lado con la actitud de vender un buen material; sus propios cuerpos. La primera era una mulata con el pelo a lo afro, un pantaloncito corto que apenas le tapaba las nalgas y un escote que dejaba ver gran parte de sus tetas. A John le gustó esa chica; las otras dos eran mayores, y para viejo ya estaba él. La madame, que se dio cuenta enseguida, le hizo señas a la mulata y las otras dos volvieron por donde habían llegado. La morena le dio dos besos a su nuevo amante.

—Me llamo Natalia, soy cubana y esta noche te voy a hacer feliz, papito.

John no pudo evitar esbozar una sonrisa. La madame se levantó y le ofreció su asiento a su empleada.

—Voy a traerle un cóctel a Natalia, que está seca.

Aquella mujer sacaba negocio de todo. Pero John estaba contento con la mercancía escogida. Lo que le hacía sentir incómodo era que muchos clientes no paraban de entrar a los baños y salían de ellos acelerados, como una moto. Estaba seguro de que la coca volaba a diestro y siniestro por sus narices. Trató de mantener dormido al John policía, para que el John humano disfrutara de su tiempo libre. A veces pensaba que por qué no habría escogido otra profesión, pero luego, cuando hacía bien su trabajo, se daba cuenta de que le apasionaba. La cubana le estaba hablando de su país y su cultura, pero John solo deseaba metérsela. Se terminó el vaso de whisky y apagó el resto del puro. Agarró a la cubana de la mano y se la llevó por un pasillo repleto de dormitorios. Con el rabillo del ojo vio salir a Estrella de uno de ellos; iba con un hombre de color, parecido al que asesinó a su familia.

John se detuvo un instante, pero la cubana tiró de él hacia uno de los dormitorios, donde resplandecía una tenue luz roja. La prostituta abrió otra puerta que había pegada a la mesita de noche; era el baño. Sin cerrar se desnudó y se metió en la ducha, donde procedió a enjuagarse un poco. El

detective se quedó embobado contemplando ese cuerpo caribeño. Ella le hizo señas para que la acompañara, así que el inspector se quitó la ropa y se metió también en la ducha. La chica lo lavó concienzudamente con agua y gel y luego se fue para el catre arrastrando a su cliente. Conectó una pequeña radio que se hallaba sobre la mesita de noche y la estancia se inundó de música latina a un volumen bajo. El policía ya tenía la porra en posición vertical. La cubana lo tumbó en la cama y se puso encima; le colocó el preservativo, se agarró al cabecero con ambas manos y se introdujo el miembro viril. Inició un movimiento de caderas al ritmo suavecito de la música, que era una bachata. Al principio iba despacio; disponían de media hora y los primeros veinte minutos casi habían pasado entre la ducha y esos suaves movimientos de cadera. Los últimos diez lo destrozarían. El detective intentaba aguantar, mantener la mente fría, porque sabía que si se dejaba llevar se correría en un minuto, con esos pechos golpeándole la cara y los vaivenes de esas caderas afilándole la punta del lápiz. Entonces la caribeña comprobó que habían transcurrido veinte minutos que para él se habían ido volando; es lo que ocurre cuando uno se siente bien. Cambió de postura, dejando al policía de espaldas a ella, y se volvió a introducir el pene, acelerando esta vez sus sensuales movimientos. El agente, desde su posición, contemplaba las dos nalgas golpeándole el miembro y se corrió sin remedio, volcando su estrés dentro de ella. La cubana se levantó y regresó a la ducha. Luego cambió las sábanas y salieron juntos del dormitorio de la luz roja.

Cuando entraron en el bar, el hombre de color jugaba al billar con otros dos amigos. Estrella estaba en la esquina de la barra con un viejo. John se acercó para tomarse el último whisky, o el antepenúltimo. La madame se lo sirvió y le cobró la cuenta. Estrella se levantó para ir al baño. Mientras se alejaba, el viejo, que tenía un solo diente amarillo y al que se le caía la baba, le gritó:

—Mijita, no hay que ser pirata para descubrir el tesoro que traes entre pata y

pata.

Estrella lo miró con desprecio, pero su trabajo era complacerlo. El viejo llevaba puesta una camisa de cuadros viejísima y un pantalón vaquero desgastado, como la ropa de un hippie. Y una boina le tapaba la calva. Ese hombre daba auténtico asco. Por un momento pensó que así se sentirían las mujeres con él; debía cuidarse un poco. Estrella volvió rápido y se sentó de nuevo al lado de aquella momia.

—¡Qué buena sartén para mis huevos calientes! —exclamó el viejo.

Había vuelto a faltarle el respeto a la prostituta. John odiaba ese comportamiento, y se juró que si volvía a suceder tomaría medidas. El detective se tomó su último trago, se despidió de la madame y tomó el camino de salida. Pero aún le dio tiempo a oír otra de las groserías del viejo verde.

—¡Ven, ven, ven y cómeme la polla! —escupió mientras la enganchaba del brazo bruscamente.

Estrella volvió la vista hacia el policía para no tener que verle la cara a ese asqueroso. El agente no aguantó más: se acercó al personaje y le dio dos palmaditas en la espalda.

—¿Por qué no respeta usted a la señorita? Deje de decir esas groserías.

El anciano se volvió hacia el detective. Se quedaron los dos observándose, como en un duelo del salvaje Oeste. Si uno de los dos parpadeaba o apartaba la mirada, perdía. El hombre de color que estaba jugando al billar le gritó al viejo:

—¡Señor Schmidt, ¿le está molestando ese palurdo con gabardina?!

El otro le contestó:

—No, este señor ya se va. Resulta que ha bebido demasiado.

El detective se dio media vuelta y quedó de espaldas al señor Schmidt. De repente, notó un fuerte impacto en la cabeza y una lluvia de cristales de color verde voló por el aire; el viejo le había reventado un botellín de cerveza en toda la cabeza. El inspector cayó al suelo de la pista de baile como un boxeador noqueado, pero apenas tocó las losetas y se volvió a elevar como un resorte. Rápidamente se abalanzó sobre el viejo y le golpeó en la cara. El hombre de color y sus dos amigos se unieron a la trifulca, el primero de ellos armado con el palo de billar; eran cuatro contra uno. El detective, para evitar que le golpearan como a una pelota de béisbol, agarró a ese por el cuello y lo tiró al suelo, donde consiguió neutralizarlo y empezó a darle puñetazos en la cara. En ese momento llegaron los otros dos y se pusieron a darle patadas. John intentaba rechazarlos con las piernas, pero tuvo que soltar al negro y volver a ponerse. Logró esquivar algunos puñetazos y soltar otros. Los dos secuaces del negro cayeron al suelo. El señor Schmidt corrió hacia él con una butaca en las manos, pero el agente se ocultó a tiempo detrás de la mesa de billar.

La madame no se lo pensó dos veces y llamó a la Policía. Por la puerta aparecieron dos hombres vestidos de azul y otros dos de verde: dos policías y dos guardias civiles. Se hicieron con el control de la situación y arrestaron al detective.

El sueño de Rocío Santiago

Estaba de nuevo en el cuarto de baño de caballeros del tablao flamenco. El hombre dorado la dejó pasar y cruzó la puerta tras ella. Entonces la cerró con el pestillo y la agarró vigorosamente por las muñecas. La atrajo hacia él y la mujer pudo aspirar su perfume embriagador. Era el momento de que una señorita huyera, pero ella no lo hizo; deseaba con todas sus fuerzas que la tomara, que la hiciera esclava de sus deseos. El hombre dorado podía hacer

con su cuerpo lo que quisiera. Con esos labios palpando los suyos la conducía al mismo infierno y luego la subía al paraíso: al averno porque no hacía más de un minuto que lo conocía; al paraíso porque le encantaba lo que le estaba haciendo. Era como si la estuviera poseyendo con magia negra. No era dueña de sus actos. No era capaz de defenderse de aquel placer absoluto. Lo único que podía hacer era relajarse y disfrutar.

El hombre dorado le desabrochó el pantalón y lo deslizó por sus muslos. Luego le quitó la blusa, dejándola en cueros en medio del servicio de caballeros. Ella se animó a abrirle el pantalón de pitillo azul a aquel dios griego; su cuerpo era como lo había imaginado, una escultura perfectamente acabada, con todos sus detalles. El hombre la tomó en brazos y la sujetó por los muslos, entrelazándoselos en la cintura con sus manos fuertes. Empezó a balancearla como el elefante en una tela de araña de la canción; le apretaba las nalgas con fuerza mientras la penetraba. Cuando Rocío lo notó dentro de ella no pudo contenerse y sus fluidos emergieron a chorros, como una fuente. Se desahogó como nunca antes lo había hecho, eyaculó abrazada con más fuerza a esa espalda que parecía tallada por la mano de un escultor. Le propinó un mordisco en el cuello, como si fuera una vampira; quería apagar su llanto de zorra descontrolada, para que las personas que estaban golpeando la puerta del servicio no la oyeran aullar. Se corrió varias veces más, dejándolo todo salir. Luego el hombre eyaculó dentro de ella y su esperma la embriagó. Y se marchó dejándola allí tirada, como una furcia.

Después de tanto placer, entreabrió los ojos y atisbó unos rayos de luz. Entonces los abrió por completo para ver el alba entrando por su ventana. Las sábanas blancas estaban mojadas y sus braguitas empapadas de fluidos. Todo había sido un sueño, pero su mente la había hecho volar hacia el infinito. Sintió un poco de vergüenza por haber tenido ese sueño erótico con una

persona a la que apenas conocía, y sobre todo por haberse comportado en él como una perra en celo. Las princesitas como ella no tienen esos sueños tan salvajes, pero el ser humano a veces saca su instinto animal.

Capítulo X

Remedios Schmidt

Rocío se asomó por la ventana para contemplar la aurora y se dejó acariciar por el aroma del café. Por su cabeza seguía pasando el sueño erótico que había tenido con el hombre dorado. No se explicaba cómo, sin conocerlo de nada, podía habersele metido tan dentro. Apartó esa idea por un momento, cogió el móvil y llamó al detective Barton. Al tercer pitido lo cogió, pero no era él.

—Buenos días, John. ¿Por dónde anda?

—Lo siento, señorita Santiago, pero John está en el calabozo. Somos de la Guardia Civil de Morro Jable. Ayer le tuvimos que reducir en el puticlub.

Rocío se quedó pasmada: no esperaba eso de su mentor.

—¡Bueno...! Voy para allá.

La mujer recorrió la serpenteante carretera con el Citroën C5. Un policía local le había llevado el coche, seguramente pensando que ella sería más responsable que su jefe. Subieron juntos al vehículo y ella conectó un USB con música flamenca: empezó a sonar una guitarra y la voz de Camarón de la Isla; Rocío reconoció enseguida el tema: *Como el agua clara*. Arrancó mientras se dejaba seducir por el sonido envolvente de la guitarra. El cante de Camarón la mantenía en trance; iba describiéndole el agua que baja del monte; el agua

clara que es la esencia de la vida, que otorga la existencia a todo nuestro planeta.

Al llegar a la rotonda de los niños embalsamados en cobre, iba observando el cielo. Luego pasó por debajo del puente y se adentró en Jandía. Volvieron a su memoria los labios esponjosos del hombre dorado; hacía mucho que no había sentido esa atracción por un caballero sin caballo. Dejó de lado esos pensamientos para centrarse en lo más urgente: ¿por qué el detective estaba en el cuartelillo? ¿Qué había sucedido en el puticlub? Entendía su deseo de tener contacto con una mujer; muchos hombres lo hacían, pero ¿por qué lo apresó la Guardia Civil? Eso iba a suponer una mancha en su expediente. Cuando sucedió la tragedia con su familia, el caso nunca quedó cerrado. No sabían si él había matado a su propia gente a sangre fría y luego asesinado al supuesto sicario. Fuera lo que fuese que hubiera pasado esa noche tenebrosa, se quedó sin resolver. John había propuesto bastantes teorías, pero ninguna resultó válida para sus superiores; demasiadas incógnitas sin despejar. Y luego estaban sus ataques de ira...

Los hombres de verde la acompañaron por los estrechos pasillos del cuartel. El calabozo estaba muy oscuro; la pequeña ventana apenas dejaba pasar unos tímidos rayos de luz que se colaban entre los barrotes. La taza del váter abrazaba el cadáver en vida que era el detective Barton; ya había vomitado varias veces, y los vómitos le rasgaban la garganta en cada sacudida. Su rostro parecía una máscara de carnaval. Los agentes abrieron la puerta y Rocío sintió miedo al verse rodeada de barrotes. El olor era nauseabundo. Los guardias ayudaron a John quitarse los harapos que llevaba puestos, y Rocío, que no aguantaba más el hedor, se llevó la ropa a la lavadora: metió la gabardina, el pantalón y el polo, y pulsó el botón del programa de quince minutos. Mientras, los hombres de verde habían metido al resacoso en la ducha y habían abierto el grifo; el agua caliente le alisó el pelo y el champú le dio aroma a manzana.

Era un alcohólico profesional y ya llevaba demasiado tiempo paseando por el fondo del abismo. Aunque fuera solo aquel día, olería bien. Sus compañeros lo admiraban como profesional, pero les daba asco su falta de higiene personal.

Después de quitarle la mugre, los moratones de la cara se reflejaron a la pálida luz. Cuando acabaron de enjuagar y secar al deteriorado policía, Rocío apareció con la ropa limpia. Aún le faltaban algunos arreglos, sobre todo la barba y el pelo. Pero ambos agentes se fueron hacia el coche; Rocío le dio su arma reglamentaria y su placa, que había perdido en la trifurca de la pasada noche. Los guardias le hicieron dormir en el calabozo para que reflexionara sobre su conducta. No se puede ir de superhéroe en un puticlub, para eso están los chulos y la madame. Rocío no quería volver a recordarle el tema de las putas y el alcohol; no pretendía parecer la típica esposa que culpa a su marido de su mierda de vida. Se centraría en el trabajo; ya había hecho bastante por él, como convencer a los guardias para que lo asearan. Y todo gracias a sus dos tetas, que son un imán para cualquier hombre, da igual si está casado o no. Gracias al canalillo de Rocío, el detective Barton olía a manzana y vainilla. Así al menos la ayudante no tendría que estar aguantando la respiración todo el tiempo que pasara a su lado. La policía se quedó mirando fijamente a John, que seguía teniendo un aspecto lamentable con todos esos pelos que recorrían su rostro. Bueno, al menos ocultaban parte de los moratones. Los personajes que le pegaron la paliza seguramente notaron cierta suavidad en sus pómulos y su frente, de tanto pelo como los ocultaba. Se parecía a un Yorkshire con flequillo. Rocío suspiró y dijo:

—Solo quiero decirte que no te voy a soltar un sermón. No soy tu mujer ni tu madre. Simplemente te voy a recordar que te pareces al Yeti con todos esos pelos blancos, y alguno negro, de por ahí.

El detective sonrió a pesar de la fuerte resaca que le invadía. Le habían afeitado un poco de cabello para poder ponerle cuatro puntos. El botellazo del viejo verde le había dejado un dolor terrible.

—La verdad es que tengo un dolor de cabeza insoportable. ¿No llevarás ibuprofeno?

Rocío se hizo con su bolso, que tenía media farmacia dentro. Le entregó dos pastillas de 600 miligramos.

—¿Quieres agua? —preguntó—. Porque ahora mismo aquí no tenemos.

El detective agradeció el cuidado que le prestaba su compañera.

—No te preocupes.

Se introdujo las dos pastillas en la boca y se las tragó sin más, dejando que el sabor amargo recorriera sus encías. Iban pasando por debajo del puente y la mansión Schmidt se divisaba a lo lejos. El sol dibujaba el paisaje como en un lienzo. De pronto, John le gritó a su compañera:

—¡Para! ¡Para! ¡Para el vehículo!

Rocío se sobresaltó y por instinto pisó el pedal de freno; el coche derrapó. El detective, casi sin esperar a que se detuviera, se bajó y se quedó mirando un charco de un líquido marrón oscuro. Estaba justo al principio del camino de tierra, donde acababa el asfalto. Aunque el paso del tiempo y los cambios atmosféricos lo habían deteriorado, se notaba que allí había habido un cuerpo tirado. John se puso en cuclillas y observó con detenimiento las dimensiones de la mancha. Rocío se puso a su lado y contempló sus movimientos. El detective estaba paralizado, estudiando la huella.

—Rocío, necesitamos oscurecer esta zona para verter luminol. Tengo la corazonada de que es una pista fundamental.

Ella se quedó con la boca abierta: aquello podía ser un millón de cosas. Cualquiera adolescente que hubiera matado a un gato, o la sangre de una cabra. Pero el detective se había ilusionado con esa pista, así que fue a la parte de atrás del vehículo y extrajo el maletín de investigación. Tomó de él unos bastoncillos y los restregó por la mancha. También sacó varias fotos desde diferentes ángulos. Luego le pidió a su ayudante que moviera el vehículo hasta situarlo sobre el charco, para tapar la luz del sol. Rocío obedeció y su jefe se quitó la gabardina y se metió con el bote de luminol debajo del coche en marcha. La mujer se agachó con él y le ayudó a extender la gabardina para crear más sombra. Cuando la zona donde supuestamente había sangre estaba lo bastante oscura, el detective vertió el líquido. Cualquiera que pasara por allí en ese momento y viera a esos dos bajo el coche, sosteniendo una gabardina, pensaría que estaban desequilibrados. Pero al investigador le daba igual lo que pensarán de él; se había propuesto resolver el caso de la princesa del reino, y no pararía hasta conseguirlo. Si esa sangre era de ella, sería una pista fundamental. Echó el líquido y nada más tomar contacto con la mancha oscura se iluminó. John se sintió feliz por un momento. El hotel de Ojo del Agua quedaba a escasos cien pasos de allí. El asesino no debía de vivir lejos; normalmente estos delincuentes trazan un triángulo entre su casa, su trabajo y la zona donde cometen sus crímenes. No podían saber si ese era el caso, o simplemente el tipo usaba su casa como picadero y luego como matadero. Lo que estaba claro era que había que comparar la sangre del charco con la de la víctima; si fuera de ella, ya tendrían algo más aparte de la huella dactilar. El caso iba adquiriendo forma y cara.

El camino de tierra se abría paso entre aulagas y piedras. La mansión quedaba oculta por la falda del monte Agudo. No hallaron ningún vehículo en la puerta. Una señora mayor se encontraba en medio de un pequeño bosque de

eucaliptos, pinos y palmeras. Estaba cortando la maleza sobrante mientras el agua de riego alimentaba los árboles. Llevaba su pelo blanco recogido en una coleta, y un camisón de flores tapaba su piel.

—Buenos días, señora. Somos los inspectores Rocío Santiago y John Barton. Queríamos hablar con el señor Schmidt.

La señora detuvo sus labores matutinas para prestar atención a los dos policías.

—Mi marido está ahora mismo en la cumbre de la montaña, paseando a su rebaño. Soy la señora Schmidt.

Los detectives se miraron entre sí.

—Quisiéramos hacerle unas preguntas.

La señora Schmidt se quitó los guantes que llevaba puestos para protegerse de los pinchos de las hojas de las palmeras.

—¡Vengan! —invitó, y entraron en la casa.

Los tres pasaron a la terrorífica mansión. El detective se quedó impresionado con las tinieblas que inundaban la vetusta construcción. Antes, en el porche pintado de blanco y con desconchones en la pintura blanca, dos sillas y una mesa presidían el mirador sobre los terrenos de la familia Schmidt. La casa sin duda era una obra de arte, pero necesitaba una reforma con urgencia. La puerta se abrió mansamente, pero emitió al hacerlo un sonido estremecedor, como el maullido de un gato cuando le pisan la cola; un ruido chirriante que les taladró los oídos. Entraron en el infierno Schmidt con los vellos como escarpas. No sabían con qué se iban a encontrar. La señora Schmidt parecía la típica abuelita resignada a hacer sus labores.

Llegaron al gran salón y John se sentó en un sillón orejero y Rocío en el sofá. La señora Schmidt se ausentó un minuto y los dos policías se quedaron

contemplando la estancia, que desprendía un fuerte olor a lejía. El detective se quedó pensando si pudo haber ocurrido algún asesinato allí mismo, justo bajo sus pies. El salón tenía un ventanal que llegaba desde el suelo de moqueta hasta el techo de papel forrado y que se abría ante el pequeño bosque. La decoración era antigua, y en la pared, en medio de dos vitrinas, había un cuadro con la imagen de una pareja joven, seguramente el matrimonio Schmidt en sus buenos tiempos.

La señora Schmidt reapareció en la puerta portando una bandeja que desprendía un rico aroma a café. Además de la humeante bebida, llevaba un plato lleno de galletas caseras con trocitos de chocolate. Lo depositó todo en la mesa, al lado del florero. Mientras servía los deliciosos cafés en cada taza, Rocío no pudo evitar preguntar:

—¿Las galletas son caseras?

A la señora Schmidt se la notaba feliz por la visita.

—Hace tiempo que no me visita nadie, echo de menos estos momentos. Mi marido está siempre trabajando y mi hijo ya tiene edad de pasar el rato con los amigos. Así que... ¡sí!, son caseras. Al tiempo que cuido los jardines de mi pequeño palacio, me permito el lujo de ir cocinando algunos manjares.

Dicho esto, la señora Schmidt dejó caer el café en las tazas; al contacto con el recipiente el líquido humeó y el detective inhaló gustosamente aquel aroma. Solo con ese detalle de abuela, se los había ganado a los dos. A John se le olvidó para qué estaban allí.

—¿Puedo coger una galleta? —indagó en el mismo tono que habría utilizado con su abuela a la edad de cinco años, cuando se había portado bien y pensaba que se merecía el dulce.

La señora Schmidt alzó las cejas.

—Claro, John, sírvase, está usted en su casa. Pero no les he preguntado si querían café o alguna otra cosa.

La parejita asintió nuevamente como dos infantes que se han comido todo el almuerzo y esperan su premio en forma de dulce. Las abuelas pueden ablandar cualquier corazón, incluso el de un curtido detective. Rocío tomó una galleta y su taza de café y se quedó sentada con las piernas cruzadas, como las señoritas. Entonces inició el interrogatorio:

—Bueno, señora Schmidt, estamos aquí para preguntarle por su hijo. ¿Dónde está Tiburcio?

La señora Schmidt se volvió hacia ella y en su rostro la alegría se había transformado en arrogancia.

—Por favor, no me llame señora Schmidt, mi nombre es Remedios.

John se quedó paralizado por aquel cambio tan brusco sufrido por la señora de la casa. Pero no venían a discutir, y al fin y al cabo si ella quería echarlos a patadas estaba en su derecho.

—¡Disculpe! —terció Barton—. Remedios, queríamos saber si su hijo vive aquí.

La señora se tranquilizó en un santiamén y volvió a su estado natural.

—Sí, mi hijo Tiburcio vive aquí con nosotros. Es un joven responsable y nunca se mete en problemas.

—¿Y su marido? —inquirió John.

Remedios refunfuñó, hizo una pausa y contestó:

—Mi marido es un viejo cascarrabias que siempre está enfadado, es un anciano y chochea.

Los detectives no querían molestar más a la señora. Una madre nunca hablaría

mal de su hijo, pero perfectamente podían haber matado a las víctimas y mantenerlas guardadas en algún congelador; no se habría enterado nadie.

Al salir de la mansión, la luz del sol golpeó las gafas de culo de vaso de John. Remedios se despidió de ellos amablemente; se notaba que le gustaba compartir ratos con otras personas. Rocío se subió al coche, pero John se detuvo un momento más: quería pasear por el bosquecillo; era octubre y las hojas caídas de los árboles avisaban de la llegada del otoño, al tiempo que suaves rayos de luz penetraban entre las ramas de los eucaliptos.

El detective caminó por medio del bosque, llenándose los pulmones de naturaleza. De pronto, en medio del follaje observó un tronco cortado que sobresalía y presentaba rasguños, seguramente provocados por alguna herramienta con la que era golpeado a menudo; pensó que lo usarían como apoyo para cortar leña. A escasos metros, entre las hojas amarillas percibió otro objeto que a primera vista no logró identificar; era una especie de hueso de animal, tal vez de cabra montés o de cordero. Se acercó más y vio que tenía la forma de un dedo índice, aunque podía ser otra cosa similar. John se sacó del bolsillo una bolsita de plástico hermética, tomó el hueso y lo introdujo en ella; luego la cerró.

El bosque estaba bien cuidado, probablemente usaban algún abono especial. Las raíces ocultaban algo que no se podía percibir a simple vista. Barton pensó que la mansión Schmidt era un laberinto sin explorar. Sumido aún en esos pensamientos, dio media vuelta y llegó hasta el auto.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Rocío.

John sacó la bolsa con un gesto teatral y le mostró su hallazgo.

—Es un hueso. Se parece a un índice humano, pero hasta que no sea analizado no sabremos nada más.

La mujer se volvió hacia él y lo miró con sorpresa.

—¿Crees que enterraban los cadáveres en el bosque? —preguntó.

—Pienso que sí —asintió John.

Pasaron bajo el túnel dejando atrás la mansión de las tinieblas. Luego subieron por la pista asfaltada hasta entrar en la autovía. Pusieron rumbo a su oficina con el objetivo de sentarse a observar de nuevo el mural donde estaban representados los asesinatos cometidos por aquel tipo misterioso. Sabían bien que poco a poco serían capaces de juntar las piezas del puzle.

Rocío trató de prestar atención a la carretera, pero el cansancio acumulado hizo que ante la vista se le empezaran a entrecruzar las líneas blancas del asfalto. Circulaban a una velocidad de cien kilómetros por hora cuando sus músculos comenzaron a relajarse y sin darse cuenta dio unas cuantas cabezadas. El cráneo le pesaba como si estuviera lleno de almendras. Se sentía agotada. Pensó por un instante en apartarse al arcén y descansar. Pero, si había dormido durante toda la noche, ¿por qué se sentía así? Tuvo miedo de no ser capaz de controlar el vehículo antes de salir de la autovía a la carretera nacional. Acababa de pensar eso cuando se le cerraron los ojos otra vez; fueron solo dos segundos, pero no hizo falta más: el Citroën C5 impactó contra la mediana de la autovía y derrapó con la gravilla. Entonces dio un giro de 360 grados y se golpeó contra el muro de hormigón que bordeaba la carretera. El impacto lo destrozó por ambos lados, contrayendo la chapa. Después, el silencio: el vehículo quedó en medio de la autovía, con el sol alumbrando los trozos de alma que habían quedado desparramados por el insensible asfalto.

Se hallaba en el hospital, enchufado a distintos cables que se hundían en sus venas. Era medianoche cuando se despertó, asustado porque no sabía dónde estaba. Comprobó que lo habían atado a la cama. ¿Tal vez la señora Remedios

los había engañado para secuestrarlos? En realidad, aquella mujer era una loba con piel de cordero: los trató como a reyes y depositó un veneno en el termo del café. ¿Quién lo iba a esperar? El detective, aún aturdido, dejó volar su imaginación, reviviendo esa mañana que casi acaba con su vida. No sabía nada de su compañera, la inspectora Rocío Santiago. Un flash iluminó su mente por un instante: él se hallaba sentado en el asiento del copiloto y notó que sus músculos se relajaban: los ojos se le cerraron bajo el peso aplastante de los párpados. Lo siguiente fue un golpe contra la mediana, pero él se sentía feliz por lograr dormir tan profundamente. El caso es que ese sueño inofensivo casi termina con su existencia.

Le costaba respirar; sintió sus pulmones cerrándose y se agobió. Era como un bebé ahogándose en la bañera. No podía saber qué lo mantenía atado en aquella habitación oscura. John intentó deshacerse de las cadenas que lo mantenían amarrado a la cama, y de pronto pensó en el señor Schmidt: seguro que lo había apresado y lo mantenía oculto en las entrañas de la tenebrosa mansión. De pronto oyó los pasos del viejo verde bajando las crujientes escaleras de madera; cada pisada retumbaba en el corazón agitado de John. También empezó a oír los alaridos de angustia de una mujer que estaba siendo violada. El detective no conseguía ver la luz al fondo de aquel abismo. Tal vez si supiera el origen de ese sonido, no le resultaría tan aterrador. ¿Dónde estaba? Sus últimos recuerdos eran esa risita agradable de la señora Schmidt, ella ofreciéndole una taza de café con galletas llenas de virutas de chocolate, el dulce sabor del café, el líquido bajando por la magullada faringe del policía... Pero probablemente contenía una dosis letal de toxina de víbora; exactamente igual que la cobra real asesina a su propia familia, inyectándoles el veneno y dejando que el líquido vaya quemando los órganos por dentro. ¿Cuántas personas hasta entonces habrían caído en su trampa de serpiente? Esa

cara de cordero degollado hacía que bajaras la guardia, pero entonces aparecía el lobo.

La puerta de la habitación se abrió, dejando pasar un rayo de luz y de esperanza. Pero John pensó que era el señor Schmidt, que ya había bajado las escaleras. Agarrándose fuertemente a sus ataduras, soltó un grito estremecedor:

—¡Aaaahhhh! ¿Quién anda ahíiiiiii?

La luz se hizo, y fue como un lindo amanecer. John logró abrir ojos y observó, pestañeando, la habitación donde estaba: era la sala de un hospital y él estaba tumbado en una camilla, rodeado de tubos inyectados a sus venas. Por un momento respiró, sabiéndose a salvo. Que pánico tan tonto le había provocado esa amable señora. Un hombre con traje se asomaba desde la puerta.

—Buenas noches, John. Soy el comisario de Policía de la ciudad de Berlín. Mi pueblo pide respuestas.

El hombre era rubio, como casi el noventa por ciento de los alemanes, y llevaba el pelo repeinado como si le hubiera dado un lametón una vaca. Por un momento pensó que era Tiburcio, que venía a vengarse. Pero había tenido suerte, se trataba simplemente de que Alemania venía a apoyar su labor... y a llevarse a los seres queridos de varias familias.

John se hallaba en realidad sobre una fría cama del hospital de Puerto del Rosario. Al caer en ese sueño dulce pensó por un instante que no iba a regresar a la tierra de los vivos, que lo habían mandado al otro barrio. Al fin pudo reaccionar y saludó al policía:

—Buenas noches, comisario. Aquí no dejamos de investigar, ya tenemos en el punto de mira a varios sospechosos. El problema es que los cuerpos se hallaron limpios y sin apenas huellas. Estamos tratando con un depredador al

que además le fascinan la biología y el arte: es como Miguel Ángel dando forma al mármol; trata los cadáveres con delicadeza y los deposita en lugares públicos para exhibirlos como obras artísticas, en lugar de enterrarlos o llenarlos de barro.

El comisario, este sí bien arreglado y perfumado, se acercó al detective y le ofreció un habano; se notaba que querían llevarse bien con él. Luego le posó la mano en el hombro izquierdo.

—El alemán es un pueblo muy exigente. Y muchas familias ya están llorando la pérdida de los suyos —dijo frunciendo el ceño; se le notaba presionado, agobiado. Parecía una bombona de gas a punto de estallar. Después de una breve pausa, continuó—: ¿Podemos llevarnos los cuerpos?

El detective asintió con la cabeza.

—Llévenselos, comisario. El forense ya los ha analizado y ha obtenido suficientes pruebas. Pero necesito un poco más de tiempo para continuar la investigación; si actuó ahora, con precipitación, se puede ir todo al carajo.

John se puso el puro en la boca y el comisario alemán se fijó en los detectores de humo.

—¿Se encuentra usted bien? ¿Le duele algo? —se preocupó el alemán.

—No, la verdad es que no me duele nada. A lo mejor me han drogado, no estoy seguro.

El comisario comenzó a soltarle los tubos que lo amarraban a la cama y luego lo ayudó a llegar hasta la ventana, donde John sintió la brisa nocturna; sacó media cabeza fuera y encendió el puro; luego expulsó el humo hacia la oscuridad de la noche. El comisario seguía hablándole en inglés.

—Me llevaré los cadáveres para que las familias los entierren. Tenga en cuenta que, en una semana, cuando acaben de velarlos, volverán a pedir

respuestas.

John sabía bien quién había cometido esos crímenes. Estaba completamente seguro de que había sido Tiburcio; pero también de que no actuaba solo. Él era una pieza clave del puzzle, pero aún faltaban al menos otras dos: por ejemplo, la madre los había narcotizado, señal de que estaba ocultando algo. John volvió la cabeza hacia dentro de la habitación y asintió.

—En una semana tendrá usted respuestas.

Se había lanzado de cabeza a un río lleno de pirañas alemanas; si no lograba cumplir su palabra, habría consecuencias. El alemán le dijo:

—Le he traído a diez de mis mejores hombres; están esperando su llamada para actuar. También le he traído un Audi A6; si va a dar la cara por nuestro pueblo, debe disfrutar de nuestra tecnología. Así se moverá con soltura por la isla, ya que su coche ha ido directo al desguace. Aquí a usted no lo apoyarán mucho, porque viene de fuera, así que si quiere transmitir alguna orden deberá ser a través de Rocío Santiago. En el fondo ella tiene más poder que usted. Pero bueno, cuenta también con nuestra colaboración. Comienza la cuenta atrás —concluyó.

El alba impregnaba la habitación del hospital cuando John se despertó. Había dormido hasta las once de la mañana; hacía bastante que no dormía tan profundamente, quizá desde que su mujer lo devoraba por las noches. Se sentía con las pilas cargadas y bastante motivado. En el cuarto de baño se asomó al espejo y se vio con una pinta espantosa. Mientras se lavaba el rostro sintió ganas de asearse; cuánto tiempo sin experimentar esas ganas de vivir... Había dormido con la conciencia tranquila y no le hizo falta el whisky para ahogar sus penas. Observó brevemente la ducha y se lanzó hacia ella en plancha; puso la cabeza bajo el agua clara y dejó que la masajeara. Luego cerró el grifo un

momento para lubricarse con champú y gel. La piel le resbalaba como una pista de patinaje. Cuando acabó de quitarse la espuma de cada rincón de su piel, esta le quedó de nuevo con aroma a manzana. En ese momento la puerta se abrió, pillándolo en bolas.

—¡Buenos días, papito! —exclamó Natalia, la prostituta cubana, asomándose por el vano de la entrada—. Hace dos noches que no sabemos nada de ti. Hemos visto en las noticias el accidente de coche.

Con ella iba Estrella.

—Buenos días, señoritas, ¿qué tal están? —saludó el detective mientras se tapaba con la toalla para ocultar sus vergüenzas.

—Por favor, detective, ya te hemos visto las dos así, no te avergüences, que es pequeña pero juguetona. —Los tres sonrieron ante el comentario de la cubana—. Te traemos unos regalitos que hemos comprado para ti.

Llevaban unas bolsas de Zara, Pull and Bear y New Yorker. Estrella extrajo de una de ellas una camisa blanca de botones y unos pantalones vaqueros; la cubana le mostró unos zapatos de chúpame la punta, de piel de cocodrilo, un cinturón marrón, una gabardina beis y un sombrero estilo años sesenta.

—Es parecida a la ropa que llevas siempre, como las de los detectives de la época en la que eras un caramelito —dijo Estrella con un guiño.

La cubana dijo entonces con alegría:

—¡Papito! Hemos cambiado el polo por la camisa de botones, que te favorece más.

John soltó la toalla y la dejó caer al suelo, se acercó a sus dos amigas y dio a cada una un abrazo y dos besos en las mejillas.

—Eso no es todo, papito, siéntate en ese sillón, que te voy a retocar. Allá en

Cuba les cortaba el pelo a mis hermanitos. Te voy a dejar hecho un pincel.

El detective no se sintió con fuerzas para discutir con Natalia, así que se sentó para dejar trabajar a la artista. La cubana tomó una máquina de pelar que había traído, la puso en el número tres y se la pasó por encima de las orejas. El detective, al notar el ruido del aparato, se retrajo. Estrella apareció con un cubo medio lleno de agua. La hoja de afeitar resplandeció delante de las barbas de John Barton. No tenía ninguna opción de escapar de esas chicas. Cada una comenzó a rasurar por un lado, y los pelos se fueron precipitando al vacío, inundando el suelo de la habitación de hospital.

En pocos minutos estaba preparado para salir al mundo exterior. Le habían dejado un bigote que marcaba a fuego su profesión, la de alguien que se dedica en cuerpo y alma a la ley... como José Luis Torrente. El pelo, de punta, lo llevaba engominado y recortadito por los lados recortadito. Había experimentado un cambio radical: ya no llevaba el pelo en la frente y su rostro había pasado de ser el de un Yorkshire al de un labrador, con hocico y todo. En ese momento apareció por la puerta la madame con otra una bolsita en la mano donde figuraba el logotipo de Fund Grube; por el borde asomaba la caja del perfume *1 million*. El detective abrió el paquete y el bote, e impregnó su cuello y sus muñecas con unas gotas del embriagador perfume. Estaba hecho un *latin lover*, con esas mujeres atractivas a su lado. Llegó el momento de la despedida, y el investigador se sentía eternamente agradecido, pensando que en un solo minuto te puede cambiar la vida. La enfermera llegó trayendo consigo una bandeja con el almuerzo. John se sentó a comer algo antes de irse y puso la televisión, donde estaban dando las noticias.

Las noticias

«Aún no hay respuestas y Alemania busca culpables para la crisis en la isla

afortunada de Fuerteventura. Les ofrecemos imágenes de los aeropuertos de las grandes ciudades germanas: Dusseldorf, Hamburgo, Frankfurt, Berlín... En todos ellos se están cancelando vuelos en protesta por el hecho de que todavía no se haya detenido al asesino en serie. Las familias que tienen hijas jóvenes no se atreven a viajar a Canarias.

Y mientras el Gobierno alemán pide resultados, nosotros tenemos a un detective que se pasa las noches de fiesta en el puticlub. La Guardia Civil detuvo hace unos días al agente encargado del caso, John Barton, porque estuvo implicado en una pelea en el club El Quitapenas. Al día siguiente tuvo un accidente de coche por conducir bajo los efectos del alcohol. La población reclama que encarguen el caso a alguien más competente; entienden que nos mandan a nosotros lo que no quieren en otros países. Se pide seriedad y se confía en que la inspectora Rocío Santiago resuelva la situación. Al detective Barton será mejor que lo jubilen y que le concedan un bono de guaguas para que no tenga que pagar el transporte público, y que viva sus últimos días de borrachera y acompañado de prostitutas.

Por otra parte, ayer por la mañana llegó al aeropuerto de Fuerteventura el presidente del Gobierno alemán. Ha traído consigo a diez hombres cualificados para ayudar en la detención del asesino en serie. El mandatario está soportando una gran presión en su país, y ha venido sin avisar a ningún medio de comunicación. Únicamente se sabe que ha visitado el hospital de Puerto del Rosario para entrevistarse con John Barton, y que le ha entregado un Audi A6 que previamente había salido de un concesionario de la capital. Esperemos que con este vehículo el detective mueva el culo más rápido y empiece por fin a recoger los frutos de su trabajo.

Desde Telecanarias les deseamos que tengan un buen día».

El detective se quedó anonadado: había recibido la visita del presidente alemán en persona. Debía actuar con rapidez.

El forense

Los familiares de las víctimas ya habían llegado al hospital. John bajó las largas escaleras para encontrarse con el forense. No se sentía bien. Aquellos pasillos largos y oscuros lo conducían al encuentro con las personas que más deseaban el fin del asesino en serie. Había una buena noticia, que aún no había matado a nadie más, pero sabían que no era tonto y había actuado con mucho cuidado: en el árbol de los ahorcados, los cadáveres estaban limpios, los había lavado de arriba abajo, borrando cualquier tipo de huella; solo podían agarrarse a la posibilidad de encontrar el arma homicida. El médico forense le entregó un tocho de papeles donde figuraban entre otras cosas las causas de cada muerte; la hora era imposible saberla, debido a que los cuerpos estuvieron guardados un tiempo en un congelador; el asesino los mantuvo a baja temperatura, lo que complicaba sobremanera la obtención de más información. El médico le explicó a John que no se usó la misma arma en todos los crímenes: algunos fueron golpeados brutalmente a golpes; por ejemplo, con la pareja de ancianos se usó un objeto de punta cilíndrica, un bate de béisbol o algo similar. Annika Fischer murió a causa de un traumatismo craneal después de ser violada, y su marido, Christian Fischer, también fue golpeado múltiples veces, pero no murió de eso, sino que quedó inconsciente y después volvió en sí, con tan mala suerte de que el asesino se dio cuenta y lo remató de un tajo en el cuello.

El detective grabó toda la conversación con el forense, y después se quedó pensativo, contemplando a las familias allí reunidas para recoger los restos de sus seres queridos. No se sentía capaz de aguantar esa presión, necesitaba fumarse un puro y que le diera la brisa de la noche. Los días pasaban como

minutos, tenía la sensación de que llevaba una eternidad con ese caso. De repente, un chispazo saltó en su cabeza; John pensó que su cerebro no andaba bien. Se guardó la grabadora en el bolsillo, sujetó el tocho de papeles y con la mano que le quedaba libre le entregó al forense las dos pruebas que había encontrado antes del accidente: la bolsita hermética con el trozo de hueso y la sangre recogida debajo del puente. El médico los haría llegar al laboratorio para que fueran analizados, y en unos tres días tendrían los resultados. Por desgracia, el laboratorio estaba en la isla de Gran Canaria, así que las bolsas que contenían las pruebas tendrían que viajar media hora en avión.

Mientras tanto, allí al lado se estaban preparando los cuerpos para trasladarlos a Alemania, donde serían enterrados junto a sus seres queridos. John salió al exterior del hospital; la noche era clara y tranquila, y decidió sentarse en una parada de guaguas que había junto a la entrada principal del hospital. Dejó el tocho de papeles a un lado, se sacó un puro y le dio fuego; lo saboreó hasta el punto de sentir sus pulmones relajarse por un momento. En sus largos años trabajando en Homicidios había capturado a bastantes malhechores por todo el mundo. Pero era una persona con sentimientos, y si lo pinchaban le salía sangre, como a cualquiera. Era imposible que no le afectara la pérdida de otros seres humanos. Los muertos cabalgaban por sus pensamientos, buscando respuestas y alborotándole las ideas.

De pronto, una mujer joven y atractiva se le acercó y tomó asiento junto al detective. John estaba como ido, no se percató de la presencia de tal belleza. La noche de luna llena lo alumbró y acabó saliendo de sus pensamientos para volver a la cruda realidad. Observó a la desconocida.

—Buenas noches, ¿le apetece fumar? —le preguntó John.

Ella se le quedó mirando con los ojos vidriosos. Luego se volvió hacia él y se tomó la mano. El agente se quedó paralizado por el atrevimiento de la

muchacha.

—¿No sabes quién soy? —preguntó la mujer misteriosa.

John expulsó el humo de sus pulmones para no ahogarse y respondió.

—No sé quién es usted, seguramente algún familiar de las víctimas que viene a reclamarme mi mala investigación.

La chica le apretó con fuerza la mano.

—No vengo a reclamarle nada, al contrario, le quiero dar información muy valiosa. Yo sé quién mató a esas personas y pido justicia.

John se quedó sorprendido por las palabras de aquella mujer.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Caroline Fischer. Fui violada y maltratada por esos dos indeseables. Lograron arrancarme mi juventud en apenas unos minutos.

John se quedó paralizado: tenía ante sí a una víctima que había sobrevivido a la brutalidad de los violadores. La muchacha continuó su relato:

—Yo era su vecina, estaba enamorada de Tiburcio Schmidt. Una noche me invitó a cenar y pasamos una velada maravillosa en su casa. Bebimos una botella de vino tinto y nos enrollamos en su dormitorio. Todo fue natural, delicado. Luego Tiburcio se fue al cuarto de baño, dejando la puerta entreabierta. El viejo verde de su padre aprovechó para subir por esas destrozadas escaleras que suenan como el maullido de un gato cuando le pisan la cola. Yo me sentía relajada y feliz, pero ese viejo surgió de las tinieblas tapando la puerta, que era la única salida posible, y me violó. Tiburcio volvió del cuarto de baño, pero no hizo nada para defenderme; se sentó en un rincón y se puso a llorar. Yo me dejé violar para intentar salvar mi vida; no quería que aquella bestia se enfadara. Cuando acabó y se quedó sin fuerzas, logré

quitármelo de encima y salí corriendo escaleras abajo. Luego me encerré en mi casa e intenté olvidar aquello. La verdad es que yo amaba a Tiburcio; posee una extraña energía que atrae a las mujeres, como una especie de imán ante el que es inevitable acercarse. Él era el polo sur y yo el norte. No sé por qué, pero es un demonio que consigue seducir a las jovencitas.

John seguía la conversación atentamente. Caroline Fischer respiró hondo para tratar de aflojar el nudo que oprimía su pecho.

—Varios días más tarde, cuando regresé del trabajo, Tiburcio estaba en el porche con su padre, bebiendo unas copas y esnifando cocaína. Me senté a su lado para intentar hablar con él, pero se negó a contestar ninguna de mis preguntas. Yo le había entregado mi fruto prohibido y él lo lanzó a los leones sin importarle nada. De repente, se levantó y me agarró por los pelos; me arrastró hasta el matadero cogida del cabello, como si fueran cuerdas. Tiraba de mí con tanta fuerza que comenzó a dolerme la cabeza. El viejo verde nos seguía con la baba caída. Tiburcio me subió a rastras a la cama de hierro donde solían matar a los animales y me ató de pies y manos, dejándome sin movilidad. El viejo verde aprovechó para saborear mi piel desnuda y volver a penetrarme; fue tan repugnante cuando ese hombre acabó dentro de mí... Pensé que Tiburcio no sería capaz de tomarme de esa manera, no con esa violencia. Pero apareció de repente con una máscara de piel de cerdo puesta sobre la cara, seguramente para que no pudiera verlo mientras me violaba. Abusó de mí sin ningún escrúpulo. Yo lo amaba, no era necesario que hiciera aquello. Afortunadamente no me mataron, sino que me dejaron allí a oscuras, abandonada entre los cerdos que chillaban. Cerraron el portón y se marcharon. El miedo me invadió y traté de mover las muñecas y liberarme de las ataduras; lloré de rabia por lo que me habían hecho. Me pasé toda la noche tratando de soltarme, y al final logré romper las cuerdas y me oculté detrás del portón a la espera de un nuevo día. El viejo verde abrió a eso de las seis de la mañana,

aún no había salido el sol por completo. No dejé que me atrapara, salí corriendo como alma que lleva el diablo. Me duché en casa, hice la maleta y volé a Alemania. Solo quería olvidar. Pero cuando llevaba unos meses allí noté que no me venía el periodo, así que me hice un test de embarazo y salió positivo. Yo no había tenido relaciones con nadie más: esos espermatozoides malditos habían fecundado mi óvulo. No pensé en el aborto, seguí adelante. Tal vez todo había sucedido en aquella noche de pasión en la que tanto disfruté, prefería pensarlo así. Y eso es lo que sigo recordando.

El detective se quedó pensativo.

—Entonces tenemos una testigo. No te preocupes, los llevaremos a juicio y pagarán por lo que os hicieron a ti y a tu familia.

John abrazó a Caroline y ella se desahogó derramando lágrimas de impotencia. Luego el detective le preguntó:

—Cuando estuviste en Alemania, ¿les contaste la verdad a tus padres?

Caroline parecía un ovillo enrollado entre la gabardina y la cabeza de John; de repente alzó la mirada para contestar la pregunta del policía.

—¡Sí! Fue un error hacerlo, pero mi padre no dejaba de presionarme para que volviera, y yo tenía que justificar mi decisión de no hacerlo. Creo que esa noche mi padre, enfurecido, fue a pedir explicaciones a la familia Schmidt y ellos respondieron a golpes con los dos. Supongo que fue ese el momento en que les quitaron la vida.

El detective asintió.

—Ahora encajan las piezas en el puzle.

La luna llena alumbraba la parada de guaguas.

Capítulo XI

La partida de póquer

Los fantasmas visitaron a John de madrugada. Cerró los ojos y quedó dormido profundamente; consiguió entrar en la fase REM. De repente, se vio tumbado en el sofá orejero de la mansión Schmidt, en medio de una terrible oscuridad; no podía imaginar lugar peor donde pasar la noche. Tenía los párpados cosidos y no era capaz de abrirlos. Se sintió muy agobiado. Las escaleras de madera resonaban a lo lejos; unos pasos descendían por ellas como una estampida de búfalos. No era Eustaquio solo, seguramente traía compañía. John se sentía prisionero del sofá orejero; además, sentía presión en la vejiga, era preciso ir al baño, pero no conseguía despertarse. Intentó una y mil veces abrir los ojos, pero el hilo que los enhebraba no se rompía. Cada vez más agobiado, acabó orinándose encima y mojó los cojines del sofá; ahora estaba sucio e incómodo.

Los búfalos ya habían terminado de bajar las escaleras. La puerta de la sala se hallaba a escasos metros del sofá, y una fuerte lluvia repiqueteaba en las formidables ventanas del salón. El detective trató de mover los brazos, pero también lo habían atado a la estancia. Hizo más fuerza con los párpados y consiguió separarlos, pero a costa de la que la sangre empezara a brotar y se deslizase por sus pómulos. Contempló con dificultad la sala donde estaba retenido: efectivamente, era el salón de la mansión de los Schmidt, el mismo lugar donde Remedios lo había envenenado. Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo; el orín le daba frío. Hizo un segundo intento de soltar las cadenas que

lo ataban al sofá. Cubierto de sangre y meado como estaba, esperaba la muerte.

La estampida de búfalos entró en ese momento por la puerta. Pudo oír unas palabras que le hicieron temer lo que se le venía encima:

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir...

John percibió la luz de una vela, y detrás de ella apareció un hombre vestido con una túnica negra. Se parecía a la muerte con su guadaña. La túnica le ocultaba el cuerpo y la cabeza. El rostro, pintado de blanco, tenía las ojeras negras marcadas.

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir... —repitió la figura de la túnica.

El eco retumbaba en la sala y la lluvia seguía golpeando las ventanas. John se movió de un lado para otro, intentando soltar sus cadenas, pero cada vez se le hacía más complicado. Detrás de aquella bestia negra aparecieron dos más, ataviadas de la misma forma. Se acercaron al sofá orejero con las velas en sus manos y rodearon al detective.

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir...

Pusieron sobre él tres cabezas de macho cabrío, cuernos curvos. Esas cabezas representaban al diablo. Esparcieron sangre sobre el detective. John empezó a gritar, angustiado:

—¡Déjenme en paz! ¡Quítenme estas cadenas!

Abrió bien los ojos para tratar de distinguir los rostros que se ocultaban tras el maquillaje: eran Remedios, Eustaquio y Tiburcio. Lo tenían bajo su control y estaban llevando a cabo un ritual satánico. Barton era la ofrenda que iban a entregar al diablo.

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir...

Comenzaron a verter la cera de las velas sobre su frente. John sentía un picor insoportable en los ojos, rasgados por finos hilos. Volvió a gritar:

—¡Déjenme en paz! ¡Suéltente!

Remedios se puso sobre él, pringándose de sus orines, y se subió la túnica. Luego se introdujo el miembro viril de John. La vieja empezó a moverse arriba y abajo, gozando de él. En uno de esos movimientos John le vio los dos pellejos colgantes que tenía por tetas, y le produjo tal asco que apartó la mirada. Los dos hombres seguían tirando sobre él la cera de la vela mientras como un mantra:

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir...

La lluvia continuaba golpeando los ventanales y los truenos retumbaban por toda la mansión. De vez en cuando un rayo iluminaba la estancia con un flogonazo. John se corrió, pero no fue de placer, sino por necesidad de acabar cuanto antes. La vieja se había quitado las telarañas después de tantos años. Descabalgó, se volvió a colocar la túnica y se situó al lado de los otros dos demonios.

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir...

Los tres alzaron sendos cuchillos. John solo pudo quedarse inmóvil, contemplando su inminente muerte: aquellas caras pintadas de blanco se lo iban a llevar. Sus dientes contrastaban con el maquillaje: unos refulgentes y otros amarillos.

—Morir es vivir, morir es vivir, morir es vivir...

Dejó de llover y de pronto cesó el atronador ruido. Los cuchillos volaron en dirección al cuerpo del policía y lo atravesaron una y mil veces. El detective vociferó con su último aliento:

—¡Déjenme en paz... Suéltanme...!

Mientras se desangraba logró abrir los ojos: se hallaba en su dormitorio, a salvo. Su cama estaba mojada como la de un niño de dos años.

Remedios

El amanecer alumbraba las hojas caídas de los árboles del bosque. Caroline se aproximó a la mansión en un coche de alquiler; tenía que dar un último paso antes de volver a su Alemania natal. No quería saber nada más de la isla afortunada, esta solo le traía recuerdos tenebrosos. Sabía muy bien que el viejo verde estaría en la cumbre del monte Agudo, y Tiburcio trabajando en la recepción del hotel. Aún temblaba cuando aparcó enfrente de su apartamento; simplemente deseaba recuperar las pertenencias de la familia Fischer. Entró en la casa, que se hallaba igual que la dejó. Sacó las cajas verdes de Correos que había llevado consigo y comenzó a empaquetar. La acompañaba su novio, un chico bastante diligente que sabía, como ella, que disponían de poco tiempo para terminar; lo que no se pudiera empaquetar, se quedaría atrás y punto.

El bebé se removía en el canastillo, agitando las manos arriba y abajo; resultaba conmovedor. De repente apareció la señora Remedios; Caroline se asustó tanto por la inesperada visita que dio un respingo y golpeó sin querer un jarrón que cayó al suelo con estrépito, rompiéndose en mil pedazos. El novio de la chica se puso en guardia: ella le había contado el trauma que había sufrido a causa de esa familia. Caroline alzó las palmas en son de paz.

—Buenos días, señora Remedios.

La mujer observó el desorden reinante.

—Buenos días, Caroline, ¿qué tal estás?

La chica agachó la cabeza para ocultar sus ojos inundados de lágrimas.

Remedios aprovechó su ausencia de respuesta para adentrarse en la casa portando una bandeja con un termo de café, otro de agua caliente y sus galletitas con virutas de chocolate. Ambas se sentaron en el sofá mientras el novio de Caroline seguía empaquetando. Remedios miró con admiración al bebé, lo tomó en brazos y se lo puso en las rodillas. La muchacha pensó que si ella imaginara que podía ser su nieto, o incluso su hijastro... seguramente lo lanzaría a las fauces de los cocodrilos. Remedios se puso a jugar con el bebé, quitándole el chupete y moviendo el sonajero. Mientras, Caroline sirvió dos tazas de café y le ofreció una a la mujer; esta le puso la excusa de que ya había desayunado. Así que se la tomó su novio. Ambos a la vez se bebieron el líquido caliente y oscuro; aún no sabía la que se les venía encima. La joven se fijó en que Remedios se había hecho la permanente.

—¿Cuándo te la hiciste?

—Me la hice ayer, tenía ganas de cambiar.

También se había teñido el cabello de negro, apagando su blanco primitivo. Caroline probó unas cuantas galletas con tropezones y las fue mojando en el café. El ambiente se volvió distendido. Remedios no quería hurgar en la herida, pero la joven no sabía que la vieja ocultaba su maldad. Hablaron de su embarazo y de la felicidad que produce traer un bebé al mundo.

—¿Cómo se llama la criatura?

—Le he puesto Christian, como su abuelo.

Empezó a haber cierta tensión en el ambiente.

—Aún recuerdo cómo cada día me ayudaba con el jardín —dijo Remedios.

Caroline no pudo pronunciar palabra. Apuró su taza de café con un nudo en la garganta. De pronto se sintió mal; los ojos se le cerraban solos. Remedios dejó de sonreír. La chica sabía que algo no andaba bien, se estaba quedando

sin fuerzas; acababa de levantarse y ya tenía ganas de volver a dormir. De repente, su novio cayó desplomado al suelo como un saco de papas; ella lo hizo justo después, y en la caída se le resbaló la taza, que impactó contra las losas. Remedios la miró con esos ojos penetrantes, y le escupió:

—Todo esto te pasa por puta. Si no vistieras tan ligerita, no te habría ocurrido nada. Sucia, puta.

La joven hizo un último intento por hablar, pero se derrumbó de nuevo. El bebé comenzó a llorar de forma desgarradora. Remedios agarró su neceser, sacó un biberón que estaba preparado y se lo dio, como haría cualquier abuela (o madrastra). Caroline se llevaría su secreto a la tumba.

John

Estaba en su oficina y no dejaba de echar vistazos al mural donde colgaban las fotos de todas las víctimas del chófer asesino, mientras leía los informes que le había dado el forense. Al parecer, los crímenes no eran obra de un solo asesino, porque había varios *modus operandi*. Por ejemplo, a la pareja de ancianos y a la mujer de cuarenta años seguramente los mató el viejo. En el caso de las chicas jóvenes tendría que haber sido Tiburcio; eso era lo que cuadraba.

Rocío Santiago apareció por la puerta con un café en cada mano. Le gustaba ver a su compañero afeitado y peinado, y también con ropa nueva; no le importaba si todo eso era obra de un puñado de prostitutas, lo fundamental era que, pagando o no, se sintiera feliz. Desprendía un agradable aroma a *1 million*, el perfume de Paco Rabanne.

John había organizado una reunión con la jueza para que conociera a Caroline Fischer. Tenían que llevar a la familia Schmidt a juicio y meterlos entre rejas. Se sentía motivado mientras ordenaba sus pruebas, que le permitirían soltar la

bomba en el juzgado. No le había contado nada de eso a su compañera; la experiencia le había enseñado que mantenerse callado es valioso. Entre los dos estuvieron organizando las pruebas para asignarlas a uno u otro asesino.

A media tarde recibió una llamada importante.

—Buenas tardes, detective Barton.

—Buenas tardes, ¿quién es?

—Soy del laboratorio, de Las Palmas. Le llamo para decirle que la sangre que nos envió para analizar pertenece a la mujer de cuarenta años, la señora Müller.

El detective se alegró de oír aquello; ya podía ubicar ese cuerpo debajo del puente, cerca de donde vivía la familia Schmidt.

—También tenemos los datos del hueso hallado en el bosque; corresponde a un dedo índice.

—¿De quién es? —preguntó John.

—Lo raro es que no pertenece a ninguna de las víctimas del asesino.

El detective apretó el auricular contra su oído.

—¿De quién es? —repitió.

—Es de Benito Cabrera, el antiguo propietario de la mansión Schmidt. Murió a los setenta años, más o menos, pero su cuerpo nunca se encontró. El señor Cabrera había heredado la mansión de su familia, y todas las posesiones de los Schmidt eran antes de él.

John se quedó pasmado: un caso se cerraba y se abría otro. Al parecer, la familia Schmidt tenía mucha mierda enterrada.

—Por favor, mándeme la información por correo electrónico.

John actuó rápido: fue con Rocío a visitar al pastor de la Iglesia Moderna, que tenía su sede en un pequeño almacén de la calle Quesera número 18. Cuando llegaron, el pastor estaba en medio de unas actividades con los niños. El policía saludó con la mano levantada y el otro le hizo un gesto con la mano para indicarle que esperase cinco minutos. Para averiguar cualquier cosa de la gente que va a la iglesia, es imprescindible hablar con el pastor.

John dejó caer la tarde mientras se fumaba un puro por las calles de alrededor. Rocío observó con más atención su nuevo look: las chicas lo habían dejado impecable, parecía otra persona con ese bigote y el vestuario nuevo.

Los niños fueron abandonando el almacén y los policías volvieron a entrar. Las paredes estaban pintadas de blanco, salvo la del fondo, que era lila. Una cruz de tono claro, de unos dos metros de alto, presidía la sala arropada por una especie de tela morada a modo de bufanda. El pastor los condujo al centro del habitáculo, ofreció una silla a cada uno y se sentaron. El último niño salió, cerrando la puerta tras él. Quedaron solos en la habitación.

—Buenas tardes, agentes. Ahora mismo son ustedes los más famosos de la isla. ¿En qué puede ayudarles este siervo del Señor?

John no le preguntó de qué los conocían. Era evidente que las noticias estaban hablando del caso a diario, y en la prensa ya se habían vertido varias hipótesis sobre los posibles culpables. Además, las noticias habían trascendido nuestras fronteras y se habían extendido por todas las cadenas de Europa; no se podía esperar otra cosa en el siglo de la información, en el que todo el mundo tenía acceso a internet, televisión y redes sociales. El detective Barton fue al grano:

—Buenas tardes, pastor. Creemos que una oveja se le ha descarriado.

El pastor posó con amabilidad una mano en cada hombro de los policías, como bendiciéndolos.

—Sé que vivimos en un mundo de locos, yo solo intento mejorarlo. También sé que el demonio salió de los cielos para gobernar la Tierra. Lucho cada día por acabar con esa ira, pero vive dentro de todos nosotros. Por eso vienen las personas a la Iglesia Moderna, para apagar esa llama de maldad.

John asintió con la cabeza; no quería entrar en disputas.

—Necesitamos información sobre Remedios Schmidt.

El pastor se sorprendió.

—Es una gran cristiana, incluso nos ha ofrecido su iglesia para realizar la obra del Señor. Los domingos celebramos allí el culto. Este almacén se ha quedado pequeño para tantos fieles.

John miró a los ojos del pastor; se notaba que era un buen hombre.

—Necesito saber cómo consiguió esa mansión.

El hombre asintió con la cabeza mientras observaba a sus dos interlocutores. Entonces empezó a explicarles:

—Hace unos diez años llegó la familia Schmidt a Fuerteventura. Eran humildes trabajadores, sin propiedades. Les gustaba trabajar en el campo, a la señora Remedios le entusiasmaban plantas y al señor Eustaquio el ganado. En el camino de la vida dieron con el señor Benito Cabrera, el dueño de la mansión. Este señor resulta que era el único heredero de esas propiedades, con la mala suerte de que era homosexual. Nosotros no discriminamos a nadie, pero sabíamos perfectamente que nunca formaría una familia, así que el imperio Cabrera llegaría a su fin con su muerte. Las dos familias hicieron muy buenas migas, Benito necesitaba apoyo y lo halló en ellos; les dio casa, trabajo y un sueño por el que luchar. Pero sabíamos bien que era bastante mayor, ya rondaba los setenta años; no podía sacar al ganado ni regar las plantas ni valerse por sí solo. Así que decidió dejarse ayudar por la familia

Schmidt: Eustaquio se ocupaba del ganado, Remedios del jardín, y el jovencito Tiburcio alegraba sus días.

»Benito tenía buen corazón; desde su alcoba se accedía a una zona de la casa donde montó una especie de albergue para mayores. Fue la primera casa de la tercera edad que hubo en la isla, y estaba muy bien preparada, con juegos para los ancianos, camas y cuartos de baños. En aquella época no había aquí ningún lugar donde la gente mayor se pudiera juntar para jugar al bingo y esas cosas; en fin, para distraerse. Así que aquello fue una revolución para las familias: todas querían llevar allí a sus mayores. Por otro lado, sabrán ustedes bien que la hostelería es dura, y por aquí suele ser el único trabajo que hay. Así que reclutaron a muchos trabajadores para la residencia de Benito Cabrera, donde la cuidadora principal era Remedios. Más de cincuenta viejitos se alojaron en esos dormitorios, y cada familia pagaba una cuota mensual. Pero de repente empezaron a caer como moscas: en pocos meses, los viejos fueron muriendo como si hubiera estallado una guerra. Entremedias, el terrateniente Benito Cabrera había firmado ante notario la entrega de todos sus bienes al niño Tiburcio Schmidt. Remedios siguió trabajando en los jardines y Eustaquio con el ganado.

John se quedó pensativo: aquella historia hacía aguas por todos lados. No podía ser que un mariquita de la tercera edad heredara una millonada y se la entregara a una familia humilde por pura bondad. Allí había gato encerrado.

El pastor apartó la palma de su mano del hombro de los policías, se levantó y los acompañó a la puerta.

—Gracias por la información —dijo John.

—Si quieren asistir el domingo al culto, serán bienvenidos.

Los dos policías se negaron a la vez.

La tarde iba cayendo y a los alemanes les gusta cenar temprano; y temprano quiere decir sobre las seis de la tarde, que era cuando abría el restaurante del hotel Ojo del Agua. Los viejitos, entrando tropel en el comedor, parecían los zombis de *The Walking Dead* abalanzándose sobre la plancha donde se cocinaban el pescado y la carne.

El padre de Saskia Neumann estaba feliz por su hija. Era cierto que durante las vacaciones no le había prestado mucha atención, porque andaba todo el tiempo con ese chófer, Tiburcio, pero la notaba contenta. Él ya le había puesto las cartas sobre la mesa, explicándole lo que desean los hombres de las mujeres. Saskia al principio se había molestado, pero después comprendió la preocupación de su padre y le dio la razón. Ella era una joven obediente, de esas que ya no quedan.

Estaban los dos cenando, uno frente al otro. Saskia quería contarle las sensaciones que estaba experimentando en esas vacaciones, pero sabía muy bien que cada cosa que le explicase a su padre él se la tiraría por tierra. Debido a su carácter alemán, viraba con facilidad de padre comprensivo a cabrón sin rodeos. En realidad, al señor Neumann cada cosa que le pasaba le sentaba mal; se había pasado todas las vacaciones quejándose en recepción: que si el día estaba muy soleado, que si estaba nublado o ventoso. Los empleados no lo podían ni ver, no sabían qué hacer con un hombre tan quejica. Desde su punto de vista, la habitación 217, en la que se alojaban, había que tirarla abajo por completo y reformarla.

Aquella tarde, Saskia le lanzó unas cuantas preguntas con la intención de empezar una cálida conversación entre padre e hija. Pero él le respondía con la metralleta cargada, disparando a diestro y siniestro. Tiburcio le había planteado a la chica quedar la última noche, para rematar la faena; llevaban una semana esperando ese momento. Ella se resistía porque quería que su

primera vez fuera con su novio. Si por ella fuera, estarían tres o cuatro años seguidos revolcándose, sudando como los pollos asados en las vitrinas. Pero con Tiburcio eso no podía ser; él vivía en Fuerteventura y ella en Alemania. Sería un amor a distancia, limitándose a hacer guarradas por la webcam, y esa idea no le gustaba. Había decidido pasar de él, de modo que esa noche la pasaría con su padre, sentadita viéndolo jugar al póquer, como una niña buena. Pero si él seguía con esa actitud tan desagradable, pasaría también de su culo.

Terminaron de cenar a las siete de la tarde. Algunos hombres, vestidos como los Hobbit de *El señor de los anillos*, de Tolkien, subieron a la primera planta, donde estaba la zona de juegos. Saskia se buscó una excusa para marcharse y no tener que aguantar el mal carácter de su padre. Subió a su habitación, se tumbó en la cama y miró el móvil. Tiburcio le había mandado un mensaje:

«¿Qué haces, guapa?».

Observó la foto de perfil del chico: aparecía en la playa con su ropa del trabajo, delante de la furgoneta gris. Estaba medio de espaldas, mirando a la cámara. Para comérselo. No pudo evitar ponerse cachonda; quería saber cómo sería sentirlo dentro de ella. Tenían el dormitorio para ellos solos. Así que no se lo pensó dos veces y le contestó:

«Estoy en mi habitación, pensando en ti».

«¿Quieres que vaya?».

Saskia sintió un poco de vergüenza por el atrevimiento. Pero qué coño, era lo que deseaba. No iba a cometer un delito, solo iban a intercambiar fluidos y energía.

«¡Sí! Entra por la terraza».

El hotel estaba construido sobre una montaña, por eso algunas habitaciones

daban a los jardines, y la 217 era una de ellas, aunque estuviera en la planta baja.

El señor Neumann tenía la mirada perdida; no paraba de perder partidas, y sus cuatro compañeros de mesa estaba contentos de desvalijarlo. No aguanto más, su hija Saskia no dejaba de revolotear por su menté, así que agarró su bastón y bajando las escaleras llegó hasta la recepción y desde allí tomó el ascensor para bajar de planta 500 a la 200. Las luces del pasillo iban prendiéndose lo recorría. Unos días atrás se había cambiado la hora y ya se hacía de noche a eso de las siete; eran las ocho cuando llegó junto a la puerta 217 y tocó con rabia. No obtuvo respuesta. Intentó abrir con su tarjeta, pero la cerradura parecía estar bloqueada; la luz se encendía intermitentemente, cambiando de rojo a verde. Estaba cerrada por dentro.

— ¡Saskia! —llamó—. ¡Saskia! —repitió una segunda vez—. ¡Saskia! —dijo a la tercera.

Intentó tranquilizarse; respiró profundamente y regresó a la partida de póquer. Jugó unas cuantas manos, pero no lograba concentrarse. Su sexto sentido de padre le decía que algo no andaba bien. A la media hora dejó de nuevo la partida; se fue a la terraza del restaurante y encendió un pitillo, a ver si el humo aliviaba su ansiedad, pero no fue así; tiró el cigarro casi entero. Volvió a recepción y le explicó al recepcionista que su hija se había encerrado por dentro en la habitación. El empleado lo tomó como un loco, pero aun así llamó al servicio técnico de guardia, que lo acompañó hasta la habitación con un aparato para abrir la cerradura; probó, pero seguía sin abrirse. El señor Neumann volvió a gritar:

—¡Saskia! ¡Saskia! ¡Saskia! —Pero no contestaba nadie.

El hilo musical sonaba de fondo. Volvieron a la recepción. El alemán presionó

tanto al recepcionista que este tuvo que llamar a la policía. El señor Neumann salió a la entrada del hotel y se encendió otro cigarrillo. Un viejito del grupo de la partida de póquer bajó a hacerle compañía.

—Mi hija es todo lo que me queda. Si le pasa algo, me muero.

Su amigo de vacaciones lo abrazó. Era un simple gesto, pero aliviaba.

—Tranquilo, aún no se sabe nada. Seguro que se ha quedado dormida.

Pero el señor Neumann había visto las noticias, y sabía que ese hotel tenía fama porque las jovencitas que se alojaban allí desaparecían; el hotel se las tragaba. De hecho, apenas quedaban ya turistas jóvenes, se parecía al hotel de *El resplandor*. Al poco, la policía llegó al hotel. Dos inspectores de paisano venían con ellos. Uno de ellos se dirigió al turista:

—Buenos noches, señor Neumann. Soy el detective Barton.

El señor Neumann le estrechó la mano y juntos bajaron a la 217: iban los dos agentes, los inspectores y los dos turistas. Llegaron al último pasillo, oscuro y largo. Los miembros del servicio técnico también los acompañaban. Intentaron abrir la puerta, pero otra vez no hubo suerte. Ya había pasado mucho tiempo: eran las nueve y media. Barton tomó la decisión de romper la puerta; no podía jugársela, estaban pasando demasiadas cosas raras con las clientas de ese hotel. Uno de los policías de servicio era el Manolo Pérez, un hombre corpulento y el padre de la novia de Tiburcio. Tomó carrerilla y se abalanzó contra la puerta de una patada; pero a la primera no la rompió, así que lo intentó varias veces más, hasta que el pomo cedió. Se respiraba angustia en el ambiente. La madera crujió y la puerta quedó abierta de par en par; todos contemplaron desde fuera el dormitorio iluminado.

Las sábanas estaban teñidas de rojo; tumbado boca arriba se hallaba el cuerpo desnudo de Saskia, cubierto de pecas. El señor Neumann cayó desmayado al

frío suelo del cuarto.

John se acercó al cuerpo mientras la inspectora trataba de reanimar al hombre. El escenario que se habían encontrado era aterrador: la muchacha estaba maniatada a la cama, mientras que los pies los tenían sueltos, seguramente para poder adoptar diferentes posturas. No presentaba corte alguno, ni tampoco hematomas. La sangre resultaba muy escandalosa, pero no parecía haber ninguna herida mortal. El detective pegó el oído al pecho de la chica; el pezón rosado le acarició la oreja. El corazón latía a un ritmo acelerado; la joven estaba eufórica. El inspector se quedó anonadado: la sangre no se debía a ninguna herida ni golpe; probablemente sería la regla. De pronto, Saskia se despertó y giró la cabeza. El alarido que soltó fue estremecedor; se había asustado.

—¡Aaaaahhhhh! ¿Quién coño eres?

John sintió vergüenza por encontrarse tan cerca de sus pechos. Se levantó como un resorte. Rocío Santiago se acercó a la chica para tranquilizarla.

—Tranquila, Saskia, tranquila.

La joven se relajó al ver a otra mujer con ella, pero no entendía ni papa de lo que decía.

—¿Hablas inglés? —preguntó Rocío.

Ella asintió y empezaron a comunicarse en ese idioma; John se mantuvo al margen.

—Cuéntanos qué te ha sucedido —pidió Rocío al tiempo que le enseñaba su placa de policía.

La muchacha inspiró hondo antes de empezar a hablar.

—Lo que sucedió es que estoy enamorada.

Rocío abrió mucho los ojos; no esperaba esa respuesta. Estaba maniatada al cabecero de la cama y tenía el cuerpo cubierto de sangre, aunque bien es cierto que no presentaba ninguna herida.

—¿Te hizo daño? —continuó la inspectora.

La joven se volvió para mirarla a la cara.

—Al principio sí, pero una vez que rompió la telilla, ¡pufff!, todo fue placer: me llevó a otro mundo, me hizo volar al paraíso. No sé lo que pasó con mi cuerpo, pero el resultado... fue increíble.

—Entonces... ¿no te obligó a hacer nada?

—No, yo deseé cada paso que dio, me tomó en sus brazos y me acunó.

Rocío entendió que aquello no había sido una violación, sino un juego sexual que por casualidad acabó con el periodo esparcido por las sábanas. Se acercó al cabecero y le soltó las ataduras. La chica continuó hablándole:

—Sé que pensarás cosas raras sobre mí, pero me he enamorado y hemos conectado. Bueno, como cualquier pareja que practica sexo, supongo. Ya sé que soy muy joven aún, pero mi cuerpo me pide marcha. Lo hemos hecho como animales.

Rocío acompañó a la joven al baño y la ayudó a asearse. Es verdad que tenía algún desgarro en su sexo, pero ella lo había consentido: el placer y el dolor a veces van de la mano. La chica se duchó dejando que la sangre seca fluyera por el desagüe, y la inspectora la enjuagaba como si fuera su propia hija. Se moría de ganas de saber quién le había producido tanto placer, así que sin poder contenerse le preguntó:

—¿Quién te hizo el amor?

La joven del cabello pelirrojo observó a la inspectora.

—Ha sido Tiburcio Schmidt, pero no me violó. Simplemente me eligió para jugar a un juego.

Rocío se mordió el labio inferior pensando en ese juego.

El eucalipto

La noche perseguía a la catástrofe; ese bebé ruidoso no dejaba de llorar. El hombre, con el rostro oculto, se adentró en el pequeño sendero; iba arrastrando al bebé lloroso. Sabía de antemano lo que iba a suceder. Ya lo había hecho otras veces, nada se lo iba a impedir. Lo único que podía hacer era admirar el paisaje por la gran ventana que daba a la falda de la montaña. Su cuerpo temblaba como un flan recién salido del horno. Era verdad que ese bebé no dejaba de llorar, pero tan grave no era como para acabar la noche fría encima de un tronco cortado. Las sombras del último aliento golpeaban en torno al sendero; la madre, seguramente, que ya habitaba el más allá.

Nunca fueron una familia normal, pero parecía que el alcohol se lo llevaba al mismo infierno. La droga cabalgaba por sus venas. Portaba al bebé con la mano izquierda, y con la derecha sujetaba la formidable hacha. El arma rozaba la superficie de las hojas y estas se iban apartando hacia los lados, dejando pasar el frío acero. El maldito anciano nunca estaba contento, algo perturbaba su sueño. Seguía adentrándose por el pequeño bosque de eucaliptos. Apoyó las manos en el tronco del árbol. Con su aliento apagaba su fuerza.

Se encontraba abatido y bastante cansado, y el bebé seguía tumbado, sollozando. La ventana no dejaba de golpear con la pared de madera. De repente se cansó de estar despierto a causa de un bebé insignificante; se levantó de la cama y corrió hasta el pequeño sendero. El bebé se contrajo con más rabia y el impulso de su gemido se oyó en el eco de la montaña. El viento

arrastró ese último aliento. Luego el maldito anciano dejó caer el hacha, cortándole el cuello en dos. La cabeza del bebé se desprendió del cuerpecillo y entonces paró de llover. Los gritos desaparecieron, ocultos por la hoja del hacha.

Capítulo XII

La muerte

Rocío se trasladó al hotel Ojo del Agua. Se llevó una maleta con su ropa de verano. Llegó a la recepción como una clienta cualquiera. Tiburcio le hizo la entrada, y luego la acompañó a la habitación, llevándole la maleta. Eran las nueve y media de la mañana. Se alojó en el bungalow 2122, justo enfrente de la piscina y cerca del bar Gaviotas y de la terraza del restaurante. Al poco preparó sus cosas para ir a la playa, y a las diez ya estaba esperando con la pandilla de *The Walking Dead*. Se subió en el lado del copiloto, para admirar desde allí al hombre dorado. El chófer diabólico tenía una sonrisa espectacular, la ponía como una moto. Ella vestía un pantaloncito corto, enseñando carne, con media nalga fuera, y una camiseta blanca con la que se le marcaban los pezones. Tenía previsto quedarse una semana en el hotel, con el fin de pillarlo con las manos en la masa.

El día era perfecto y el sol alumbraba un paisaje espectacular. Al llegar al chiringuito, donde estaba la parada de guaguas, Tiburcio detuvo el vehículo y ayudó a las viejas a descender. Rocío siguió tonteando con él, tocándose el cabello e insinuándose. Tiburcio simplemente le deseó buen día y siguió con su jornada laboral.

John

El detective estaba trabajando solo; había mandado a Rocío una semana al

hotel Ojo del Agua para que tratase de obtener una huella del chófer o del camarero del restaurante, de modo que pudieran compararla con la hallada en el cuerpo de Elisabeth Meyer; aquella debía de ser de alguno de los dos.

John conducía su nuevo Audi A6 por la avenida de Jandía. El día que visitaron a la señora Schmidt se percató de que sus palmeras estaban bien recortadas, y era imposible que una mujer de su edad llegara a esa altura. Hizo sus averiguaciones y supo que el Ayuntamiento se ocupaba de las palmeras de todo el territorio de la isla; a su vez se encargaban de pagarle a una empresa privada para que las cuidase. Cualquiera que tuviera palmeras en su jardín podía avisar y unos operarios se las podarían gratis. John observó desde lejos las hojas cayendo en el contenedor que ocupaba un carril de la avenida. Eran las once de la mañana. Estacionó el automóvil delante del jardín y se aproximó a los trabajadores, que estaban desayunando, tirados en el césped.

—Buenos días, señores. —Los hombres se quedaron mirando al detective de la gabardina y el sombrero—. Soy el detective John Barton, me gustaría hacerles unas preguntas.

Diciendo esto, se acercó más y les mostró su placa. Los jardineros sabían que no habían hecho nada malo, y a pesar de ello en su ratito de descanso aparecía un policía a fastidiarlos.

—¿Cuál de ustedes es el que lleva más tiempo en la empresa? —preguntó John.

Había cuatro jardineros echados bajo la sombra de las palmeras. El de mayor edad levantó la mano como si hubiera ganado la lotería.

—¿Cómo te llamas?

—Paco.

—Paco, ¿podemos hablar un momento?

El hombre asintió, obediente. John se trasladó con él a uno de los bancos del paseo, para hablar a solas.

—¿Cuántos años llevas trabajando en esta empresa?

—Llevo una vida, diría que unos veinte años.

John sonrió; esa cifra era la que estaba buscando.

—¿Usted ha cortado las palmeras del bosque de la familia Schmidt?

—Espero que no haya quejas sobre mí, siempre intento hacer bien mi trabajo.

John se acercó más a Paco, sacó un puro y lo prendió. Paco se hizo con un cigarrillo, aprovechando su momento de descanso. El detective continuó:

—No hay ninguna queja, es algo más serio.

Los dos a la vez expulsaron el humo; el sol brillaba con intensidad, menos mal que unas hojas de palmera los protegían. El operario se explicó:

—Cuando la señora Schmidt comenzó a cuidar al terrateniente Benito, llamó al Ayuntamiento pidiendo que le echáramos una mano.

John permaneció callado, saboreando esa información mientras con el ala de su sombrero se tapaba un ojo.

—¿Ya tenía las palmeras plantadas?

—No, llamó para que le hiciéramos los agujeros. El alcalde no tardó en darnos la orden. Fui con mi equipo y la maquinaria imprescindible. Comenzamos a hacer boquetes en línea recta, para que su bosque estuviera ordenado. Ya sabe, cosas de los alemanes.

—¿De cuántos metros hicieron los agujeros?

—La señora Remedios los quería de un metro.

John se apoyó el puro en los labios, preguntándose a sí mismo: «¿De un

metro? ¿Para qué?».

—Pasado un tiempo, ella volvió a llamar al Ayuntamiento diciendo que había comprado palmeras, eucaliptos y pinos, y que en una semana le llegarían. El alcalde nos mandó allí otra vez. La señora Remedios tenía muy buena fama, algunas personas la comparaban con la Virgen María. Cuando estábamos allí, trabajando, siempre nos daba galletas y café. Trata a la gente como las típicas abuelitas, aunque ahora algunos le tienen miedo.

—¿Entonces... tenía buena fama?

—Sí, tenía buena fama. Cuando las familias de la isla empezaron a llevar a sus mayores a la residencia del señor Benito algunos hubo gente que dijo que aquella casa estaba maldita, que los viejos caían como moscas; que la mansión estaba embrujada.

—¿Ella devolvió los cuerpos de los fallecidos a sus familiares?

—A los que los reclamaban sí, pero a los que no, no.

—¿Que hacía con esos cuerpos?

—Supuestamente, los llevaba al cementerio y los enterraba. Pero la verdad es que nadie lo sabe.

—¿Sabe usted si se les practicaba la autopsia? —inquirió John.

El jardinero meneó la cabeza a ambos lados.

—No creo, en aquella época no había tantos avances, y menos en un pueblo tan pequeño.

El detective dio otra calada a su rico habano.

—Cuando fueron a plantar las palmeras, ¿notaron la tierra removida?

—Era raro, la señora Remedios nos llamaba cada dos por tres, siempre para

plantar algún árbol. Lo hacíamos de diez en diez, y en agujeros no de un metro, sino de cincuenta centímetros más o menos. El olor que salía de allí a veces era insoportable. Ella decía que era abono.

—¿Cuántos agujeros se hicieron?

—¡Puf! Por lo menos cien. Me acuerdo porque yo gané la porra que creamos. Estuvimos casi un año haciendo orificios y tapando.

John hizo un cálculo mental antes de lanzarle otra pregunta:

—Cuando taparon el último agujero, ¿la señora Schmidt cerró la residencia?

— ¡Sí! —exclamó Paco—. Eso obligó al Ayuntamiento a abrir una en el pueblo. Me resultó raro, porque los viejos prácticamente habían desaparecido.

—¿Y el señor Cabrera..., también desapareció?

—Él fue el primero en desaparecer. Pasaron varios años y nadie reclamó su cuerpo. Lo raro es que, antes de morir, firmó unos documentos ante notario dejando todos sus bienes a Tiburcio Schmidt.

John dio otra calada y se fijó en el jardinero, vestido de verde fluorescente.

—¿Vio usted algo raro en la mansión mientras estuvo trabajando allí?

—La verdad es que sí. Una mañana, mientras cavábamos, pude advertir por la ventana del dormitorio del cacique cómo este acariciaba el cuello del chico de los Schmidt; su actitud era claramente obscena, parecía un pederasta. El señor Cabrera me vio observándolo desde sus tierras, y se acercó a la ventana para correr la cortina. Esa fue la última vez que lo vi.

John puso cara de asco: según eso, supuestamente la familia Schmidt le había entregado a su hijo como ofrenda a ese depredador sexual.

—Bueno, ha sido un placer hablar con usted. Le deseo buen día, Paco.

—Lo mismo digo, detective, espero haberle ayudado.

El jardinero se marchó y dejó a solas al detective, pensando en lo que tuvo que pasar el chiquillo de los Schmidt. En ese momento le sonó el teléfono, sacándolo de sus pensamientos.

—Hola, detective, soy la jueza. Lo llamo para quedar a las dos de la tarde, así mientras almorzamos hablamos del tema. Traiga a su testigo.

—Allí estaremos.

John colgó y a continuación llamó a Caroline Fischer. Era la última pieza del rompecabezas, o eso creía él.

Tiburcio llegó a su casa después del trabajo. Su madre no estaba esperándolo allí, como siempre. Eso le produjo un vacío en el corazón, y el estómago se le contrajo. Le resultó muy raro que su amada madre no saliera a recibirlo mientras aparcaba el coche. Salió de él vestido con la ropa del trabajo, y buscó a su madre por toda la mansión. Deseaba fervientemente verla, pero su instinto asesino le advertía de que algo había sucedido. Después de mirar infructuosamente por toda la casa, se dirigió al matadero.

Entró en aquel cuarto frío y oscuro y allí la encontró, tirada sobre la arena helada. La puerta del congelador estaba abierta, y el cuerpo de la vieja yacía muy cerca, tumbado boca abajo.

Tiburcio se empezó a agobiar muchísimo; notó que el aire le faltaba. Se sentó en el suelo para no perder el equilibrio. Aquella persona que lo había querido con un amor incondicional ahora estaba muerta; lo poco que lo hacía humano era ella. Volvió a mirar ese cuerpo tirado boca abajo, con el hacha clavada en la cabeza, y la tarde se oscureció. Se dirigió al cadáver y lo levantó en peso. Luego lo puso dentro del congelador para que no se estropeará. Al hacerlo se

manchó la ropa de sangre. Los ojos sin vida de la vieja lo miraron con fijeza y no pudo evitar romper a llorar. Los cerdos y las cabras comenzaron a chillar. El chico se llenó de odio; agarró un machete y se puso la máscara de cerdo para ocultar su rostro. Para calmar la rabia que sentía, fue subiendo uno a uno a los cerdos en la camilla y bañándola de sangre mientras los acuchillaba uno detrás de otro. Al matarlos iba lanzando sus trozos al vacío de su alma.

Después se adentró en la mansión maldita, en busca de su padre. La máscara de piel de cerdo ocultaba su rostro. Entró por la puerta principal; fuera el viento movía las hojas de las palmeras y la noche, ya cerrada, presagiaba horrores. La mansión estaba a oscuras. Tiburcio sabía muy bien que su padre lo estaba esperando; pues para allá iba un chiflado a matar a otro desequilibrado. El joven estaba completamente ido; había pasado una semana increíble con Saskia, e incluso había conseguido alejar a los fantasmas de su pasado. Pero, como siempre, su padre le había devuelto el mal al matar a su esposa con un hacha y por la espalda.

—¡Chiquitobala! —oyó retumbar en las paredes de la mansión.

Tiburcio era consciente de que esa noche moriría uno de los dos. Se adentró en el salón y se fijó en el cuadro con la imagen de sus padres. La rabia lo consumió y lanzó el machete hacia allí; el lienzo quedó destrozado.

—¡Chiquitobala! —gritó Eustaquio desde algún lugar—. ¡Vas a morir!

En las paredes rebotaba la voz ronca del viejo verde.

—¿Dónde estás, maldito? ¿Dónde estás? —preguntaba Tiburcio una y otra vez.

El silencio se hizo eterno; podía aparecer en cualquier instante. El muchacho siguió recorriendo la mansión.

—¡Chiquitobala...! Ven a buscarme...

A cada paso que daba, Tiburcio se llenaba más y más de rencor. No dejaba de

pensar en su madre tirada en el suelo frío. Dio la vuelta al salón, comprobando cada esquina, pero no halló nada. Volvió al punto de partida y entró en la biblioteca: la oscuridad cubría los libros; el olor a carne humana flotaba en el ambiente.

—¡Chiquitobala! —repitió Eustaquio—. ¡Vas a morir!

Tiburcio se dio cuenta de que junto al escritorio había un mueble con cinco cajones, y el primero estaba abierto. Conocía esa cómoda, la había registrado más de una vez y sabía que tenía una llave antigua, de esas de hierro, pero no estaba en su sitio; esa llave debía de abrir alguna puerta secreta.

—¡Chiquitobala...! Vas a morir...

La voz se oía de lejos, pero recorría todas las paredes de la mansión.

Tiburcio descansó la mano sobre la pared de madera forrada de papel y deslizó las yemas de los dedos por esa superficie. Estaba buscando alguna anomalía que le permitiera dar con una puerta oculta que lo llevase a las mismas entrañas de la casa. Acarició también los libros, uno a uno, hasta que se percató de un desperfecto: un libro sobresalía de los demás. Lo sacó con mucho cuidado y vio que al fondo había una cerradura con la llave antigua colocada dentro.

—¡Chiquitobala...! ¡Vas a morir!

La voz salía justamente por esa rendija, así que su padre estaba dentro de esa habitación oculta.

—El que va a morir eres tú, ¡viejo verde! —exclamó Tiburcio.

Dicho esto, empujó la repisa llena de libros y esta cedió exactamente igual que si fuera una puerta. La oscuridad le golpeó en la cara; apenas se veía nada, el hombre dorado iba caminando a tientas hacia su muerte. Oyó de nuevo hablar a su padre:

—No te enfades, Chiquitobala. Fue ella la que te entregó al señor Benito. Ella deseaba la mansión, la quería más que a ti.

Tiburcio se dejó llevar por el sonido de la voz.

—¡Calla, calla, calla! —replicó—. No la pongas contra mí. Aquí la bestia eres tú.

—¡Sí! Yo soy una bestia. Y tú eres mi hijo, lo que te convierte en otra.

—Mataste a mi madre. ¿Qué clase de persona hace eso? —Tiburcio comenzó a llorar. La rabia bloqueaba su tráquea—. Vas a morir, viejo verde.

Como solo podía palpar las paredes para guiarse, el chico iba moviéndose según adelantaba la mano. Notó algunas vigas de madera tiradas por el piso. Nunca antes había entrado en aquella estancia. Caminó como un conejillo acorralado en su madriguera. Deseaba con todo su corazón darle caza al viejo, pero en la naturaleza o cazas o te cazan, y una peligrosa serpiente rondaba por la zona. Tiburcio notó que su padre estaba cerca, le llegó el aliento de putrefacción que salía de su boca. De pronto, intuyó el golpe que venía por detrás y se agachó antes de sentir el frío acero; Eustaquio había fallado la primera estocada, pero la segunda vez consiguió pegarle con la parte de atrás del hacha y le abrió una brecha en la frente. Tiburcio se cubrió con el brazo para protegerse; en la otra mano llevaba el arma. Palpó la pierna de su viejo y sin pensarlo le hundió el machete en el pecho: Eustaquio cayó desplomado sobre las vigas de madera. Tiburcio se sintió de pronto muy débil y se desmayó junto al cuerpo de su padre, así que no oyó la explicación que este le daba con su último aliento:

—Yo no quería matarla. Solo deseaba follarme a Caroline. La saqué del congelador y la puse sobre la cama de hierro. Como aquella vez que la violamos los dos. Tu madre apareció por la puerta del matadero, fastidiando todo. Me llamó degenerado y comenzó a pegarme. Solo me defendí. La empujé

para quitármela de encima y ella cayó al suelo. Me volví, trastornado, agarré el hacha y se la lancé, clavándosela en la cabeza. Cuando volví en mí, me di cuenta de lo que había ocurrido...

Capítulo XIII

La furgoneta

En el hotel Ojo del Agua clareaba. Desde la ventana de la inspectora ya deslumbraba el sol. Se preparó para ir a desayunar, bajó y se acomodó en la terraza del restaurante. Allí se encontraba el camarero, Ramiro Rodríguez, que le sirvió el café.

—Buenos días, señorita —la saludó.

Rocío sonrió con un gesto sensual. Era hora de investigarlo a él. Físicamente era guapo: moreno, ojos marrones y fuerte. El típico canario. Rocío sacó sus armas de mujer y empezó a coquetear. Caminó hacia el bufet balanceando su cuerpo espectacular: el pantaloncito apenas le tapaba las nalgas, y la camisa de botones, medio abierta, dejaba entrever su canalillo; llevaba el cabello suelto cayéndole por la espalda. Una mujerona de pies a cabeza. Ramiro se quedó embobado; antes de terminar el desayuno lo tenía metido en el bolsillo.

—Buenos días, guapo. Quisiera tomar una copa esta noche, pero no sé a dónde ir.

Ramiro no desaprovechó la oportunidad, como si ella fuera un balón de fútbol botando en el área chica; la remató igual que Cristiano Ronaldo marcando un gol.

—Si a usted le parece bien, puedo venir a recogerla.

Rocío movió la cabeza echando el cabello hacia atrás; sabía que el pez había

picado el anzuelo.

—La verdad es que yo nunca hago estas cosas, pero estoy de vacaciones. ¿Te parece bien quedar a las 20:00?

Ramiro celebró el golazo que acababa de marcar.

—Me parece genial.

Rocío dejó su plato y su taza vacíos y se levantó.

—Te veo esta noche, que tengas buen día.

—Gracias, lo mismo digo.

La inspectora se marchó hacia la entrada principal, donde se encontraba la pandilla de zombis esperando para ir a la playa. Se unió a ellos. Una chica rubia, vestida con el uniforme del hotel, salió para conducir el vehículo.

—Buenos días, ¡viaje a la playa! —exclamó, animada.

Rocío se fijó en que Tiburcio no estaba. Los zombis, *The Walking Dead*, se subieron en tropel a la furgoneta.

—Buenos días —saludó Rocío—. ¿Hoy no trabaja Tiburcio?

La mujer rubia se giró hacia la clienta.

—¡No! No ha aparecido esta mañana —dijo, encogiéndose de hombros.

La inspectora se quedó con la mosca detrás de la oreja. Intuía que algo malo había sucedido. Antes de subirse en la parte del copiloto, enfrente de la guantera, echó una miradita al parachoques: en la parte inferior de este había unas manchas sospechosas.

Tiburcio

Veía el rostro de la italiana a través de su máscara, difuminado. El dolor de

cabeza lo estaba torturando. Se despertó, después de la larga noche que había pasado, rodeado de máquinas medievales: la orca, la guillotina y algunas más. Esa sala era como una exposición sobre la Inquisición y la Revolución francesa. Resulta que a Eustaquio le gustaba coleccionar instrumentos de tortura. El hombre dorado nunca había encontrado esa habitación. Su familia era un libro cerrado, pero ahora ya no estaban, los Schmidt se habían evaporado. Tiburcio aún no sabía qué hacer con los cadáveres. Martina le pasó una gasa por la frente.

—Buenos días, Tiburcio. ¿Qué ha ocurrido?

El hombre dorado desechó sus ideas macabras para atender a su invitada.

—Buenos días, Martina. Mi padre mató a mi madre y yo lo he matado a él.

Ella se quedó muy sorprendida.

—Qué pasada, *amore*.

Entre ambos levantaron el cadáver de Eustaquio, que seguía tirado en el suelo, con su máscara de macho cabrío puesta.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó la chica.

Tiburcio pensó que le gustaría crucificarlo, pero los órganos se pudrirían.

—¿Sabes vaciar un cadáver? —le preguntó de pronto a su acompañante—. ¿Para momificarlo?

—Estudié Medicina. Podemos embalsamarlo, si quieres.

—Estaría bien. No me gusta enterrar los cadáveres. Los veo como obras de arte que deben ser expuestas.

Tiburcio y Martina salieron con el cuerpo y lo trasladaron a la mesa de hierro del matadero. Aquella habitación, repleta de cadáveres del ganado, se parecía al mismo infierno.

Martina cogió el maletín que había llevado para torturar a su novio y se puso una bata blanca mientras Tiburcio desnudaba el esquelético cadáver de su padre. Lo pusieron boca arriba y la italiana deslizó el bisturí por el pecho hasta el estómago; luego comenzó a sacarle los órganos, como si estuviera jugando al Operación. Tiburcio observó con admiración la belleza de la anatomía humana. Reflexionó acerca de que lo único que había mantenido su lado humano era su madre, y ahora que ella había muerto, ya nada le impedía llevar a cabo su obra y después despedirse de este mundo frío y sin valor.

Una vez que dejaron a Eustaquio preparado para la exposición, se dedicaron al pequeño cadáver del bebé lloroso, que el viejo había traído consigo después de matarlo en el bosque. Tuvieron que coserle la cabecita al cuello, ya que el corte del hacha era brutal. A lo largo del día se dedicaron a preparar sus esculturas. Caroline, por ejemplo, no tenía ninguna magulladura en su piel, ni tampoco su novio. El veneno había destruido sus órganos por dentro, pero por fuera parecían dormidos.

Rocío se puso guapa enfundándose un vestido corto, morado, que realzaba sus curvas perfectas. Antes de que Ramiro fuera a recogerla quería analizar la furgoneta, así que bajó a recepción, donde estaba el empleado que hacía el turno de noche. Le enseñó su placa y le pidió que la acompañara fuera. El hombre le abrió la puerta del vehículo y ella accedió a la guantera, donde había un estuche con varios manuales de mantenimiento de la furgoneta. Los tomó e introdujo la mano más adentro: un cuchillo relucía manchado de sangre. Lo guardó en una bolsa hermética y mandó al recepcionista a revisar el maletero, para que no viera sus siguientes movimientos. Entonces la inspectora se inclinó delante del parachoques y derramó luminol por su superficie. Luego prendió la luz oscura para que resaltara el líquido en las zonas con sangre, tomó fotos y pasó un bastoncillo por el plástico. Al parecer, el hombre dorado

era bastante despistado y ni se acordaba del arma homicida. Sonrió, liberándose de la presión; en ciertos momentos ella se había sentido culpable. A veces la prensa los presionaba tanto que llegaba a dudar de su profesionalidad. Pero ya tenía las pruebas suficientes para encerrarlo de por vida.

Pasó una velada agradable con Ramiro y llegaron al hotel a eso de la medianoche. Ella lo invitó a pasar a su bungalow, donde se desahogaron juntos. Al alba, la inspectora se despertó en paños menores y se incorporó para tomar su maletín. El camarero se hallaba tumbado boca abajo. La mujer le cogió con cuidado el dedo índice y le pasó un poco de carboncillo, que luego impregnó en un papel. Ya tenía su huella dactilar. Después asió el cuchillo y limpió la empuñadura con alcohol. Derramó tinta en la mano de Ramiro y se la cerró sobre el mango del arma homicida, que después volvió a introducir en la bolsa hermética. Se duchó para quitarse la suciedad que le había dejado la culpa y se marchó para entregar las pruebas a la Guardia Civil. Ellos las mandaron al laboratorio de Las Palmas.

Las noticias

«Buenos días, Canarias.

Esta mañana ha sido detenido un camarero del restaurante del hotel Ojo del Agua, Ramiro Rodríguez. El detective Barton y la inspectora Santiago han entrado en recepción acompañados de las fuerzas policiales alemanas, para arrestarlo. Afuera estaba esperando la Guardia Civil. El individuo no opuso resistencia. El arma homicida se encontró ayer en su taquilla; la halló la inspectora Santiago. Se le ha acusado de la violación y posterior muerte de Elisabeth Meyer. El cuchillo tiene sangre de la víctima y las huellas dactilares de Rodríguez están en la empuñadura. Los detectives dicen que el *modus*

operandi de este crimen fue diferente al de las demás víctimas halladas en el árbol de los caídos, que fueron apaleadas. No obstante, la investigación sigue abierta, aunque se ha producido un gran avance. Ramiro Rodríguez no volverá a matar».

Rocío

El tablao flamenco estaba repleto. Eran las diez de la noche y la tranquilidad recorría las mesas, adornadas con candelabros. El show estaba a punto de acabar: el cantaor entonaba su último estribillo con la garganta en tensión. Rocío se sentía feliz por el importante paso que habían dado en la investigación. No importaba lo que hubiera sucedido antes, pero sus nombres habían quedado limpios. Ya tendría tiempo para poner toda la carne en el asador.

El detective, sentado a su lado, llevaba varios whiskies encima y sus gafas cada vez estaban más empañadas más. Tras un primer instante de felicidad, le dio el bajón del borracho. Rocío se quedó un poco sorprendida; era una noche de celebración, no de lloriqueo. John empezó a hablarle de su exmujer, de cómo ella le había sido infiel muchas veces; en realidad ella llevaba una doble vida, tenía un amante de color. La inspectora registró esa información —verdadera, por venir de un borracho— y la guardó en su disco duro. La andaluza estaba madurando como inspectora de Homicidios, ya no le importaba tender trampas para conseguir su objetivo; lo que contaba era que el caso se cerrara. No iba a permitir que su historial quedase manchado. Lo que aquel borracho le contaba adquirió todo el sentido en su cabeza: un hombre de color había entrado en su casa y había matado a su familia; el detective se convirtió en un héroe por darle muerte al malo, pero ahí era donde las cosas se torcían. Los disparos supuestamente habían sido realizados desde la puerta, ya que los cuerpos estaban en sentido contrario al atacante. La versión del único

superviviente era que ese malnacido se había liado a tiros con una metralleta, dejando vivo al detective, que luego lo mató con su pistola reglamentaria. Pero la versión de la inspectora era muy diferente, a la luz de la nueva información: concluyó que John sufrió un ataque de celos debido a que su mujer le había quitado todo —la casa, el coche, los niños y algunas cosas más— y le había hundido la vida como se hundió el Titanic. Le dejó sin ninguna almohada financiera donde apoyarse, de modo que John se dejó llevar por el alcohol, las drogas y las mujeres de pago, y se convirtió en un desecho social.

La inspectora lo fue analizando igual que a cualquiera de los asesinos con los que se enfrentaba a diario en su trabajo: por la puerta del jardín entró el marido despechado. Los niños estarían en el salón viendo la televisión con su madre, y el amante de esta sentado a la mesa, quizá repasando unas facturas o leyendo un libro. El detective, bajo los efectos del alcohol, se dirigió al sofá y apretó el gatillo de la ametralladora, agujereando paredes y tejidos humanos hasta que convirtió aquello en un infierno; era guiado de forma inconsciente por la voz de Satanás, que le susurraba al oído. Luego se puso enfrente del hombre de color, cuya única culpa era haber rehecho su vida. Según la investigación y el informe del forense, los disparos recibidos por el hombre no se produjeron desde la puerta de entrada. Además, el supuesto intruso no había entrado por la puerta principal, sino por la que daba al jardín, donde John se hallaba.

Otra cuestión era por qué había cambiado de arma. Estaba claro que lo hizo para buscarse una coartada, involucrando al amante de su mujer. Su matrimonio había sido un desastre: trabajaba día y noche y su mujer siempre estaba sola, por lo que acabó buscando a otro que le regara el jardín. Y ese fue un hombre de color que pasó a ocupar el lugar de detective en la vida de la mujer. Cuando John lo descubrió, se sintió morir, y un ansia de venganza alimentada por el alcohol lo fue reconcomiendo hasta que el cóctel molotov

estuvo listo: aquella noche prendió el trapo que hacía de mecha y cuando la llama alcanzó la boquilla se inflamó la gasolina de la botella y Barton derramó toda su ira sobre sus seres queridos. Después de llenar sus cuerpos de plomo, se paró a pensar un momento: lo mejor era involucrar al negro. Se acercó a él para pedirle explicaciones por la ruptura de su matrimonio, pero John no era consciente de que su matrimonio había hecho aguas muchísimo tiempo atrás; una mujer es como una planta, debes regarla mínimo dos veces a la semana. Si no lo haces, ya vendrá otro jardinero a hacerlo.

Y así habría sucedido también en este caso. Aquel hombre era el encargado de cuidar su jardín. Seguramente todo empezó una mañana tranquila: el jardinero estaría con sus labores, usando la manguera para regar los arbustos. Se mojaría la camisa sin darse cuenta, la señora de la casa lo vería y lo invitaría a pasar, ofreciéndole un café caliente y una camisa limpia de su marido. Ese marido que nunca estaba en casa porque siempre andaba persiguiendo a los malos, resolviendo la vida de los demás mientras la suya se precipitaba por un acantilado. El hombre de color era fornido y la mujer seguramente quedó admirada ante la contemplación de tanto músculo sin grasa. Se acercaría a él guiada por sus hormonas revolucionadas y lo besaría; solo hacía falta un beso para que la bomba explotase. Luego se abalanzaría sobre él, dejándose llevar, juntando piel con piel. El negro probablemente sacó su anaconda (de proporciones épicas), ella vio esa hermosura y se la introdujo en la boca, saboreándola como un helado en verano. Su sexo se mojaría como las cataratas de Iguazú. Lo que no le daba su marido se lo dio el negro. Son cosas que pasan en la vida, cada matrimonio sufre de diferente forma. Y John prefirió destruir todo lo que amaba antes de entregárselo a ese negro.

En su país había quedado impune, pero el caso seguía abierto. La inspectora pidió que le enviaran el expediente, y en breve lo recibió. Quería hacerle pagar los errores cometidos en su primera investigación juntos; no lo iba a

dejar irse de rositas. Ella hizo las cosas en silencio, pero con astucia, como le había enseñado el detective. Analizando el caso de Barton, Rocío obtuvo varias conclusiones: primero, que las balas no giran, solo van en línea recta. Por tanto, atendiendo a la física, era imposible que el asesino hubiera entrado por la puerta principal, como figuraba en el expediente. Además, la familia lo habría visto y habrían intentado defenderse o huir. Supuestamente, entró por allí sin hacer ruido, se ocultó tras el sofá y luego se levantó pegando tiros. Después de acribillar a la familia, se fue a una esquina para esperar al detective. Este apareció y se fue directo hacia él, a quien ya no le quedaba balas, por lo que esperaba que Barton lo matara. Cualquiera hubiera intentado huir, pero no pudo porque John le apuntaba con un arma y le obligó a ponerse de rodillas para tenerlo sometido. Luego le contó lo que le iba a suceder, y apretó el gatillo disfrutando con la experiencia. Cuando todo acabó, se percató del baño de sangre que había en el salón e intentó encubrirse dando una explicación a todas luces incoherente. Sus propios compañeros lo investigaron y comprobaron que ese hombre nunca había estado detenido, era un jardinero que había sido contratado por su mujer. Por otra parte, sus huellas estaban en la ametralladora, pero con las prisas por ocultar la catástrofe, Barton le había puesto el arma al revés.

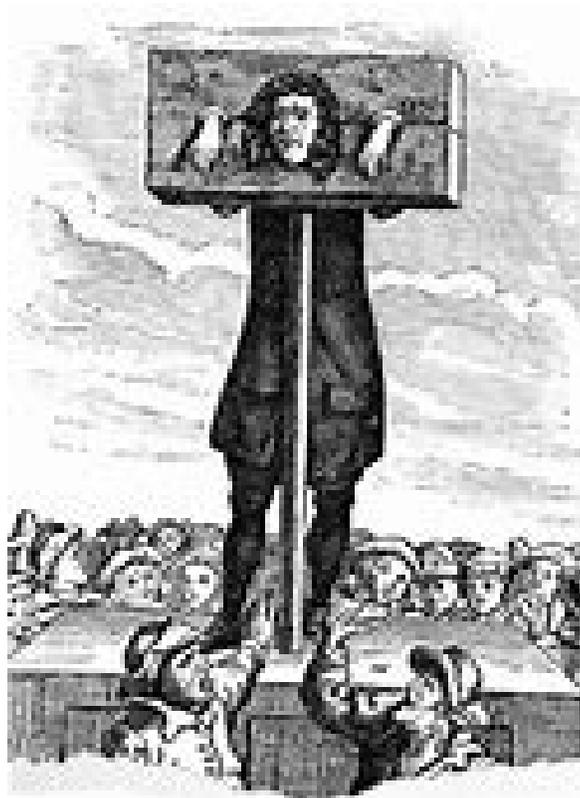
Por último, la escena del crimen transmitía rabia y furia; la que experimenta alguien que lo ha perdido todo: un hombre rechazado por su familia, que lo ha sustituido por el amante. Un hombre al que han robado todo aquello por lo que había luchado durante una vida entera. Las horas extras que hacía en el trabajo las estaba disfrutando el jardinero. Eso además del coste de la manutención de sus hijos, que obligó al policía a vivir en un humilde apartamento para poder llegar a fin de mes. Su sueldo entero se lo comían entre los niños, la mujer y el amante negro. No le quedaba otra que desahogarse de tanta furia, y lo hizo destruyendo la vida que él mismo había creado con su sudor.

En realidad, era esperable que sus compañeros de trabajo se sintieran identificados con él y tapasen los agujeros que había hecho, para que quedase en libertad. Pero a cambio le obligaron a exiliarse, a no volver a trabajar en su país. Le agradecieron los servicios prestados y lo dejaron marchar. Así, su expediente era brillante, pero su vida personal había sido una mierda. Le pasaba como al gran Napoleón Bonaparte, que consiguió conquistar medio mundo montado en su flamante corcel, pero al regresar a su Francia natal se dio cuenta de que su mujer le engañaba. Podía gobernar medio mundo, pero no era capaz de dominar a su propia esposa. Grandes héroes para el mundo, pero sumisos cornudos dentro de casa.

Capítulo XIV

La picota

La picota se compone de dos placas de metal o madera entrelazadas, con tres orificios: uno para la cabeza y los otros dos para las manos. Las placas se ajustan con un candado y el prisionero se coloca allí de manera que no tenía posibilidad alguna de escapar.



Tiburcio sacó al jardín los muebles del salón con ayuda de la italiana. Dejaron esa estancia despejada para sacar algunos de los instrumentos de tortura que se almacenaban tras la puerta secreta de la biblioteca. Tiburcio escogió la

picota para martirizar al novio de su compañera. La prepararon en medio de la sala y cubrieron con mantas los formidables ventanales. El salón quedó completamente a oscuras.

El resto de humanidad que recibía de su madre ya se había ido. El lobo con piel de cordero había surgido definitivamente de sus entrañas y ya no había nada de bondad en él. Lo poco que le había hecho sentir Saskia Neumann durante la inolvidable semana que pasó con ella nunca volvería. El hombre dorado se estaba oxidando, y su corazón latía rabioso. No deseaba tener un futuro, tan solo necesitaba vivir unos meses para acabar su obra; cuando cumpliera su cometido, se entregaría a las autoridades o se quitaría la vida. Para qué vivir cien años amargado si podía disfrutar de veintidós de manera intensa. Su legado perduraría. Ya había tomado una decisión, y Martina lo ayudaría: la italiana tenía experiencia como cirujana, ya se lo había demostrado destripando a su viejo. Se le ocurrió colgarlo a modo de decoración en la iglesia donde se daría la última misa de su existencia. Estaba construyendo una enorme cámara frigorífica alrededor de la iglesia, para que los cuerpos se mantuvieran intactos. Iba a ser una obra grandiosa, la mejor que se pudiera imaginar: la Sagrada Familia reencarnada en su estirpe. Llevaba bastante tiempo soñando con un espectáculo de ese calibre. El pastor quedaría entusiasmado al verlo ¿Acudirían todos los fieles? Quizá no, pero su obra estaría destinada a todos los públicos.

Ya sabía que habían arrestado al pobre Ramiro Rodríguez. En realidad, era cierto que Tiburcio no había degollado a la pobre Elisabeth Meyer; lo había hecho su aprendiz, la señorita Martina, alias “la *amore*”. Le gustaba compartir sus macabros actos con ella, ya que era la única persona que lo entendía. Siempre se había sentido identificado con ella; tenían ideas similares, y ahora además había llegado el momento de devolverle el favor eliminando a su musculoso novio, que se había pasado la vida pegándole y siéndole infiel. Ella

quería disfrutar torturándolo y para Tiburcio también era buena idea, algo que lo satisfaría. Además, las recientemente descubiertas máquinas de tortura de la Edad Media le brindaban nuevas posibilidades para desarrollar su obra. Se sentía como un escritor de suspense que termina de leer un libro y absorbe lo mejor de él.

Tiburcio tendió una gran alfombra en medio del salón y dispuso la máquina encima. Enfrente montó una tarima hecha de palés que representaría el trono del rey. Subió allí el sillón orejero y al lado puso una silla más pequeña para que se sentara su reina. La italiana había ido a buscar a su “amado” novio para que asistiera a su propio juicio, que acabaría en una condena a muerte por decapitación. Aunque primero lo torturarían, dándole latigazos, golpeándolo y maltratándolo psicológicamente. Disfrutarían viendo brotar la sangre de sus venas. El tío era grande; mejor, así caería con mayor peso. Ese pobre infeliz no estaba en la lista del hombre dorado, pero le debía una víctima a su amiga. Y ella se lo agradecería a su vez, ayudándolo a concluir su obra. Primero había sido la princesa del reino, luego el árbol de los caídos, y ahora les tocaba a los niños del maíz que miraban hacia el cielo. Para esa obra en concreto tenía en mente a dos víctimas, madre e hija. Eran bastante cercanas y sabía que tarde o temprano irían a su encuentro: Eva, su novia, llegaría justo en esos días de la universidad e iría a verlo sin sospechar que el Tiburcio que ella conocía había muerto con su madre, que lo único que quedaba de él era un psicópata con sed de venganza. Eva sería una de las que visitaría el jardín del Edén. Y su madre la acompañaría. Cuando pasaran los días y la chica no apareciera, era seguro que iría a buscarla. Tiburcio aprovecharía para matarla también, y así acabar su magna obra.

La italiana apareció al fin con su fornido novio. Lo había convencido mediante engaños para ir a casa de Tiburcio; alegó que él la había violado. Al entrar vieron al rey Tiburcio sentado en su trono. El chaval no daba crédito a lo que

estaba presenciando.

—Te voy a matar —dijo con rabia el novio, y corrió hacia el supuesto violador de su chica. Pero antes de le diera tiempo a llegar, Tiburcio se levantó del trono, luciendo corona, espada y vestimenta de soberano, desenvainó su espada y le lanzó varias estocadas que lo hicieron retroceder. La italiana aprovechó la ocasión para acercarse con rapidez e inyectarle a su novio un potente tranquilizante en el cuello. El muchacho se tambaleó, la vista se le nubló y acabó desplomado en el suelo. Tiburcio se acercó a la italiana y le dio un beso en la boca.

—Anda, ve a cambiarte, que empieza el show.

Ella le hizo caso a su rey.

—Claro, majestad.

No quedaba claro quién de los dos estaba más chiflado.

La chica se puso un vestido largo, de estilo medieval. La sala de las máquinas de tortura estaba abarrotada de ese tipo de ropajes antiguos. Tiburcio había estado investigando entre todo lo que su padre había guardado durante años, y le llamó la atención un baúl que se hallaba al fondo. Pero el candado se le resistía, así que mandó a su amiga a buscar en el archivador de cinco puertas; abrió la primera y encontró una llave que entregó a Tiburcio. Este abrió con ella el gran baúl y se quedó maravillado: contenía montones de fajos de billetes de cincuenta euros, una fortuna que podría mantenerlo el resto de su miserable vida. Ya no tendría que trabajar más, pensó con una sonrisa.

La italiana siguió rebuscando en los archivadores y extrajo varios documentos firmados ante notario. Se los llevó al hombre dorado y ambos se sentaron a leerlos: eran poderes de muchos de los viejos a los que había cuidado su madre. Le daban permiso para que ella manejara sus cuentas. Pero ninguna de

esas personas seguía viva, y la madre no se había preocupado de comunicar los fallecimientos. Tiburcio pensó por un instante que si su querida madre había envenenado a toda esa gente sería porque era una arpía sin escrúpulos, y su padre, comparado con ella, un santo. De pronto la opinión que siempre había tenido de su madre se volvió diametralmente opuesta. Si él era un asesino era porque había tenido los mejores maestros; no podía evitar ser como era. Pero se relajó un tanto pensando que con todo ese dinero podría terminar su obra y marcharse a su Alemania natal.

—Somos ricos, Martina —dijo con una gran sonrisa.

La italiana se quedó mirando a su mentor.

—¿No tendré que ir a trabajar mañana?

—No, *amore*. No tendrás que ir nunca más a trabajar.

—Es verdad, porque somos ricos.

Los dos se incorporaron y comenzaron una especie de danza medieval.

—Serás mi reina, y yo tu rey.

Mientras giraban como un planeta en órbita, sintieron que estaban hechos el uno para el otro.

Al poco pararon de dar vueltas; era hora de hacer cumplir su ley. Tenían a su prisionero sometido a la picota. Martina se acabó de vestir y se puso una corona más pequeña que la de su rey. Juntos volvieron al gran salón y situaron al acusado en medio de la sala, justo enfrente de ellos. El rey se sentó en su trono y la reina en una silla. Los dos se quedaron observando al grandullón mientras despertaba. Estaba a merced de ese par de psicópatas.

—Habrá que despertarlo, la droga lo mantiene relajado —propuso Tiburcio.

La reina se fue hacia la cocina para coger un cubo de agua. Luego se aproximó

al acusado y se lo tiró por encima, consiguiendo que despertara. Lo habían vestido todo de negro, con ropajes antiguos. El novio de la italiana movió la cabeza a ambos lados como un perro cuando trata de secarse.

—¡Qué coño hacéis! Estáis los dos locos.

—¡No llames loco a tu rey, maldita escoria!

El hombre dorado pronunció esas palabras con gran enfado. Martina seguía sentada al lado del trono; permanecería allí hasta que el rey dictara sentencia.

—Se te acusa de violación y de maltrato físico y psicológico. ¿Confesáis?

—Yo no he hecho nada, ¡maldito psicópata! —exclamó el muchacho.

El soberano sentía que estaba perdiendo los nervios. Ese bárbaro no dejaba de insultarle.

—He preguntado, ¿vais a confesar?

—No confesaré nada.

—Si confiesas, tendrás una muerte rápida. ¿Quizás la decapitación? Pero si no lo haces, te torturaremos.

El novio de la italiana no lo veía capaz de hacer nada de eso. Y Tiburcio no aguanto más su insolencia.

—¡Látigo! —ordenó.

La italiana se levantó arrastrando su vestido largo y fue a coger un látigo. Se situó detrás de la picota y le arrancó la camisa a su novio, que se echó a temblar antes siquiera de recibir el primer azote.

—Que comiencen los diez latigazos —anunció el rey.

La italiana estaba deseando que llegara ese momento. Cuántas veces la había maltratado, violándola y siéndole infiel. En esta vida todo el mundo tiene que

pagar lo que provoca. El látigo empezó a volar, el monarca contaba los golpes y el novio sufría las sacudidas en su piel.

—Parad, por favor, ¡parad! No aguanto más...

Pero el soberano había dado una orden y esta debía ser cumplida. La italiana llevaba ocho golpes en ese momento; con los dos restantes disfrutó más aún.

—¿Vais a confesar? —preguntó de nuevo Tiburcio.

El novio de la italiana era demasiado orgulloso y decidió rebelarse contra el rey. Si se hubiera rendido, todo habría sido más fácil para él.

—No confesaré nada. No me arrepiento de lo que hice.

La italiana volvió a empuñar con fuerza el látigo.

—Tendrás otra sesión de diez latigazos. A ver si así aprendes.

La chica reemprendió los azotes y al tiempo que el novio los recibía en su espalda la sangre salpicaba la alfombra y el lomo se le llenaba de arañazos. Finalizada la tanda, Tiburcio volvió a preguntar:

—¿Vais a confesar?

La víctima se encontraba malherida, ya apenas podía hablar, pero desde la picota meneó la cabeza a ambos lados. Tiburcio se levantó del trono y se dirigió hacia el acusado, propinándole un puñetazo en la mandíbula. Del golpe se le giró la cabeza y un diente salió volando. El rey se acercó a su oído para murmurar:

—Si no me haces caso, la tortura continuará.

El chico lo miró a los ojos y aprovechando la cercanía le escupió en toda la cara. Tiburcio recibió aquella saliva mezclada con mocos.

—Está bien.

Se limpió con su capa, observó al acusado y llamó de nuevo a la italiana.

—Espero que disfrutes con esto, porque yo, desde luego, voy a disfrutarlo.

La mujer atendió la orden de su rey: se acercó a él y, agachándose, le bajó los pantalones y comenzó a masajear su miembro delante de su novio.

—No, ¡maldito hijo de perra! ¡Y tú qué coño haces, puta! —exclamó el chico.

La italiana se la introdujo en la boca y la movió dentro de ella. El rey disfrutaba de la felación mientras el otro hombre miraba desconsolado.

—¡Confesaré! ¡Confesaré! ¡Confesaré!

Pero ya no era momento para confesiones; el rey estaba a punto de llegar al éxtasis; se sujetó de la picota mientras eyaculaba en la boca de su reina. Cuando acabó, ella escupió la leche del soberano. Tiburcio le espetó al otro:

—Ya no quiero que confieses nada, ahora vas a morir.

Dicho esto, se fue a buscar el hacha de su padre para recordar viejos tiempos y se la entregó a la italiana. La hoja estaba mellada. El monarca asió por los pelos al novio para que su cuello sobresaliera un poco más de la madera y que así ella no fallara. Martina se puso justo enfrente del rey y alzó el hacha al cielo de madera de la sala.

—Vamos, *amore*, acaba con esto —la animó él.

El soberano había dado una orden y debía ser obedecida. En ese momento a la chica le brotó una lágrima del ojo derecho; sabía que deseaba hacerlo, pero cuando uno se enfrenta a sus miedos, es difícil decidir.

—¡Malditos hijos de perra! —masculló el novio—. Os veré en el infierno.

La italiana, al oír su voz, dudó en retractarse de la ejecución, pero justo en ese momento el rey asintió con la cabeza y ella, sin pensarlo más, bajó el hacha impulsada con la velocidad que dan la rabia y el dolor de haber estado

conviviendo con ese monstruo varios años. Pero el golpe, siendo brutal, no llegó a traspasar el cuello, se quedó a medias.

—¡Malditos hijos de perra! Os veré en el infierno —repitió el novio con un hilo de voz.

Tenía medio cuello abierto; la ejecución no había terminado. El rey tuvo que apoderarse del hacha y alzarla de nuevo él mismo. Tenía que actuar rápido: una cosa era torturarlo y otra matarlo de dolor. Empujó con fuerza el arma medieval, que cortó el aire e impactó contra el acusado.

—Malditos hijos de... —Su voz quedó apagada.

La cabeza cayó al suelo de moqueta y rodó por la sala.

Capítulo XV

La paliza

Siempre había confiado en su madre. Si ella le decía una cosa, él debía hacerla. Aquella noche lo mandó a dormir con el dueño de la mansión, el señor Benito. Su madre le tenía un gran cariño; ella misma se encargaba de cuidarlo y mimarlo. Pero ese señor nunca había sentido atracción por las mujeres, sino que sus gustos se acercaban a lo prohibido, a lo mal visto ante los ojos de los humanos. Y Remedios le entregó a su hijo para que le hiciera lo que quisiera. El joven Tiburcio solo tenía doce años, aun no sabía nada de los depredadores. Debía aprender que los animales no comen solo hierba, también se alimentan de carne humana.

El chico entró en los aposentos del carnívoro con la inocencia de estar dispuesto a hacer lo que él le pidiera. Primero le ordenó quitarse la ropa, lo que le resultó extraño: ¿para qué querría verlo desnudo? Solo su madre lo veía desnudo. Pero Remedios le había pedido que complaciera al señor de la mansión, así que no opuso resistencia, se quitó la ropa y la dejó dobladita en la esquina del lecho. No tenía miedo, ya que estaba allí por deseo de su amada madre. El viejo se le aproximó y el aliento le olía a sadismo. El chico apartó la cara para no vomitar. Aquel pederasta empezó a acariciarle y el joven Tiburcio se puso nervioso: sudaba y temblaba. Y eso que aún no había empezado lo peor, pero él ya se sentía sucio. Aun así, su madre se lo había ordenado, así que tenía que cumplir. Ella lo quería mucho, no dejaría que le sucediera nada malo. Le vino a la cabeza la vez en que su padre lo obligó a

violar a su prima después de hacerlo él. Pero entonces era diferente, esta vez su madre se lo había pedido como un favor para poder salvar a la familia de la miseria. A todas horas le recordaba que eran pobres, aunque el chico no sabía muy bien lo que significaba eso; él siempre había pensado que tenía lo esencial para vivir, pero su madre deseaba más y más, y era capaz hasta de dejar a su pobre hijito en las garras del cacique. Pues claro que era capaz, no se lo pensó dos veces y además se lo entregó varias veces, todas las necesarias hasta que él firmara los documentos ante notario. Una vez que les perteneciera todo, se encargaría de que la dulce muerte viniera a visitarlo en cualquier taza de té o café.

Remedios se había dado cuenta de lo fácil que era apagar la llama de la vida a una persona. Ya lo había probado otras veces, y aquella era además por una buena causa: miles de euros irían a parar a su cuenta y sería propietaria de una mansión con su finca alrededor. La única preocupación que tendría a partir de entonces sería saber si su marido había sacado al ganado a pastar. Y una vez que el viejo se fuera al más allá, sus coetáneos irían con él. Ya había hablado con el Ayuntamiento para que le abrieran las zanjas donde enterraría los cuerpos. Servirían de abono para las palmeras.

Tiburcio debía cumplir, pero no sabía muy bien qué hacer. Recordó la experiencia con su prima: él se puso encima de la niña y le metió su pequeño pito. Ella gritaba de dolor, pero él sentía placer. Con eso en mente, se acercó al viejo y trató de ponerse sobre él. Pero al parecer con un hombre era diferente. Benito le dio la vuelta y apoyó su cara contra la almohada. El chico quedó boca abajo, mordiendo la sábana. El viejo se encargó de lo demás. Primero sintió un líquido frío entrando por el agujero por donde hacía caca. «Qué raro», pensó el crío, «si por ahí solo salen heces, por qué me lubrica esa zona». Aún no le había entrado el pánico. Hasta que empezó a sentir algo que lo desgarraba por dentro y no pudo evitar gritar. Gritó por complacer a su

madre, por complacer a su padre, intentó dejarse llevar por aquel infierno, pero sus chillidos se fueron haciendo cada vez más angustiosos. El viejo disfrutaba con cada penetración, y el niño hizo fuerza agarrándose al cabecero de la cama, intentando hallar el norte o el sur para aliviar tanto dolor. Sabía que su madre no iba a acudir a ayudarlo, se lo había entregado a aquel anciano para obtener beneficios a cambio. Así que Tiburcio se dejó hacer, como un buen hijo de su mamá.

Cuando el anciano terminó, y no tardó mucho en hacerlo, el chico se fue al baño y dejó caer sobre su cuerpo el agua de la ducha para intentar tapar tanto sufrimiento. Se tiró en la bañera, sintiéndose sucio y con el alma rota. Pero lo que no te mata te hace más fuerte. Pasaron varias noches hasta que llegó el momento en que el viejo firmó los documentos. Nada más marcharse el notario, Remedios le preparó un café. El cacique se lo bebió e inculó el veneno en su organismo. Duró apenas unos segundos: el corazón se le paró y Tiburcio quedó libre. Y la mansión fue por fin para Remedios.

Ese sueño lo perseguía cada noche, lo acompañaría hasta que su memoria desapareciera o su cuerpo dejara de respirar. Era el precio que debía pagar por querer complacer a su madre.

El gimnasio

En las dos horas de descanso que le había dado la italiana se fue al gimnasio para entrenar pecho y piernas. Cuando llegó no había nadie, así que se fue a la zona de las mancuernas e inició sus ejercicios. Llevaba media hora y casi había acabado el entrenamiento cuando de repente entró un policía ataviado con su uniforme de maricón: era Manolo Pérez. Se acercó a Tiburcio dirigiéndole aquella intimidante mirada de tigre que le imponía, pero que al mismo tiempo le producía cierto placer: sabía que estaba bastante enfadado

por el resultado del juicio, aparte de la humillación pública que había sufrido. En el pueblo se comentaba que su mujer se había marchado de casa para siempre, y también que él tenía una amante. Tiburcio no se amilanó: se acercó a su oído para despertar la furia de su suegro.

—¿Esta la puta de tu exmujer en casa? —le preguntó.

Manolo se quedó mirándolo con los ojos inyectados en sangre. Soltó la bolsa que llevaba, desenfundó su porra y comenzó a pegarle por todos lados. El primer golpe le impactó en la cara: la mandíbula le crujió y se derrumbó sobre la superficie fría del gimnasio. El policía se situó sobre Tiburcio dejándolo bloqueado, sin poder defenderse ni escapar. El primer porrazo lo había dejado noqueado, pero aun así sentía una satisfacción insólita, una cierta emoción de dominio sobre el policía. Había logrado provocarlo para que cayera en su tela de araña. Lo iba a arruinar, le quitarían esa placa de mariquita y tendría que pagarle daños y perjuicios. Decidió protegerse con los brazos porque el otro seguía desahogándose con su cuerpo. Llegó un momento en que, tras recibir tantos golpes, ya no sentía nada. El dueño del gimnasio intentó pararlo, pero era incapaz, así que llamó a la Guardia Civil. Aparecieron unos diez minutos después, y eso que el cuartelillo estaba al lado del gimnasio. Entre dos guardias y el dueño del gimnasio lograron reducir al agente y lo apartaron del hombre dorado. Luego lo arrojaron al suelo y le pusieron las esposas. Aquel hombre estaba poseído por el demonio.

El suelo quedó cubierto de sangre, y Tiburcio tenía toda la piel amoratada. La ambulancia llegó al rato y Manolo Pérez seguía lanzándole insultos. Los guardias se lo llevaron detenido. El dueño del gimnasio les dio la cinta de vídeo con la grabación donde se veía la agresión a la perfección. Al chico se lo llevó la ambulancia al hospital para curarle las heridas. Le había fracturado una rodilla, las costillas y un brazo al protegerse la cara. Se había desahogado

con él como si fuera un saco de boxeo.

A los pocos días fue el juicio y a Manolo Pérez le retiraron la placa por un mes y le pusieron una multa de seis mil euros por daños y perjuicios. El hombre dorado ya se encontraba de vuelta en su mansión, con la pierna derecha escayolada, aunque solo debía llevarla una semana más, no le había hecho mucho daño. Los moratones tardarían más en desaparecer. Pensó que se tomaría un tiempo de tranquilidad. La italiana lo acompañaba; se sentía feliz por haber sacrificado al fin a su novio.

Ambos regresaron a la habitación secreta para seguir investigando lo que ocultaba la familia Schmidt. Además de que la sala estaba repleta de máquinas antiguas, al fondo había otra puerta bastante robusta. Tiburcio intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave y él no recordaba haber visto ninguna que pareciera servir. Volvieron al archivador y abrieron todos los cajones; el último contenía una tapa metálica, de cobre. El hombre dorado perdió la paciencia y la arrancó de cuajo: ante sus ojos apareció una llave de grandes dimensiones. Tiburcio la tomó y se apresuró hacia la puerta. La llave encajó en la cerradura. La italiana lo siguió por el oscuro pasillo que se abrió ante ellos. A los lados había unas antorchas suspendidas en la pared de piedra. El hombre dorado sacó un mechero y fue encendiendo las mechas una a una. Se ayudaba de unas muletas para caminar, pero no podía detenerse, debía averiguar adónde conducía ese túnel.

Caminaron varios kilómetros, durante los cuales las muletas le hicieron a Tiburcio llagas en las manos. La italiana andaba pegada a él, expectante por saber qué encontrarían al final del túnel. El calor se iba a haciendo cada vez más aplastante y a la chica le costaba respirar. Parecía que la tierra iba a ceder, dejándolos enterrados. A pesar de ello, el hombre dorado avanzaba muy motivado; intuía que aquel pasadizo sería una buena ruta de escape y le

serviría de ayuda para concluir su gran obra.

Mientras recorrían el pasadizo se deleitó pensando en cómo usar la cruz para crucificar a alguien, también la máquina rompederos y la de quemar brujas en la hoguera. Una vez que hubiera cumplido su objetivo, se marcharía para siempre, llevándose el baúl y acompañado de la italiana. Había pensado montar una secta, una sociedad de “colgados anónimos”. Tal vez incluso se convirtiera en un dios, dejando abandonado su cuerpo de carne y hueso. Las mentes perversas siempre acaban convencidas de ser seres supremos.

Llevaban ya mucho rato caminando y no sabían cuánto faltaba para llegar al final. La falta de aire los ahogaba por momentos. Tiburcio seguía prendiendo antorchas mientras se abrían paso. Calculó que habrían recorrido dos kilómetros, más o menos. De repente se dio cuenta de que el aire cambiaba: se podía respirar con menor dificultad y avanzó con renovado ímpetu. La última antorcha que encendió iluminó una puerta de madera. Sin pensarlo, trató de abrirla con la misma llave, pero no pudo. Le pidió ayuda a Martina para echar abajo la puerta. Entre los dos golpearon el tirador, Tiburcio usando sus muletas, hasta que la puerta de madera cedió y el pomo cayó al suelo de tierra. Ante ellos se abrió un espacio que dejaba pasar el aire de la noche.

Salieron a la luz de la luna, reflejada en la arena. El aroma del mar impregnaba el ambiente. Tiburcio sonrió: se acababa de dar cuenta de que aquel pasadizo los había conducido a la parte norte de la isla, la que estaba despoblada. Las montañas ocultaban esa playa donde las olas rompían en la orilla con rabia. La media luna iluminaba a ambas figuras.

Aquello era una magnífica vía de escape. Seguramente fue construida años atrás, durante la guerra. Enseguida se le ocurrió que en ese lugar empezaría su nueva vida: dejaría algunas provisiones en esa playa desierta y una vez que finalizara su obra huiría por allí, disfrazado de Eustaquio Schmidt, y la

italiana de Remedios. Era un plan perfecto; tenía los pasaportes de ambos, y cuando las autoridades se dieran cuenta de su fallecimiento ellos ya estarían muy lejos. Lograría que ese maldito detective le perdiera el rastro. Ya tenía motivos suficientes para acabar pronto con aquello; dejaría su legado en la isla y luego se marcharía a emprender una vida nueva.

Se dio media vuelta y besó a su *amore*. Ella lo tiró sobre la duna de arena y se unieron en un abrazo. La media luna había sido testigo de su hallazgo; sus padres nunca le habían contado nada de esas puertas. Mejor, así nunca lo sabría nadie. La vida le sonreía y él le devolvió la sonrisa.

La cámara frigorífica

La luz del día alumbraba la superficie de la iglesia. Tiburcio estaba trabajando duramente para mejorarla por fuera y por dentro y convertirla en un decorado. Instaló unas bombonas de gas en el exterior, mientras que por dentro parecía un frigorífico: quería que los cadáveres se mantuvieran a baja temperatura, así se conservarían bien. También instaló unas persianas de hierro que bajarían cuando la música finalizara, dejando a la gente atrapada en una trampa mortal.

Capítulo XVI

El pozo

Después de mucho tiempo, su novia fue a visitarlo. Ya había acabado los estudios. El hombre dorado no esperaba aún su visita. Ella entró en la mansión y no vio a nadie. Le pareció extraño. Miró también en la casa del lago, pero allí tampoco estaban. Observó que el colchón tenía varias marcas de un objeto punzante, de dimensiones similares a la guadaña que había detrás de la puerta. La tarde iba cayendo y Eva Pérez aún no había encontrado a su amado. Caminó en dirección a la iglesia, el último rincón que le quedaba por revisar. Antes de llegar se paró junto a un pozo que había construido Eustaquio para almacenar agua de riego. Se asomó al fondo y vio que el pozo estaba vacío. Era un peligro que se mantuviera abierto, alguien se podía caer. De pronto, unas palomas salieron revoloteando y Eva se echó atrás, asustada. La noche empezaba a llamar a los fantasmas.

Empezó a preocuparse por Tiburcio; hacía varios días que no sabía nada de él. Continuó por el sendero hacia la iglesia mientras el sol se ocultaba tras la montaña. El valle que recorría los terrenos de la familia Schmidt se estaba oscureciendo. Eva advirtió la presencia, junto a los muros exteriores de la iglesia, de unas bombonas de gas; una cada tres metros, aproximadamente. ¿Para qué querrían gas en una iglesia? Le resultó chocante. Antes de entrar en el templo, tocó a la puerta, y al no recibir contestación volvió a dar unos golpecitos. Pero nadie respondía.

—¡Tiburcio! ¡Tiburcio! ¡Tiburcio!

Asió la manivela del portón. La noche se había adueñado del paisaje. La puerta cedió con un chirrido, y al abrirla de par en par divisó una especie de humo flotando en el ambiente. Tuvo la sensación como de entrar a una cámara frigorífica. No podía ser el aire acondicionado, la temperatura era demasiado baja. Eva Pérez volvió a llamar a su amado:

—¡Tiburcio! ¡Tiburcio! ¡Tiburcio!

Pero no obtuvo respuesta.

Caminó por el pasillo, dejando a ambos lados los largos bancos de madera. El humo se disipó por un instante, y lo que vio no le gustó nada: Eustaquio presidía la nave colgado de la cruz, con las manos sujetas a ella mediante unos clavos de acero. Eva no dio crédito a lo que sus ojos veían: ese cuerpo esquelético era el de su suegro. Se quedó paralizada, sin saber qué hacer. Antes siquiera de darse la vuelta, supo que su amado estaba a su lado.

—¿Qué haces aquí?

Eva lo miró a los ojos inyectados en sangre. Tenía el rostro lleno de cardenales y una escayola en la rodilla. Llevaba dos muletas en las manos.

—He venido a verte. ¿Tiburcio...?

—Pues ya me has visto. Y ya te puedes ir. Tiburcio ha muerto, ahora soy el hombre dorado.

Eva no podía creerse que aquella bestia sin sentimientos fuera su novio.

—No eres el hombre dorado. Eres Tiburcio Schmidt, mi novio.

Pero él estaba poseído por el mal. La siguió con la mirada, sin parpadear. Era una bomba a punto de explotar. Eva le tomó la mano y la pasó por su barriga.

—Estoy embarazada de ocho semanas. Vamos a ser padres.

El hombre dorado no recibió de buena gana la noticia. Esa fue la llama que

prendería la bomba.

—¿Cómo que estás embarazada? —saltó—. ¿No te dije que no quería tener hijos?

Su enfado era palpable; el rubio cabello le brillaba a través del humo.

—No te hice caso, dejé de tomarme las pastillas. Vamos a ser padres — repitió.

El odio recorrió todo su ser. Empuñó la muleta y vertió toda su ira sobre la joven, dándole palos por todas partes. Ella cayó con el primer golpe, pero eso no lo hizo detenerse; siguió, reventándole la barriga. El humo se abría paso entre ambos. La italiana intervino de repente, sujetando a la bestia, y Eva quedó tirada en el piso. El estómago le sangraba, pero las demás heridas no le importaban. La italiana impidió la catástrofe: que le quitara la vida a ella también. Reprendió a Tiburcio:

—Vamos a ceñirnos al plan, no vamos a dejar la iglesia llena de cadáveres. Acabamos la lista y nos marchamos.

El hombre dorado se sentó en uno de los bancos mientras la italiana se llevaba de allí a la novia. Salieron fuera, la arrastró hasta el pozo y la arrojó dentro. Por la cabeza de Eva pasaban un millón de pensamientos. Nunca había visto a su novio así. Ella solo quería darle una alegría, una ilusión por la que vivir.

Las noticias

«Buenos días, Canarias.

Tenemos varias noticias sobre la familia Pérez. En primer lugar, Manolo, policía y bien conocido en esta cadena, fue condenado hace unos días por pegarle una paliza a Tiburcio Schmidt. Le han retirado la placa por un tiempo y ha tenido que pagar seis mil euros en efectivo. Se supone que un agente de la

ley debería dar ejemplo, y no andar a puñetazos por los gimnasios del pueblo.

Por otra parte, la que era su mujer, María Pérez, ha acudido esta mañana a denunciar la desaparición de su hija, Eva. La joven llegó hace dos días de Las Palmas, donde está estudiando la carrera de Medicina, y por lo que le dijo a su madre tenía pensado ir a la mansión de los Schmidt para darle a su novio la noticia de su embarazo. No se sabe nada de ella desde entonces. Desde aquí hacemos un llamamiento a la población para que se ponga en contacto con la policía si averiguan algo del paradero de esta persona.

En los medios de comunicación pensamos que existe el peligro de que sea la siguiente víctima del chófer diabólico. Porque... ¿quizás el camarero Ramiro no es el responsable de tales crímenes? Lo sabremos en unos días.

Les deseamos buen día desde la televisión canaria».

María Pérez apareció a media tarde en la mansión. Tenía un aspecto horrible con ese chándal oscuro; se sentía destrozada y con el alma hecha pedazos. Se asomó desde la puerta del gran salón. El rey se hallaba en su trono, la reina estaba a su lado, tomando un café italiano. El crepúsculo avanzaba por la montaña. La madre llegó despeinada y desesperada, dispuesta a entregar su vida al mismo diablo.

—¿Dónde está mi hija? —le espetó.

Tiburcio tardó en contestar, ya que cuando estaba disfrazado de soberano le costaba tratar con sus “súbditos”.

—Buenas tardes, María. Hacía tiempo que no te veía. Desde aquella vez que me tendiste una trampa.

Las lágrimas invadieron el semblante demacrado de la mujer, lo que unido a una vestimenta tan poco apropiada para una mujer tan elegante, que siempre

iba arreglada, formaba un conjunto desolador. Ella caminó sobre la alfombra escarlata que conducía hasta el trono del rey.

—Yo no te tendí una trampa, abusaste de mí. Me violaste, hijo de perra.

—No camines más.

María se detuvo a la espera de una nueva orden de aquel loco de la capa.

—¡Arrodíllate ante tu rey! —exclamó Tiburcio—. Pecadora.

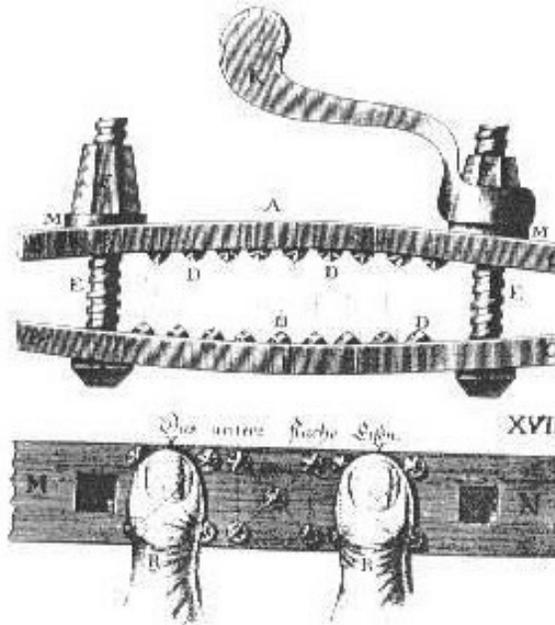
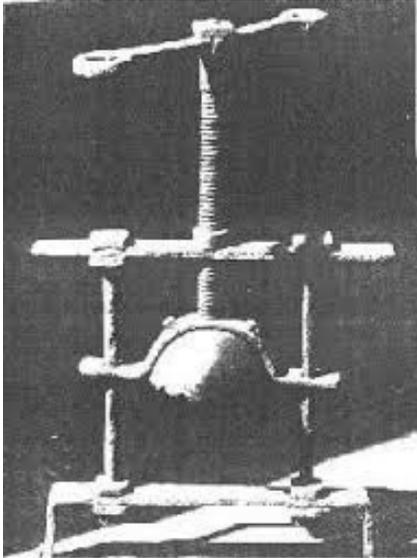
A María no le quedó otra que hacerle caso al desequilibrado y ponerse de rodillas.

—Haz conmigo lo que quieras, pero libera a mi hija. Sé que la tienes tú.

—María, debo confesarte que estás en la lista, vas a morir. Y tu hija también.

La mujer no aguantó más y se abalanzó sobre él, desesperada por salvar a su hija. Cuando alcanzó el trono, el rey desenvainó su espada y María se hizo a un lado para esquivar el golpe. Cayó entonces sobre la reina, que la sujetó por el cuello y la echó al suelo, donde le bloqueó las manos con unas esposas.

Tiburcio fue a buscar la máquina de tortura: era el turno de su suegra.



Se trataba del conocido como aplastapulgares. Colocó el artefacto encima de una mesa y amarró a su suegra por las muñecas. Luego cubrió todas las ventanas con mantas para que no se pudiera ver nada desde el exterior. Tiburcio disfrutaba realmente haciendo daño a la gente; ya no le bastaba con violar a las mujeres, deseaba someterlas a base de dolor. Las tinieblas invadieron la sala y él encendió dos velas y las puso cerca para ver bien lo que hacía. María no dejaba de llorar; se imaginaba la tortura a la que la iban a someter. Tiburcio pensó que empezaría por las uñas, luego iría subiendo por las falanges y por último le quebraría los nudillos. Después la dejaría allí atada varios días, para que sufriera más. Le puso los dos pulgares en la posición que marcaba la máquina. María observó con terror cómo aquellos dos tornillos oxidados iban bajando poco a poco; se puso histérica y empezó a gritar a pleno pulmón. Los gritos se convirtieron en sollozos cuando el dispositivo empezó a rozar sus dedos. Abrió la boca todo lo posible y vociferó desesperada, pidiendo ayuda. Tiburcio gozaba con sus chillidos, pero no se podía arriesgar a que alguien la oyera, así que cogió un trapo y se lo colocó sobre la boca, atándoselo después en la nuca. La italiana renunció a

mirar; todo aquello le resultaba asqueroso. Tiburcio accionó la rueda de la máquina y la hizo bajar, hasta arrancarle las uñas. La sangre salpicó la superficie de la mesa y la madre de Eva respiraba aceleradamente. Lo que es capaz de hacer una madre por su hija.

El hombre dorado volvió a subir los tornillos. El siguiente objetivo eran los dedos a la altura de las falanges. Volvió a girar la rueda para bajarlos y empezaron a desgarrarle la piel. El baño de sangre se volvió más escandaloso. María Pérez mordía el paño con todas sus fuerzas, tratando de mitigar el dolor, pero acabó mareándose de tanta sangre que estaba perdiendo. El rey volvió a elevar los dos tornillos oxidados y le metió más las manos, a la altura de los nudillos. Accionó la rueda y los tornillos desgarraron los nudillos, dejándola sin pulgares. La sangre brotó con más fuerza. La mujer no pudo más y se desmayó. El rey desenvainó su espada para decapitarla. Pero la reina intervino:

—¡Tiburcio! Por favor, ya ha sufrido bastante.

Aquellos ojos inyectados en sangre la observaron con la espada aún en alto. El hombre dorado se calmó por un instante. Le satisfacía ver sufrir a los demás.

A la mañana siguiente, María seguía allí, en el salón, con los dos pulgares destrozados y el cuerpo debilitado por la pérdida de sangre. Tiburcio desató las cuerdas y la llevó hacia la iglesia con ayuda de la reina. Una vez allí, se asomaron al pozo, donde estaba Eva, y lanzaron a su madre con ella, a los abismos. La chica gritó de rabia, pero nadie la podía oír. La italiana fue a buscar una manguera y la accionó para llenar el pozo de agua. María cayó de cabeza y con las pocas que le quedaban no estaba claro si llegaría a ver un nuevo día. Llenaron el pozo de agua hasta el cuello de ambas mujeres; tendrían

que mantener las cabezas erguidas todo el tiempo para no ahogarse.

—Les daré una noche más —dijo el hombre dorado—. Una de las dos debe morir para que la otra se salve.

Ambas se quedaron en el pozo lleno de agua. María logró levantar la cabeza y miró a su hija, que luchaba con intensidad para poder salir de aquel infierno.

—Hija mía, no nos dejará vivir a las dos. Debes salvarte tú.

Eva no le hizo caso y siguió intentando escalar por las paredes del pozo. Las tablas de la tapa que habían colocado aquellos dos locos en la superficie ocultaban la luz y las tenían sumidas en una oscuridad imperecedera.

—Debes darme muerte, hija mía —insistió María.

Eva no se quería dar cuenta de la realidad: su novio le estaba pidiendo que matara a su madre para salvar su vida, y ella no podría hacerlo.

—No sobreviviré, he perdido mucha sangre. Debes vivir tú por mí. Ayúdame a acabar con esto —le rogó su madre.

Eva continuaba sin escucharla y se centró en remontar aquella muralla de pedruscos que la separaba de su libertad. Mientras se entretenía en escalar, no se percató de que su madre comenzaba a hundirse en el agua. Una vez cubierta, aguantó la respiración hasta que no pudo más. Pasado unos minutos, Eva se dio cuenta y se hundió también para intentar salvarla. Pero era demasiado tarde: el cuerpo de su madre surgió flotando en el agua. Eva la sacudió varias veces, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Pero ella ya se encontraba en un lugar mejor.

Eva enloqueció y comenzó a golpear el rostro de su madre buscando respuestas a su suicidio. Estaba convencida de que podrían haber salido las

dos. Pero no fue así, y una madre siempre dará la vida por sus hijos.

Los niños que miraban a las estrellas

Amanecía en la rotonda de los niños que miraban a las estrellas. Los cadáveres de madre e hija aparecieron allí, atadas a una pica de madera que las mantenía de pie. Una miraba al este y la otra al oeste: los lugares por donde sale el sol y por donde se oculta.

Manolo Pérez fue el último en llegar y la escena ya estaba limpia. No había sangre por ningún lado, solo los dos cuerpos acompañando a los niños de las estrellas. La aurora se tiñó de rojo sangre. Madre e hija tenían la mirada perdida. Los cuerpos habían sido tratados con respeto; los habían lavado.

El policía no se pudo contener y saltó la cinta que rodeaba la rotonda para abalanzarse sobre su mujer, desnuda y sin alma. Comenzó a quitarle las cuerdas que la ataban. Sus compañeros intentaron calmarlo, pero no había tranquilidad posible en medio tal catástrofe. Su mujer estaba allí, en medio de la rotonda, desnuda, sin heridas visibles en la piel, pero su cara amoratada indicaba que había muerto ahogada. Seguramente lo hizo para salvar a su hija, pero ella también estaba en el mismo lugar, a escasos metros. Manolo sintió que su alma se partía en mil pedazos. No entendía esa matanza. Los detectives intentaron calmarlo, pero no había forma. Recorrió el cuerpo de su mujer con la mirada. Le venían a la memoria los recuerdos de lo vivido junto a ella. Se sentía culpable de lo ocurrido. Era cierto que su matrimonio había acabado, pero nunca le habría deseado ese final. El policía sospechó inmediatamente quién podía haber sido el responsable de tal destrozo. Aquello no quedaría impune. Entonces soltó a su mujer y fue a examinar a su angelito, su hija; llegó junto a ella, al lado de los niños de cobre, y la observó de la cabeza a los pies: tenía la cara quemada, desfigurada para borrar su rostro. Sobre su piel

había varios tatuajes. El padre se quedó extrañado: no sabía nada de que su hija se hubiera tatuado, pero al fin y al cabo la juventud hace lo que le da la gana.

Manolo sollozaba tan fuerte que se le nubló la mirada. Abrazó a su hija, dejando sus huellas sobre ella. No le importaba nada más que lograr un poco de cariño de su bebé. El mundo giraba a su alrededor en un tiovivo sin fin. La escena del crimen quedó completamente removida. Manolo no había respetado el precinto policial al ver a sus dos amores clavados en unas estructuras de madera junto a los niños de cobre.

John sintió esa amargura por dentro como si fuera suya. Sabía que debía empezar la investigación antes de que llegara la prensa. Por supuesto, ya sospechaba quién podía haber sido: aquello tenía la firma de la familia Schmidt. Solo le faltaba encontrar una huella, un pelo, lo que fuera para poder acusar a Tiburcio de todos los crímenes. El *modus operandi* era el mismo que en los demás casos: las víctimas habían sido torturadas. La madre tenía los dos dedos pulgares destrozados. El detective reflexionó: seguramente después de hacerle esa barbaridad, la habría ahogado en la bañera o en el lago. Por su parte, la hija tenía varias puñaladas de lo que parecía un cuchillo de carne. La familia Schmidt disfrutaba matando, eso lo tenía claro. Con este último hallazgo ya tenían pruebas suficientes para conseguir una orden y entrar en las tierras de esos personajes diabólicos. El hueso del dedo índice de Benito Cabrera no fue suficiente para obtener una orden de registro, ya que no tenía familia que reclamara el cadáver. En realidad, el cacique le había dejado sus tierras y sus bienes a Tiburcio Schmidt, así que este podía hacer lo que quisiera con su cuerpo.

El tiempo pasaba y ya clareaba el día. John habló con su ayudante para que ordenara a los compañeros de Manolo Pérez que se lo llevaran de la escena

del crimen. Más tarde le entregarían los cadáveres para que pudiera velarlos. Manolo se resistió: no quería abandonar a su familia. Iba vestido de paisano, ya que le habían quitado la placa por la paliza a Tiburcio, y no tenía derecho a estar allí. Tuvieron que reducirlo entre cinco hombres. Le pusieron las esposas y se lo llevaron al cuartelillo de Puerto del Rosario. No les quedaba otra: estaba obstruyendo la investigación, y ellos se limitaban a cumplir órdenes. Ya no podía hacer nada por su familia, solo rezar para que encarcelaran a esa bestia. Sabían de antemano que no iba a parar, aquello había sido solo el comienzo, pero esa familia no se saciaba fácilmente; ya habían hallado a muchas víctimas y el caso seguía abierto. Mientras el amanecer se iba abriendo paso, Manolo Pérez abandonó, cabizbajo y esposado, la rotonda de los niños de cobre. Aquella noche la pasaría en el calabozo lamentándose por la pérdida de sus amores. Luego las enterraría y tendría que olvidarlas si no quería volverse completamente loco.

John se introdujo en la rotonda y zigzagueó entre los niños de cobre. Al llegar al cuerpo de Eva Pérez tuvo una visión: le vino a la cabeza que Tiburcio alguna vez la había deseado. Recorrió su piel en busca de algún pelo dorado. De pronto, encima de un tatuaje que adornaba su cuello halló un cabello rubio. Bien, ya tenía una prueba que lo involucraba. Lo tomó con cuidado y lo guardó en una bolsita hermética.



Ella

El hombre dorado pensaba que ella nunca lo iba a aceptar. Se hallaban los dos junto a la pila del agua bendita, ella sentada en una silla. El hombre dorado cogió unas tijeras y se cortó la escayola para liberar su pierna. Lanzó las muletas a un rincón; ya no le hacían falta. Se puso delante de su aprendiz, se mojó las manos en el agua bendita y derramó el líquido transparente, la esencia de la vida, en la cabeza de ella. La estaba bautizando para librarla de todo mal. Aunque tenía el cabello empapado, la pobre ni se inmutaba; tenía la mirada perdida. Luego él le alisó el pelo con un peine de oro y le hizo una coleta. Su cabello relucía. Tiburcio tomó de nuevo las tijeras y le cortó la coleta. El pelo se desprendió con suavidad.

—Amor mío, has vuelto a nacer.

La joven lo miró sin decir palabra. Eran como dos desconocidos. Al terminar el bautizo, se marchó a seguir con sus labores. Tomó los cuerpos de Eva y su madre y los limpió por dentro, sacándoles los órganos, embalsamándolos y volviendo a cerrar sus heridas. Luego las colocó en unas plataformas de madera con forma de triángulo escaleno, con todos sus lados diferentes, para que pudieran mantener los cadáveres en pie. Las ató allí con cuerdas y las clavó con unos clavos de acero. Ya estaban preparadas para la exhibición. Las llevaría a la rotonda del hotel Aldana, donde estaban los niños de cobre observando las estrellas. Cuando se hiciera de noche saldría a exponer sus esculturas.

Observó a la que había sido su amada y notó que ella lo miraba con desprecio. Eso le molestó, así que agarró un desodorante y se aproximó a su obra de arte. Prendió un mechero cerca de la cara de su novia mientras presionaba el botón del pequeño bote de gas. Este salió a presión y a Eva se le derritió la carne de la cara a causa de la llamarada que provocaron el mechero y el desodorante.

Le fue borrando su aspecto a la que en una época fue su novia y ahora era tan solo pasto de las llamas del infierno. No hubiera sido lo suficientemente dura para ayudarlo en su cometido, así que la muerte era su destino; había sido vencida por la italiana. En el salón se hallaban los restos de madre e hija, preparados para llevarlos a la rotonda. Solo faltaba que la luz se fuera ocultando y dejase salir a la noche cerrada.

Tiburcio se fue del salón para darse una ducha. Le gustaba estar presentable, y al fin y al cabo era una de sus noches de gloria, de sus grandes momentos. Subió al cuarto de baño y dejó que el agua lo limpiara.

Luego se sentó en el trono, desde donde veía la sala de tortura. Los dos cuerpos se mantenían suspendidos en el aire, sobre las picas que los sujetaban de pie. La mujer secó su cabello de color cobre y lo alisó, sujetándolo en un moño. Estaba preparándolo para plasmarlo en el lienzo. Enhebró hilo en una aguja y fue introduciéndolo en el trozo de tela; de ese modo creó un dibujo de pelo de mujer. Hizo con él un corazón y las iniciales “E” y “T”, una a cada lado, en forma oblicua. Igual que los niños llenan sus libretas con los nombres de sus seres amados. En el centro del corazón, una “X” y una flecha que lo traspasaba en diagonal, rompiendo esa alma maltratada. También hizo unas líneas en medio, parecidas a un rayo que cae del cielo en picado y traspasa el corazón; el dibujo quedó partido en dos pedazos. Ella llevaba un corte de pelo horrendo y tenía el alma demolida. Lo único que la mantenía con vida era la criatura que llevaba dentro. Y la sed de venganza.

Capítulo XVII

La crucifixión

Manolo Pérez tenía el corazón destrozado. No sabía qué hacer, lo único que deseaba era vengarse de Tiburcio. A él no lo engañaba con esos ojos de cordero degollado; sabía perfectamente que era una bestia. Cuando le pegó la paliza en el gimnasio, Tiburcio no hizo ademán de defenderse; al contrario, se dejó golpear para poder sacar partido de la situación. Ese cabrón le había hundido la vida: primero consiguió que se divorciara de su mujer, y no contento con eso se tiraba a su hija y la dejó embarazada. Seguramente cuando la chiquilla fue a darle la noticia, entró en cólera y la golpeó hasta matarla.

El policía no dejaba de darle vueltas a ese asunto. Su cabeza era como un cóctel molotov, y a poco que le prendiera fuego todo estallaría en mil pedazos. No se podía creer que le hubiera sucedido algo así a él, que lo había tenido todo y ahora se hallaba esposado en el asiento de atrás de un coche de la benemérita. Aún no sabía cómo lo haría, pero saldría de allí e iría a la mansión para vengarse de Tiburcio. Pensó que el destino no es justo con las personas: si eres malo, te irá todo bien; si eres bueno, al final saldrás mal parado. No se podía quitar de la cabeza emplear la violencia para liberarse de sus captores. Habría consecuencias, claro, pero en ese momento le daba exactamente igual. Solo podía pensar en entrar a la mansión llevándose por delante todo a su paso para encontrar a ese hombre rubio que había hecho de su vida un infierno. El sol se teñía de escarlata, como derramando la sangre de su mujer y su hija. Ya no le quedaba nada por lo que batallar.

Fueron llegando a Puerto del Rosario, donde pasaría un mínimo de cuarenta y ocho horas en los calabozos de la Guardia Civil. En aquel instante era un ciudadano como otro cualquiera. En un momento dado, la autovía se estrechó, dejando un solo carril, para introducirse en la pequeña ciudad. Manolo no se lo pensó dos veces y levantó un poco el culo, lo justo para que las cadenas de las esposas pasaran por debajo de sus muslos. Se libró de sus ataduras sacándolas por los pies. Ya con las manos delante, aunque las siguiera teniendo atadas, podía manejarse. Se quitó el cinturón de seguridad y se situó detrás del conductor. El guardia civil iba reduciendo la velocidad para entrar en el casco urbano. Antes de que bajara de ochenta a cincuenta, Manolo se abalanzó sobre él y le puso las cadenas alrededor del cuello, presionándolo con fuerza. El guardia, en un acto reflejo, giró el volante a un lado, chocó con la mediana y perdió el control del vehículo por completo. El automóvil verde y blanco ascendió por el muro de hormigón en forma de rampa, giró sobre sí mismo y volcó. Al copiloto no le dio tiempo a reaccionar; cuando se dieron cuenta, ya estaban boca abajo. No fue un accidente grave, pero permitió al policía sin uniforme tomar el control. Desenfundó la pistola del conductor y lo amenazó con ella. Este le entregó las llaves de las esposas mientras lo miraba con cara de circunstancias.

—No tengo nada contra ustedes dos, pero se trata de mi familia —se justificó Manolo.

Los guardias no pudieron detenerlo. El señor Pérez saltó del vehículo en plena autovía, superó la mediana y se puso en medio de los dos carriles. Detuvo un camión y obligó a bajar al chófer para ocupar su lugar al volante. Luego arrancó en dirección a casa de Tiburcio Schmidt. El policía sin uniforme iba buscando venganza.

Tiburcio

Su madre yacía en el suelo de la iglesia. Tiburcio derramó sobre su rostro plástico derretido; quería fabricar una máscara con sus rasgos. En unos minutos estaría terminada. Ella se encontraba junto a él, ayudándole. Sacaron ropa del armario de su madre, para que el disfraz fuera perfecto. El domingo los fieles vendrían a misa; ese sería el momento de encerrarlos a todos. Remedios se había teñido el pelo de negro, así que tendrían que buscar una peluca del mismo tono. Las puertas se bajarían con la última melodía de la caja de música. Las persianas estaban programadas automáticamente, no hacía falta que él estuviera allí. En el fondo, se oía que sus días de gloria llegaban a su fin. El detective era inteligente, ya habría encajado las piezas del rompecabezas. Era cuestión de horas que fueran a por él.

Su obra de arte marchaba a buen ritmo; sería como un cuadro en el que el lienzo cobra vida. Los cuerpos de los fieles recorrerían la sala, dejando entrar los rayos de luz por la bóveda, como si Dios hubiera abierto las puertas del cielo. El escenario estaba preparado, solo faltaban los protagonistas, que llegarían el domingo. Él se preguntó si debería estar también allí en ese momento. Decidió que no.

El monte Agudo proyectaba sombras mientras el sol se ocultaba tras su cumbre. La cruz se hallaba preparada en medio de la sala del trono. Tiburcio llevaba puesta su corona y su falsa madre se sentaba a su lado. Ambos esperaban a que las sombras se adueñaran del paisaje. Sabían bien que lo vendría a buscar después de descubrir que le había arrebatado a su familia. El policía sin uniforme reclamaría su derecho a pegarle otra paliza. Lo que no sabía era que Tiburcio había disfrutado con ello y seguía disfrutando de pensar en el sufrimiento del señor Pérez al tener a su mujer e hija yaciendo sobre las frías camillas de la sala de autopsias. Le gustaba hacer sufrir a las personas, pero con su exsuegro gozaba especialmente. La puerta de entrada de la

mansión se abrió y apareció Manolo Pérez.

—Buenas tardes, Manolo. Lo estábamos esperando.

El agente no se fio. Desenfundó la pistola que le había arrebatado al guardia y apuntó a Tiburcio a la sien. Se había quedado muy sorprendido al ver a ese maniaco disfrazado de rey. Su madre estaba junto a él, con la cabeza inclinada hacia abajo y en silencio. El policía se aproximó al rey con cuidado, pasando junto a la cruz de madera. Tiburcio se alzó del trono con las manos en alto; asentía con la cabeza, como dándole la razón, admitiendo que había ganado aquella batalla; pero no la guerra.

—Por favor, ¿puede bajar el arma? Estamos en familia.

Manolo no quiso entrar en el juego del psicópata; esa persona había matado a su mujer y a su hija, y debía sufrir antes de morir. No se percató de que dentro de la manga de su vestimenta medieval llevaba un objeto puntiagudo. Llegó a su altura, le puso la pistola en la sien y le ordenó:

—¡Arrodíllate, maldito!

Tiburcio lo dejó hacer como si él fuera dueño de la situación. Cuando el policía se volvió para hablarle a Remedios, el hombre dorado aprovechó para sacar su daga de la manga y cortarle la muñeca. La pistola salió volando hacia el trono y Manolo se echó mano al muñón, aullando de dolor. Entonces Tiburcio le pinchó en la rodilla y el hombre perdió el equilibrio y cayó al suelo.

El sueño de Manolo

—Este matrimonio no llegará a nada. Tu odio hacia la gente lo hace todo más difícil. Ya sé que Tiburcio me violó y que además la cagué en el juicio. Pero eso no tiene nada que ver con nosotros. No hemos sabido querernos. Tú no

pones fin a la aventura con tu compañera y yo no dejes de tener sexo con los chicos del gimnasio. Eso no es un matrimonio, Manolo. Lo único que nos une es nuestra hija. Y poco a poco la estamos perdiendo también.

Manolo tenía la vista fija en el suelo; las maletas ya estaban hechas. Después del juicio, María Pérez abrió los ojos y le plantó cara a la realidad. Hizo el equipaje y se fue para siempre. Manolo pensaba que ya no la quería, pero cuando se abrió aquella puerta por última vez sintió un vacío eterno en su interior. El odio se adueñó de él. Se levantó con manos temblorosas, fue al salón y se dirigió al mueble bar, sobre el cual reposaba la foto de su boda. La admiró por última vez antes de romperla en mil pedazos. Luego respiró profundamente, saboreando la decepción. Sabía que había fracasado como marido, y tendría que aprender a perder para ser un buen padre. En pocas semanas su matrimonio y su trabajo se habían esfumado. La misma persona le había arrebatado todo lo que le mantenía vivo.

Al día siguiente le dieron otra mala noticia: su hija llevaba desaparecida varios días, y su mujer no estaba allí para apoyarlo. Las horas pasaban sin sabor a nada. Cuando amaneció de nuevo hallaron, en la rotonda que había antes de bajar a la avenida de Jandía, los cuerpos sin vida de sus dos amores, su mujer y su hija. Su pequeña Eva tenía el rostro quemado. El asesino había disfrutado arrancándole la existencia. Abrió los ojos de nuevo, dándose cuenta del abismo en el que estaba.

Tiburcio, tocado con su capa, colocó tres lanzas cerca del trono. Su madre, Remedios, lo miraba con ojos cansados. El hombre dorado tenía a una nueva presa clavada en la cruz. La mano que le había cortado se la ató con una soga, y la otra se la clavó con un clavo. También las piernas, que previamente le había entrecruzado. El policía estaba crucificado a la espera de su sentencia.

El rey no iba a tolerar ningún desafío más. Se acercó al prisionero y lo observó desde su posición de poder. Luego se alejó unos pasos y tomó una de las lanzas, la elevó en el aire y justo cuando el crucificado empezaba a abrir los ojos, la lanzó con toda su furia. Se le clavó en el muslo izquierdo; no había sido un golpe certero. Remedios no aguantó formar parte de esa escena, así que se levantó de su silla y se fue. El hombre dorado estaba tan concentrado en su papel de verdugo de su exsuegro que no le hizo caso.

Remedios se ocultó en el pasadizo secreto que llegaba hasta el mar del norte. Antes de darse a la fuga llamó a la policía: hablando con el detective John Barton y le contó lo que había sucedido.

John tomó su gabardina y salió apresuradamente. Eva Pérez lo había llamado desde la mansión para informarle de que Tiburcio tenía a su padre, que lo había colgado en una cruz y le quedaba poco de vida. No estaba seguro de llegar a tiempo para salvarlo, pero iba a pillar al chófer diabólico con las manos en la masa. Se puso el sombrero, agarró su pistola y avisó a todas las unidades, incluido el helicóptero. Aquel era el asesino más despiadado que había conocido nunca. Y no estaría solo, su familia lo acompañaría para defenderlo. Tendría que arrestarlos a todos.

John salió a la calle lo más rápido que pudo, se subió a su Audi A6, con su acompañante al lado, y arrancaron a toda pastilla. Los diez agentes de las fuerzas avanzadas de Alemania ya se encontraban a su disposición, y policías y guardias civiles estaban en camino. A unos veinte minutos de allí se encontraba la mansión del terror. El helicóptero fue el primero en llegar, y alumbró la zona para cerrarle las salidas al asesino. El detective llegó a la puerta de entrada junto a Rocío, que se sentía nerviosa porque aquella iba a ser su primera detención importante; la del camarero no le resultó difícil, ya que ella misma había manipulado las pruebas.

Diez coches de la Guardia Civil rodeaban la mansión, mientras que la policía se concentraba ante la puerta principal. Ya tenían el área controlada, y John quería el privilegio de entrar primero. Los policías alemanes saltaron desde el helicóptero al tejado y extendieron cuerdas por las paredes a la espera de una señal. El detective desenfundó su arma y caminó hacia la puerta principal. Unos policías lo siguieron portando una enorme barra de hierro que serviría para echar la puerta abajo. John contó hasta tres con los dedos, en silencio. Los agentes balancearon el tronco de metal y partieron la puerta en mil pedazos. Al mismo tiempo, las fuerzas alemanas se tiraron desde sus cuerdas, rompiendo las ventanas.

El detective entró en primer lugar y recorrió con la vista el salón, donde se hallaban el depredador y su presa. Tiburcio estaba a punto de arrojarle la última lanza. John le apuntó con su arma, pero el hombre dorado no le hizo caso: lanzó la afilada pica, que impactó de lleno en la víctima. Luego el rey cayó al suelo, rendido. Los agentes alemanes se abalanzaron sobre él para reducirlo; le pusieron las manos en la espalda y le cerraron las esposas. La ambulancia llegó en ese momento y los sanitarios entraron en el salón y procedieron a bajar con mucho cuidado el ensangrentado cuerpo de Manolo Pérez de la cruz. Tenía tres lanzas clavadas, dos de ellas en el torso. Se lo llevaron en camilla.

Capítulo XVIII

El bosque

Después de la tormenta siempre llega la calma. O al menos eso esperaba el detective. El chófer diabólico había sido atrapado al fin con las manos en la masa. Durante unas horas se sintió feliz. La noticia corrió por todo el mundo, no hubo cadena de televisión que no la contara. En Alemania quedaron satisfechos con la impecable intervención. Es cierto que había muerto bastante gente, pero eso ya no se podía solucionar, y lo importante era que el hombre dorado no volvería hacer daño, pasaría su vida entre rejas.

Aunque el sol brillaba con fuerza afuera, las luces de la comisaría estaban apagadas y el detective caminó por un pasillo largo y oscuro, protegido por su gabardina y su sombrero. Sabía que aquellos eran momentos de gloria. Tiburcio estaba en la sala de interrogatorios, esposado a la mesa; aunque hubiera sido derrotado, el hombre dorado irradiaba sensualidad, seguía poseyendo esa extraña energía que se transmitía a las mujeres. Pero John no se sentía intimidado porque ese poder no le valía de nada con los hombres. La gorda con uniforme le abrió la puerta. En ese momento no había allí más autoridad que él: las fuerzas policiales locales permanecían en Costa Calma, y Rocío se hallaba en el bosque de la mansión, acompañada de maquinaria y un equipo de obreros para desenterrar los cadáveres de los pobres ancianos.

Tendrían que arrancar los árboles y los huesos seguramente aparecerían entre las raíces, con lo que se verían obligados después a recomponer los cuerpos como puzles. Pero era importante que el cementerio de Remedios saliese a la luz. John calculaba que encontrarían unos cincuenta esqueletos. Mientras caminaba por el pasillo, pensó que habían cogido la cola de la serpiente, pero les faltaba la cabeza: de Eustaquio y Remedios no había señales de vida. ¿Dónde se habrían metido? Si habían logrado huir con todo el dinero que les robaron a los pobres pensionistas sería difícil dar con ellos. Por eso mismo se disponía a interrogar a ese hombre enfermo que había pasado de las violaciones a la tortura. Ya estaba frente a él: su pelo rubio como el oro se hallaba manchado de sangre. En la sala se respiraba un aire abrumador.

—Hola, Tiburcio.

—Hola, detective. Debo felicitarle, hoy será su gran día.

El detective se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa. Se sentó justo enfrente de su interlocutor.

—Sí, así es, hoy es mi día de gloria. Llevábamos más de un año detrás de ti. Aunque sabía perfectamente quién eras, no podía darte caza hasta que las pruebas apuntaran claramente a ti.

Tiburcio esbozó una sonrisa ladeada mientras se removía en la silla.

—Al principio me preocupé más de no dejar huellas, pero cuando llevas varios asesinatos te dejas ir un poco. De todas formas, ya deseaba que me pillaran. Estaba cansado de matar y la lista se me iba agotando.

—Ah, ¿tenías una lista?

—La hice sobre la marcha, no estaba apuntada en ningún sitio, solo dentro de mi cabeza.

El detective no quería seguirle el juego; había ido allí con el único objetivo de

obtener información sobre el paradero de sus padres y para que confesara sus crímenes. Cualquier otro asunto podía esperar. John sacó un habano del bolsillo de la gabardina.

—¿Fumas, Tiburcio?

El hombre dorado se quedó mirando al policía.

—No, no fumo. Algo bueno que tengo.

John se metió el puro en la boca y le prendió fuego. Quería tranquilizarse para no entrar en disputa con el asesino.

—Esa lista ya no importa, ya que no vas a poder terminarla. Quisiera saber dónde está tu familia.

Tiburcio pensaba que el detective ya sabría lo que les había sucedido a sus padres.

—Mi familia viajó al más allá.

—¿Cómo que al más allá? —se extrañó John.

Tiburcio dudó si contarle la verdad, pero ya no podía ocultar lo que había ocurrido.

—Una tarde llegué a la mansión. Mi madre siempre salía a recibirme, normalmente con café y unas galletitas con virutas de chocolate que estaban espectaculares. Pero ese día no lo hizo y me resultó extraño. Intuí que algo malo había pasado, mi sexto sentido de asesino me lo reveló, así que fui corriendo al matadero. Ya puede imaginar lo que me encontré.

John le dio una calada larga al puro; no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Qué te encontraste, Tiburcio?

—A mi madre tirada boca abajo, con un corte de hacha en la nuca.

El detective no le creyó. ¿Cómo iba a suceder eso? ¿Tal vez una de las víctimas luchó por su vida? ¿O fue el marido?

—¿Quién le hizo ese corte?

—El loco de mi padre. Resulta que mi madre mató a Caroline Fischer. Ella a veces envenenaba a la gente. Yo lo sabía porque un día, siendo aún un chiquillo, pude ver cómo el señor Benito caía desplomado al suelo. Mi madre me dijo que estaba dormido, que se sentía muy cansado; y yo, que no tenía ninguna maldad, me lo creí. Pero al caer la tarde, cuando la luna se pone sus zarcillos de coral y los vampiros salen para alimentarse, vi a mis padres arrastrando una bolsa negra del tamaño de un hombre: mi madre lo sostenía por las piernas y mi padre por la cabeza. Lo cargaron hacia el bosque. Bueno, lo llamo bosque por ponerle nombre, pero en aquellos días no había ninguna palmera. Por la ventana divisé cómo introducían al señor Benito en unas de esas zanjas que habían abierto los del Ayuntamiento. Mi padre cogió una pala y empezó a cubrir el cuerpo con tierra. En esa época mi madre todavía llevaba la residencia del señor Benito, la que había fundado para los viejitos. Fue una locura que las familias metieran a sus seres queridos allí. Mi madre siempre intentó ocultarme lo que ocurría, pero yo era un niño listo. En realidad, pienso que los seres humanos nacemos siendo buenos, y que es a lo largo de nuestra vida cuando el chip de la memoria se nos va cargando de maldades. El mío se llenó bien pronto de asesinatos cometidos delante de mis ojos. Ahora soy un criminal despiadado, en eso me he convertido, y lo veo como algo normal.

—¿Cómo sabes que tu madre mató a Caroline Fischer?

—Se la encontraría en la casa de alquiler mientras ella recogía sus pertenencias. Seguro que le llevó café y galletitas. Caroline se bebería el café, que es donde mi madre ponía la droga, así que al menos tuvo un final dulce.

—¿Cómo te enteraste de eso, si cuando llegaste tu madre ya estaba muerta?

—Sinceramente, yo ya me lo olía. Por la noche los cadáveres de la pareja descansaban en el congelador del matadero, pero su bebé estaba vivo. Mi madre sacó leche de las tetas de Caroline y se la dio con el biberón, pero a medianoche volvió a despertar llorando, y mi padre carecía de paciencia. Mi madre intentó callar ese llanto, pero era imposible; la leche materna es la mejor y su madre estaba ya en el otro mundo. Cuando se acabó el biberón de la leche buena, el bebé quería más, pero no quedaba. Así que mi padre agarró al bebé lloroso y se lo llevó al bosque...

—¡Ohhh! —exclamó John—. Dios mío... —El detective no pudo evitar que la angustia lo recorriera por dentro—. Prosigue, por favor, Tiburcio.

El chico se quedó observando al detective, que estaba muy afectado por lo que le contaba.

—Pues se lo llevó al bosque arrastrando su formidable hacha. Ya se puede imaginar cómo terminó la cosa: lo mató sin ningún escrúpulo. Se deshizo de él porque su madre ya estaba en el otro mundo.

El detective se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Con los dedos índice y corazón se restregó los ojos intentando aclarar sus ideas.

—¿Qué vio tu madre en el matadero para que tu padre la golpeará?

Tiburcio miró al suelo, avergonzado.

—Mi padre estaba obsesionado con Caroline Fischer. Incluso muerta quiso tener sexo con ella. Así que fue al matadero, abrió el congelador, sacó el cadáver, lo apoyó en la camilla de hierro, se subió encima y la penetró. Mi madre lo pilló en plena acción. Supongo que le daría tanto asco que le recriminó su comportamiento. Luego se daría la vuelta, muy enfadada, y mi padre aprovecharía para hacerse con el hacha y golpearla con rabia. Luego volvería en sí y se daría cuenta del desastre que había provocado. En ese

momento no pudo hacer nada más que huir a la mansión, meterse algunas rayas de cocaína y beber alcohol. Cuando llegué del trabajo me di cuenta de la catástrofe. Enfurecí como un loco, sacando mi instinto asesino. Entre a la mansión y tratamos de darnos caza entre los dos. Yo llevaba mi máscara de cerdo y mi padre la de macho cabrío. Seguramente no deseaba verme el semblante, ni yo a él. En la oscuridad de la habitación pude advertir su aliento putrefacto en mi cogote. Eso fue lo que me salvó. Me agaché esquivando el golpe y tomé ventaja. Luego estiré mi machete y acabe con su vida. Me lo jugué todo a una sola carta, y gané.

El detective estaba acostumbrado a tratar con psicópatas, pero aquello lo superaba. No era solo uno, era toda la familia.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En el congelador del matadero. Allí los hallarán.

Tiburcio resoplaba como si estuviera afectado.

—Cambiemos de tema, háblame de Elisabeth Meyer —le pidió Barton.

El hombre dorado entrecruzó los dedos. John dio otra calada a su puro y tiró la ceniza al suelo.

—Elisabeth Meyer... hummmm, la ricitos de oro. Me encantó nada más verla entrar por la recepción. Iba pidiendo guerra, como esas otras alemanas jovencitas que vienen de vacaciones. Yo sabía que caería en mis redes, pero no deseaba matarla. Lo que ocurre es que la policía estaba muy cerca de resolver el caso, así que tuve que hacerlo. Aunque yo no di el golpe final, lo hubiera hecho de todas formas.

—¿Quién dio ese golpe final?

—Al principio lo pasamos genial, fue una fiesta brutal. Hicimos un trío en medio del mar. Aún pienso en ella, suelo soñar con esos momentos de placer.

Elisabeth tenía experiencia, no era como las vírgenes.

Tiburcio detuvo su confesión en ese punto; no sabía qué consecuencias tendría para él asumir esa muerte, ya que Ramiro estaba entre rejas por el mismo asesinato.

—No le diré quién fue, y tampoco si tuve algo que ver.

John ya esperaba que actuara así; normal, para un crimen del que se podía librar... Tiburcio no era tonto.

—Tiburcio, estás de mierda hasta el cuello. Te puedo buscar una salida, pero solo si confiesas todo lo que necesito saber. Entonces te mandaremos a un manicomio y no tendrás que ir a la cárcel. Allí te tratarán bien, podrás salir más al patio y sobre todo no tendrás que aguantar a los otros presos, que como sabes odian a los violadores.

El hombre dorado se lo pensó mejor. Sabía que en la cárcel lo iba a pasar fatal.

—La verdad es que no fui yo. Terminamos de beber, de drogarnos y follar, y como la italiana quería hacerse un hueco en la familia, tuvo que pasar una prueba. Ella fue la que cogió el cuchillo y le cortó la yugular a Elisabeth Meyer.

—¿Quién es la italiana?

Tiburcio enderezó la espalda en la silla de hierro.

—Es Martina, una compañera de trabajo.

El detective no se esperaba ese giro. Pensaba que la familia Schmidt era culpable de cada uno de los asesinatos.

—¿Dónde está? —preguntó John.

—Voló al más allá —dijo Tiburcio sonriendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No, es broma. No sé dónde está. Quizás haya vuelto a Italia.

John sacó una libreta pequeña de su bolsillo y la abrió por donde tenía anotado el nombre de Elisabeth Meyer. Lo tachó.

—Bueno, sigamos. ¿Inga y Nina? ¿Qué pasó con ellas?

—Inga, ¡ooooooooohhhh!, la dulce Inga. Me hubiera gustado tener más sexo con ella. Aquella noche fue brutal. La morena de ojos verdes vino al cuarto de baño cuando yo estaba meando, y me cogió la polla, pidiendo guerra. Lo hicimos como dos animales; me deje llevar por mis bajos instintos, y cuando la tenía a cuatro patas, apoyada sobre la bañera, se la metí por el culo. No podía parar de tanto placer. Pero entonces se me fue la olla, vi el bloque de mármol que tapa el mecanismo de la cisterna y pensé que era mi oportunidad. Lo cogí y comencé a darle golpes con él. Me trastorné tanto que me corrí en medio de aquel desastre. Cuando me di cuenta de lo que había hecho... me dio un poco de asco tener que limpiar semejante destrozo.

John sufrió una arcada que casi le hace vomitar. No sabía cómo aquel loco disfrutaba de esas experiencias; de hecho, lo pasaba en grande. El detective volvió a respirar profundamente, tratando de digerir la información. No dejaba de fumar de manera compulsiva.

—¿Por qué la mataste? Ella deseaba estar contigo.

—Eran cosas de mi viejo. Él quería tener sexo con Nina y ella no se iba a dejar, así que la drogó para que fuera más fácil. Inga también estaba drogada, si no, no habría sido tan lanzada. El viejo controlaba bien las dosis, era un experto en drogas. Si no la hubiera matado yo, lo habría hecho él. Y a mí también me habría eliminado.

—¿Planeabas esas cosas para tener contento a tu viejo?

—Así no peleaba en casa; si se drogaba o tomaba alcohol y no había chicas por allí, le daba por pegarle a mi madre, y yo no quería verla sufrir. Y si me metía en medio, todo iba a terminar mal.

John seguía atendiendo con asombro al relato de aquel personaje.

—¿Inga fue la primera?

—La primera muerte, sí. Tuve que drogarme y beber alcohol para lograr hacerlo, pero luego lo disfruté. Mi padre me había enseñado, ensayando con los animales. Maté bastantes cochinos y cabras. Es similar.

—¿Qué pasó con los padres de Caroline?

—Cuando ella huyó a Alemania después de que la violáramos, sus padres se quedaron aquí. Ellos no sabían nada del asunto, así que los llamó y se lo acabaría contando, supongo. Mi viejo estaba en el porche tomándose una copa de vino cuando apareció el señor Fischer pegando gritos. Se abalanzó sobre mi viejo y le pegó unos cuantos puñetazos. Cuando ya lo tenía bajo su control, llegó su mujer a separarlos, así que el señor Fischer se dio la vuelta y le dio ventaja a mi viejo. Este cogió una piedra y se la lanzó; los cabreros tienen muy buena puntería, así que le impactó de lleno en la cabeza. El resto ya lo sabe: mi padre violó a la mujer y luego los mató a los dos.

—Pero el señor Fischer no murió por el golpe, alguien le cortó el cuello con un arma blanca.

Tiburcio se contrajo por un momento; aquel detective era más listo de lo que había pensado.

—Mi viejo me pidió que me deshiciera de los cadáveres, así que los subí en la pala del tractor para llevarlos al congelador. Cuando estaban arriba, pude observar que la cabeza del señor Fischer sobresalía por encima de los dientes de la pala y se movía. Se tiró de dos metros de altura, cayó al suelo y,

buscando ayuda, tuvo la mala suerte de dar conmigo. Cogí un cuchillo y le rebané el pescuezo como si fuera un puerco.

John se dio cuenta con horror de que Tiburcio hablaba de sus víctimas como si fueran animales.

—Las Müller, ¿qué pasó con ellas?

—¡Oooooohhhh! Cómo me ponía Sophia... Me tenía chiflado. Y su madre también. Mi viejo, nada más verla, se quedó prendado de ella, así que me llevé a Sophia a pasear por el lago. Pero cuando intenté tener sexo con ella me rechazó. Odio que me rechacen, inspector, así que ella misma se lo buscó. La violé con gusto, atándola a las cuatro esquinas de la cama, como si fueran los puntos cardinales. Cuando acabé cogí el arado y le propiné varias estocadas, quitándole la vida. De ese momento no me arrepiento.

John volvió a ponerse las gafas y el sombrero, tomó otro habano y lo encendió.

—¿La madre consiguió escapar?

—¿La madre de Sophia?

—Sí, la señora Müller.

—Sí, ella se escapó. Mi viejo la drogó, pero ella vomitó la sustancia, y lo dejó que la penetrara y se desahogara. Después logró huir y corrió en busca de su libertad. Casi lo consigue, pero mi viejo me avisó de la cagada que acababa de cometer, así que me subí en la furgoneta del trabajo, que ese día me había llevado a casa. Conduje todo lo velozmente que pude y al llegar comprobé que aún no había cruzado por debajo del puente, así que pude pillarla entre la tierra y el asfalto. La atropellé y le di un golpe bestial con el parachoques en la cabeza. Su cuerpo pasó por debajo de todo el encadenado del vehículo, la furgoneta saltó sobre ella como si hubiera cogido un badén.

Después me bajé y cogí el cadáver de la señora Müller, que había dejado una enorme mancha de sangre. Eso no podía limpiarlo, así que simplemente le eché un poco de arena por encima y me marché.

En esa habitación se respiraba ya demasiada tensión. John intentó calmarse para no darle una paliza a esa bestia.

—Vamos a dejar el interrogatorio para otro día. Ya he recibido bastante información. Ahora mi compañera te llevará a la celda y en unos días saldrá el juicio. Mañana volveré a verte.

La gorda con uniforme entró en la sala de interrogatorios.

El lienzo con la imagen del matrimonio Schmidt había sido rajado con un tajo de machete y descolgado de la pared; en su lugar se hallaba un trozo de tela con un corazón bordado con las iniciales “T” y “E”. El detective supuso que significaban Tiburcio y Eva. Pero no fue la italiana quien lo hizo, ni Tiburcio tampoco. ¿Quién sería entonces? El hilo utilizado era de pelo humano. Quizá fuese obra de alguna víctima de la familia Schmidt. John se guardó el trozo de tela en el bolsillo de la gabardina y siguió caminando por el salón. Apagó las luces y cerró las enormes cortinas, con lo que la estancia quedó a oscuras. Ya no estaban allí ni el sofá orejero ni los sillones; Tiburcio había sacado los muebles al porche. El detective vertió luminol por la moqueta, y cuando el líquido entró en contacto con la sangre aquello se iluminó como una feria de pueblo. Las luces verdes brillaban por doquier: allí habían perecido unas cuantas personas. Sacó fotos y tomó huellas; todo eso sería muy útil por si Tiburcio mentía en el juicio.

Luego se fue al cuarto de baño, lugar donde según el hombre dorado había ocurrido la escena con Inga. Hizo la misma operación y dio positivo por todas partes. John lo tenía todo mucho más claro; solo le restaba encontrar los

cadáveres que le faltaban. No se había tragado la historia de los padres, sabía que ellos debían de seguir con vida; no creía capaz al chófer diabólico de asesinar a su propio padre. Pero nunca se sabe, así que registró el resto de la mansión y no halló nada destacable. Al entrar en la habitación del matrimonio descubrió una puerta que daba a la antigua residencia de ancianos. Decidió entrar allí: había varias mesas distribuidas por lo que parecía un comedor. Siguió adelante, atravesando la zona de juegos, y entró en el dormitorio común, donde había más de cincuenta camas alineadas en dos filas enfrentadas. En aquel lugar se respiraba un completo abandono. Tomó su cámara e hizo todas las fotos que pudo. Los comentarios que circulaban por el pueblo eran reales: aquello había existido de verdad. Siempre lo había sospechado, pero a veces cuesta aceptar las cosas.

Salió de la tenebrosa mansión y se dirigió al jardín, donde su compañera seguía junto al equipo que desenterraba las palmeras. Al llegar no pudo creer se lo que contemplaban sus ojos: más de cincuenta esqueletos recompuestos descansaban sobre la hierba. Las palmeras estaban en los camiones, dispuestas para llevárselas y trasplantarlas en otro lugar. Aquello era un auténtico cementerio. Remedios había ganado por goleada a su marido y a su hijo. John se aproximó a su ayudante y se sentó junto a ella.

—¿Te lo puedes imaginar, Rocío?

—Ni en las novelas de Stephen King...

Los dos inspectores habían hecho los deberes, pero aún les faltaba la última asignatura: la familia Schmidt estaba incompleta. A nadie se le había ocurrido registrar la iglesia. Los expertos se limitaron a armar los esqueletos para poder entregar los restos a cada familia. Pero no iba a ser una tarea fácil.

Capítulo XIX

Las manos de Tiburcio

«No sé por qué, pero hay veces que las manos me protegen; y otras veces me hacen sufrir», pensó Tiburcio.

Había intentado, una y mil veces, controlarlas, pero siempre le superaba la tendencia natural de depredador que le desgastaba por dentro. No podía evitarlo, sus manos siempre se acababan apoderando de su alma y lo conducían a los abismos del averno. Unos le llamaban “chófer diabólico”, y otros opinaban que descendía del mismo Satán. Sabía perfectamente que tendría que cumplir condena por culpa de sus manos, que habían asfixiado a tantas víctimas inocentes. El depredador en que se había convertido se aferraba a los pescuezos de las muchachas como si fuera un león presionándole la tráquea a un búfalo. Su alma nunca quedaba saciada, siempre estaba lista para la batalla. Y sus adversarias eran mujeres inocentes que solo deseaban llevarse el recuerdo de una noche agradable. Pero él las hacía descender a los precipicios más insondables. No era culpa de sus manos, aunque a veces pensaba que sí lo era. Es cierto que el cerebro mueve las extremidades, pero cuando se hallaba en medio del acto sexual no podía evitar sentir que eran ellas, sus manos, las que tomaban el control.

Su madre ya se lo había advertido cuando lo encontró, a la edad de doce años, sobre una de sus primas. La pobre gritaba de angustia y tenía esa mirada asustada que luego tantas veces contemplaría. Ella era de su misma edad y los pezones ya le abultaban en el pecho. No pudo evitar sentirse atraído por la

chiquilla; le daba exactamente igual que fueran familia. Se marcharon juntos al dormitorio, a jugar a los médicos, y sus manos tomaron el control: le rodeó el cuello y apretó con tanta fuerza que las venas se le hincharon como a los cantaores de flamenco. Él se dejó llevar por el imaginario sonido de una guitarra, al compás de unas bulerías. De pronto, un sexto sentido le advirtió que su madre se hallaba sobre él. La mujer empezó a darle golpes con el palo de la escoba, intentando calmar la furia que se había apoderado de su voluntad. El chico no sabía aún de dónde habían salido esos genes, si en su familia había existido algún psicópata con unas manos tan poderosas como las suyas.

Su prima salió corriendo sin mirar atrás. De eso hacía muchos años, y no había vuelto a saber nada de ella, tal era miedo que le habían provocado sus dedos hundiéndole la nuez con tanta furia. Estuvo a punto de exhalar su último aliento.

A veces sentía miedo de sí mismo. Intentaba evitar la conexión de sus manos con su cerebro, que era lo que activaba al bárbaro que llevaba dentro. Había querido cambiar eso con las distintas relaciones que había tenido. Pero en el fondo tenía que admitir que sus manos gozaban apretando los cuellos de aquellas pobres presas que habían pasado por su lecho.

A lo largo de su vida había pasado por la consulta de muchos psiquiatras. Había pensado incluso en cortarse las manos, pero de que le serviría: siempre acabaría buscando la manera de hacer daño. No le bastaba con someter a las mujeres; deseaba que sus dedos se entrecruzaran sobre ellas con una fuerza catastrófica; le complacía enormemente contemplar esos ojos saltones deseando salirse de sus órbitas.

«¿Cuál de mis manos es mi preferida? No sé, simplemente ellas hacen al asesino que llevo dentro».

La gorda con uniforme le puso las esposas y lo condujo a la celda. El hombre dorado también sabía sacar lo peor de las personas, así que decidió poner a la agente contra él; sería una buena forma de intentar escapar. Al avanzar por el pasillo se percató de la existencia de un extintor: buen objeto con el que golpear en la cabeza. Ya era tarde y la comisaría estaba vacía. Los agentes llevaban varios días trabajando sin descanso, y los alemanes habían regresado ya a su país tras cumplir con éxito su misión; allí les esperaban unas cuantas medallas por los servicios prestados en España. Tiburcio aprovechó la ocasión: sabía muy bien que aquella gorda se dejaba provocar a la mínima. Tenía que intentar que le pegara. Probó a gritarle:

—¡Hipopótamo!

La mujer lo arrastraba tirando de las esposas. Se sentía superior a él y al principio no le hizo ni caso, pero el hombre dorado insistió; sabía que era cuestión de tiempo.

—Hipopótamo de mierda. ¿Ya has conseguido macho para aparearte?

La gorda tiró de él hasta situarlo frente a su cara.

—¡Mira, violador de mierda!, ¿quieres que te ponga en tu sitio?

El hombre dorado sonrió: ya la tenía donde quería. Las llaves de las esposas le colgaban del cinturón. Acumuló bastante saliva en la boca y se la lanzó con fuerza. El escupitajo le impactó en todo el ojo. La gorda se echó hacia atrás, agachando la cabeza, y Tiburcio aprovechó para apoderarse de las llaves. Mientras ella se recomponía, el hombre dorado se deshizo de sus cadenas, lanzó las esposas al suelo y se dio media vuelta para salir al pasillo. La gorda emergió de la celda con la porra desenfundada. En fuerza le ganaría ella, pero la velocidad era de Tiburcio. La mujer le ordenó:

—¡Detente, maldito violador!

Pero nada más salir al pasillo, el hombre dorado ya tenía el extintor en las manos y el dedo puesto en el mecanismo: presionó fuertemente y salió de él un humo gris. La agente se lo tragó todo, los ojos se le inundaron de polvo y no veía nada. El humo anegó el pasillo. Tiburcio ya la tenía a su merced. Le propinó varios golpes en la cabeza con el extintor y la gorda, antes de caer al suelo, lanzó varios golpes al aire con la porra. El hombre dorado dio unos pasos atrás y después volvió a golpearla, aunque con menos fuerza, y la policía aprovechó para defenderse y logró darle un porrazo en el brazo. Aún seguía viendo borroso, y cuando logró abrir del todo los ojos el extintor ya venía de frente; le golpeó en la sien y la dejó fuera de combate.

El hombre dorado le arrebató la porra y siguió golpeándola hasta que la mató. Aun así, soltó la porra y comenzó a presionarle el cuello; quería saciar su hambre de venganza. Apretó los dedos todo lo que pudo, hasta que la gordita exhaló su último aliento. El pasillo quedó lleno de sangre. Tiburcio agarró tranquilamente las llaves del vehículo policial que la mujer llevaba consigo y se marchó en busca de su libertad. Sus manos, como siempre, le acompañaban.

El sol emergía por el horizonte, sobre el mar. Tiburcio había dejado el coche de policía en la cima de la montaña de arena. Fue bajando por la duna, enterrándose las piernas. El mar del norte rompía sus olas con furia en la orilla. Tiburcio iba a sacrificar al detective, era la última presa que le quedaba por cazar. Tenía pensado atarlo a un tronco y poner paja a su alrededor, para cuando la prendiera el fuego se propagase con rapidez, igual que quemaban en la Edad Media a las brujas. Llegó a la puerta del pasadizo y se internó en él. Llevaba la camisa empapada de la sangre de esa gorda uniformada, gracias a cuya muerte pudo escapar de prisión.

Antes de adentrarse en el sombrío pasadizo se detuvo un instante a contemplar su obra de arte, construida enfrente de la puerta: ella le seguía ayudando;

mientras estuvo entre rejas, se había preocupado de avanzar en el trabajo, y la paja rodeaba la estaca de madera que se recortaba sobre el horizonte. El detective podría contemplar el mar iluminado por el sol mientras el hombre dorado lo torturaba. Buen trabajo, pensó; ya solo debía atrapar a ese hombre, y no sería difícil, porque seguro que lo andaba buscando.

El pasillo se le hizo más largo esta vez; estaba muy oscuro y no tenía nada para prender las antorchas. Además, el calor era insoportable conforme descendía a lo más profundo del subsuelo. Fue tanteando el ancho de la cueva con los brazos abiertos, y con las manos palpaba las piedrillas incrustadas en las paredes. El hombre dorado caminaba por el averno para poder llegar a su mansión. Aún le quedaban cosas por recoger; por ejemplo, el baúl, que quería llevarse a su nueva vida. Tenía pensado montar una secta para poder seguir poniendo en práctica su maldad y difundir por el mundo el legado de la familia Schmidt; sería una especie de nueva iglesia en la que se llevarían a cabo rituales satánicos y orgías con sus fieles. Mientras caminaba por el pasadizo, la imaginación de Tiburcio volaba muy lejos de allí.

De pronto, vislumbró un rayito de luz a lo lejos; ya tenía un camino claro que seguir, sabía que no iba a perderse en la oscuridad. Pero era fundamental que mantuviese la calma, que no se agobiara. Sentía como si el túnel se fuera haciendo más estrecho, como si las paredes se fueran a caer enterrándolo en vida. Pero el hombre dorado era consciente de que debía aguantar hasta llegar al cuarto secreto de la mansión, donde le esperaban todos sus tesoros. Luego se marcharía. No sabía si el detective estaba allí, pero si así fuera haría lo posible por capturarlo.

Las noticias

«Buenos días, Canarias.

Por fin se ha detenido al chófer diabólico. Esa bestia se encuentra entre rejas. El detective Barton y la inspectora Santiago están en estos momentos registrando la mansión de los Schmidt. Del bosque que hay en la finca se han sacado hasta ahora unos cincuenta esqueletos que pertenecen a los ancianos que vivieron allí. Aún no se conoce el número exacto de víctimas, pero entre toda la familia Schmidt acumulan sesenta y cinco más o menos. A lo largo de su vida no han dejado otra cosa que muerte y destrucción. Por el momento se ha conseguido detener a Tiburcio Schmidt, pero sus padres siguen en paradero desconocido. Desde aquí hacemos un llamamiento a la población: si saben algo de ellos, no duden en llamar a las autoridades. En sus pantallas pueden ver las imágenes del matrimonio Schmidt: Remedios y Eustaquio. Por favor, si los ven acudan a la policía. Son personas muy peligrosas.

Desde la televisión canaria les mandamos un saludo y les deseamos buen día».

John

Aquella mañana, cuando fue a la comisaría de Costa Calma, los compañeros de Rocío Santiago dieron la voz de alarma: Tiburcio había matado a golpes a la policía Inés Trujillo y había huido. El arma del crimen estaba tirada junto al cadáver. Los agentes no entendían cómo se había podido deshacer de las esposas; supuestamente le había quitado las llaves del cinturón, había abierto la cerradura y luego atacó a la mujer. John no pudo empezar el día peor: había capturado al asesino en serie más buscado de España, y cuando iba a llegar el momento de llevarlo a juicio, se escapaba. Pensó que lo más importante en ese momento era que la prensa no se enterara de semejante cagada; habría que trasladar el cuerpo de Inés Trujillo al laboratorio del forense sin que nadie sospechara nada. Llamaron, pues, a una ambulancia para que se la llevaran; sería menos sospechoso que si aparecía un coche de la funeraria por allí.

El detective ya tenía a todos sus efectivos desplegados por los terrenos de la mansión. Él se dirigió a la biblioteca porque sospechaba que algo importante se ocultaba en esa sala. Recorrió los libros uno a uno, tratando de detectar alguna anomalía que lo condujera al lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los padres de Tiburcio. De pronto se fijó en un archivador de cinco cajones, todos ellos cerrados con llave. John no dudó en romper las cerraduras. En el primer cajón encontró muchos documentos; los sacó y se sentó a leerlos con detenimiento.

Allí estaban los datos de las víctimas de la residencia de ancianos: nombres completos, números de cuenta y lo que cobraba cada uno de pensión. Ya podían poner nombre y rostro a los huesos hallados en el bosque. Más de cincuenta dossieres había en ese cajón. Por la cabeza del detective pasó en un momento todo el macabro plan de Remedios Schmidt: los mató a todos pero fue capaz de ocultar sus actos enterrando a las víctimas en el jardín de su casa; mientras, ella seguía cobrando las pagas de todos. Tenía una obsesión con el dinero, pero su hijo seguro que no sabía nada, porque si no, no se entendía que el chico tuviera un empleo normal, como chófer de hotel. Ella no querría compartir esa información con su hijo tal vez porque deseaba ocultar a la asesina que llevaba dentro y así evitar que su hijo lo fuera también. Pero el caso es que el padre sí dejó su huella en el muchacho, que empezó a seguir su criminal ejemplo. Era posible que Tiburcio le hubiera contado la verdad, que su padre mató realmente a su madre y él no tuvo otra opción que asesinarlo a su vez; se podría decir que se autodestruyeron.

Por otro lado, lo más probable era que el chófer estuviera refugiado en algún lugar de la mansión: el aeropuerto estaba cerrado y bajo control todos los barcos que partían del muelle; no tenía opciones para abandonar la isla.

En esos pensamientos estaba cuando se percató de que uno de los libros de la

amplia estantería de madera sobresalía más que el resto; el volumen se encontraba a media altura, justo al nivel de sus ojos. A esa hora las fuerzas del orden ya habían abandonado la casa; el sol hacía rato que se había ocultado. John no quiso molestar a sus compañeros llamándolos de nuevo, así que se acercó al libro y al sacarlo de su sitio la pared cedió y en el fondo de la estantería una cerradura quedó al descubierto; ¡allí había una puerta! El detective intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Bueno, daba igual si provocaba desperfectos en la mansión: tomó su arma reglamentaria y disparó varias veces sobre la cerradura; la puerta se partió por varios sitios y se abrió muy despacio, pero haciendo un ruido estremecedor. Al otro lado reinaba la oscuridad. El detective siempre llevaba una linterna en un bolsillo de su gabardina, como si fuera el inspector Gadget, preparado en todo momento para la acción.

Con la linterna en una mano y empuñando el arma en la otra, caminó muy despacio por la sala que se abrió ante él; no sabía qué le esperaba allí dentro, y solo alcanzaba a ver lo que le mostraba el haz de luz de la linterna. Distinguió una especie de máquinas medievales, instrumentos de tortura como los que usaban los verdugos de la Inquisición. Al parecer, la familia Schmidt se dedicaba a coleccionar esa clase de maquinaria de los horrores, y por eso Tiburcio había torturado de esa manera a sus últimas víctimas.

John siguió explorando aquella estancia desconocida a la luz tenue de la linterna, con la respiración contenida y tratando de no pensar demasiado en lo que estaba haciendo para no ponerse nervioso; si Eustaquio aparecía de pronto con su hacha, le rebanaría el cuello sin preguntar, y si era Remedios la que se presentaba allí, le inyectaría con rapidez alguna droga que le causaría una muerte dulce y placentera. Pero al que más temía era al joven Tiburcio, que ya había logrado escapar de su celda y no le había importado matar en su huida a la pobre Inés. De repente oyó el sonido inesperado de una puerta cerrándose.

Alumbró con rapidez hacia el fondo de la sala y vio que allí había otra puerta. Se acercó a ella antes de que se cerrara por completo y la detuvo con el pie; la puerta se quedó entornada. El detective respiró hondo y se adentró una vez más en lo desconocido; prefirió no pensarlo mucho, porque de lo contrario seguro que no seguiría adelante.

Al cruzar el umbral, un largo túnel se abrió ante él. Estaba repleto de antorchas colgadas sobre la pared, todas apagadas. Quien hubiera pasado por allí antes que él no quería que lo descubrieran. La luz de la linterna alumbraba el largo pasillo. El calor era sofocante, le parecía estar en las entrañas de la tierra; le costaba respirar y empezó a agobiarse. Trató de no pensar en lo que estaba haciendo y se centró en el deseo de acabar con aquella familia; seguro que quien salió por esa puerta era uno de los Schmidt, y John sabía que al final del túnel hallaría la respuesta. Aceleró el paso para culminar el camino antes de llegar a las puertas del infierno. Llevaría como dos kilómetros avanzando bajo tierra cuando la densidad del aire comenzó a cambiar y sus pulmones se aliviaron. Justo entonces divisó una luz al fondo. El aire cada vez era más fresco, así que siguió con fuerzas renovadas.

De pronto salió a la noche estrellada; la luna llena lo alumbraba de arriba abajo. Tomó una bocanada de aire que le supo a gloria. Antes de percatarse de dónde estaba, disfrutó del simple hecho de respirar. La luz de la luna dividía el mar en dos. Respiró hondo una vez más para volver en sí, y cuando lo consiguió se dio cuenta de que frente a él había otro instrumento de tortura de la Edad Media: una montaña de paja ocultaba la base de una enorme pica de madera, un tronco que hacía de pilar de la hoguera. Por su cabeza pasó la posibilidad de que el hombre dorado hubiera preparado aquello para él. Aunque la noche de luna proporcionaba una visión espléndida del entorno, se entretuvo en encender de nuevo la linterna, pero cuando se quiso dar cuenta ya era tarde: el hombre dorado se abalanzó sobre él y le arrebató la pistola y la

linterna. John apenas tenía fuerzas para combatir con un chaval en plena juventud, así que este hizo con el detective lo que le dio la gana: lo lanzó por los aires y le golpeó en las costillas y en la cara. Barton no dejaba de tragar arena. Trató de levantarse, pero Tiburcio lo bloqueó con una llave entre la mano derecha y el cuello. Entonces le pasó las manos por detrás de la espalda y cerró unas esposas sobre sus muñecas. Ya lo tenía a su merced.

El detective se sentía aterrorizado: ese asesino en serie, al que llevaba más de un año persiguiendo, ahora lo tenía sometido. Sabía que figuraba en su lista de objetivos, probablemente incluso era el último para acabar su obra en la isla. Definitivamente, esa trampa mortal estaba preparada para él. Lo había esperado allí para prenderle fuego en aquella atalaya. Moriría quemado, la peor muerte jamás conocida: la piel se le desprendería de los músculos, y estos de los huesos. En cuestión de segundos se marchitaría como una flor en invierno.

El detective se encontraba en posición fetal, tirado al lado de la pira funeraria. Pudo distinguir entonces el rostro de su captor: era el hombre dorado, que brillaba bajo la luz de la luna. Sabía que solo disponía de algunos segundos de margen antes de que el asesino se organizara. Aún no había perdido el sentido, quería ser protagonista de su último aliento.

Tiburcio

El hombre dorado tenía a su última víctima a sus pies. Ya no le quedaba nada para terminar su obra de arte. Había guardado el baúl en el coche de policía. Cuando acabase se iría al aeropuerto adoptando la identidad del novio de la italiana y se marcharía a Alemania. Ella lo acompañaría con la máscara de Martina, la italiana. Su plan marchaba sobre ruedas. Pero ella no estaba de acuerdo, y cuando el hombre dorado se agachó para recoger el cuerpo del

detective, aprovechó para propinarle un golpe en la cabeza con una viga de madera. Tiburcio cayó a la arena mareado, y cuando intentó incorporarse ella volvió a golpearle; esa señora, que llevaba el rostro de su querida madre. Tiburcio perdió el conocimiento y Remedios lo arrastró hasta la montaña de paja y lo subió a la cima, donde lo ató al pilar de madera. Cuando lo dejó todo listo descendió de allí. El detective lo había visto todo desde el suelo. Nunca había sido creyente, pero en ese momento daba gracias a Dios por hacer que aquella señora desconocida le salvara la vida.

Remedios se quitó la máscara y la peluca negra, desvelando con ello su verdadera identidad, la de quien más deseaba vengarse de aquel monstruo que había destruido su vida: Eva Pérez. Después de lograr salir del infierno del pozo, se abalanzó sobre la italiana y le arrebató el cuchillo. Tiburcio las dejó luchar; quería saber si ella era capaz de defenderse. Eva acabó con la vida de la italiana, y antes había ahogado a su propia madre. El hombre dorado se sintió orgulloso de su novia: por una vez en la vida lo comprendía, y él soñó en que su nueva discípula se convirtiera también en una asesina despiadada. Pero se equivocaba: la madre de Eva en realidad se había suicidado, y su padre escapó con vida de las garras del diablo gracias a que ella llamó a la policía para delatar a su “querido” novio. Y ahora era su momento: ató al depredador al pilar de madera y vertió gasolina en su rostro para que se despertara. El hombre dorado abrió los ojos y la luz de la luna alumbró su cabello de oro. No entendía qué había ocurrido; solo pudo quedarse contemplando la venganza de su novia.

—¿Qué haces, maldita loca? Me estás haciendo perder tiempo.

—¿Qué hago? Aquí el loco eres tú. Vengo buscando venganza.

A Tiburcio se le había dado la vuelta la tortilla: ahora él era quien tenía problemas. El detective intentó para aquella locura, pero no pudo.

—Vas a arder en el fuego del infierno, ¡maldito cabrón! —chilló Eva, y se desató de las cadenas que lo amarraban a aquel ser repugnante. Le lanzó una cerilla prendida que saboreó como un dulce manjar la madera; esta ardió rápidamente y alcanzó los pies del hombre dorado, que se iba a volver de bronce. Tiburcio gritó de impotencia, y la mujer a la que había maltratado física y psicológicamente se marchó con todo su dinero y llevando en la boca el regusto de la venganza.

El detective poco podía hacer para salvar la vida de Tiburcio. Contempló las llamas subiendo con fuerza hacia su rostro angelical; la piel se derretía, desprendiéndose de los músculos. El brillo que siempre lo había iluminado se alejaba poco a poco del hombre dorado, convirtiéndolo en bronce. Sus gritos resonaron en la playa desierta, y la luna por un momento se ocultó detrás de una nube, seguro que para no ver tal belleza desvanecerse. De pronto, la pica que lo ataba a la hoguera se partió, dejando libres sus manos. Tiburcio se soltó, descendió de la montaña de fuego y corrió hacia el mar.

Capítulo XX

La iglesia

Los ángeles celestiales abrieron de par en par las puertas del cielo a los fieles. El pastor empujó el portón de la pequeña catedral; sus pies sangraban después de la larga caminata. Al adentrarse en la nave contempló con admiración que había sido restaurada y su apariencia era exactamente igual a la que tenía cuando él era un niño. Pero no sabía que en realidad se estaba

metiendo en la boca del lobo. Nunca había confiado en Tiburcio, pero sí en su madre. El pastor paseó por aquella inmensidad y por un momento se creyó a las puertas del cielo. No intuía el mal que le acechaba. A ambos lados había largos bancos de madera, y al fondo se alzaba Cristo crucificado; esa imagen era la representación del hombre sufridor. Tiburcio había puesto a la iglesia el nombre de Santa Remedios. El techo estaba repleto de imágenes de un cielo por donde cabalgaban los ángeles; en medio de aquel barullo de seres celestiales, una bóveda dejaba penetrar la luz del sol, haciendo que la sala se iluminara por completo en aquel restallante amanecer.

El pastor caminó casi en completo silencio, seguido por su rebaño; no quería romper la magia que reinaba en aquel lugar. A los lados, varias figuras observaban al grupo; parecían tan reales que daban miedo. El aroma a velas encendidas impregnaba el aire. La Virgen María se encontraba a los pies de su hijo, llorando por sus mortales heridas. Tiburcio había hecho un gran trabajo. Los fieles se fueron situando en los bancos de la iglesia, y cuando todo el mundo estuvo acomodado el pastor inició la liturgia.

—Por favor, sentaos. Vamos a darle las gracias a Tiburcio por dejarnos entrar en la casa del Señor.

Respondieron todos a coro:

—Gracias, Tiburcio, por dejarnos entrar a todos en la casa del señor. El reino de los cielos te protegerá.

—Te bendecimos, Tiburcio, por dejarnos realizar este culto. Ya sabemos que no has podido venir por trabajo, pero la ceremonia será grabada y colgada en las redes sociales.

Unas mil personas estaban disfrutando de la misa dominical. De repente, en medio de la calma que reinaba en el templo, surgió una melodía de una caja de música situada cerca de los pies del Cristo. El pastor interrumpió la misa para

ir a apagarla ese ruido, pero cuando llegó a los pies del crucificado se dio cuenta de que era el viejo Eustaquio el que estaba en la cruz. A sus pies, Remedios se encontraba de rodillas, sostenida por una estructura de madera. En el aire flotaba un poco de humo, como el que hay en el interior de una cámara frigorífica; Tiburcio lo había hecho para mantener los cuerpos frescos e incorruptos. El cura no quiso dar la voz de alarma, aunque sintió náuseas al ver a su amiga muerta. La música seguía sonando y en la caja la figurita de una bailarina daba vueltas al son de la melodía. Cuando la musiquita cesó, todas las puertas se cerraron automáticamente, dejando atrapado al rebaño. El pastor se asustó de verdad. Antes de retomar su oración, se acercó al trono, donde se hallaban los cuerpos de Caroline Fischer, de un joven apuesto y de un bebé en el pesebre. Junto a este había también un hombre corpulento con el rostro descuartizado; le habían arrancado la cara. El pastor no podía entender lo que estaba viendo.

El rebaño se mantenía en calma, esperando la reacción de su líder. En ese momento se cerraron unas persianas de hierro, tapando la luz que entraba por las ventanas; lo único que los seguía iluminando era la bóveda del techo. El pastor dudó entre dar la voz de alarma e intentar salvar alguna vida. Llamó a su mano derecha para que intentara abrir esas persianas, pero el hombre seguía paralizado frente al cadáver crucificado de Eustaquio. El gas se activó como un veneno silencioso. El pastor reaccionó cogiendo su teléfono móvil para llamar al detective Barton; tras varios tonos, el inspector descolgó.

—Buenos días, John.

—Buenos días, ¿quién habla?

—Soy el pastor de la Iglesia Moderna. Hemos venido a adorar a Dios a la ermita de los Schmidt, y Tiburcio nos ha encerrado.

El detective no se esperaba que aquella bestia fuera a hacer más daño. Sin

perder tiempo llamó a todas las unidades, a los bomberos y al servicio de emergencias.

—Salimos todos para allá —le dijo a su interlocutor antes de colgar.

El pastor se quedó relativamente tranquilo y regresó al altar para seguir con la misa hasta que llegaran las fuerzas del orden. El rebaño percibió la tranquilidad que su líder les transmitía. Pero a los pocos minutos el gas empezó a hacer efecto y la gente entró en pánico y algunos empezaron a correr por toda la nave pegando gritos y aporreando las ventanas para intentar salir. Pero de nada les sirvió; el hombre dorado había sellado todas las salidas.

Los bomberos fueron los primeros en llegar. Sacaron sus herramientas y consiguieron abrir una brecha en la persiana de acero. Los creyentes se animaron ante la perspectiva de un rápido rescate, pero en realidad no había tiempo: el hombre dorado había estudiado muy bien la situación, y en cuestión de minutos caerían todos muertos; sus almas puras visitarían la casa del Señor.

Los bomberos lograron entrar al fin en la pequeña catedral y se dieron de bruces con multitud de cuerpos esparcidos en el frío suelo de la nave. El gas seguía navegando entre aquellas paredes pintadas con murales celestiales. Más de mil personas yacían en la trampa mortal que había preparado el psicópata de Tiburcio. El último en llegar fue el detective Barton, y no pudo evitar las lágrimas al contemplar aquel desastre. El sol se nubló de un rojo sangre: nadie había sobrevivido. Los servicios de emergencias entraron con varias camillas, pero era inútil, no había nadie a quien ayudar, era demasiado tarde. La muerte dulce los había invadido a todos, a cientos de inocentes que solo deseaban adorar a su Dios. John no pudo imaginar un final más trágico que el de esa iglesia inundada de cadáveres. Se sintió culpable: si hubiera mandado registrar la catedral un día antes, nada de aquello hubiera sucedido. Quién iba a pensar que esas personas iban a entrar allí esa mañana, estando la

zona precintada por la policía. Habían llegado caminaron por detrás de la montaña para que nadie se percatara, tras haber aparcado sus vehículos a cierta distancia; luego peregrinaron descalzos, como se podía ver en sus pies, que sangraban a causa de las heridas provocadas por las piedrecillas del sendero. Llegaron a primera hora de la mañana, cuando no había ningún policía allí.

Aquella iglesia había sido una bomba letal pero silenciosa, había logrado callar a los que clamaban el nombre del altísimo. John se desplomó en el suelo frío, pero al poco tuvo que apresurarse a salir de nuevo, porque el gas venenoso seguía recorriendo la estancia. Las autoridades esperaron a que las bombonas se vaciaran; era peligroso permanecer allí, arriesgándose a que saltara alguna chispa y todo explotara. Llegó un equipo especializado para resolver la situación y los policías tuvieron que esperar en la entrada. Allí John contempló cómo iban sacando los cuerpos uno tras otro; nunca imaginó que aquel hombre fuera capaz de semejante masacre.

No tardó nada en aparecer la prensa. Su nombre se vería manchado un poco más de lo que ya lo estaba. No sabía cómo actuaría ante lo que se le venía encima. Y eso que había logrado detener a aquella bestia por dos veces. Barton se quedó allí plantado, sin saber qué hacer mientras un equipo de personas con máscaras de gas trabajaba a destajo, sacando de allí a aquellas almas inocentes. De pronto vio cómo transportaban afuera una cruz y la depositaban en el suelo de tierra: se fijó y comprobó que el cuerpo crucificado era el del anciano Eustaquio. Lo que le había dicho el hombre dorado era cierto. Al poco sacaron también el cadáver de Remedios. Aquel asesino en serie había superado con creces todo lo imaginable, incluso a sus propios padres. Y ahora mismo yacía en el hospital con el cuerpo quemado, pero había conseguido terminar su gran obra.

Capítulo XXI

El hospital

Manolo se removió en la pequeña cama del hospital. Había escapado con vida de la tortura de Tiburcio. John fue a visitarlo para saber cómo estaba. Aquel hombre parecía de hierro, sus heridas se habían curado muy deprisa; las lanzas habían atravesado bastantes tejidos y habían tocado algún órgano, pero logró sobrevivir. Tal vez tendría que caminar con muletas, pero era un precio bajo para lo que podía haberle pasado.

El detective recorrió los largos pasillos de color azul y blanco y cuando llegó a la habitación del policía este aún estaba dormido y no se percató de su aparición. Pero entonces una enfermera entró con el desayuno, el fornido hombre abrió los ojos y vio a su compañero frente a él. Como siempre, llevaba puestos la gabardina y el sombrero. A pesar de ello, le costó reconocerlo. Estaba hecho polvo, aunque era cuestión de días que mejorase.

—¿Cómo te sientes, grandullón? —preguntó John.

Manolo se incorporó para hablar con su amigo. Después de un año trabajando juntos habían hecho buenas migas. Frunció el ceño antes de contestarle:

—Por fuera destrozado y por dentro aún peor. Pero la vida sigue. Ahora sé cómo te sentías tú la primera vez que te vi.

—En este momento es muy difícil consolarte. Pero mira el lado bueno, sigues con vida. Yo mañana voy a volver a tomar las riendas de mi existencia; me

voy a casar con una mujer que me hace sentir bien.

—Me imagino que yo también lo haré. Esperaré un tiempo y después volveré a reconducir mi vida.

John se acercó a su compañero y le puso la mano en el brazo para darle apoyo moral.

—Tengo una buena noticia: tu hija sigue viva.

Manolo frunció el ceño; no se creía lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo que mi hija sigue viva?

John lo miró a los ojos antes de contestar:

—Cuando perseguí a Tiburcio, él me atacó y logró reducirme. Me ató y tenía preparada una tortura para mí. Ya no tenía esperanzas de salir vivo de allí, pero de pronto apareció Remedios desde la montaña y le pegó a Tiburcio con una viga de madera; él cayó a la arena.

Manolo nunca habría esperado que la madre de Tiburcio defendiera al detective.

—¿Su madre te salvó la vida?

John sonrió antes de aclarárselo.

—No fue la madre de Tiburcio. Tu hija Eva estaba disfrazada de ella. Lo hizo para ganarse al psicópata de su novio.

—¿Eva estaba disfrazada de la señora Remedios?

John asintió con la cabeza.

—Eva tuvo que pasar por todo ese proceso para aprovechar su momento. Y así lo hizo, créeme.

Manolo volvió a fruncir el ceño.

—Entonces, cuando ese hombre me torturó, ¿Eva estaba allí? Remedios se hallaba sentada al lado de ese loco. ¿Por qué no intervino para salvar la vida de su padre?

—Tu hija sabía que no iba a poder defenderte, así que se fue y nos llamó por teléfono. Por eso pude dar la voz de alarma y te rescatamos. Eva fue la que te protegió y te salvó la vida.

A Manolo le costaba entender esa parte de la historia. Su hija había actuado con mucha sangre fría para poder matar a Tiburcio.

—Entonces esperó hasta el último momento.

—Creo que ella vio morir a su madre. Tu esposa se suicidó para que Eva tuviera una esperanza. Tiburcio, al pensar que Eva había sido capaz de matar a su propia madre, la sacó del pozo y admiró su proeza. Después se enfrentó a la italiana y Tiburcio esperaba que perdiera, pero no fue así: Eva emergió de la oscuridad llena de odio y se abalanzó sobre la chica tatuada. La apuñaló hasta la muerte, salvando así su vida y ganándose la confianza de su novio.

Manolo resopló aliviado: su hija estaba viva. Tenía que haber pasado por una situación terrible durante varios días, pero fue para salvar su vida.

—¿Sabes dónde está?

John volvió la mirada hacia su interlocutor.

—Hablé con la seguridad del aeropuerto. Me han dicho que una chica embarazada, de unos veinte años y llamada Eva Pérez había salido del país. Creo que se fue para Argentina. Salió de nuestros dominios para que no la podamos detener, y se llevó toda la herencia de la familia Schmidt. Vivirá tranquila toda la vida porque se cambiara el nombre allí. No sé si la volverás a ver, pero lo importante es que es una superviviente. Quizá también piensa que tú has muerto. Deja pasar un tiempo, ella se pondrá en contacto contigo.

Manolo no pudo evitar que le brotaran unas lágrimas de felicidad. Su nieto estaba dentro del vientre de su hija, y esta había logrado escapar de las manos perversas de Tiburcio Schmidt. También salvó la vida a su padre y al detective John Barton. Gracias a ella lograron cerrar el caso y el depredador probó la tortura medieval que él mismo hacía pasar a sus víctimas.

La boda

Como el detective le había contado a Manolo, tenía una especie de relación con Natalia, la cubana; seguía pagándole sus servicios, pero ya acudía a ella más por satisfacción que por pura necesidad. Le gustaba el trato que le daba y que lo llamara “papito”. Estaba pensando en arreglarle los papeles, ya que una noche, enredados entre las sábanas, ella le contó su vida en Cuba. Resulta que la joven había estudiado Derecho, era una mujer con cabeza que pensaba en su futuro; solo le hacía falta alguien que la ayudara a salir del infierno de la prostitución. John no se lo pensó: ya le habían arrebatado a una familia y no quería que le volviera a suceder. En eso consiste el progreso en la vida: cuando algo se rompe, hay que repararlo. Solicitó los papeles y lo dejó todo listo para firmar en el juzgado de Pájara. Le daría la libertad a esa mujer que lo hacía sentir tan bien. Natalia estaba muy feliz; tal vez no lo quisiera por su físico, pero le gustaba como persona. De cientos y cientos de hombres que habían pasado por su lecho, resulta que John era el único que la había ayudado. Aunque Natalia sabía que ella también lo había ayudado a él; lo sacó del fondo del pozo y volvió a proporcionarle ilusiones.

No querían hacer una boda por todo lo alto, solo asistirían cuatro personas, la pareja y dos testigos; lo justo para tener los papeles y que ella pudiera dejar el puticlub. Ya habían pedido la cita para unos días después. En aquel momento, Natalia solo deseaba ver al hombre que le había salvado la vida.

John dejó su gabardina y su sombrero en la casa donde se hospedaba. Estaba vez se había puesto una camisa blanca de botones que le había regalado la Natalia, la que se iba a convertir en su esposa. Llegaron al juzgado de Pájara, ella muy contenta con su vestido rojo y John en vaqueros, pero muy elegante. Rocío Santiago sería su testigo. Natalia aprovechó la ocasión para traerse a su hermano pequeño desde Cuba: Yamal era moreno, fuerte y una persona muy agradecida. Sabía que aquel momento era especial para su hermana. Ahora podría convalidar sus títulos y buscar un buen trabajo. Ambos sabían que no había sentimientos de por medio, que era una relación por conveniencia, pero el amor a veces es demasiado duro. John solo le pedía que lo tratara bien y no le fuera infiel, aunque fuera el primer año; él tenía claro que era muy difícil mantener a esa mujer en su lecho por mucho tiempo. Pero lo que durara sería feliz. Deseaba ayudarla y a cambio compartir unos años en familia. Hacía tanto que no se sentía atraído por una mujer, que ya ni se acordaba de lo que era dormir acompañado. Pero las personas están hechas para compartir su vida con otras; es complicado querer hacer la guerra cada uno por su cuenta. Cuando tienes a alguien a tu lado, todo te hace más ilusión.

La secretaria del juzgado, una señora entrada en años, leyó un texto e hizo firmar a los cuatro. No tardaron ni media hora en salir de allí con el libro de familia y una sonrisa de oreja a oreja. Natalia llevaba esperando ese momento muchos años y ya había llegado, justo cuando menos se lo esperaba. John se convirtió aquella mañana en un héroe para la cubana. Se fueron a almorzar a un asador donde servían una carne increíble; hasta el señor más fino se chupaba los dedos con ella. Allí celebraron su unión comiendo, bebiendo y riendo.

Al llegar la noche, como cada día, se subieron al Audi A6 que le había regalado a John el presidente alemán, y condujeron hasta el tablao flamenco, donde tantas noches habían pasado. Allí disfrutaron de la música andaluza y

continuaron la fiesta. John le regaló a su mujer un billete para ir a su Cuba natal; la pareja viajaría en un mes para conocer a la familia de Natalia, y Yamal se quedaría en Fuerteventura, preparando sus papeles.

Antes, el detective tenía que meter entre rejas al asesino en serie Tiburcio Schmidt, que se había quemado en la hoguera, perdiendo su piel angelical, pero que a pesar de ello sobrevivió. Ahora su piel parecía el cráter de un volcán a punto de explotar. Su gran poder, que era atraer a las mujeres, se le había apagado en cuanto las llamas invadieron su cuerpo. Logró escapar gracias a una viga que cedió cuando el fuego arrasó la madera; se partió a la altura de las cadenas que lo ataban y pudo salir corriendo como alma que lleva el diablo hacia la playa. Allí se metió en el mar y sofocó las llamas que le asaban la carne.

Pero John no quería pensar en el trabajo en ese momento. Disfrutó de la velada con su compañera, su mujer y su cuñado. Le había cambiado la vida a la pobre muchacha; era hora de volver a ser feliz por encima de todo. Acabaron la noche en el hotel; se hospedaron en la suite más lujosa, regalo personal del director. Desde la terraza se veía cómo rompían las olas. Tenían dos camas de matrimonio juntas, con unos colchones interminables. Allí fue donde consumaron su matrimonio. Era la primera vez que hacían el amor como marido y mujer.

Las noticias

«Buenos días, Canarias.

Les informamos de que ya han atrapado definitivamente al asesino en serie Tiburcio Schmidt. El criminal se escapó de la celda donde estaba retenido, matando en su huida a una agente de policía; primero la golpeó con un extintor y luego la estranguló cuando quedó inconsciente.

A pesar de ello, el detective John Barton no se dio por vencido; lo siguió hasta una playa al norte de la isla, adonde llegaba un pasadizo que era una ruta de escape desde la mansión de los Schmidt. Su novia, Eva Pérez, no había muerto. Tiburcio hizo creer a todos que la italiana que había sido su cómplice era su novia Eva. Pero esta en realidad sobrevivió y mató a la italiana cuando escapó del pozo donde Tiburcio la tenía retenida. La mala noticia es que la madre de Eva, María Pérez, sí murió. Pero Eva consiguió vengarse por su madre, por su padre y algunos dicen que también en nombre de su futuro bebé. La chica golpeó al asesino en serie en la cabeza y lo dejó fuera de juego. El detective estaba incapacitado en ese momento para ayudar, pero ella sola arrastró a su novio sobre la pira y luego le prendió fuego. No obstante, las autoridades han declarado que Tiburcio tuvo la suerte de que la pica de madera se quemara por los bordes, donde se apoyaban las cadenas que lo mantenían sujeto a ella: el tronco acabó cayendo y el hombre quedó libre; salió corriendo hacia la orilla del mar y consiguió apagar las llamas, así que sobrevivió, pero su piel angelical se marchitó. Ahora se encuentra bajo arresto en el hospital, hasta que se le curen las heridas y vaya a juicio.

En cambio, Eva Pérez se fue al aeropuerto y huyó del país con toda la fortuna que guardaba la familia Schmidt. Si alguien sabe algo de su paradero, les rogamos que se ponga en contacto con las autoridades.

Desde la televisión canaria les deseamos que tengan un buen día».

Conversación con Tiburcio

El hombre dorado se había convertido en bronce, y eso le fastidiaba enormemente. No era lo que tenía pensado para culminar su obra. Y precisamente Eva, la persona a la que él creía más débil, había sido la responsable. Esa chica que había compartido tantos años con él, y a la que en el fondo despreciaba por ser tan perfecta a ojos de la sociedad: tenía una carrera universitaria y le encantaba todo lo que hacía; vivía con una fuerza descomunal, y eso fue lo que lo venció a él.

La muchacha salió del pozo después de haber ahogado a su propia madre y se abalanzó sobre Martina, arrebatándole el cuchillo y quitándole la vida. Tiburcio tenía la ilusión de que su novia se convirtiera en la persona que siempre había soñado. Pero después de matar a esas dos mujeres se quedó como petrificada, no deseaba hablar; ni se inmutó cuando el hombre dorado la bautizó derramando agua bendita en su coronilla, ni cuando le cortó el cabello. Estaba como ida, igual que alguien cuando se vuelve loco. Recuperó el pelo que le había cortado y bordó con él un dibujo que al hombre dorado le pareció muy extraño: un corazón partido. Desde ese momento seguramente ya pensaba en la venganza. Pero el asesino, a pesar de su experiencia, no lo advirtió; no la creía capaz de cometer el mayor crimen, rebelarse contra él. El hombre dorado que ya no lo era se sentía fatal: le habían arrebatado lo más preciado que tenía, su poder de seducción. Ya no podría atraer a sus víctimas.

Se agitaba en la cama mientras comía su desayuno. En las cuatro esquinas de la habitación había un policía. Esta vez no le permitirían ni respirar, sabían que era muy peligroso dejarlo solo. Ya se encontraba mejor; las llamas que

derritieron su piel se habían apagado, aunque su última obra no pudo ser acabada como él quería. Bueno, al fin y al cabo logró terminar su misión, aunque la presa hubiera sido él. Eva se lo tenía guardado para el momento ideal. Y vaya si llegó, justo cuando lo tenía todo dispuesto para prenderle fuego al detective y luego huir de la isla afortunada en dirección a Alemania, donde seguiría quemando a todo aquel que se le pusiera por medio. Eva había evitado que siguiera haciendo el mal. Ahora las familias podían llorar tranquilas sus pérdidas, sin tener que enfrentarse a más desgracias cada vez que encendieran la televisión. Su rival presentó batalla, y lo hizo con una mente fría que a él mismo lo asombró. Había visto a su madre hundirse en el agua sucia del pozo; luego contempló a su padre siendo crucificado a manos de su amante. Pero fue muy astuta, no lo hizo dudar, se ocultó para ir a la biblioteca a llamar a la policía, y más tarde se las ingenió para construir el escenario final de la obra maestra del asesino. El hombre dorado pensó que aquella pira era para el detective, pero su propia depredadora lo estaba esperando oculta tras unas aulagas, como una serpiente de cascabel, sin ninguna prisa por irse, concentrando sus sentidos en la caza. Y la espera mereció la pena: regresó el asesino de su familia, el que había querido como su futuro marido y padre de su bebé. Juntó todas sus fuerzas para darle muerte, y la peor de las muertes que uno pueda experimentar, abrasado por el calor de las llamas. Su piel perfecta se desprendió y esa zorra casi consigue acabar con él. Aunque Tiburcio pensó que mejor hubiera sido la muerte, ya que ahora le tocaba vivir en ese lamentable estado.

El detective quiso despedirse de él.

—He vuelto, Tiburcio.

El hombre de bronce dejó su vaso de zumo sobre la mesa portátil y dirigió su atención hacia él.

—Ya veo que ha vuelto, y de una pieza.

—Casi acabas conmigo, aunque no te creí cuando me amenazaste con ser la última pieza de tu rompecabezas.

Tiburcio asintió. El detective se sentó cerca del asesino.

—No creía que fueras capaz de matar a más de mil personas encerradas en una iglesia.

El hombre de bronce se alegró de que aquello le hubiera salido bien. Había soñado con esa masacre un millón de veces. Aunque le quedó el sabor amargo de no poder acabar con el inspector; ni en mil vidas podría superar ese error.

—No sé si llamarte asesino en serie o terrorista. No hay nombre para lo que hicisteis.

Su interlocutor no sabía qué decir, tampoco estaba para intercambiar ideas. No había pensado ni por un momento que aquello pudiera acabar con él postrado en una cama y con su adversario delante de él pidiéndole explicaciones por lo ocurrido. Un asesino actúa y punto; no se justifica ni le cuenta a la policía lo que esta quiere escuchar.

—Si quiere saber si me arrepiento de algo, ya le digo que no. Llevaba mucho tiempo planeando este final, y si no llega a ser por la cagada de mi novia, todo hubiera salido bien. He pagado el precio más alto, el de vivir con la piel llena de cráteres.

El inspector no pudo evitar sentirse satisfecho por cómo lucía ahora esa cara de gilipollas que tenía Tiburcio. Se merecía todo lo malo que le pasara, pero había arrebatado muchas vidas humanas en aquella iglesia: familias enteras con padres, madres e hijos. Y aquel terror lo vivió él en directo. No pensaba que un asesino de ese tipo se pudiera convertir de pronto en un terrorista, y aquello había sido un atentado contra la sociedad. Se parecía a una de las

cámaras de gas de los nazis. Bueno, en realidad ya no le sorprendía nada que viniera de ese ser sin escrúpulos, que había pasado de violador a asesino, luego de asesino a loco que se cargaba a su propia familia, más tarde a rey que torturaba a sus súbditos y por último a terrorista. Gracias a Dios que estaba postrado en aquella cama y cuando se curara iba a ir directo al manicomio, de donde no saldría nunca más. Esa persona bañada por el fuego del infierno no se merecía respirar el mismo aire que ellos.

El detective dejó el sombrero a los pies de la cama y se acercó a la ventana. En un gesto habitual, se quitó las gafas y se restregó los ojos con los dedos índice y corazón. No pudo evitar que brotaran de sus ojos unas lágrimas al recordar el momento en que sacaron los cuerpos de la iglesia impregnada del aire contaminante que el asesino había introducido en ella. Ese hombre había aprendido lo peor de su padre y lo peor de su madre. El inspector deseaba coger un palo y golpearlo hasta la muerte; en el fondo no habría castigo suficiente para una persona así. Aunque su novia hubiera logrado reducirlo a cenizas, nada era suficiente para reemplazar las vidas de las más de mil personas que perecieron en aquella iglesia, esos inocentes cuyo único propósito era adorar a Dios, el único testigo de su muerte, el único que contempló a través de la bóveda del techo cómo los pulmones de esas personas se contraían a causa del veneno invisible. John no deseaba ver más a esa persona que le hacía sentir tan mal. Se dio media vuelta y miró a la bestia de piel arrugada.

—No deseo hablar más contigo. Quiero que te pudras en el infierno, que es donde debes estar.

Tiburcio sonrió y lo deslumbró; tenía la piel achicharrada, pero su sonrisa seguía siendo implacable.

—Usted también se pudrirá en el infierno.

John no se esperaba esa contestación, ese insulto. Replicó:

—En unos días no tendré que volver a ver ese rostro achicharrado por las llamas.

—Esta cara la debería tener usted, ya que en el último momento le salvó mi novia. Pero si no, habría estado aquí, maldito cabrón.

El detective frunció el ceño a su interlocutor.

—Pues sí, gracias a Eva estás atado a una cama, y seguirá siendo así de por vida. Me aseguraré de que en el manicomio te tengan siempre drogado y con la camisa de fuerza puesta. No tendrás a nadie que vaya a verte llorar.

El hombre de bronce volvió a sonreír, complacido de sacar de quicio al inspector.

—Se cree usted superior a mí, pero resulta que es igualito. Cuando la vida no le sonríe... usted va y le vuelve la espalda. ¿Qué fue lo que le pasó a su mujer?

John no se esperaba esa pregunta. ¿Cómo sabría esa bestia nada de su vida anterior?

—A mi mujer la mató un asesino, un loco como tú.

Tiburcio agarró fuertemente la mano del inspector y se aproximó a su oído, para que los otros policías no lo oyeran.

—Cuando Rocío Santiago se hospedó en mi hotel, nos enrollamos y compartimos información. A ella le llegó toda la información sobre las pruebas halladas en el escenario del crimen. El crimen que usted cometió, acribillando a su familia con una metralleta y sacrificando al amante de su mujer, a quien hacía responsable de haberle quitado todo lo que usted había construido durante años. Cuando ya tenía su casa montada y su familia formado, llegó ese negro con su anaconda por la rodilla y se folló a su esposa,

dándole el placer que usted no fue capaz de otorgarle con esa lombriz que tiene colgando. A su esposa le gustaban los rabos grandes, inspector; seguro que era una furcia que se paraba en las esquinas, esperando a que algún ricachón se acercara.

John sujetó a su vez la mano de Tiburcio, se abalanzó sobre él y le golpeó con los puños cerrados. Los policías presentes tuvieron que intervenir. El hombre de bronce se desvaneció a causa de los golpes recibidos. Los agentes tuvieron que sacar a rastras al viejo detective y llamar a las enfermeras.

John Barton observaba el mural de su oficina: el último recorte del periódico colgaba en él; allí aparecía la iglesia de la familia Schmidt. Aquello había sido una catástrofe para el pueblo de Morro Jable. Y él había fallado a los ciudadanos en el último momento, cuando pensaba que ya estaba todo arreglado. La buena noticia era que Tiburcio no volvería a matar y que su rostro angelical había quedado derretido por las brasas del infierno. John repasó el mural con el resumen de su investigación. Cuando encontraron el cadáver de la princesa del reino, el detective ya estaba seguro de que Tiburcio había tenido algo que ver, aunque el golpe final lo diera otra persona; la había dispuesto allí a propósito, exhibiéndola sobre el pequeño castillo para ser admirada por todos, como un cuadro o una escultura se ponen en un museo. Y aparte de ser un asesino diabólico, tenía la habilidad de manipular a las mujeres. Pero afortunadamente aquella belleza resplandeciente lo abandonó. Eva Pérez se encargó de ello; la que estaba destinada a ser una víctima más se enfrentó con astucia a su depredador. Y no le fue fácil, porque tuvo que presenciar la muerte de su madre y la tortura de su padre. Pero en la vida hay que pasar por ciertas pruebas para poder crecer. El detective siguió subiendo con la mirada, admirado por el año intenso que había vivido. La segunda “obra de arte”, en palabras de Tiburcio, era la del árbol de los caídos, donde

seis personas aparecieron ahorcadas. Lo curioso era que no habían muerto allí, ni por esa causa; el hombre dorado, ahora de bronce, los había colgado simplemente para exhibirlos, como si fueran un cuadro en movimiento. Solo una mente retorcida, que no tiene sentimientos por los demás, puede hacer algo así. La siguiente imagen que contempló al alzar la mirada fue la de los niños que observan las estrellas, esas figuras de cobre que se hallaban en la rotonda a la entrada del pueblo de Jandía; ese había sido para él el lugar ideal donde abandonar los cuerpos de la madre de su novia y de su aprendiz, la chica italiana, la única persona que lo entendía y le seguía el juego macabro. Pero él le había arrancado la piel de la cara a aquella mujer llena de tatuajes para que la confundieran con su novia Eva. Con ello provocó la ira del policía Manolo Pérez, que se dio a la fuga para ir en busca de venganza. Así logró atraerlo a su mansión tenebrosa, donde Tiburcio lo esperaba con su tortura preparada: una cruz en mitad de la sala. Había conseguido llevar a cabo todo lo que tenía previsto porque tenía la capacidad de manipular a las personas a su antojo. Del mismo modo convenció al pastor para que aquel domingo gris fuera a la iglesia donde hallaría la muerte; y no él solo, sino acompañado de mil almas más.

El detective esperaba que aquella bestia sin escrúpulos pagara todo el mal que había hecho. Con gran dolor se acercó más al panel de corcho y clavó el último recorte del periódico, el que había dado fin a la obra de arte de Tiburcio Schmidt: su propio final, quemado en la hoguera. Ya estaban todas las piezas en su lugar, y el asesino encerrado.

De repente se abrió la puerta y apareció Rocío Santiago.

—Hola, John.

En el ambiente se respiraba frialdad; ya no eran la pareja inseparable que había trabajado en equipo para detener al asesino. Rocío no se sentía con

fuerzas de darle la mala noticia, pero en eso consistía su trabajo. De todos modos, John ya se lo olía: sus años de profesión lo habían preparado para aquel momento; era consciente de que algún día llegaría. Debería dar explicaciones sobre lo ocurrido aquella noche en que se sintió embriagado por el odio, pero en realidad no tenía ningún motivo para actuar así. Mató a cuatro personas a sangre fría, como si fuera algo habitual, algo que hubiera hecho toda su vida. Pero la inspectora había logrado descifrar la escena del crimen. Ya no había marcha atrás.

—Hola, Rocío. Ya veo que te he enseñado bien.

Ella entró en la oficina y se situó al lado del mural.

—He aprendido del mejor, pero por desgracia... todos somos humanos.

John sabía perfectamente por dónde iban los tiros; el hombre de bronce ya se lo había advertido en un ataque de ira. Pero el detective estaba cansado de huir, ya había llegado la hora de cumplir con sus obligaciones. Nunca es un buen momento para estas cosas, pero acababa de darle el rumbo definitivo a su vida; después de tantos años dedicándose a cumplir la ley, y ahora lo meterían a él entre rejas. Sería duro, pero de esta vida nadie se va sin pagar. Cada cual es consciente de lo que ha hecho.

—Ha sido un viaje alucinante el de este año. Trabajar contigo ha sido magnífico. Pase lo que pase, nunca te olvidaré.

Rocío no pudo evitar las lágrimas.

—Y yo he aprendido del mejor, pero la ley es la ley. Solo soy una mensajera, alguien que debe hacer que se cumpla.

John respiró con dificultad, intentando asimilar el mensaje de su compañera. No sería nada fácil para un policía como él vivir en el averno de la cárcel. Pero se sentía cansado de ocultar lo sucedido aquella noche. El alcohol había

sido para él la droga, y además fue débil y se dejó llevar por el odio.

—Sé que debo pagar por mis errores. Pero intenta que mi nombre valga para algo, que me metan en una celda donde se pueda estar. Y cumpliré mi condena.

Rocío lo abrazó, dejando que el amor que se profesaban los guiara. El detective la apretó fuertemente contra él y la chica le habló al oído:

—No es fácil para ninguno de los dos. Te visitaré siempre que pueda.

En la puerta aparecieron dos policías uniformados. Se acercaron al detective, le pusieron las manos a la espalda y lo detuvieron por el asesinato de su familia y el amante negro de su mujer.

Por aquella detención Rocío Santiago subió a lo más alto de su carrera.

Era de esperar que con todo lo sucedido las cosas hubieran cambiado para el hombre de bronce, pero no fue así.

En una noche estrellada, el psicópata dormía en su habitación acolchada, con una camisa de fuerza entrelazándole los brazos. No pudo evitar soñar con la princesa del reino: aquella noche en la playa, cuando la cocaína ascendía por su nariz logrando sacar lo mejor de él. La italiana le seguía el juego con ese cuerpo despampanante que tenía. Muchas veces pensaba en por qué la dejó morir; si no hubiera permitido que peleara con su novia, ahora estarían los dos en su Alemania natal. Pero a veces en la vida se toman decisiones erróneas. Una pena que tanta belleza hubiera acabado con la cara quemada, igual que él. Pero no quería desviarse de su sueño erótico; rescató aquellas imágenes y las llevó al momento deseado; dejó a un lado el fracaso y saboreó la gloria.

Estuvieron allí varias horas hablando y bebiendo. Se esnifaron todo el gramo de cocaína, por lo que iban bastante pasados de vueltas. Elisabeth se quitó la ropa y se fue hacia la orilla. La italiana hizo lo mismo, así que a Tiburcio no le

quedó otra que imitarlas, y dejó al aire su blanca piel. La luna llena alumbraba aquellos tres cuerpos frescos y en perfecto estado. Antes de irse hacia el mar, Tiburcio apoyó el cuchillo cerca de la nevera. Al principio el agua le pareció congelada; las mujeres, de tanto que habían bebido, no se percataron de ello. Pero al hombre dorado le costó adentrarse en el océano; al sumergir la cabeza en el agua salada el pelo se le engrifó y se le destrozó el engominado. Pero daba igual, Elisabeth se puso cachonda nada más ver los músculos de Tiburcio y se abalanzó sobre él.

Las luces de la pequeña ciudad se distinguían a lo lejos. Tiburcio empezó a besarla, y estaban tan juntos que su miembro viril rozaba el clítoris de ella. La italiana se les unió y quedaron los tres abrazados, besándose con pasión. Tiburcio penetró primero a Elisabeth, que lo rodeó con los pies por la cintura mientras masturbaba a Martina. Como Tiburcio estaba puesto de cocaína, su pene se mantenía erguido, pero no notaba la sensibilidad de costumbre; la droga era una especie de calmante para su masculinidad. Después de un rato penetrando a la turista, se la sacó para metérsela inmediatamente a la italiana; ahora era ella la que masturbaba a la otra mujer. Siguieron un rato allí los tres, enredados como plantas acuáticas en medio del océano.

Luego salieron del agua y se tumbaron en la arena mojada. Tiburcio puso a la italiana a cuatro patas y mientras esta era penetrada le comía el sexo a la turista. Al poco las mujeres intercambiaron su posición. Ya llevaban como una hora dale que te pego, y las chicas se habían corrido varias veces. Así que las dos se propusieron que Tiburcio eyaculara por fin. La luna llena reflejaba los tres cuerpos desnudos en el momento en que las dos jóvenes se arrodillaron frente a su glande y empezaron a lamerlo como dos perritas en celo; lo chuparon con ansia por ambos lados, desgastando el cucurucho. Una rubia y una morena. De pronto la italiana comenzó a masajearle los huevos mientras ambas seguían comiéndole la polla a bocaditos. Tiburcio no aguantó más y se

corrió como un semental, depositando su esperma sobre los semblantes de las chicas.

Estaba siendo una noche inolvidable. Incluso a Tiburcio se le quitaron las ganas de matar a la alemana. Decidieron regresar a la furgoneta, y cuando él fue a coger su ropa se dio cuenta de que el cuchillo estaba al lado de la nevera. Justo entonces la italiana, que se iba a servir otra copa, se percató de lo mismo. Tomó el arma blanca y miró de reojo a Tiburcio, como solicitándole que la aceptara como aprendiz. El hombre dorado asintió con la cabeza. En ese momento la turista se acercaba por la espalda de ella, que se dio media vuelta empuñando el cuchillo. Apretándolo fuerte con las dos manos, le lanzó una estocada a la garganta. La turista contempló, pasmada, cómo el arma le atravesaba la piel, haciéndole un tajo limpio en la yugular. Trató de gritar, pero la herida impedía que la voz saliera y su garganta solo emitió un sonido apagado. Un hilo de sangre le cruzaba la garganta de lado a lado. Se puso la mano sobre la herida y parecía que los ojos se le iban a salir de sus órbitas. Inmediatamente la sangre emergió a borbotones, como una catarata cayendo por la ladera que era su garganta.

Tiburcio conectó la radio de la furgoneta y un tema de AC/DC sonó en la playa. Luego se dirigió al maletero, donde estaba la fiesta. Se aproximó a su compañera y le dio un beso en la boca al tiempo que le arrebatava el arma. En ese momento Elisabeth cayó a la arena blanca, empapándola de rojo sangre y perdiendo el conocimiento.

Los otros dos se sentaron a charlar como si no hubiera pasado nada. La italiana se bebió la copa. Miraron la hora: eran más de las dos de la mañana. Le chica le propuso a Tiburcio que se fueran sin más, pero él no quería dejar el cuerpo allí. Creía que sus víctimas eran obras de arte, no simples fiambres varados en una playa. Tenía que darle un final lindo.

El hombre de bronce se levantó de la cama con los calzoncillos mojados por el líquido blanco. Le agradaba pensar en los buenos momentos vividos. Eso no se lo quitaría nadie.

Rocío Santiago declaró en contra de su jefe y a él le cayeron cuatro cadenas perpetuas, que cumpliría en la isla de Lanzarote, en la cárcel de Tahiche, ya que en Fuerteventura no había prisión. La andaluza se quedó apesadumbrada; en el fondo se sentía fatal por haber tomado aquella decisión, pero había hecho lo correcto. No podía sentir la misma culpa que la había torturado cuando metió al camarero del hotel Ojo del Agua entre rejas. Acabó confesándole a la jueza la verdad: que no había sido él, que ella misma había actuado como cómplice de Tiburcio, y entregó las pruebas que demostraban la inocencia del joven, gracias a lo cual lo pusieron en libertad. Pero la inspectora nunca mencionó que se había acostado con Tiburcio y que este le había dicho dónde encontrar el arma del crimen, el cuchillo que sacó de la furgoneta para poder acusar al camarero de ese crimen. La inspectora no tuvo más remedio que callárselo para no manchar su nombre. Ella había sido la única superviviente de la masacre de la familia Schmidt.